

YOKO TAWADA

*Memorias de una
osa polar*



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada

1. La teoría de la evolución de la abuela

2. El beso de la muerte

3. En recuerdo del Polo Norte

Créditos

1. LA TEORÍA DE LA EVOLUCIÓN DE LA ABUELA

Alguien me hizo cosquillas detrás de las orejas, bajo las axilas, yo me encogí, me convertí en luna llena y rodé por el suelo. Tal vez grité mientras tanto, con voz ronca. Después estiré el trasero apuntando hacia el cielo y escondí la cabeza bajo la tripa: entonces fui media luna; era todavía demasiado joven para concebir el peligro. Sin dudarlo, abrí el ano hacia el cosmos y lo noté en las entrañas. Si por aquel entonces hubiese hablado de «cosmos» se habrían reído de mí: era todavía tan pequeña, tan inocente, tan nueva en este mundo. De no ser por el suave pelaje, apenas me distinguía de un embrión. Aún no sabía andar, pero tenía las zarpas delanteras lo bastante desarrolladas como para lanzarme a agarrar y a sujetar cosas. Aunque avanzaba con cada tropezón, dudo que a aquello se le pudiera llamar andar. Mi campo visual estaba siempre cubierto de una nebulosa, en el interior de mi oído había eco. Todo lo que veía u oía tenía unos contornos difusos. Mi voluntad de vivir residía básicamente en las garras y en la lengua.

Mi lengua aún recordaba el sabor de la leche materna. Me llevaba a la boca el índice de aquel hombre y lo succionaba, me resultaba tranquilizador. Los pelos que le crecían en el dedo eran como las cerdas de un cepillo para zapatos. El dedo se iba arrastrando por el interior de mi boca como un gusano, pinchaba. Después, el hombre me dio un empujoncito en el pecho, invitándome a pelear.

Agotada tras la hora de recreo, extendí las dos garras delanteras en el suelo y apoyé en ellas la barbilla, una postura en la que me encantaba esperar hasta que llegase la siguiente comida. Somnolienta, me lamí mis propios labios y regresó el sabor a miel, aunque solo la hubiese probado una vez en mi vida.

Un día, el hombre me ató unos objetos extraños a las patas. Traté de sacudírmelos, pero no lo logré. Mis zarpas delanteras, desnudas, notaban dolor, como si el suelo las pinchara desde abajo. Levanté la derecha e inmediatamente después la izquierda, pero no pude guardar el equilibrio y caí hacia delante. Al tocar el suelo los dolores volvieron. Me alejé de él, mi tronco se estiró hacia arriba y hacia atrás, durante unos segundos logré mantener la vertical. En un suspiro volví a caer, esta vez sobre la zarpa

izquierda. Dolía, por eso traté nuevamente de alejarme del suelo. Tras varios intentos conseguí guardar el equilibrio sobre dos patas.

Escribir: una actividad inquietante. Al mirar fijamente la frase que acababa de apuntar sentí un mareo. ¿Dónde estoy? He entrado en mi propia historia y he desaparecido de aquí. Para regresar, aparté la mirada del manuscrito y dejé que avanzase hacia la ventana hasta que por fin volví aquí, al presente. Pero ¿dónde es aquí y cuándo es ahora?

La noche ya había alcanzado su máxima profundidad. Yo estaba junto a la ventana de la habitación del hotel, mirando hacia una plaza que me recordaba el escenario de un teatro, tal vez por la luz circular que una farola arrojaba a su alrededor. Un gato partió el círculo de luz en dos, con su andar sinuoso. En el vecindario reinaba un silencio transparente.

Ese día había asistido a un congreso; al acabar, todos los participantes estaban invitados a una copiosa cena de gala. Por la noche, cuando volví al hotel, me entró una sed osuna y bebí agua con avidez, directamente del grifo, pero el sabor a sardinas en aceite no me abandonaba. Vi en el espejo mi boca manchada de rojo, la obra maestra de aquella remolacha. No solía comer tubérculos voluntariamente, pero si veía una remolacha flotando en un *borsch*, me moría por besarla. Junto a unos hermosos ojos de grasa, que despertaron en mí las ganas de comer carne, la remolacha tenía un aspecto irresistible.

Los muelles chirriaron bajo mi peso osuno. Sentada en el sofá del hotel, pensé que aquel no era más que otro congreso aburrido, pero que me había devuelto inesperadamente a la infancia. Por cierto, el tema de debate de ese día había sido «La importancia de las bicicletas para la economía de la nación».

Cualquiera, sobre todo un artista, habría dado por hecho que cuando lo invitan a un congreso le están tendiendo una trampa. Por ello, la mayoría de los participantes prefería no intervenir, a menos que los obligaran. Pero yo me ofrecí voluntaria, y de manera consciente, elegante, natural y sin rodeos levanté la zarpa derecha. Todos los presentes en la sala me miraron. Estaba acostumbrada a atraer la atención de los espectadores.

Mi tronco suave y recio estaba cubierto de un precioso pelaje blanco. Cuando adelanté ligeramente el tórax, junto con el brazo derecho que tenía en alto, se desprendió un polvo de luz embriagadora. De pronto fui el centro de

la acción, mientras las mesas, las paredes y también los asistentes comenzaban a palidecer y se retiraban a un segundo plano. La blancura brillante de mi pelaje se distinguía del blanco habitual. Era transparente. Así, la luz del sol atravesaba el pelo y llegaba a mi piel, bajo la cual quedaba cuidadosamente almacenada. Ese es el color que mis antepasados consiguieron para sobrevivir en el círculo polar ártico.

Para expresar una opinión es necesario que el moderador te vea. Para ello hay que levantar la mano rápidamente, más deprisa que los demás. No había nadie capaz de alzar la mano en un congreso tan deprisa como yo. «Se nota que le encanta expresar su opinión.» Una vez tuve que oír ese comentario irónico. Reaccioné de forma escueta: «¿No es ese el principio básico de la democracia?» Sin embargo, ese día me di cuenta de que no era mi libre albedrío, sino una especie de acto reflejo, lo que me hacía elevar rápidamente la zarpa. Este descubrimiento fue como una puñalada en el pecho, traté de ahuyentar el dolor y de recuperar mi ritmo, que consistía en un compás de cuatro tiempos: el primero era el tímido «adelante» del moderador; el segundo llegaba con la palabra «yo». Estampé esa palabra sobre la mesa. Al tercer tiempo todos los asistentes tragaron saliva, y en el cuarto osé dar un paso valiente y pronunciar con voz clara la palabra «pienso». Para que todo tuviera un poco más de *swing*, acentué sin dudarle el segundo y el cuarto tiempo.

No había previsto bailar, pero mi cintura comenzó a moverse de un lado a otro en la silla. El mueble enseguida le siguió el juego y empezó a chirriar con agrado. Cada sílaba tónica era como un golpe de pandereta que acompañaba mi discurso. Los espectadores me escuchaban como hechizados, abstraídos de sus obligaciones, de su vanidad y de sí mismos. Los labios de los hombres colgaban flácidos, sus dientes mostraban un brillo blanco y cremoso, de la punta de la lengua les caían gotas de algo que parecía su carnalidad, licuada en forma de saliva.

«La bicicleta es, sin lugar a dudas, el invento más extraordinario de la historia de nuestra civilización. Es la flor del escenario circense, la heroína de toda política medioambiental. En un futuro próximo, todas las grandes ciudades de este mundo habrán sido conquistadas por las bicicletas. Y no solo eso: todos los hogares tendrán un generador propio conectado a una bicicleta. Se hará ejercicio al tiempo que se producirá electricidad. También se puede coger la bicicleta para visitar espontáneamente a los amigos en lugar de

llamar antes por el móvil o enviarles un correo electrónico. Si empleamos la bicicleta de un modo multifuncional, muchos aparatos electrónicos se volverán superfluos.»

Vi cómo algunos rostros se cubrían de nubes oscuras. Puse más énfasis aún y continué: «Iremos en bicicleta hasta el río y haremos allí la colada. Iremos en bicicleta al bosque para recoger leña. Ya no necesitaremos la lavadora, no tendremos que usar electricidad o gas para calentar la casa ni para cocinar.» Algunas caras se divertían con mis disparates y mostraban discretas arrugas al sonreír, mientras que otras se petrificaban en gris oscuro. No pasa nada, me insuflé ánimos, ¡no te amilanes! No prestes atención a esos muermos. ¡Relájate! No hagas caso a ese público de pega, imagina cientos de rostros radiantes ante ti y sigue hablando. Esto es un circo. Todos los congresos son un circo.

El moderador carraspeó displicente, como queriendo demostrar que en modo alguno bailarían a mi son. Luego intercambió unas miradas íntimas con el funcionario barbudo que estaba a su lado. Recordé que ambos habían entrado en la sala hombro con hombro. El funcionario, delgado como un clavo, llevaba un traje negro mate, aunque no estaba en un entierro. Comenzó a hablar sin haber pedido la palabra: «Rechazar el automóvil e idolatrar las bicicletas es un tipo de culto sentimental y decadente que ya conocemos por otros países occidentales. Los Países Bajos son un buen ejemplo. Pero lo más urgente es promover la cultura de las máquinas. Debemos conectar los centros de trabajo con los hogares de un modo racional. Las bicicletas generan la ilusión de que se puede ir a cualquier sitio en cualquier momento, según las ganas. Una cultura ciclista podría ejercer una influencia preocupante en nuestra sociedad.» Levanté la mano para rebatir el argumento, pero el moderador hizo caso omiso y anunció el descanso para comer. Abandoné la sala sin cruzar palabra con nadie y salí rápidamente del edificio, como una colegiala que corre al patio de la escuela.

De niña era la primera en salir disparada al recreo. Por aquel entonces, aún estaba en el parvulario. Corría hasta el último rincón del patio y hacía como si aquel pequeño lugar del planeta tuviese un significado especial. En realidad, no era más que un sitio húmedo y sombrío, emplazado bajo una higuera, donde unos ciudadanos desaprensivos solían depositar la basura a escondidas. Ningún niño se acercaba allí excepto yo, lo cual me parecía bien. Una vez, un niño decidió esconderse detrás de la higuera con idea de

gastarme una broma y sorprenderme por la espalda. Lo arrojé por encima de mi hombro. Fue un mero instinto defensivo, no hubo mala intención; pero como yo era de complexión fuerte, el niño salió volando.

Más tarde me enteré de que los otros niños me llamaban «morro picudo» o «niña de nieve». Jamás habría sabido de estos moteos si uno de los niños no se hubiese chivado. Al hacerlo, el crío simuló estar de mi parte, pero su corazoncito infantil tal vez disfrutara haciéndome daño. Hasta entonces nunca me había planteado cómo me veían los otros niños. La forma de mi nariz y el color de mi pelaje se distinguían de los de la mayoría. No caí en ello hasta que supe de los apodos.

Junto al centro de congresos había un parque tranquilo, con bancos blancos. Elegí uno que estaba a la sombra. A mis espaldas se oía un murmullo, probablemente un arroyo. Los sauces, aburridos, sumergían una y otra vez sus finos dedos en el agua, elegantes y astutos, tal vez quisieran jugar con ella. Sus ramas estaban moteadas de brotes verde claro. La tierra que había bajo mis pies se ahuecó: no era obra de un topo, sino de uno de los crocos. Algunos eran especialmente atrevidos y osaban emular a la Torre de Pisa. Me picaba el oído. ¡Nada de hurgarse! Esa era una regla que jamás contravenía, al menos entonces, cuando aún trabajaba en el circo. Ahora bien, el picor no se debía al cerumen, sino al polen y al canto de los pájaros, que picoteaban semicorcheas sin descanso. La primavera rosada me sorprendió, presentándose sin previo aviso. ¿Qué clase de truco habrá empleado para llegar a Kiev tan pronto y tan en secreto, con semejante delegación de flores y de pájaros? ¿Llevará semanas tramándolo? ¿Era yo la única que no se había dado cuenta por estar demasiado ocupada con el invierno, que se había adueñado de mi conciencia? No me gusta hablar del tiempo, por eso muchas veces no me entero cuando pronostican un cambio importante. En su día la Primavera de Praga también me pilló por sorpresa. Nada más caer en el topónimo «Praga», mi corazón comenzó a latir con más intensidad. Quién sabe, a lo mejor está a punto de producirse un cambio meteorológico aún más brusco y yo soy aquí la única que no tiene ni idea de lo que va a ocurrir.

La tierra helada se derritió y lloró cieno. Por la narina que me picaba salió una babosa de moco. Las lágrimas manaban de la mucosa inflamada alrededor de mis ojos. En una palabra: la primavera es época de duelo. Algunos dicen que los rejuvenece, pero quien se vuelve más joven regresa a

la infancia, y eso puede ser molesto. Mientras pudiese enorgullecerme de ser la primera en expresar mi opinión en cualquier congreso, me sentía bien. No quería saber por qué movía la mano con tanta rapidez.

No tenía ningún ansia de conocimiento, pero la leche derramada del saber ya no regresaría a su botella de cristal. El más dulce aroma a leche emergió del mantel, y lloré por mi primavera. La infancia, esa miel amarga, aguijoneó mi lengua. Siempre era Iván el que me preparaba la comida. No tenía ningún recuerdo de mi madre. ¿Adónde se había ido?

Por aquel entonces, no sabía cómo llamar a esa parte del cuerpo. La quemazón cesaba en cuanto la encogía, pero era más bien un acto reflejo. Sin embargo, no lograba mantener el equilibrio durante mucho tiempo. Volvía a caer hacia delante. Apenas esa parte del cuerpo entraba en contacto con el suelo, el dolor regresaba.

Oía a Iván gritar «¡Ay!» cuando se golpeaba la espinilla contra una columna o cuando le picaba una avispa. Así aprendí que esa expresión correspondía a una sensación determinada de una persona. Yo creía que era al suelo al que le dolía y no a mí. Era el suelo y no yo lo que debía cambiar para que los dolores cesaran.

Impulsada por el dolor, empujaba el suelo lejos de mí para poder erguir el tronco. Tensaba la columna como si fuese un arco, pero no lograba mantener la postura durante mucho tiempo. Acababa cediendo y volvía a estar a cuatro patas. Si empujaba con más fuerza, me caía de lado y hacia atrás. ¡Cuántas veces lo intenté hasta que conseguí permanecer un rato de pie, sobre dos patas!

Después de la cena oficial regresé al hotel y escribí hasta este punto. La escritura no era una actividad que me resultase familiar. El cansancio se apoderó de mí y me quedé dormida sobre el escritorio. Cuando desperté a la mañana siguiente, sentí que en el transcurso de la noche había envejecido. Ahora comienza la segunda mitad de la vida. Si esto fuese una carrera de fondo, ahora vendría el punto de inflexión; tengo que dar media vuelta, mi meta es la línea de salida. Allí donde el dolor había comenzado, también acabará.

Iván cogió un trozo de sardina de la lata, lo machacó en un mortero, le

añadió un chorrito de leche y me lo ofreció. Era una elaboración especial, solo para mí. Si yo dejaba algún pequeño esputo, él enseguida venía a limpiarlo con la pala y el recogedor. Jamás me regañaba, de su boca no salía la más mínima queja. Para Iván, la limpieza era la máxima prioridad. Todos los días venía con una manguera larga y bamboleante y un cepillo especial para limpiar el suelo. A veces me apuntaba con la manguera. Lo que más me gustaba era que me rociasen con agua helada.

Eran pocas las veces que Iván no tenía nada que hacer. Entonces se sentaba en el suelo, se colocaba la guitarra en el regazo, pellizcaba las cuerdas y empezaba a cantar. Una melodía triste, proveniente del último callejón húmedo, se tornaba de pronto en un ritmoailable, para luego acabar sumida en el abismo de un lamento infinito. Yo era toda oídos, algo se despertaba en mí, tal vez la nostalgia incipiente de tierras lejanas. Me atraían los lugares remotos y jamás vistos, me sentía dividida entre allí y aquí.

En ocasiones la mirada de Iván se topaba con la mía y, al segundo, yo ya estaba en sus brazos. Él me estrechaba la cabeza contra su cuello, acariciaba su mejilla contra la mía. Me hacía cosquillas, me hacía rodar por el suelo y se abalanzaba sobre mí.

Desde que había vuelto de Kiev pasaba todo el tiempo en una habitación de Moscú, avanzando en mi texto a base de zarpazos. Mi cabeza se inclinaba sobre el papel de cartas que había cogido del hotel sin permiso. Redibujaba continuamente el mismo periodo de mi infancia, pero no lograba avanzar. Los recuerdos iban y venían como olas en la playa. Cada ola se asemejaba a la anterior, pero ninguna era idéntica a la otra. Para mí no había otro camino que describir varias veces la misma escena, sin saber a ciencia cierta cuál sería la definitiva.

Durante mucho tiempo no entendí el significado de todo aquello. Estaba en una jaula y, por tanto, yo era parte del escenario, nunca un espectador. Si en algún momento hubiese salido, habría visto la estufa instalada bajo la jaula. Habría visto cómo Iván introducía la leña y la prendía. Puede que también hubiese visto el gramófono, con su enorme bocina negra, colocado en un soporte detrás de la jaula. Cuando el suelo de la jaula se calentaba, Iván dejaba caer la aguja sobre el disco. Una fanfarria hacía añicos el aire, como si

fuese un puñetazo contra un cristal, y mis zarpas delanteras enseguida notaban la quemazón. Yo me erguía y el dolor cesaba.

Ese mismo juego se repitió durante días y semanas. Al final llegué a un punto en que me erguía automáticamente al oír la fanfarria. Por aquel entonces no tenía conciencia de lo que significaba «estar de pie», pero sabía perfectamente con qué postura evitaba el dolor, y ese conocimiento, sumado a la orden que me daba Iván de «¡Arriba!» y a la vara que él sostenía en alto, se grabaron conjuntamente en mi cerebro.

Aprendí expresiones como «Arriba», «Bien» y «Otra vez». Creo que los extraños objetos atados a mis patas eran unos zapatos especiales que impedían el paso del calor. Mientras me mantuviese sobre los cuartos traseros no me dolería, por más que el suelo ardiera. Una vez que la fanfarria había concluido y yo permanecía estable sobre dos patas, venía el azucarillo. Primero Iván pronunciaba claramente la palabra «azucarillo» y luego me metía el terrón en la boca. La palabra «azucarillo» fue para mí la primera forma de denominar aquel dulce placer que se derretía en mi lengua cuando acababa la fanfarria y me ponía de pie.

De repente, Iván estaba a mi lado, mirando el texto desde lo alto. «Iván, ¿cómo estás? ¿Qué tal te ha ido desde entonces?» Quise hacerle estas preguntas, pero mi voz se apagó. Mientras hacía varias respiraciones profundas, la figura de Iván desapareció sin hacer ruido. Dejó tras de sí un calor corporal que me resultó familiar y una ligera quemazón en mi piel. Me costaba seguir respirando normalmente. Iván, tanto tiempo muerto dentro de mí, volvía a la vida porque yo había escrito sobre él. Las garras de un águila invisible me aferraron por el pecho, no podía seguir respirando, pensé que debía beber de inmediato esa agua transparente y sagrada para liberarme de aquella presión insoportable. Por entonces no era fácil conseguir un buen vodka en la ciudad, ya que el que había principalmente se exportaba para atraer divisas extranjeras. La portera del sucio edificio donde vivía presumía de sus contactos, que en ocasiones le suministraban productos de lujo. Yo sabía que a veces escondía una botella en el armario.

Salí a toda prisa del piso, bajé rodando las escaleras y abordé a la portera para preguntarle si tenía el liquidito en cuestión. En su rostro asomó una sonrisa extraña que me recordó la escritura cuneiforme de los sumerios. Frotando indecorosa el índice contra el pulgar, me preguntó:

–¿Te han dado...?

–¡No! ¡No tengo divisa extranjera! –respondí irritada.

Tras desvelar con una expresión fría y seca, como era «divisa extranjera», el dulce y estimulante secreto que ella pretendía compartir conmigo en la intimidad, la portera se sintió ofendida y me dio la espalda. Debía retomar la conversación a toda costa.

–Lleva usted un peinado nuevo. Le favorece mucho.

–Vaya, ¿lo dice por estos pelos? Anoche dormí en una mala postura.

–¿Y esos zapatos? Son preciosos.

–Ah, los zapatos... ¿Se ha fijado? Pues no los he comprado, me los han regalado unos parientes. A mí me gustan.

Aunque mis cumplidos sin duda sonaban a torpes halagos, la portera se mostró dispuesta a reconocer mi buena intención. Su mirada volvió a mí, arrastrándose como un gusano gordo y peludo.

–Pero si usted casi no bebe. ¿A qué viene ese repentino interés por mi vodka?

–He recordado mi infancia, aunque en realidad había olvidado todo hacía tiempo, y ahora siento angustia. Me cuesta mucho respirar.

–¿Y ha recordado algo desagradable?

–No, quiero decir..., todavía no sé si es desagradable o no. De momento solo me cuesta respirar.

–No debería beber para olvidar. Si lo hace, acabará como aquel pobre funcionario que vivía encima de usted.

Recordé aquel momento en que algo pesado impactó contra los adoquines frente al edificio; aquello sonó mucho más pesado que el cuerpo de un hombre adulto. Volví a oír el golpe, se me puso la piel de gallina.

–Si lo que quiere es conservar sus vivencias, sería mejor que llevara un diario.

Esa sugerencia me sorprendió: sonaba demasiado intelectual, impropia de aquella portera. Insistí y me confesó que una semana antes había leído la traducción al ruso de *Sarashina Nikki*, una obra maestra de la literatura medieval japonesa en forma de diario. La había conseguido gracias a un buen contacto y a pesar de su reducida edición –limitada a cincuenta mil ejemplares–, que, además, llevaba tiempo agotada solo con las reservas. El orgullo con que la portera presumía de sus contactos sociales era probablemente la única razón para haber leído el libro.

–Atrévase a escribir, como la autora de ese diario.

–Pero yo pensaba que en un diario se escribe lo que ocurre un día concreto. Lo que quiero es utilizar la escritura para revivir lo que no logro recordar.

La portera me escuchó y, como de pasada, me dio otra idea:

–¡Entonces escriba una autobiografía!

Hubo razones que me llevaron a abandonar mi carrera artística y a pasar mi valioso tiempo en congresos soporíferos. Cuando era la máxima estrella de nuestro circo, una vez tuvimos que montar un espectáculo nocturno con un grupo de baile cubano. La idea original era alternar las actuaciones sin hacer una verdadera síntesis, pero la colaboración tomó un cariz inesperado. Me enamoré del estilo de baile latinoamericano y quise aprenderlo para incluirlo en mi repertorio. Me apunté a un curso intensivo de bailes latinos y practiqué con mucho empeño. Demasiado. Tras pasar horas y días cimbreado apasionadamente las caderas, mis rodillas acabaron tan perjudicadas que fui incapaz de hacer una sola acrobacia. Me había vuelto inútil para el circo. En circunstancias normales me habrían sacrificado, pero por suerte me trasladaron a las oficinas para que trabajase de secretaria.

Jamás habría pensado que estuviese dotada para un puesto administrativo, pero en el departamento de personal no pasaban por alto ni una sola habilidad de los empleados, siempre y cuando pudieran ponerla en práctica y sacarle algún rendimiento. Es más, me atrevería a decir que era una oficinista nata. Mi nariz podía distinguir las facturas importantes solo por el olor. Mi reloj interno siempre iba en hora, con lo que nunca necesitaba consultar otro para ser puntual. En el momento de calcular el salario, no me torturaba haciendo números, me bastaba con ver las caras de los implicados para saber cuál era su caché. Si me lo proponía, obtenía el visto bueno del jefe para cualquier proyecto, por utópico que fuese. Mi boca dominaba el arte de masticar previamente un plan difícil de digerir, para después transmitirlo de un modo convincente.

Había bastantes tareas que podía desempeñar relacionadas con el circo y con el cuadro de baile: organizar las giras por el extranjero, llevar todo el trabajo de prensa, convocar nuevas plazas, gestionar todo el papeleo administrativo y, en especial, acudir a congresos.

Estaba satisfecha con mi nueva vida hasta que empecé a escribir la autobiografía. De repente, perdí las ganas de asistir a congresos. Cuando

estaba en mi habitación, lamiendo la punta del lápiz, nada me habría gustado más que seguir así, no ver a nadie durante todo el invierno y avanzar en la autobiografía. La escritura no se diferenciaba mucho de una hibernación. A ojos de los demás tal vez pareciese somnolienta, pero en el interior de mi oscura cerebral había alumbrado mi propia infancia, a la que fui criando en secreto.

Justo estaba absorta chupando el lápiz cuando recibí un telegrama en el que se me convocaba a una reunión al día siguiente. El debate versaría sobre «Las condiciones laborales de los artistas».

Las reuniones son como los conejos: la mayoría de las veces solo sirven para concluir que hay que celebrar otra reunión. Se multiplican rápidamente. Y si no se hace nada para remediarlo, se vuelven tan numerosas que no somos capaces de satisfacer la demanda, por más que cada uno sacrifique a diario la mayor parte de su tiempo con más reuniones. Tenemos que inventar algo para suprimirlas. De lo contrario, nuestros traseros se volverán planos de pasar tanto tiempo sentados y, además, todas las organizaciones e instituciones acabarán colapsando por el peso de nuestras posaderas. Cada vez más personas emplean su cerebro básicamente para pergeñar un motivo creíble que les permita excusar su asistencia a la siguiente reunión. Así, el virus de la excusa se propaga con mayor rapidez que la más virulenta de las gripes. Además, todos los parientes reales y ficticios tienen que morirse varias veces para que su entierro pueda servir de disculpa. Yo carezco de familiares a los que condenar a una muerte ficticia, y mi propia naturaleza me hace inmune a cualquier tipo de gripe, así que no tenía excusa. El tiempo transcurría y yo me iba perdiendo en la agenda, renegrida por el moho de las citas.

Además de las reuniones y de los congresos, también debía acudir a las recepciones oficiales, atender a los invitados del circo y participar en almuerzos de trabajo. Todas estas funciones hicieron que me pusiese cada vez más rolliza, eso fue lo único positivo de mi nueva vida. En lugar de bailar sobre un escenario estaba en una sala de reuniones, sentada en un cómodo sillón; después me pringaba los dedos con unos *piroguí* grasientos, tomaba un sustancioso *borsch* y engullía cucharadas de caviar negro y brillante, con lo cual acabé acumulando todo un arsenal de grasa.

Habría seguido así de no haber sido porque la primavera me pilló por sorpresa y me estremeció. Y allí estaba yo, como quien se cae desde lo alto

de una escalera. Una no piensa que si se sube a revisar el tejado el primer día de primavera la casa entera va a desplomarse. Una organización impecable, un autorretrato heroico en bronce, un ánimo estable y sin altibajos, un ritmo de vida regular..., todo aquello estaba al borde del colapso y yo no intuía nada. No sería inteligente permanecer en un barco que se hunde, mejor tirarse al agua y empezar a mover las extremidades. Esa fue la primera vez que rechacé la invitación a participar en una reunión. Temí ser aniquilada por decir no, pues quien desatendía sus obligaciones perdía el derecho a existir, pero ya por aquel entonces las ganas de continuar con mi autobiografía triplicaban el miedo a que me exterminasen.

Escribir una autobiografía me resultaba extraño. Hasta entonces había empleado el lenguaje fundamentalmente para transmitir una opinión a otros. Ahora el lenguaje permanecía a mi lado y me rozaba zonas sensibles. Era como si estuviese haciendo algo prohibido. Me avergonzaba de ello, no quería que nadie leyese la historia de mi vida. Pero cuando vi las páginas repletas de letras, sentí la necesidad de mostrárselo a alguien, una sensación tal vez comparable con el orgullo que siente un niño al exhibir su producto pestilente. Una vez entré en el piso de la portera justo cuando su nieta estaba enseñando a los adultos la bola de pasta marrón que acababa de producir. Todavía humeaba. En aquel momento me escandalicé, pero ahora comprendo el orgullo que sentía la niña. Ese excremento era el primer logro que la pequeña había alcanzado sin ayuda externa, y no había razón para reprobar su contenido.

Pero ¿a quién iba a enseñar yo mi producto? Desconfiaba de la portera. Su amistad era sincera en gran medida, pero su trabajo consistía en espiar a los inquilinos. Yo no tenía padres, y mis compañeros quedaban descartados, puesto que me evitaban siempre que podían. Amigos tampoco tenía.

Pensé en un hombre al que llamaban «León Marino». Era editor de una revista literaria. Cuando mi carrera artística todavía estaba en su etapa más brillante, él había sido uno de mis admiradores; solía venir a verme al camerino con un exuberante ramo de flores.

León Marino se parecía más a una foca que a un león marino, pero ese era su apodo y así debo llamarlo, ya que, con el tiempo, he olvidado su nombre real. Al parecer, ya la primera vez que me vio sobre el escenario le entró una fiebre tremenda. Afirmaba estar perdidamente enamorado de mí. Tras acudir por enésima vez al camerino, me confesó su deseo de compartir almohada

conmigo, aunque sabía que la naturaleza había querido que nuestros cuerpos fuesen incompatibles.

También yo me había dado cuenta a la primera de que nuestros cuerpos no encajaban en el terreno sexual: el suyo era húmedo y resbaladizo, mientras que el mío era seco y áspero. En su caso, todo lo que rodeaba la barba era de complexión fuerte, mientras que las puntas de sus cuatro extremidades tenían un aspecto enclenque. En mi caso, por el contrario, la fuerza se concentraba en la punta de los dedos. Él era calvo de nacimiento, mientras que yo estaba cubierta de un pelo grueso desde la cabeza hasta las zonas más íntimas. Jamás habríamos hecho buena pareja. Sin embargo, una vez nos besamos. Fue como si un pez diminuto se revolcara dentro de mi boca. León Marino tenía una hilera de dientes escabrosos, pero eso era lo que menos me molestaba, pues enseguida reconocí su verdadera masculinidad al comprobar que no tenía caries. Eso sí lo supe apreciar. A la pregunta de por qué no tenía ningún diente podrido me respondió que no comía cosas dulces. Eso para mí era algo prácticamente irrenunciable. ¿Qué habría de escoger como metáfora de la mejor parte de mi vida si no hubiese nada dulce?

No lo había visto desde hacía mucho. Para dar señales de vida, cada cierto tiempo me enviaba el catálogo de la editorial, donde figuraba su dirección. Hice acopio de valor y decidí sorprenderlo presentándome de improviso.

La oficina de la editorial, que se llamaba Estrella Polar, estaba en el extremo sur de la ciudad. Desde fuera nada permitía adivinar que en aquel edificio hubiese algo parecido a una editorial. En el vestíbulo había un hombre joven fumando. Con gesto adusto, me preguntó qué se me había perdido en aquel lugar. Apenas hube pronunciado las palabras «León Marino» me pidió que lo siguiera y, como si fuese un robot, me precedió hasta que accedimos a un pasillo. De las paredes colgaban jirones de papel medio despegado, como piel abrasada. Nos fuimos adentrando en el edificio y, al final del pasillo, llegamos a una puerta verde, tras la cual había una habitación sin ventanas. El techo era bajo, las hojas de varios manuscritos apilados estaban amarillentas.

León Marino me miró y, de repente, giró la cabeza, como si le hubiese propinado una bofetada.

—¿Qué haces tú aquí? —me preguntó fríamente. Fue en ese momento cuando caí en la cuenta de que en este mundo no hay nada más peligroso que un viejo admirador. Demasiado tarde. Allí estaba yo, una pobre y antigua

estrella de circo, con mi obra virgen, indefensa ante un editor sediento de sangre. Había bailado muchas veces sobre una pelota gigante, montado en un triciclo y en una motocicleta circenses, pero publicar una autobiografía era una acrobacia mucho más arriesgada.

Abrí el bolso con cuidado, saqué las hojas atestadas de letras y las puse sobre la mesa sin mediar palabra. Su mirada interrogante se detuvo unos momentos en mi nariz. Al ver las letras del manuscrito, León Marino se ajustó las gafas y leyó el texto. Las gafas eran de montura redonda, él mantuvo la espalda encorvada sobre el papel. Leyó la primera página, luego la segunda. Cuanto más leía, con mayor entusiasmo brillaban sus ojos, aunque quizá solo fuesen imaginaciones mías. Tras leer varias páginas se acarició la barba y abrió las fosas nasales de par en par.

–¿Esto lo has escrito tú? –me preguntó con voz temblorosa.

Asentí. Entonces él frunció el ceño y, como quien se pone una máscara, adoptó una expresión de cansancio.

–Voy a quedarme con el manuscrito. Si te soy sincero, estoy un poco decepcionado por su brevedad. A lo mejor te apetece seguir escribiendo y me traes la continuación la próxima semana...

Yo no dije nada, y mi silencio lo envalentonó:

–Y si me permites decirte algo más, ¿no tienes otro papel mejor que este? ¿Lo has robado de algún hotel? ¡Pobrecilla! Llévate el mío si quieres.

Me dio un montón de folios suizos con los Alpes como marca de agua, además de un bloc y una pluma Mont Blanc.

Corrí a casa, y en una de las hojas del lujoso papel que acababa de conseguir escribí: «Cuando logré sostenerme sobre dos patas, ya le llegaba a Iván por el ombligo.» Con el plumín metálico iba raspando la delgada superficie de fibras vegetales del papel. Me resultaba tan placentero como rascarme la espalda cuando me picaba.

Un día, Iván apareció montado en un extraño vehículo. Dio varias vueltas, se bajó y me puso entre las piernas aquella cosa que él llamaba «triciclo». Mordí el manillar de aquel nuevo medio de transporte: el material era todavía más duro que los trozos de pan gris que Iván me arrojaba de vez en cuando. Me senté en el suelo e inspeccioné el triciclo. Iván me permitió jugar durante un rato, después me volvió a poner el triciclo entre las piernas. Esta vez me quedé sentada en el sillín y me dieron un azucarillo como recompensa. Al día

siguiente, Iván me colocó los pies sobre los pedales. Empujé, tal y como él me indicaba con la mano, y el vehículo avanzó ligeramente. Después me dio un azucarillo. Yo pedaleaba y me daban azúcar. Otra vez a pedalear y otro azucarillo. Por mí habría seguido así eternamente, pero llegó un momento en que Iván me quitó el triciclo y dio la jornada por concluida. Al día siguiente se repitió la jugada y lo mismo ocurrió en días sucesivos, hasta que llegó uno en el que me monté voluntariamente en el triciclo. Una vez que hube entendido los principios básicos, la clase de conducir no me resultaba complicada.

Sin embargo, con el triciclo también tuve una experiencia atroz. Una mañana Ivánapestaba: era una mezcla asquerosa de perfume y vodka. Sintiéndome traicionada y pisoteada, lancé el triciclo contra Iván, que lo esquivó hábilmente y me gritó, mientras sus brazos giraban en el aire como dos ruedas completamente autónomas. Esa vez no hubo azucarillo, sino latigazos. Pasó mucho tiempo hasta que, al fin, comprendí que había tres categorías de actividades. Las que pertenecían a la primera categoría eran las que me reportaban azúcar. Con las de la segunda categoría no obtenía nada: ni azucarillos ni latigazos. Por las actividades de la tercera categoría era generosamente recompensada con varios latigazos. De ese modo, fui clasificando cada nueva actividad según esas tres categorías, como hace un funcionario de correos con los envíos.

Así finalicé esa parte de la autobiografía y llevé el manuscrito a León Marino. Fuera soplaba un viento fresco, pero en la editorial no corría el aire, olía al humo frío de los cigarrillos soviéticos. Sobre el escritorio vi unos platos llenos de huesos, probablemente alitas de pollo; detrás estaba León Marino, moviendo hábilmente un palillo, como un pajarito que menea el pico. De postre le serví mi manuscrito, con una caligrafía muy apretada. Tras devorarlo con avidez, profirió una tos seca, bostezó y dijo:

–Es demasiado corto. ¡Escribe más!

Su tono arrogante me molestó.

–La extensión es solo cosa mía. ¿Qué me darás si escribo más?

Mi antiguo orgullo de estrella circense había vuelto repentinamente. León Marino se mostró irritado, no contaba con que yo pudiera exigirle nada. Con dedos nerviosos abrió uno de los cajones, cogió una tableta de chocolate, me la dio y añadió el siguiente comentario:

–Es un producto excelente de la RDA. Yo no como dulces. Puedes quedártelo.

No le creí una sola palabra, pues el color del envoltorio que cubría la tableta como una armadura brillaba de un modo que no me recordaba a Alemania del Este. Lo más probable era que León Marino hubiese conseguido el chocolate gracias a sus contactos en el Oeste. ¡Podría denunciarte! Pero no dejé que se me notara que lo había comprendido todo, sino que partí la tableta en dos sin desenvolverla. Una atractiva piel de cacao perla negra quedó al descubierto. Fue una lástima que me supiese demasiado amargo.

–Si sigues escribiendo te daré más. Bueno, en realidad no estoy tan seguro de que tengas mucho más que decir.

León Marino se volvió a poner la máscara de editor ocupado y su mente se sumergió en los papeles.

Espoleada por aquella burda provocación, corrí a casa y me abalancé sobre el escritorio. La sustancia fácilmente inflamable que genera el enfado es muy útil para producir un texto. Permite ahorrar una energía que, en otras circunstancias, habría que extraer de otro sitio. El combustible de la ira no se encuentra en ningún bosque. Por eso estoy muy agradecida a todo el que me enfurece. Al parecer, mis dedos apretaban demasiado al escribir. El plumín no aguantó la presión y se dobló. La sangre azul alpino salió a borbotones de la Mont Blanc y me manchó la tripa blanca. Me había equivocado desvistiéndome por completo a causa del calor. Una escritora nunca debería trabajar desnuda. Me lavé, pero la mancha de tinta ya no se quitó.

Aprendí a llevar una falda de tul, o mejor dicho: a sobrellevarla. Al menos logré no arrancármela. También toleré que me pusieran unos grandes lazos en la cabeza. Iván dijo que debía aguantarlo porque era una niña. A diferencia de los azucarillos, de los que nunca me cansaba, no pude tragarme ese argumento. Me ataban varios trozos de tela a la cabeza, pero eso cada vez me molestaba menos, al igual que los terribles haces de luz que emitían los focos, que ya tampoco me incomodaban. Jamás perdía los nervios, ni siquiera cuando veía ante mí un hervidero de gente. La fanfarria anunciaba mi actuación y yo salía al escenario, completamente iluminado, montada en mi corcel de tres ruedas. La falda de tul me tapaba las caderas, en mi cabeza ondeaba un gran lazo. Me bajaba del triciclo, saludaba a Iván dándole la

zarpa derecha y después me subía a una pelota y hacía unos cuantos equilibrios. En mitad de los fragorosos aplausos veía emerger el azúcar sobre la mano de Iván, como si de un manantial de agua se tratara. El dulzor en la lengua y las vaharadas de alegría que despedían los poros de los espectadores tenían un efecto embriagador.

En el transcurso de una semana, logré a duras penas escribir hasta aquí y fui a ver de nuevo a León Marino. Él leyó el manuscrito con avidez, aunque nunca olvidaba mostrar un gesto de indiferencia. Al acabar, hizo un comentario brusco:

–Si en algún momento tenemos un hueco en la producción, podríamos publicar tu texto.

Después me plantó otra tableta de chocolate occidental en la zarpa y se volvió rápidamente, como queriendo ocultar sus pensamientos.

–Por principio no pagamos a los autores. Si necesitas dinero, debes intentar que te acepten en la asociación de escritores.

Un día volé a Riga para asistir a un congreso. Enseguida reparé en que algunos participantes me miraban de reojo, pero no con recelo, como era habitual, sino de otra manera. Aquello olía raro, o bien se me escapaba algo. Durante el descanso, los asistentes formaron pequeños corrillos y se pusieron a cuchichear. Cuando me acerqué a uno de ellos, enseguida empezaron a hablar en letón, con lo cual no entendí una sola palabra. Hui hacia el pasillo y me situé junto a la ventana. Un hombre con gafas se me acercó discretamente y me hizo una revelación:

–¡He leído su obra!

Otro lo oyó y, algo sonrojado, se nos acercó.

–¡Lo que usted escribe me parece interesantísimo! ¡Estoy deseando leer la continuación!

Una mujer que parecía ser su esposa se le arrimó, me sonrió y susurró a su marido:

–¡Sí que has tenido suerte! ¡Estás hablando personalmente con la autora!

Al momento quedé parapetada tras un seto de gente. Poco a poco comprendí que León Marino había publicado mi autobiografía en su revista sin decirme nada. Me pareció algo imperdonable.

El congreso terminó antes de lo esperado, y yo no pensaba en otra cosa que

en correr a la librería de la calle principal para preguntar por la revista. El dependiente me respondió que estaba agotada, si es que me refería al último número, del que todo el mundo hablaba. Después me escrutó desde la frente hasta las rodillas y me dio un consejo:

–En el teatro de enfrente representan todas las noches *La gaviota*, de Antón Chéjov. El actor que interpreta el papel de Tréplev ha comprado antes un ejemplar. Actúa esta noche.

Salí de la librería y corrí al teatro, llamé con tanto ímpetu a aquella puerta cerrada que el cristal se rajó. Por suerte nadie me vio, salvo una persona: un joven que hacía una mueca en un cartel. Me guiñó el ojo derecho. Eso no lo vio nadie, solo yo.

Al lado había un parque. Me tomé un vaso de *kvas* y maté el tiempo leyendo los periódicos que había pegados en la pared exterior del quiosco, como si fuesen tiras de papel pintado. Exactamente una hora antes de que comenzara la función, regresé al teatro.

–Tengo que hablar con Tréplev –dije a la taquillera.

–La función empieza dentro de una hora. Ahora mismo no puede hablar con ningún actor.

Fue una negativa escueta, descarnada. No se me ocurrió nada mejor que comprar una entrada, volver al parque y tomarme otro vaso de *kvas*. Pasó una hora y, con gesto ufano, accedí al teatro por la entrada principal y tomé asiento en el patio de butacas. Todo era nuevo para mí. El trabajo en el circo me había absorbido por completo, así que nunca había tenido la oportunidad de contemplar otro escenario, ni mucho menos desde el lado de los espectadores. Además, un grueso muro separaba el mundo del teatro y el del circo, como si fueran el Este y el Oeste. No obstante, había sido un gran error por mi parte rechazar el teatro, al igual que un niño detesta cierta verdura sin haberla probado. Podría haber aprendido mucho del teatro, por ejemplo cómo variar el tempo del programa, o cómo combinar humor y melancolía. De haberlo sabido entonces, cuando todavía actuaba en el circo, me habría regalado una noche de teatro más a menudo.

La representación fue una delicia, la gaviota muerta sobre el escenario me pareció especialmente jugosa.

Al acabar la función me colé hasta el camerino, dondeapestaba a polvos. Ante los espejos que colgaban alineados en la pared había desperdigados varios cosméticos de colores. Los actores aún no habían vuelto. Encontré la

revista que buscaba, la cogí, la hojeé presurosamente y di con el texto que había escrito. Tenía incluso título. No recordaba haberle puesto un título ni que me lo hubiesen pedido. Seguro que aquel título tan vulgar había sido idea de León Marino: *Salva de aplausos por mis lágrimas*, y para colmo del descaro había añadido *Primera entrega*. ¡Anunciaba una continuación sin consultar a la autora! Era evidente que su arbitrariedad había llegado demasiado lejos.

Oí una mezcla de ruidos en el pasillo y después olí el sudor de los actores, mezclado con un aroma a rosas. Las actrices y los actores dieron un respingo al verme en mitad del camerino. Blandiendo la revista me presenté:

—¡Soy la autora de *Salva de aplausos por mis lágrimas*!

Aquello sonó como una torpe excusa, pero aun así surtió efecto: el susto desapareció de los rostros petrificados de los actores y, en su lugar, asomó la luz de la admiración. El cambio comenzaba alrededor de sus bocas e iba subiendo poco a poco hasta la frente. Sus pestañas empezaron a aletear, coquetas. Pero, por favor, faltaría más, siéntese. Me ofrecieron una banqueta diminuta. Apenas hube apoyado una parte de mi peso en ella, se oyó un crujido que amenazaba con partirla en dos, así que renuncié a sentarme.

—¿Puedo pedirle un autógrafo?

Era Tréplev quien lo preguntaba. Su olor corporal estaba compuesto de jabón, sudor y esperma.

Esa misma noche volé de regreso a Moscú y, envuelta en el olor familiar de mi cama, pensé que me había convertido en escritora, y que en esa trayectoria ya no había marcha atrás. No logré conciliar el sueño, y el cuenco de leche templada con miel tampoco ayudó. De niña siempre estaba bajo presión: tenía que acostarme pronto para, a la mañana siguiente, poder levantarme temprano y empezar de inmediato con el entrenamiento. En mi caso, hubo todavía una fase anterior a la infancia en la que no se oía el tictac de ningún reloj. Yo contemplaba la luna, notaba los rayos de sol en la piel y percibía con exactitud la lenta alternancia entre claridad y oscuridad, con pequeñas variaciones. El dormir y el despertar no eran un asunto privado, sino cosa de la naturaleza. Con el inicio de la infancia, la naturaleza terminó. Quiero averiguar qué me sucedió antes.

Estaba en mi cama de siempre, mirando fijamente el techo, donde descubrí una gamba, que, en realidad, solo era una mancha. De pronto apareció el rostro delgado de Tréplev, aunque no se parecía en nada a la gamba. Durante

los próximos días, semanas, meses y años actuará sobre el escenario, se enamorará de alguien y en algún momento morirá. ¿Y yo? Yo moriré antes. ¿Y León Marino? Ese morirá incluso antes que yo. Una vez fallecemos todos los seres vivos, nuestros deseos incumplidos y las palabras no pronunciadas siguen flotando en la estratosfera sin nosotros, se mezclan entre sí y permanecen sobre la Tierra en forma de niebla. ¿Cómo verán los vivos esa niebla? A lo mejor ya no se acuerdan de los muertos y, simplemente, mantienen una conversación banal sobre el tiempo, por ejemplo: «Sí que hay niebla hoy, ¿verdad?»

Cuando me desperté era casi mediodía. Sorprendí a León Marino trabajando.

–¡Dame el último número de tu revista!

–No nos quedan ejemplares. Está agotada.

–Has publicado mi autobiografía.

–Es posible.

–¿Y por qué no me envías un ejemplar justificativo?

–Ya sabes, los envíos muchas veces los censuran. Iba a llevarte un ejemplar en persona, pero como ves siempre estoy muy ocupado, y el que te había reservado ha desaparecido. Pero tú no necesitas leer el texto otra vez. Sabes de sobra lo que has escrito.

Su rostro no revelaba ni un ápice de remordimiento. Por qué habría de sentirlo. Tenía razón: yo no necesitaba leer mi propio texto.

–Por cierto, tienes que entregar la segunda parte a primeros de mes como muy tarde. ¡Que no se te pase! –dijo León Marino y carraspeó.

–Pero ¿por qué has anunciado una serie sin consultarme?

–¡Sería una lástima que una vida tan apasionante no se contara hasta el final! –Su comentario adulador me apaciguó por un momento, pero luego recordé que me había hecho algo imperdonable.

–Sabes de sobra que por mi constitución física desconozco lo que son las lágrimas. ¿A qué viene un título tan estúpido?

León Marino se frotó las manos, como buscando el fermento adecuado para amasar un nuevo pan hecho de mentiras. Me mantuve en un tono hostil:

–¿Cómo se te ocurre poner un título cualquiera? ¡Párate al menos a pensar en el significado de las palabras! Las lágrimas tienen que ver con la sentimentalidad de las personas. A mí solo me importan el hielo y la nieve. ¡No puedes dejar que se derritan para convertirlos en lágrimas!

León Marino hizo una mueca y movió las barbas. Parecía que, al fin, había encontrado la manera de darle la vuelta al asunto.

–Tú oyes la palabra «lágrimas» y enseguida piensas que son las tuyas. Pero el mundo no gira a tu alrededor. No eres tú, son los lectores quienes deben derramar lágrimas. Y tú tampoco tienes que llorar, solo tienes que cumplir con el plazo de entrega.

Me dejé intimidar por semejante descaro, me sentí como una pequeña otaria con las cuatro extremidades atrofiadas, pero la realidad era que tenía un poderoso aparato prensor y locomotor para poder atacar al enemigo. León Marino me escupió sus últimas palabras.

–¿Has terminado ya de interpretar tu papel? Entonces ¡largo de aquí! Tengo mucho que hacer.

En lugar de abofetearlo, le saqué la lengua, que recordaba cierto sabor dulce.

–Por cierto, ese chocolate occidental que me regalaste no estaba mal. ¿Tienes un buen contacto al otro lado?

León Marino perdió la paciencia, con dedos nerviosos sacó una tableta de chocolate del cajón y me la lanzó.

Nada más cerrar la puerta de casa, me senté al escritorio. Seguía estando furiosa, el impulso creativo se me aferró al tobillo como un grillete y no me soltó. Ya en la Edad Media había hombres como León Marino, que tendían trampas en el bosque para cazar un oso vivo. Después adornaban al animal con flores y lo obligaban a bailar en la calle. El pueblo lo celebraba, aplaudía entusiasmado y le arrojaba monedas. Los caballeros y los artesanos despreciaban vilmente al oso, pues el animal parecía un artista callejero que coqueteaba con el pueblo, lo adulaba, se sometía y era un ser dependiente. Ahora bien, el objetivo del oso era otro muy distinto: alcanzar el éxtasis junto con el público o comunicarse con los espíritus y los muertos a través de la música y el baile. El oso no sabía quién era el pueblo ni qué significaba coquetear.

Ya de niña estaba todos los días sobre el escenario, pero nunca me enteraba de lo que se representaba el resto del tiempo. A veces oía el rugido de un león, pero nunca vi actuar a ninguno.

Además de Iván había otras personas que trabajaban para mí. Una de ellas me traía cubitos de hielo y me los tiraba al suelo; otra recogía mis cacharros.

Mientras dormía, ellos hablaban en voz baja o se movían con sigilo y de puntillas para no despertarme. Aquello me divertía, pues aunque estuviese dormida, bastaba que un solo ratón diminuto se sonase la nariz con guantes de terciopelo en la otra punta de la habitación para que yo me enterara. El cuerpo de Iván y de los demás despedía un olor tan fuerte, que mi nariz era incapaz de no percibir su presencia, por muy profundo que fuese mi sueño.

El olfato era para mí el más fiable de los cinco sentidos, cosa que se ha mantenido hasta hoy. Cuando oigo una voz, eso no siempre significa que su dueño esté presente. También un gramófono o una radio pueden reproducir voces. De la vista no me puedo fiar. Una gaviota disecada o una persona disfrazada con una piel de oso no son más que un envoltorio para engañar a mis ojos. Pero un olor no logra confundirme tan fácilmente. Soy capaz de oler si una persona fuma, si le gusta comer cebolla, si estrena zapatos de piel o si tiene la regla. El aroma de un perfume no puede ocultar el olor a sobaco o a sudor ni el olor a ajo. Todo lo contrario: los potencia, cosa que, al parecer, los seres humanos ignoran.

Un paisaje nevado cubrió mi campo visual. No había un color distinto del blanco en kilómetros a la redonda. Tenía el estómago vacío, sentía punzadas de hambre y pronto percibí un olor a topillo nival. No se le veía, estaba excavando un túnel bajo tierra. El túnel no era muy profundo, aplasté el hocico contra el suelo nevado y seguí el rastro del topillo, que se desplazaba. No podía ver nada, pero era fácil saber dónde estaba en cada momento. ¡Aquí! ¡Al ataque! Me desperté. La superficie blanca que tenía ante mí no era un campo nevado, sino una hoja de papel en blanco.

Mis retinas recuerdan perfectamente mi primera rueda de prensa. Cada cinco segundos notaban el pinchazo de un flash. Iván parecía petrificado dentro de aquel traje, que se abombaba por los hombros y a la altura del pecho. A diferencia de cualquier función del circo, en la sala solo había diez personas.

—¡Estate atenta, esto es una rueda de prensa!

Iván puso en mi oído la extraña expresión «rueda de prensa». Nos sentamos en el estrado como corresponde, uno junto al otro. Nos cayó otro aguacero de flashes. Al otro lado de Iván estaba su superior, cuyo olor capilar y cuyo movimiento de dedos, cobarde y aparentemente sádico a la vez, despertaban mi agresividad. De haber estado más cerca, le habría enseñado

los colmillos de inmediato. El superior parecía intuir el rechazo que me provocaba y nunca se acercaba demasiado.

–El circo es un entretenimiento de primer orden para la clase obrera, ya que...

El superior pretendía añadir un poco de chicha a su famélico discurso, hasta que fue interrumpido por la pregunta de un periodista:

–¿Le ha mordido alguna vez un depredador?

El superior no tenía ninguna respuesta preparada. El bombardeo de preguntas recayó entonces sobre Iván. Le llovían como confeti de colores y lo confundían.

–¿Es cierto que usted habla el lenguaje de los osos?

–Eso de que los osos roban el alma de una persona y luego esta muere de forma prematura, ¿es solo una superstición?

Iván murmuró palabras incomprensibles, como «Hm, eh, yo, en realidad, disculpen, en una palabra, eh, eso no quiere decir que...».

A pesar de sus no respuestas, la semana siguiente se publicaron extensos artículos sobre nosotros no solo en nuestro país, sino también en Polonia y en la RDA.

Debo reconocerlo: mi vida no cambió hasta que me convertí en escritora. Para ser más exactos, no fui yo quien se convirtió en nada, sino que fueron las frases que había escrito las que me convirtieron en escritora, y ese no fue ni mucho menos el final de la historia: un resultado llevaba a otro y poco a poco fui arrastrada hacia un lugar cuya existencia desconocía. La escritura era una acrobacia más arriesgada que bailar sobre una pelota en movimiento. Para aprender a bailar sobre una pelota había que partirse el lomo, cosa que literalmente ocurrió durante un ensayo, aunque acabé logrando mi objetivo. Al final tuve la certeza de que podía hacer equilibrios sobre un objeto en movimiento, mientras que sobre la escritura no puedo decir nada parecido. ¿Hacia dónde se dirigía la pelota de la escritura? No podía seguir en línea recta, porque entonces me caería del escenario. Mi pelota debía girar sobre su propio eje y, al mismo tiempo, moverse alrededor del escenario, igual que la Tierra alrededor del Sol.

Escribir me costaba tanto esfuerzo como salir de caza. Cuando olfateaba una presa, lo primero que notaba era desesperación: ¿lograré atraparla o volveré a fracasar? Para el cazador, ese sentimiento de inseguridad estaba a la

orden del día. Con demasiada hambre era incapaz de cazar. Antes habría preferido comerme un menú de tres platos en un restaurante de lujo. Además, antes de cada salida de importancia me gustaba dar suficiente descanso a mis extremidades. Mis ancestros pasaban todo el invierno adormilados y guarecidos en sus cuevas. Ojalá también yo pudiera retirarme, al menos una vez al año, hasta que la primavera me viniese a buscar. Un invierno de verdad no conoce la luz ni el ruido ni el trabajo. En las grandes ciudades el invierno fue menguando y, con él, también las dimensiones de la vida.

El recuerdo de mi primera rueda de prensa quedó nítidamente grabado en mi cerebro, como si estuviese pintado; en modo alguno se difuminó, pero soy incapaz de recordar qué pasó después. Un trabajo sucedió al otro. Durante diez años trabajé sin descanso, con un ardor que no dejaba espacio al invierno. Todo lo que me molestaba y lo que me hería se transformaba de inmediato en abono para mi carrera, de ahí que no me quedase ningún recuerdo.

Mi repertorio fue creciendo, mi vocabulario se fue ampliando, pero jamás volví a experimentar una sorpresa tan grande e iluminadora como la que me llevé entonces, cuando comprendí por primera vez en qué consistían las artes escénicas. Tenía que ensayar continuamente números nuevos, lo cual me hacía sentir como la obrera de una fábrica. Por mucho que el encargo fuese distinto y más difícil cada vez, todo me parecía monótono y no me sentía orgullosa del resultado. «El trabajo en el circo también se puede parecer a una cadena de montaje.» En una ocasión defendí este argumento en un congreso sobre «El orgullo de la clase obrera».

León Marino leyó mi nuevo manuscrito y dijo:

–Mejor que no seas tan crítica con la política. Tu filosofía también me aburre. Los lectores prefieren saber cómo llegaste a dominar el excelsa arte del escenario sin perder tu lado salvaje, y cómo te sentiste durante todo ese proceso. Lo que importa son tus experiencias, no tus ideas.

No sé por qué, pero su opinión me enfureció, y en el camino de regreso paré en el mercado de abastos estatal, me compré un tarro de miel y me lo zampé de un solo zarpazo. A partir de entonces dejé de escribir sobre temas políticos, aunque no siempre sepa exactamente qué es político y qué no.

Cabría pensar que nací con un talento acrobático y que, gracias a un duro entrenamiento, logré perfeccionar mis habilidades, cuyos frutos mostraba orgullosa al público: esta interpretación es un completo error. Profesionalmente no tuve otra opción, y de talento nunca se habló. Yo conducía el triciclo y, a cambio, me daban azucarillos. Si en vez de eso hubiese lanzado el triciclo a un rincón, ya no me habrían dado más comida, sino latigazos. Iván tampoco tuvo otra opción. Ni siquiera el pianista, que no dependía del circo y que solo tocaba para nosotros esporádicamente, se había parado a pensar si tenía ganas de tocar o no. Día tras día nos empujaban hacia un callejón sin salida, y nosotros hacíamos lo mínimo para sobrevivir, lo cual, a su vez, exigía el máximo esfuerzo. Yo no era una víctima de la violencia de Iván. Ni un solo movimiento de los que mi cuerpo hacía en escena era superfluo o innecesario, es decir, que no era el resultado de una violencia externa.

En la vida no tenemos elección, pues aquello que sabemos hacer, comparado con la vida, no es tanto como creemos. Ahora bien, si no somos capaces de lograr ese poquito al cien por cien, no podemos sobrevivir. Y este principio básico no debe de ser muy distinto en el caso de los jóvenes malcriados por una sociedad acomodada.

A poco que mi capacidad física, el impulso de Iván o el interés del público hubiesen disminuido, nuestro espectáculo habría fracasado.

Mi texto, publicado rápidamente debido al incorrecto proceder del editor, atrajo la atención de los lectores extranjeros que dominaban el ruso. Un eslavista de Berlín apellidado Eisberg tradujo la primera parte de mi autobiografía al alemán y la publicó en una revista literaria. La traducción cosechó una crítica entusiasta en un periódico alemán no menor. El buzón de la editorial se inundó de cartas en las que los lectores preguntaban por la próxima entrega. Cuando en Berlín se publicó la primera parte, aquí en Moscú salió la segunda. El original y su traducción comenzaron a interpretar una fuga. A mi modo de ver, aquello se parecía más al juego del gato y el ratón que a una noble composición musical. Y como ratón, yo cada vez tenía que correr más rápido para que el gato no me cazase.

Seguro que no fue el señor Eisberg quien publicó mi texto ilegalmente. Era muy probable que León Marino le hubiese vendido los derechos de traducción sin decirme nada. Convertido en moneda occidental, mi texto

acabó en el bolsillo del editor. Después de que la portera me ilustrase sobre lo sucedido, fui a ver a León Marino para pedirle una explicación. Él afirmó no saber nada al respecto. El grosor de su piel nunca permitía adivinar si estaba mintiendo o no. Luego me dio la espalda y, para colmo, se permitió un comentario insolente:

–Harías mejor empleando tu tiempo en escribir, en vez de en gestionar tus derechos de traducción.

Sus palabras penetraron en mi estómago y lo volvieron del revés; me habría encantado desembucharlas. Se me ocurrió una idea malvada para vengarme, y aunque me parecía repugnante, no se me iba de la cabeza. Desde una cabina telefónica llamé al portero del edificio donde anidaba la editorial Estrella Polar y le conté que León Marino guardaba moneda occidental en grandes cantidades. Era muy probable que el portero estuviese enterado desde hacía tiempo; es más, podía ser que él mismo sacase algún beneficio, pero a partir de ese momento tuvo que contemplar la posibilidad de que la propia policía secreta fuese la autora de la llamada anónima, con objeto de poner a prueba su lealtad. Por esa razón, el portero no se podía permitir ignorar el aviso ya que, si lo hacía, él mismo corría grave peligro de acabar en prisión. Así que primero informó a León Marino y luego lo denunció a la policía secreta. Ahora bien, todo esto no son más que elucubraciones mías. Durante el registro de la oficina de León Marino, la policía no encontró ni una sola tableta de chocolate occidental, ni mucho menos billetes extranjeros.

Más adelante me llegó el rumor de que una señora de Odesa había comprado un Toyota, blanco como la nieve, a un griego que había ido a tomar las aguas a un balneario. Los vecinos se sorprendieron de que la señora tuviese tanto dinero occidental. León Marino había sido visto en Odesa poco antes. Un testigo contó que el león había entrado sigilosamente en la mansión donde vivía la señora, cargado con una bolsa grande de deporte. En mi cabeza pronto se montó la siguiente escena: gracias a la venta de los derechos de traducción, León Marino había conseguido mucho dinero occidental y había regalado un coche a su concubina de Odesa.

Para mí fue una auténtica desgracia que el señor Eisberg fuese un buen traductor. Transformó mis frases osunas en alta literatura, que pronto mereció los elogios de un prestigioso diario occidental. Sin embargo, ningún crítico ensalzaba la calidad poética de mi autobiografía. Los halagos se basaban en criterios muy distintos, de los que yo no tenía ni idea.

Por aquel entonces, en la República Federal de Alemania surgió un movimiento de protesta contra la explotación de los animales circenses. Sus representantes afirmaban que el adiestramiento violaba los derechos de estos seres vivos. Según ellos, los animales del bloque del Este estaban todavía más oprimidos que los del Oeste. En el Este se publicó un libro titulado *El adiestramiento del amor*, escrito por una tal Dra. Aikowa, cuyo padre era zoólogo. Tal vez por ese motivo había logrado adiestrar a tigres y lobos siberianos en las artes escénicas sin necesidad de recurrir al látigo ni a otro tipo de amenazas. El libro constaba en su mayor parte de entrevistas, en las que la autora hablaba de su trato cariñoso con los animales. Varios periodistas occidentales lo tomaron como una provocación. «Los animales salvajes jamás se interesarían por un escenario, a no ser que los seres humanos los obligasen por la fuerza. Lo único que pretende Aikowa es justificar su circo, que no es arte ni nada que se le parezca, un circo con el que el socialismo quiere seguir obteniendo moneda occidental.» Esa era, a grandes rasgos, la opinión de los periodistas indignados. Mi autobiografía les pareció una prueba del maltrato animal por parte del socialismo.

No pasó mucho tiempo hasta que la autoridad competente se percató de la fama que mi libro había adquirido en el Oeste. Un día, León Marino me comunicó por telegrama que no podíamos continuar con la autobiografía. Me enfadé mucho con él, pero en lo concerniente al futuro de mi escritura, no me cabía la menor duda: seguiría escribiendo aunque León Marino ya no quisiese publicar nada mío. A lo mejor hasta encontraba otra editorial más seria. Se acabaron los dardos envenenados con los que León Marino intentaba extraer nuevos renglones de mis zarpas. Ya no me plegaría a los deseos de nadie, me retiraría a escribir y disfrutaría de la intimidad, a dúo con mi pluma.

Mi vida se tranquilizó, como una chimenea cuyo fuego lleva tiempo extinto. Antes no podía comprar unas cuantas latas en una tienda sin que me abordase algún admirador, pero ahora ya nadie se acercaba. Ni siquiera en mitad del gentío que acudía al mercado semanal mi mirada se topaba con otra. Todas huían de mí como moscas efímeras, no lograba atrapar ninguna. Lo cierto es que me alegraba cuando el cartero traía una carta de mi empleador, pero solo decía que ni se me ocurriera presentarme en la oficina hasta que la situación mejorase. Tampoco era necesario que supervisara el nuevo proyecto con los músicos cubanos, puesto que ahora se encargaba otra persona. Y tampoco llegaban invitaciones a congresos.

Era obvio que la revista de León Marino no ostentaba el monopolio literario del país, pero curiosamente no me contactaba ninguna otra publicación. Todo el mundillo literario se había puesto de acuerdo para ningunearme. Solo de pensarlo se me revolvió la bilis y di un puñetazo encima de la mesa. Fue una reacción espontánea; después me di cuenta de que tenía un bolígrafo en la mano. Demasiado tarde.

El cuello se había roto, la cabeza se quedó clavada en la carne del escritorio, mientras su cuerpo permanecía en mi zarpa.

Antes, cualquier acto simbólico me resultaba ridículo, por ejemplo me parecía absurdo ver a un autor bípedo romper su pluma en señal de protesta contra la censura. Pero ahora he sido yo la que ha roto el bolígrafo. Pensaba que algo que se usa para escribir me serviría como asidero en tiempos de crisis, pero en realidad era tan frágil como el brazo de un bebé.

Un día recibí una carta de una asociación nacional llamada «Asociación promotora de la comunicación internacional». Lo que me proponían sonaba muy extraño: «¿Le gustaría participar en un proyecto para plantar naranjos en Siberia? Para nosotros es muy importante que alguien tan famoso como usted participe. Así lograríamos que el proyecto despertase gran interés.» ¿Yo famosa? Esas palabras eran como pétalos de rosa que me hacían ligeras cosquillas en el oído. Acepté sin dudar.

Ese mismo día, un poco más tarde, me disponía a sacar la basura cuando abrí la puerta y me topé con la portera. Me preguntó cómo estaba. Aquello sonó a excusa, pero ignoraba qué podía ocultarme.

–Me voy a trabajar a Siberia –respondí orgullosa, y le di más detalles sobre tan honrosa invitación.

La portera enarcó las cejas en un gesto conmisericordioso.

–El proyecto consiste en cultivar naranjos en un clima frío –añadí, a fin de evitar malentendidos.

Al escucharme, la portera casi se echó a llorar. Se aferró a la bolsa que llevaba encima y, excusándose, me dijo que lo sentía mucho, pero que debía irse porque tenía que resolver un asunto urgente.

Yo era lo bastante ingenua y optimista como para creer que en Siberia podían crecer naranjos. ¿No se cultivaban tomates y kiwis en el desierto israelí? ¿Y por qué no naranjas en Siberia? Además, si alguien podía adaptarse a Siberia, esa era yo. El frío era mi pasión.

A partir de ese momento, la portera comenzó a esquivarme. Cada vez que salía de casa, ella abandonaba el rellano y se escondía detrás de su puerta. Fueron varias las ocasiones en las que, ya en la acera que había delante de nuestro edificio, vi que me observaba por una rendija de las cortinas. Una vez que llamé a su puerta para pedirle algo hizo como si no estuviera en casa.

En mis oídos comenzó a crecer moho, porque ya nadie hablaba conmigo. La lengua no solo sirve para hablar, también se utiliza para consumir alimentos. Los oídos, por el contrario, solo están ahí para percibir ruidos y voces. Como solo oían el chirrido del tranvía, los míos empezaron a oxidarse, lo mismo que las ruedas de un tren abandonado. Extrañaba las voces humanas, así que se me ocurrió agenciarme una radio y fui a una tienda de electrodomésticos. Para mi sorpresa, el dependiente me dijo que las radios estaban agotadas en todo el país. Casi me alegré, por pura obstinación. Aunque hubiese conseguido un aparato, seguro que habría sido de tan mala calidad que apenas lo distinguiría de los chirridos del tranvía. De camino a casa di un rodeo para pasar por la papelería y comprar papel. Le hablé al dueño del proyecto de las naranjas siberianas y su reacción fue inmediata: «Lo siento mucho por usted. Tiene que haber una alternativa.» A lo mejor debía empezar a preocuparme. Cuando me disponía a subir las escaleras de mi casa, la portera salió sigilosamente de su piso y, sin hacer comentario alguno, me dio un papelito con el nombre y la dirección de un desconocido. Enseguida comprendí que esa persona podría salvarme, pero actuar con rapidez no era uno de mis fuertes. Así, transcurrió otra semana sin que yo hiciera nada.

Comenzó una nueva semana, en la que un cartero jadeante y de mejillas coloradas me trajo un envío certificado. Era una invitación a un congreso internacional que tendría lugar en Berlín Oeste. La carta estaba escrita en un tono seco, frío. Más enigmático aún me resultó que los organizadores me ofrecieran diez mil dólares en concepto de honorarios por participar en el encuentro. He debido de entenderlo mal, pensé, y volví a leer la carta, pero eso era lo que ponía y en letra bien clarita: «diez mil dólares» y «Berlín Oeste». ¿Y por qué iban a pagarme tanto dinero? También me pareció extraño que los honorarios no me los transfiriesen a mí, sino a la cuenta de la asociación nacional de escritores. Más adelante lo fui entendiendo. Sin una oferta económica no me habrían concedido el visado. En menos de dos

semanas ya tuve lista toda la documentación, incluido el billete desde Moscú a Berlín Schönefeld.

Apenas llevaba equipaje: sería un viaje muy corto. El avión olía a plástico derretido, y el hecho de estar sentada tampoco me tranquilizó, ya que el asiento era muy estrecho. El avión aterrizó en el aeropuerto de Berlín Schönefeld y me vinieron a recoger unos policías, quienes, al parecer, no habían hecho otra cosa que esperarme. Se montaron conmigo en un camión y me llevaron hasta una estación, donde me subieron a un tren encantador con destino a Berlín Oeste. Cuando llegó el policía del control fronterizo le mostré todos los papeles que llevaba encima. El tren estaba inusualmente vacío, por fuera iban pasando paisajes desiertos a toda velocidad, deformados por el grueso cristal de la ventana. Una mosca se estrelló contra mi frente; no, no era una mosca, sino una frase: «Voy al exilio.» De pronto comprendí la situación. Alguien había planeado aquella huida para ponerme a salvo de un peligro que yo desconocía. Ante mis ojos aparecieron unas gafas de plástico rojo: era una mujer, todavía joven, alrededor de los veinte tal vez. Me preguntó algo y yo respondí en ruso:

—No le entiendo.

Entonces las gafas me preguntaron en un ruso rudimentario si era rusa. Pues claro que no, pero ¿cómo explicarle mi procedencia? Mientras buscaba las palabras adecuadas, ella dijo:

—Ah, entonces pertenece a una minoría étnica, ¿no? Hace tiempo hice un trabajo sobre los derechos humanos de las minorías étnicas; fue la primera vez que me dieron una buena nota. Una experiencia inolvidable. ¡Vivan las minorías!

Las gafas de plástico se sentaron a mi lado, mientras yo seguía bregando con el caos que había en mi cabeza: ¿pertenería mi clan a alguna minoría étnica? Esa posibilidad existía, ya que si bien no éramos tan numerosos como los rusos —al menos en las ciudades—, en el extremo norte del país y, sobre todo, en los entornos naturales, vivían muchos más miembros de nuestra especie que rusos.

—¡Las minorías son fantásticas! —exclamaron las gafas, que parecían haber entrado en un estado maníaco. A partir de ese momento no me dejaron en paz, sino que me bombardearon con más preguntas, por ejemplo adónde me

dirigía o si tenía amigos en Berlín Oeste. No respondí a esas preguntas típicas de espías.

Los plátanos que antes surcaban el paisaje a una velocidad de vértigo ahora renqueaban como frágiles ancianos con bastón. El tren entró lentamente en un edificio con una enorme cúpula, emitió un chirrido y se detuvo.

La estación era una gran carpa de circo. Algunas palomas zureaban sobre unos postes elevados. Yo sabía que esas palomas procedían de la chistera de algún mago. Un burro de hierro, que cargaba a sus espaldas una pila de maletas, pasó muy cerca de mí. Un panel mágico y parpadeante iba anunciando cada nuevo número circense. Entonces apareció una mujer vestida de colorines y con los muslos al aire. El micrófono comunicaba al público los nombres de las distintas estrellas. Alguien silbó a mis espaldas y entonces apareció un perro muy ufano, vestido como una persona. Sobre un mostrador había un montón de azucarillos: la clásica recompensa para los artistas.

Mi nariz olisqueaba a su alrededor, algo desorientada, cuando de pronto chocó contra un ramo de flores que olía a néctar; entre pétalo y pétalo me llegó un saludo, a modo de recibimiento: «¡Bienvenida!» Me tendieron muchas manos: una mano hinchada, una mano huesuda, una mano delgada, otra mano y otra, otra, otra y otra. Yo ofrecía la mía como si fuese un político y estrechaba las manos ajenas, dándome importancia.

Jamás había visto un ramo tan exuberante. ¿Por qué me lo entregaban? No había hecho ningún número especial. ¿Acaso el exilio era un ejercicio de funambulismo que mereciese un premio? Caminar sobre aquella cuerda floja sin red y sin ensayo era sin duda un gran reto, aunque no me resultaba especialmente complicado. Me pareció que la mujer teñida de pelirrojo que me había entregado el ramo quería decirme algo, pues su boca se movía como queriendo hablar, aunque no pronunciase una sola palabra. En su lugar habló un joven con apetitosas carnes de bebé.

–Disculpe, pero soy el único que habla ruso. Me llamo Wolfgang, encantado de conocerla.

A su lado había un hombre sudoroso que sostenía una bandera en la mano derecha y una abultada bolsa de viaje en la izquierda. En la bandera ponía: «Iniciativa ciudadana CAOS: Contra el envío de autores osados a Siberia».

Todos lucían vaqueros bien planchados y zapatos de piel relucientes, algo así como el uniforme de aquel movimiento.

Yo no tenía ni idea de lo que se estaban diciendo. Uno de ellos se despidió, luego se marchó otro, cada vez eran menos y, al final, solo quedamos Wolfgang y yo.

–Vámonos.

A izquierda y derecha se levantaban edificios de distintas alturas, eran mucho más bajos que los de Moscú. Algunas casas me recordaban a un pastel primorosamente decorado. Los coches brillaban a la luz del sol, hasta veía mi silueta reflejada en la carrocería. En esa ciudad, las piernas de los hombres y de las mujeres llevaban vaqueros azules. Una ráfaga de aire me trajo un olor a carne de mamífero quemada, carbón y perfumes dulzones.

Wolfgang se detuvo ante un edificio y subió las escaleras, de lo cual deduje que allí, en aquella casa recién pintada, era donde iban a alojarme. Al abrir el frigorífico descubrí un paisaje de ensueño formado por montículos de salmón rosa, cortado en finísimas lonchas y envasado al vacío en plástico transparente. Enseguida probé una loncha: no estaba mal, pero tenía un toque ahumado. A lo mejor el pescador había fumado en exceso mientras trabajaba. Tardé un poco en acostumbrarme a ese sabor.

–El piso es bonito, ¿verdad? –dijo Wolfgang, mirando a su alrededor.

A mí el piso no me interesaba. Estaba deseando meterme en el frigorífico y quedarme a vivir en él. Wolfgang se dio cuenta de que tenía la mirada fija en el salmón y se echó a reír.

–Como puede comprobar, le hemos hecho una buena compra. Debería tener suficiente para los primeros días.

Apenas se hubo marchado, acabé con todas las reservas de salmón.

Luego me coloqué frente a la puerta abierta del frigorífico vacío, dispuesta a disfrutar del aire fresco. Saqué el cajón de la parte inferior. Estaba lleno de cubitos de hielo, menudos y atractivos. Me los metí en la boca y los fui royendo.

La cocina pronto me aburrió, así que me dirigí a la siguiente habitación, donde había un televisor y una silla. Apoyé el trasero en la silla con cuidado, desplazé mi peso lentamente y el crujido fue instantáneo. La silla se quedó sin una pata. Tras esta habitación estaba el baño, tan pequeño como la cabina de un circo itinerante. Me duché con agua helada y salí sin secarme. Enseguida se formó un gran charco en el pasillo. Me sacudí el agua y, una

vez tumbada en la cama, no pude contener la risa, pues me acordé de un cuento: éranse una vez tres osos que se pusieron a preparar la sopa y luego salieron a dar un paseo. En su ausencia, una niña que se había perdido entró en la casa, se comió la sopa, rompió una silla, se metió en la cama y se quedó dormida. Los tres osos volvieron a casa y se encontraron la olla vacía, la silla rota y a una niña dormida en su cama. Entonces la pequeña se despertó y, asustada, saltó de la cama y salió corriendo. Y allí estaban los tres osos, enfurecidos y boquiabiertos. Yo me encontraba en la situación de esa niña. ¿Qué haría cuando los tres osos regresaran del paseo?

No fueron los tres osos, sino Wolfgang quien llegó al día siguiente para saber cómo me iba en el nuevo piso.

–¿Qué tal estamos? –preguntó.

–Me siento como la niña del cuento de los osos.

–¿Qué oso? ¿Winnie de Puh? ¿El oso Paddington?

Yo no conocía a ninguno de los dos.

–Me refiero a *Los tres osos*, de Lev Tolstói.

–A esos no los conozco –respondió Wolfgang.

Entre Wolfgang y yo había una cortina de hielo. El hielo es una sustancia aparentemente dura, pero al entrar en contacto con el calor corporal enseguida se derrite. Puse mi brazo en el hombro de Wolfgang, lo hice de broma, pero con firmeza. Él se soltó con una rapidez y una habilidad asombrosas y, tras cuadrar el rostro, dijo:

–Le he traído algo de papel y una pluma. Nos gustaría que siguiera trabajando en su obra. Debe empezar cuanto antes para que así termine cuanto antes. Nosotros, a cambio, le garantizamos un sueldo.

La boca de Wolfgang olía a mentiras. Existen distintos tipos de mentiras, y cada una huele de forma diferente. En este caso, el olor era sospechoso: Wolfgang no estaba expresando sus pensamientos, sino que reproducía las palabras de su superior. Wolfgang era un mentiroso, pero, por suerte, aún era un mentiroso joven. Su olor revelaba que todavía era un crío, y los olores no mienten. Le di un empujoncito de broma y, al ver que no reaccionaba, le di otro. Él frunció los labios y exclamó: «¡Para!», pero no pudo seguir reprimiendo sus ganas infantiles de comenzar una pelea, así que lo tiré al suelo, con cuidado de no aplastarlo. Mientras jugábamos, el olor a mentira desapareció de su cuerpo.

Pronto mi estómago notó un retortijón y dejé de ocuparme de Wolfgang;

me fui sola a la cocina y abrí el frigorífico. No quedaba salmón, eso ya lo sabía. Wolfgang vino tras de mí y, al ver los estantes vacíos del frigorífico, dijo:

–Vaya, se ve que el salmón no te ha parecido tan malo como yo me temía.

Seguramente se creía capaz de ocultar su estupor tras un tono irónico.

Al día siguiente me volvió a visitar, aunque yo no se lo hubiera pedido. Parpadeaba nervioso y tartamudeaba levemente.

–¿Cómo estamos hoy?

–No muy bien.

Como no dominaba la técnica de sonreír, a menudo transmitía una impresión equivocada.

Wolfgang me miró asustado y preguntó:

–¿No te encuentras bien? ¿Qué te ocurre?

–El hambre me pone enferma.

–Pues, que yo sepa, el hambre no es ninguna enfermedad.

Eso ya lo había pensado, con lo cual no me podía poner enferma. En su día me contaron que la enfermedad era una costumbre teatral propia de oficinistas, que tenían prohibido hacer teatro excepto los lunes, cuando no les apetecía ir a trabajar. Yo no me había puesto enferma en la vida.

–¿Qué hiciste anoche?

–Me senté al escritorio, pero no fui capaz de escribir.

Por unos instantes, los ojos de Wolfgang despidieron un brillo gélido.

–Tómate tu tiempo. Nadie te obliga a trabajar a un ritmo tan frenético que te haga perder tu calma interior. –Wolfgang volvía a oler a mentiras; sentí un escalofrío–. Además, el hambre no es el mejor amigo de la poesía. ¡Vamos a hacer la compra!

–No tengo dinero.

–Pues te abrimos una cuenta en el banco. Nuestro superior ya lo ha sugerido.

De camino al banco pasamos junto a dos enormes elefantes situados al borde de la carretera. Estaban hechos de una masa gris, tal vez de hormigón.

–¿Eso de ahí es un circo?

–No, es la entrada al zoo.

–¿Y tras esa puerta viven animales de hormigón?

–¡No! En el zoo viven muchos animales de verdad. Viven en grandes terrenos rodeados por una valla.

–¿También los leones, los leopardos y los caballos?

–Así es. Allí encontrarás más de cien especies distintas.

Me quedé sin saliva.

Lo que hicimos después en el banco seguramente no fuese nada ilegal, pero me creó muy mala conciencia. Entramos en un edificio decorado con un logo misterioso. Wolfgang susurró algo a un señor que estaba tras el mostrador; ambos hablaron durante unos instantes en voz baja. Después, el señor sacó un papel con un conjuro. En lugar de la firma, estampé mi zarpa en una hoja y así abrí mi primera cuenta corriente. Me dijeron que la tarjeta tardaría todavía una semana. Wolfgang me enseñó a sacar dinero de un cajero automático. Me llamó la atención que se plantase frente al cajero con los muslos innecesariamente separados. Después me llevó a un supermercado situado en un paso subterráneo, sobre el que discurría el ferrocarril. Al fondo del establecimiento, donde la mercancía más fría era también la mejor iluminada, estaba el salmón ahumado.

–Los próximos días no podré venir porque me han encomendado una tarea muy importante. Volveré dentro de una semana y entonces iremos juntos a recoger tu tarjeta. Hasta entonces te las tendrás que arreglar con esta ración de salmón, así que no te lo comas todo de golpe.

Esa misma tarde acabé con todo el salmón que Wolfgang me había comprado. Durante los días siguientes no comí nada, aunque por suerte tampoco tuve hambre.

–No deberías comer tanto salmón salvaje de Canadá –me advirtió Wolfgang en tono pausado una semana más tarde, cuando abrió la puerta del frigorífico.

Se me cortó la respiración: era evidente que me estaba regañando para sus adentros, cuando en realidad habría preferido reprenderme a grito limpio. Wolfgang, sin embargo, rebajó el tono y me habló tranquilamente, evitando palabras que resultasen demasiado discriminatorias. Me sentí como una artista de circo que comete un error acrobático delante del público. Mis pensamientos giraban sin sentido en torno a por qué no debía comer tanto salmón canadiense.

–¿Qué pasa con Canadá?

Wolfgang parecía buscar desesperadamente una metáfora que sirviera para explicar el problema de la forma más sencilla posible.

–Canadá no tiene la culpa de que esos salmones tan caros vayan a parar a

sus aguas. El problema es que los salmones se comen tus ahorros. El dinero hay que ahorrarlo.

No terminé de entender qué quería decir, pero una cosa me quedó clara: la palabra «Canadá» tenía un sonido fresco y hermoso.

–¿Has estado alguna vez en Canadá? –le pregunté.

–No.

–¿Y sabes qué tipo de país es?

–Uno muy frío.

Nada más oír aquello quise marcharme a Canadá.

Qué bien suena el calificativo de «frío». Lo sacrificaría todo por tener frío. La belleza de la reina de las nieves. Un placer escalofriante. La gélida verdad. Una acrobacia arriesgada que te deja los pies helados. Un talento que hace palidecer a todos tus rivales y los deja tiritando, como de frío. La razón, afilada como un carámbano de hielo. El frío tiene un espectro muy amplio.

–¿Y de verdad hace tanto frío en Canadá?

–Sí, hace muchísimo frío.

Soñé con una ciudad congelada, con fachadas de hielo transparente. Por las calles nadaban salmones en lugar de coches.

Vivía día y noche con las ventanas abiertas de par en par. Berlín me parecía una ciudad tropical. Algunas noches el calor me paralizaba, no me dejaba conciliar el sueño. Aunque fuese el mes de febrero, la temperatura superaba los cero grados, así que, definitivamente, decidí emigrar a Canadá. Como ya había tenido una buena experiencia con el exilio, no veía razón para no repetirla.

Al cabo de una semana, Wolfgang me acompañó al banco para recoger la tarjeta de débito. Introduje aquel trozo de plástico duro y cuadrado en la ranura del cajero, pulsé cuatro veces el uno, que era mi código secreto, y observé cómo la máquina escupía los billetes. Después pulsé cuatro veces el dos.

–Pero ¿se puede saber qué haces? Si ya tienes tu dinero –me dijo Wolfgang en voz baja pero firme.

Yo solo quería averiguar si el cajero escupía otra cosa distinta o más interesante si tecleaba otro número.

La segunda vez que fui al supermercado, mi nariz se aturdió con tanto olor distinto. Había olvidado dónde estaba el salmón. En el supermercado vendían demasiadas cosas absurdas e inútiles en lugar de ofrecer solo lo más

importante: salmón. Pedí a Wolfgang que me explicase cada producto que me parecía interesante.

—¿Qué es esto? ¿Se puede comer?

Había tantas cosas que yo no había visto nunca... En el mundo animal también hay rarezas, están por ejemplo los que prefieren comer hojas rotas, raíces desenterradas o manzanas caídas, pero eso no es nada en comparación con las curiosidades que les gustan a los humanos: una grasa que se untan en las mejillas; un líquido viscoso con el que se colorean las garras; unos bastoncillos diminutos con los que probablemente se hurguen la nariz; unas bolsas en las que guardan cosas para después tirarlas; un papel que utilizan para limpiarse el trasero; unos platos de cartón redondos, de usar y tirar, o unos cuadernos para niños con un oso panda en la cubierta. Todos esos productos olían raro. Las zarpas me empezaron a picar nada más tocarlos.

Acabé hasta las narices del olor a supermercado y quise volver al escritorio, donde me esperaba la autobiografía. Cuando se lo dije a Wolfgang, él pareció aliviado.

El escritorio dejó de gustarme, de pronto me resultó bajo, demasiado bajo para escribir una autobiografía en condiciones. Si las hojas del manuscrito estuviesen directamente a la altura de mi nariz —tan cerca que, en caso de una emergencia, el papel pudiese empapar la sangre—, entonces podría dejar que me viniese cualquier recuerdo. Tal vez me pesara la soledad, aunque yo misma había pedido a Wolfgang que se marchase.

Wolfgang no apareció durante días. A lo mejor mi relación con la cuenta bancaria debía suplir un amorío. El dinero era transferido a mi cuenta, yo lo sacaba, iba al supermercado y me comía lo que compraba. Después volvía a abrirme paso hasta la puerta, llamaba y mi amante aparecía en forma de billetes. Como no podía comérmelos, iba al supermercado y los cambiaba por salmón. Yo comía y comía y comía y nunca me saciaba. Se notaba claramente cómo una parte de mi cerebro iba involucionando día tras día: por las noches permanecía despierta en la cama, mientras que por las mañanas era incapaz de ponerme en pie. Mis extremidades eran trozos de pasta recocida, mi ánimo estaba falto de luz. Aquello era un proceso degenerativo y quise hacer algo para remediarlo. Mi sueño era ensayar un nuevo número en mitad de un frío cortante, un número que me reportara el aplauso atronador del público.

Salí de casa. Una motocicleta pasó rozándome el hocico y haciendo un ruido ensordecedor. Yo también había tenido una moto hacía tiempo, un modelo fabricado especialmente para mí. El ruido me daba tanto miedo que, en un primer momento, no quise acercarme a ella. El triciclo lo conducía bastante bien, pero la bicicleta no tanto, así que me construyeron una moto de tres ruedas a prueba de vuelco. Iván comenzó a imitar el sonido de la moto frente a la jaula para que me fuese acostumbrando. Sí, estaba en una jaula. La palabra «jaula» hirió mis sentimientos. Se me quitaron las ganas de seguir escribiendo.

Tiré el bolígrafo y me fui al centro. Una mujer con abrigo de piel caminaba por delante de mí. Parecía ir embutida en aquellos zorros muertos. A través de las cristalerías no solo podía ver los productos que se ofrecían en las tiendas, sino también lo que había en los platos de los comensales de cualquier restaurante. Me pareció que los viandantes tenían que aburrirse mucho, pues si los escaparates eran lo bastante grandes, examinaban detenidamente cada artículo y también cada plato del restaurante. Si tanto les interesaba el plato de un comensal desconocido, la historia de una niña encerrada en una jaula debería resultarles de lo más entretenido.

Frente al banco había una librería. El jersey blanco del librero había llamado mi atención varias veces. Ese día me atreví a entrar, ya que en un primer momento no se veía a nadie. Permanecí de pie, rodeada de estanterías de libros, como anestesiada, y casi me muero del susto cuando una voz, a mis espaldas, me preguntó si buscaba algo en particular. El jersey blanco estaba detrás de mí, tapando la salida, así que no tuve escapatoria.

—¿Tiene alguna autobiografía?

—¿De alguien en especial?, si me permite la pregunta.

—No, me es igual.

El jersey blanco me señaló una estantería que quedaba a un lado, por detrás de donde él estaba.

—Todo eso son autobiografías —me dijo.

Por entonces, yo ya era capaz de improvisar una pequeña conversación en alemán.

Me decepcionó comprobar cuántas autobiografías voluminosas existían ya. Llenaban por completo los diez pisos de aquella estantería. Al parecer, la autobiografía es el género que escribe cualquiera que sea capaz de sostener una pluma.

–¿Y todo esto está en alemán?

–¿Le parece raro?

–¿Hay que escribir en alemán? Entonces tendré que aprender.

–No es necesario. Lo que usted está hablando en estos momentos es lo que llamamos alemán.

–Sé hablarlo, eso está en mi naturaleza, pero leer y escribir...

–Entonces debemos ir allí, a aquella otra estantería. Tenemos una amplia selección de métodos para aprender idiomas. ¿Lo quiere con las explicaciones en inglés?

–No, mejor en ruso. O en polaco del norte.

–De hecho, creo que tenemos un manual en ruso.

Aquel libro resultó ser más económico que un paquete grande de salmón, pero mucho menos digerible. Como si del manual de instrucciones de una máquina se tratase, el autor iba explicando cada pieza, una por una: verbos, sustantivos y adjetivos. Sin embargo, era improbable que uno acabara construyendo una máquina con aquel método. Al final del libro encontré una sección titulada «Gramática aplicada»; incluía un relato que había que leer. Lo devoré igual que el salmón, pero olvidé toda la gramática.

La protagonista era una ratona. Su oficio: cantar. Su público: el pueblo. En la lista de vocabulario encontré la palabra *Volk* o «pueblo», que corresponde a *narod* en ruso.

Hubo un tiempo en que no dudé de que la palabra *narod* pudiera referirse al público del circo en un sentido amplio. Más adelante, a raíz de numerosos congresos y reuniones, comprendí que mi intuición no era acertada, pero seguía sin saber precisar el significado de aquel concepto, aunque nunca se me notó.

Mientras la ratona cantaba, el pueblo la obsequiaba con la máxima atención. Nadie la imitaba, nadie se reía por lo bajo, nadie interrumpía el concierto con un ruido ratonil. Mi público se comportaba del mismo modo; al recordar el circo mi corazón palpitó. Cada una de las personas que formaba parte del público podía andar sobre dos piernas o conducir un triciclo, y sin embargo me miraban fijamente, como si se estuviese produciendo un milagro. Al final, aplaudían encantados. Pero ¿por qué aplaudían?

La segunda vez que fui a la librería, el librero se me acercó rápidamente,

profirió una tos seca y me preguntó si el método de idiomas me había servido.

–La gramática no la he entendido, pero el relato me ha parecido interesante. La historia de Josefina, la ratona cantante.

Mi respuesta le hizo reír.

–Si ha entendido el relato, la gramática sobra. –Sacó otro volumen de la estantería–. Este libro es del mismo autor. Entre muchas otras cosas, ha escrito varios relatos desde la perspectiva de distintos animales.

Cuando nuestras miradas se encontraron, el librero pareció caer en algo que no le gustó y rectificó enseguida.

–Lo que quiero decir es que este tipo de literatura es valiosa por sí misma, no porque esté escrita desde la perspectiva de una minoría. En realidad, el protagonista nunca es un animal. Durante el proceso en que un animal se transforma en un no animal, o un ser humano en un no ser humano, se pierde la memoria, y esa pérdida es precisamente el personaje principal.

Aquella perorata me pareció un plato con demasiada guarnición y poca chicha. Yo era incapaz de seguirle, pero no quería que se me notara, así que bajé la mirada e hice como que estaba reflexionando en profundidad sobre el libro. Al cabo de un rato, por fin se me ocurrió una pregunta:

–Y usted, ¿cómo se llama?

El librero se mostró sorprendido.

–Ah, disculpe. Me llamo Friedrich.

No me devolvió la pregunta.

Abrí el libro como quien parte una hogaza de pan. Mis uñas eran demasiado largas para poder hojearlo con destreza. Una vez intenté cortármelas, pero perdí mucha sangre, así que ahora dejo que me crezcan. Desde la página del libro que estaba abierta, me saltó a la vista un título que contenía la palabra «perro». Para ser sincera, nunca había soportado a los perros, esas criaturas rastreras y cobardes que se me acercaban por detrás dando pasitos inocentes y, a la primera de cambio, me daban un mordisco en el tobillo. Seguiría evitando a cualquier perro, de no ser porque aquel estaba contenido en un título que, en boca de Friedrich, sonó a auténtico deleite: *Investigaciones de un perro*. Así que un perro podía tener un espíritu investigador. Aquel nuevo descubrimiento mitigó mis prejuicios contra esa especie. Friedrich me mostró otro de los relatos del libro, este trataba sobre una academia.

–Puede que esta historia le guste incluso más que la del perro. –Un maestro feliz tendría el mismo aspecto que Friedrich en ese momento.

Compré el volumen de relatos y empecé leyendo *Un informe para una academia*. Lamento reconocer que aquella historia simiesca me pareció interesante, pero tal vez fuese por diversos motivos, uno de los cuales hasta pudo ser la rabia. Cuanto más leía, más furiosa me ponía, y ya no pude dejar de leer. El mono era de naturaleza tropical, razón suficiente por la cual la literatura simiesca no me sentaba bien. Además, me parecía cosa de pintamonas pretender convertirse en un ser humano y, para colmo, hablar de ese proceso en primera persona. Me imaginé a un mono imitando a un ser humano y, al momento, me entró un picor tan insoportable en la espalda que era como si los piojos y las pulgas se hubiesen puesto a bailar el twist entre pelo y pelo. El mono narrador estaba convencido de haber escrito una historia de éxito, pero si me pidiesen opinión, yo diría que desplazarse sobre dos piernas no me parecía ningún avance.

Me sentí mal, pues recordé cómo, de cría, aprendí a andar sobre dos patas. Y no solo lo aprendí, sino que también escribí un texto sobre ello y lo publiqué. Mis lectores pensarían que el propósito de aquel relato ridículo de mi propia experiencia era apoyar la teoría de la evolución. Si hubiese leído antes el informe del mono, habría escrito la autobiografía de forma muy distinta.

Al día siguiente, Wolfgang me sorprendió con su visita. Lo primero que hice fue hablarle del mono, pues el asunto me preocupaba. Wolfgang reaccionó con estupor.

–Ya que tienes tanto tiempo para leer libros ajenos, ¡escribe mejor el tuyo! Una escritora que solo lee es una holgazana. Leer te roba el tiempo que podrías aprovechar para escribir.

–Pero así aprendo alemán. Yo escribo en alemán y tú ahorras tiempo. Así no se necesita traducción.

–De eso nada. Tienes que escribir en tu lengua materna. Debes abrir tu corazón, y eso tiene que suceder de un modo natural.

–¿Y cuál es mi lengua materna?

–La lengua de tu madre.

–Pero si yo nunca he hablado con mi madre.

–Una madre es una madre, aunque nunca hayas hablado con ella.

–Creo que mi madre no hablaba ruso.

–Tu madre era Iván, ¿es que lo has olvidado? Los tiempos de las madres hembra hace mucho que quedaron atrás.

Me sentí confundida, ya que Wolfgang no olía a mentiras, sino que estaba diciendo lo que consideraba cierto, pero no podía confiar en él. Seguro que había sido idea de su superior imponerme el ruso, para que luego el traductor pudiese manipular el texto según su tendencia política. Las abejas pueden transformar el néctar de las flores en miel. El néctar en sí mismo ya sabe dulce, pero el sabor intenso y penetrante de la miel solo se consigue mediante la fermentación, que se pone en marcha con ayuda de un líquido asqueroso, proveniente del cuerpo del insecto. Estos datos proceden, por cierto, del material que me entregaron en un congreso sobre «El futuro de la apicultura». Wolfgang y sus amigos querían mezclar sus líquidos corporales con mi autobiografía y convertirla en otro producto. Para no correr ese riesgo tenía que escribir directamente en alemán. Y esta vez el título también lo pondría yo.

Wolfgang dijo que no quería robarme más tiempo y se marchó. Lo observé desde la ventana. Cuando se montó en el autobús, salí de casa y me dirigí a la librería. Ese día había un cliente en la tienda. Estaba en una esquina, dándome la espalda. Su cabello era de un negro muy oscuro, que atrapó mi mirada desde el primer momento y ya no la soltó. Friedrich reparó en mí y elevó las pestañas, con lo cual sus ojos parecieron más grandes, mientras sus labios adoptaban la forma de una amable sonrisa.

–¿Cómo está usted? Sí que hace frío hoy...

Cuando alguien afirma que hace frío un día de calor, me siento confinada a la soledad. No se debería hablar tanto del tiempo, porque es algo muy personal y hace que toda comunicación fracase.

–*Un informe para una academia* me ha resultado divertido, pero me ha costado seguir el razonamiento simiesco. Es ridículo ver cómo el mono imita a las personas.

–¿Y se ha preguntado si eso es fruto del libre albedrío del mono?

–No tenía otra opción. Eso dice. Que no tenía otra alternativa.

–Así es. Yo creo que, para el autor, se trataba de eso precisamente. Nosotras, las personas, tampoco somos como somos porque hayamos querido. Nos obligaron a transformarnos para sobrevivir. Nunca tuvimos elección.

En ese mismo momento, el cliente desconocido, que hasta entonces había

estado inmerso en su libro, se dio la vuelta y se ajustó las gafas con las yemas de los dedos.

–La marca Darwin vuelve a ser un éxito de ventas. ¿Por qué se maquillan las mujeres? ¿Por qué mienten? ¿Por qué siempre se ponen celosas? ¿Por qué los hombres van a la guerra? La única respuesta a todas estas preguntas es que así lo ha querido la evolución. Eso lo justifica todo, pero a mí no se me ocurre una sola razón por la cual sea bueno para el planeta que el dañino *Homo sapiens* se reproduzca. ¿Y tú qué opinas, Friedrich?

La voz del aludido se quebró al gritar de pronto:

–¡Hermano querido!

El hombre moreno y Friedrich se fundieron en un caluroso abrazo, pero enseguida repararon en mi intención de marcharme sigilosamente para no molestarlos. Friedrich, el librero, me arrastró de vuelta a la tienda y me presentó a su hermano.

–Es la autora de *Salva de aplausos por mis lágrimas*.

Me quedé estupefacta: Friedrich había sabido todo el tiempo quién era yo.

Él era el motivo principal por el que yo iba tanto a la librería. Los hombres de la especie *Homo sapiens* me gustaban mucho. Eran suaves, pequeños y tenían unos dientes frágiles pero adorables. Sus dedos eran finos y apenas tenían uñas. A veces me recordaban a esos animales de peluche que uno suele estrechar entre los brazos.

Un día, una mujer me estuvo esperando en la librería. Era una conocida de Friedrich, se llamaba Annemarie y pertenecía a una organización para la defensa de los derechos humanos. Quería entrevistarme y que hablásemos de la situación de los artistas y los deportistas en el bloque del Este. Le contesté que los derechos humanos no eran mi fuerte. En un primer momento pareció decepcionada y, un segundo después, horripilada.

Entonces comprendí que los derechos humanos y yo estábamos unidos por el destino, pero yo no tenía ni idea de ese asunto. Los seres humanos, que solo piensan en los seres humanos, habían acuñado el concepto de derechos humanos. Ningún diente de león, ninguna lombriz, ninguna lluvia, ninguna liebre tiene derechos humanos. A lo mejor una ballena. Me acordé de un texto que leí en su día para un congreso titulado «El capitalismo y la caza de ballenas»: a los grandes mamíferos se les otorgan más derechos que a los animales más pequeños, por ejemplo el ratón, y eso podía estar relacionado con la preferencia de determinados grupos de personas, que atribuyen más

valor a algo grande que a algo pequeño. Entre los mamíferos que no son vegetarianos y que no viven en el agua, nosotros, los osos polares, somos los de mayor tamaño. De lo contrario, no se me ocurría otro motivo por el que me estuviesen persiguiendo para concederme unos derechos humanos.

Annemarie ya había salido de la librería. Yo seguía entre las estanterías, era incapaz de pensar en nada y a duras penas podía soportar la mirada seria y taladrante de Friedrich.

—¿Tienes algún libro nuevo para mí?

Friedrich me dio un ejemplar.

—Toma, *Atta Troll*. Te va a gustar. Es un texto auténticamente osuno.

En la cubierta ponía «Heinrich Heine»; abrí el libro por una página que, casualmente, era una de las pocas que estaban ilustradas, y vi un oso negro con los cuartos traseros y delanteros estirados. Me pareció tan atractivo que ya no pude dejarlo. Me disponía a pagar cuando Friedrich me rozó suavemente la zarpa y me dijo:

—Tienes la mano fría. ¿Tienes frío?

Mi sonrisa me supo amarga.

A la mañana siguiente me dirigí a Friedrich con reproches.

—Me has vendido un libro muy difícil de digerir.

—Eso tiene sus motivos. El autor tuvo que dar muchas vueltas a todo para que sus enemigos no lo atacaran.

—Pero ¿qué tipo de lobo era su enemigo?

—Por ejemplo la censura.

—¿La cen- qué?

—La censura, el sensor del poder. ¿Nunca oíste hablar de ella en la Unión Soviética?

Busqué ese concepto en mi cerebro, pero solo encontré confusión.

—¿Y por eso escribe de una forma tan complicada?

—Por más sencillo que sea el estilo del autor, a veces al lector le puede parecer complicado.

Friedrich cogió el libro, lo hojeó y dijo:

—Tienes que leer estas líneas. Verás como no te arrepientes de haberte gastado el dinero.

El texto decía que la naturaleza no podía haber otorgado derechos a los hombres, porque los derechos no eran algo natural.

Friedrich añadió:

–Si los hombres quieren tener derechos humanos, deben otorgar a los animales sus propios derechos; pero entonces, ¿cómo justifico que anoche cenase carne? Yo no soy lo bastante valiente como para llevar esta reflexión hasta el final. Mi hermano, por cierto, en algún momento se hizo vegetariano.

Su mirada me exigió una reacción.

–Yo no puedo hacerme vegetariana –contesté rápidamente, aunque sabía que mis ancestros y parientes lejanos habían sobrevivido sin probar la carne. Se alimentaban principalmente de fruta y verdura, muy rara vez se comían un cangrejo o algo de pescado. Recordé un congreso sobre el capitalismo y el consumo de carne en el que me preguntaron por qué mataba a otros animales. No supe qué responder.

A veces llegaba a las manos, cosa de la que todavía hoy me avergüenzo. Aún oigo la voz de nuestra educadora, motivando a sus pupilos: «¡Y ahora nos ponemos en corro y bailamos todos juntos!» Yo nunca lograba entrar en el corro. Entonces la educadora me cogía de la zarpa y me arrastraba hasta el círculo. Una situación parecida se repitió varias veces, hasta que llegó un momento en el que la educadora ya no insistió y me dejó en paz. Yo me quedaba en un rincón, observando lo que pasaba. Un día, un niño preguntó a la educadora por qué yo no participaba. Ella le respondió que porque era una egoísta, entonces la empujé y ella se cayó de culo. En realidad no fui yo, sino un reflejo muscular lo que me indujo a la violencia. Me asusté de mí misma, salté por la ventana del tercer piso y aterricé ilesa. Luego eché a correr en una dirección cualquiera. Nadie logró atraparme. A partir de ese momento quedé marcada como una niña problemática. Se me daban bien los deportes, pero tenía dificultades para relacionarme, así que me enviaron a un instituto para niños superdotados, pues en nuestro país las aptitudes deportivas se consideraban un capital nada despreciable. El así llamado instituto al que me llevaron era una jaula, desde la cual ya no pude ver el sol. Al recordarlo, aquella sensación húmeda y oscura regresó. Iván estaba delante de la jaula. Mi época en el jardín de infancia parecía haber acontecido antes de conocer a Iván.

Alguien llamó a la puerta y mi autobiografía se detuvo. Era Wolfgang, que venía acompañado de un extraño. Luego supe que era el líder de la iniciativa

ciudadana llamada CAOS. Al parecer, estaba al corriente de que mi alemán bastaba para mantener una conversación sencilla.

—¿Cómo está usted?

La pregunta, acompañada de una sonrisa artificial, sonó como si aquello fuese un examen. Se apellidaba Jäger, que significa «cazador». La palabra sonó vil y artera a mis oídos. El hombre tenía un rostro elegante. La barba blanca le confería un aire de oficial. A veces, en la primera fila del circo había hombres de porte similar.

—¿Y cómo le va con la autobiografía? ¿Avanza a buen ritmo?

La pregunta me puso en guardia: temí que quisiera robarme mi obra.

—Me está costando avanzar. Tengo el problema del idioma.

—¿El idioma?

—El alemán, para ser exactos.

El señor Jäger lanzó una mirada de reproche a Wolfgang. Noté cómo bullía por dentro, pero su voz permaneció tranquila y fría.

—Pensaba que le habíamos dejado claro que debe escribir en su propia lengua, ya que tenemos un traductor fantástico —me dijo.

—¿En mi propia lengua? La verdad es que no sé cuál es. Seguro que es una lengua ártica.

—Eso lo dirá en broma. El ruso es la mejor lengua literaria que existe.

—Lo que ocurre es que, en cierto modo, ya no sé ruso.

—Eso es imposible. Escriba lo que quiera, pero, por favor, que sea en su propio idioma. No debe preocuparse por su manutención. Mientras escriba, nosotros le financiamos.

Su rostro estaba cubierto por una sonrisa, mientras que sus axilas olían a un burdo engaño. Los seres humanos me intentaban vender su generosidad demasiado a menudo, con el único fin de manipularme mejor. Quise pedir ayuda a Wolfgang, pero solo vi su espalda. El cristal de la ventana le interesaba más que yo.

—Estoy convencido de que su autobiografía será un bestseller.

La visita de aquellos dos señores hizo que mi bolígrafo languideciera. La imagen de un bolígrafo en vertical o en horizontal me resulta, lógicamente, demasiado masculina. Como pequeña hembra, yo más bien diría que el texto recién nacido cuanto menor, mejor, porque así hay más posibilidades de que sobreviva. Además, necesito mucho silencio. Una osa alumbra a sus crías en la oscuridad de una cueva y completamente sola. No habla a nadie del parto,

lame con la lengua a sus oseznos –a los que apenas ve– y, a la altura del pecho, nota cómo los recién nacidos succionan la leche. Nadie puede ver a las crías, se huelen y se tocan, pero no se ven. Solo cuando alcanzan un determinado tamaño la madre sale con ellas de la cueva. De hecho puede ocurrir que el padre, muerto de hambre, vea de repente unos animalillos y los devore, sin saber que son sus propios hijos. Este tema es un clásico. Ya los antiguos griegos escribieron sobre casos parecidos. Yo creo que los osos polares que son padres deberían aprender de los pingüinos, pues tanto el macho como la hembra se turnan para incubar los huevos. Para un padre pingüino sería inconcebible comérselos. Él los incuba día y noche, durante semanas y bajo una furiosa ventisca mientras espera a su mujer, que sale en busca de alimento.

«Los matrimonios entre pingüinos son todos iguales, mientras que cada matrimonio entre osos polares es distinto.» Escribí esa frase en ruso y dejé la hoja de papel sobre la mesa, en un lugar bien visible, para que el señor Jäger la encontrase enseguida si volvía a visitarme de improviso. Como cabía esperar, el señor Jäger y Wolfgang se presentaron nuevamente en casa pasados unos días y enseguida encontraron la frase que había escrito. Wolfgang la tradujo al alemán y exclamó eufórico:

–¡Esto es literatura universal!

El señor Jäger me cogió la zarpa.

–¡No deje de escribir! Cuanto más, mejor. Ya habrá tiempo de recortar o de pulir el texto. No hay mayor error que pensar demasiado y avanzar muy despacio.

Al parecer, sus palabras pretendían insuflarme ánimos.

–Antes del exilio tenía mucho que escribir. Los temas se multiplicaban como las larvas en un cadáver. Pero desde que estoy aquí ya no tengo ningún vínculo con lo que fui. Es como si el hilo del recuerdo se hubiese roto. No continúa en ningún punto.

–Eso es que todavía no se ha aclimatado.

–Aquí hace un calor insoportable. Y yo no aguanto el calor.

–Pero si estamos en invierno... y tiene las manos frías.

–Así es como debe ser. Mantener los dedos de las manos y de los pies siempre calientes es un gasto inútil de energía. Lo importante es que haya calor en mi corazón.

–A lo mejor se ha resfriado.

–No me he resfriado en la vida. Solo estoy algo cansada.

–Cuando uno está cansado puede ver la televisión.

El señor Jäger concluyó la visita con ese útil consejo y se marchó en compañía de Wolfgang. Por sus hombros caídos supe reconocer una ligera decepción.

En cuanto ambos abandonaron mi campo visual, encendí el televisor. Ante un mapa lleno de manchas de colores, una mujer que me recordaba a un oso panda hablaba con voz aguda. Al día siguiente la temperatura bajaría tres grados. Su voz sonó dramática, como si una diferencia de tres grados fuese a repercutir en la política mundial. Cambié de canal y entonces aparecieron dos osos panda. Fuera de la jaula había dos políticos estrechándose la mano. No me pareció correcto que los osos panda se inmiscuyeran en la política del *Homo sapiens*, pero luego caí en que también yo estaba metida en política y, por tanto, no era ni un ápice mejor que los osos panda. Encerrada en una jaula invisible, mi trabajo era una prueba de la violación de los derechos humanos, y eso que ni siquiera soy un ser humano.

Apagué el televisor, que pretendía seguir torturándome con imágenes absurdas. En la pantalla oscura apareció la figura borrosa de una mujer rolliza. Esa era yo, la mujer de hombros estrechos y frente escasa. Por el hocico picudo no resultaba tan adorable como los osos panda. Comencé a amasar mi complejo de inferioridad como si fuese pan, una actividad que conocía de la infancia. De pronto una bengala se encendió en mis ojos. Sí, era justamente así, y había alguien que me consolaba. ¿Y eso cuándo ocurrió?

Yo era la única chica blanca y robusta, mientras que todas las demás eran pardas y delgadas. Tenían el hocico corto y la frente ancha. Reconocía el orgullo en sus hombros.

–Las otras chicas me dan envidia. Son tan bonitas... Yo quiero ser como ellas –dije una vez, en tono coqueto y sentimental.

Aquel hombre me respondió:

–Todas esas son osas pardas. Por si aún no lo sabes, no todos los osos son pardos. Sigue siendo como eres. Además, si llegas a trabajar en un escenario, tu carácter salvaje atraerá al gran público.

Aquel hombre estaba allí, de pie, con una escoba en la mano. Era uno de los muchos trabajadores que limpiaban las escuelas y los jardines de infancia. Siempre estaban allí, pero nunca supe cómo se llamaban. Jamás nadie

pronunciaba su nombre. Por el día trabajaban de forma anónima, mientras que por la noche estarían con sus familias y utilizarían su nombre. Agradezco a aquel hombre, uno de los innumerables trabajadores, sus palabras.

Yo era una chica fuerte, podía lanzar por los aires a mis compañeros de juegos sin mayor dificultad. Un día volví a arrojar a un niño por los aires y este me dedicó un insulto inesperado. De pronto me di cuenta de que todos los niños, excepto yo, llevaban el mismo pañuelo anudado al cuello. Yo no pertenecía al grupo. A diferencia de ellos, no tenía familia. Tal vez por eso el escenario se convirtió en mi hogar, pues era allí donde mi vida acontecía. Yo era libre, recibía aplausos y vivía en un éxtasis tal, que casi me hacía perder el conocimiento.

Wolfgang vino a verme en solitario. No debí hacerlo, pero no pude evitar enseñarle el manuscrito recién terminado. Estaba tan fresco que todavía humeaba. Wolfgang lo leyó entero, sin quitarse la chaqueta ni tomar asiento. Nada más terminar la última frase, se dejó caer como un saco en la silla y dijo:

–Por momentos he estado tan desesperado que me he vuelto a morder las uñas, como antes. No ha sido nada fácil motivarte, pero tu creatividad por fin ha vuelto. Siento un gran alivio.

–¿Te gusta lo que he escrito?

–¡Por supuesto! ¡Sigue escribiendo! La escena de los pañuelos al cuello es un éxito seguro. Todos los niños formaban parte de la Organización de Pioneros, pero tú no. Nosotros teníamos los boy scouts. Todos mis amigos eran miembros y llevaban el mismo pañuelo anudado al cuello. Les tenía envidia porque no podía participar.

–¿Por qué no?

–Porque mi madre no quería. Decía que eso era una ideología, pero yo no lo entendía.

–¿Qué ideología?

–No lo sé exactamente. A lo mejor algo así como estar dispuesto a sacrificarse. Por la patria, por ejemplo. Mi madre decía que no había que inocular esas ideas en el cerebro de los niños.

–¿Eso pensaba?

–Sí. Y tu madre, ¿cómo era?

–Hoy hace buen tiempo. Me gustaría salir.

–¿Adónde quieres ir?

–A unos grandes almacenes.

Lo que llamaban grandes almacenes era una versión un poco más triste del supermercado. Había menos productos por metro cuadrado y apenas había gente. Una parrilla para asar salmón. Una sábana floreada. Un espejo grande. Un bolso de señora cuyo material me recordaba a la piel de un león marino. Accedimos a una superficie comercial en la que no había un solo cliente. Una música alta trataba de llenar aquel espacio vacío. Sobre un pedestal había un gramófono y, justo al lado, un perro de plástico de tamaño natural, blanco con manchas negras. Su imagen se repetía en todos los discos, lo cual me pareció una exageración enfermiza.

–Es un dálmata –dijo Wolfgang, y como si hubiese hecho un descubrimiento extraordinario añadió con un gesto de orgullo–: ¿Sabes qué? Los perros son todos muy distintos, pero todos son perros. ¿No te parece asombroso?

Me habría gustado responder que esa misma idea ya la había leído en *Investigaciones de un perro*, pero no dije nada para que Wolfgang no supiese que había leído otro libro.

Los grandes almacenes no solo captaban mi atención, sino que también consumían mis fuerzas, aunque no buscase nada concreto. No encontré ningún producto que quisiera poseer. Al final me sobrevino el cansancio y solo me quedó la sensación de ser una perdedora. Junto a los grandes almacenes había un parque de atracciones. Propuse a Wolfgang que entráramos, y aunque enseguida vi que no le apetecía, no me di por vencida, sino que insistí, enfurruñada y testaruda, como queriendo vengarme.

Nos sentamos en un banco del parque de atracciones. Wolfgang me preguntó si había visto la televisión.

–Sí, pero me pareció aburrido. Solo había osos panda.

–¿Por qué te aburren los osos panda?

–Como la propia naturaleza hace que nazcan maquillados, ellos no se esfuerzan por parecer interesantes. No dominan ningún arte escénico ni escriben autobiografías.

Wolfgang soltó una carcajada, algo inusual en él.

Una mujer enjuta, con una correa de piel enrollada en la mano, pasó frente a nosotros. Por delante de ella no iba un perro, sino un hombre alto. Wolfgang trajo helado para los dos en unas tarrinas diminutas. Mi lengua

devoró todo el helado de vainilla de un solo lametón. Después, esa misma lengua manifestó mi deseo más íntimo:

–¡Quiero emigrar a Canadá!

–¿Qué has dicho?

–Que quiero emigrar, y además a Ca-na-dá.

Un trozo de helado cayó de la lengua acucharada de Wolfgang.

–Pero ¿por qué al frío precisamente?

–¿Aún no has comprendido que para mí aquí hace demasiado calor, por más que a ti te parezca agradable?

Los ojos de Wolfgang se llenaron de lágrimas, parecía un perro. Por lo general, los perros buscan desesperadamente a los miembros extraviados de su manada. Gimen ansiosos y no lo hacen por amor, sino llevados por un miedo existencial, pues solo se creen capaces de sobrevivir en grupo. Yo no soy egoísta, pero prefiero estar sola, pues en lo que respecta a la búsqueda de alimento resulta mucho más racional y más práctico.

Me despedí parcamente de Wolfgang, ilusionada con la perspectiva de seguir trabajando sin interrupciones. Quería abordar cuanto antes el recuerdo del gramófono de mi infancia, pero lo que finalmente me vino a la memoria fue el gramófono que acababa de ver en los grandes almacenes y, para colmo, junto a él estaba aquel estúpido dálmata. El animal actuaba como si su presencia allí fuese obvia, y eso que ni siquiera era un perro de verdad. Tras la visita a los grandes almacenes, mi recuerdo había sido reemplazado por el logotipo de una marca.

Escribir una autobiografía significaba adivinar o inventar todo lo que uno había dejado de saber. Pensaba que ya había contado bastante sobre el personaje de Iván, pero, en realidad, no me acordaba de él. O mejor dicho: entretanto lo recordaba con demasiada nitidez, lo cual solo podía deberse a que ese Iván no era más que una creación mía.

Mi recuerdo estaba contenido en el movimiento del brazo, que me pilló por sorpresa durante aquel congreso. Si intentaba recordar exactamente la cara de Iván, solo me venía a la cabeza un dibujo de Iván el Tonto que salía en un libro de cuentos.

Una nueva duda sobre la escritura comenzó a germinar en mi interior. En lugar de continuar con la autobiografía cogí un libro que, por suerte, yo no tenía que escribir, pues ya alguien lo había escrito. Leer era una forma de huir de la escritura, pero tal vez fuese más excusable si releía un libro ya leído, en

lugar de leer otro nuevo. El perro de *Investigaciones de un perro* se ocupaba del presente y se dedicaba a refunfuñar y a dar vueltas a las cosas, en lugar de construirse una infancia creíble. ¿Por qué no puedo escribir sobre el presente? ¿Por qué tengo que inventarme un pasado que suene a verdad? El autor de la historia del perro tampoco escribió una autobiografía. En lugar de eso, disfrutaba siendo unas veces un mono y otras un ratón. Durante el día asumía la apariencia de un ser humano y acudía a su trabajo de funcionario. Por las noches se inclinaba sobre su manuscrito. Una vez fui a Praga para asistir a un congreso. El nombre de Kafka no se mencionó en ningún momento. Más adelante, esa ciudad también tuvo su particular primavera, aunque Kafka vivió mucho antes. Antes aún de que llegara el invierno. Él no conoció la vida en nuestro país, pero sabía lo que quiero decir cuando afirmo que nadie puede actuar únicamente en función de su libre albedrío.

Un día tropical sucedía a otro. Entre tanta célula neuronal incandescente, los retazos de pensamiento no lograban agruparse. En un país con nieve y hielo podría haber puesto la cabeza a enfriar para sentirme fresca. ¡Quiero emigrar a Canadá! Ya había huido una vez del Este al Oeste. Pero ¿cómo se huye del Oeste al Oeste? Un día me sobrevino la respuesta correcta a esa pregunta.

Durante un paseo encontré un paisaje cubierto de nieve y hielo. Estaba encerrado en un cartel. Por fuera colgaban otros carteles, así que deduje que estaba delante de un cine. Sin dudarlo, localicé la puerta de acceso y me compré una entrada como si fuese lo más normal, cuando en realidad era la primera vez que iba al cine. Una película canadiense me mostró cómo era la vida en el Polo Norte: liebres de montaña, zorros plateados, carnívoros blancos, ballenas grises, leones y nutrias marinos, orcas y osos polares. La vida allí me pareció irreal, pero al mismo tiempo sabía que ese había sido el día a día de mis ancestros.

Para volver a casa tomé el atajo que discurría por un callejón oscuro, situado detrás de la estación. Había cinco chicos merodeando, uno de ellos dibujaba unos signos extraños en la pared con un espray. Sentí curiosidad, así que me detuve y me puse a observarlos sin decir nada. El más bajito reparó en mi presencia y quiso ahuyentarme. «¡Eh, tú, largo!» No soporto que intenten excluirme de un grupo, así que me puse testaruda: no estaba dispuesta a retroceder un solo paso. Los otros cuatro jóvenes se dieron cuenta de que allí había alguien más. Uno de ellos me preguntó de dónde era. «De

Moscú.» Al momento, los cinco se abalanzaron sobre mí, como si la palabra «Moscú» fuese un código secreto que significaba «¡Al ataque!». No pretendía herir a aquellos muchachos jóvenes y delgados, con el cuero cabelludo suave y al aire, pero como mínimo debía defenderme, así que repartí unos cuantos golpes suaves con las zarpas abiertas. El primer chico cayó de culo, no se pudo volver a levantar y se quedó mirándome estupefacto. El segundo salió volando y luego se puso en pie, apretó los dientes y trató de derribarme, pero de nuevo acabó despedido por los aires, ligero como una pluma. El tercero sacó una navaja del bolsillo de la chaqueta y quiso apuñalarme. Se me acercó, yo lo esperé y, en el último segundo, me aparté hacia un lado, me di la vuelta y lo empujé por la espalda. Se estrelló contra un coche que estaba aparcado y, fuera de sí, corrió hacia mí con el labio roto. Volví a esquivarlo y le propiné un último empujón por detrás. El chico cayó al suelo, pero rápidamente se incorporó, esta vez para salir huyendo. Sus amigos estaban ya a varios kilómetros. El *Homo sapiens* se desplaza lentamente, como si le sobrara mucha carne, y eso que es muy delgaducho. Parpadea demasiado, sobre todo en situaciones decisivas, cuando lo importante es verlo todo. Si no pasa nada, se le ocurre algún motivo para tener que moverse rápidamente, pero cuando acecha un verdadero peligro, actúa con demasiada lentitud. El *Homo sapiens* no está hecho para el combate, debería emular a las liebres y los ciervos y aprender las virtudes y el arte de la huida. Pero el combate y la guerra le encantan. ¿Quién ha podido crear una criatura tan tonta? Hay personas que afirman ser la viva imagen de Dios. Eso sería una ofensa para Dios. En el norte de nuestro planeta hay pequeños pueblos que recuerdan que Dios tenía el aspecto de un oso.

En el suelo había una chaqueta de cuero negra, de buena calidad. Me la llevé a casa, de regalo para Wolfgang.

Como si estuviese planeado, Wolfgang vino a verme al día siguiente.

–Me he encontrado una chaqueta de cuero en la calle. A mí me queda demasiado estrecha. ¿Te la quieres probar?

Wolfgang miró la prenda, primero con indiferencia, pero luego se quedó atónito.

–Pero ¿de dónde la has sacado? ¿No has visto la esvástica?

En efecto, en la chaqueta había dibujada una especie de cruz. Yo me asusté: ¿habría dado una paliza a los de la Cruz Roja? Busqué una excusa a todo correr.

–Ellos me atacaron primero. Fue en defensa propia.

Alrededor del rostro de Wolfgang se fue propagando el efluvio de la rabia. Lo más probable era que se tratase de un malentendido, que intenté aclarar cuanto antes.

–Las heridas de verdad fueron muy leves. Iré a disculparme si es necesario. Fue un malentendido. Dije Moscú y todo el grupo me atacó. ¿Moscú es algún tipo de código secreto?

Wolfgang se sentó dando un resoplido y me explicó que, según las estadísticas, los neonazis atacan con mayor frecuencia a los rusos de ascendencia alemana que tienen una piel tan clara como la mía, y no tanto a los de piel más oscura ni a los que tienen el cabello de un moreno otomano. Las personas con una mentalidad de derechas bastante radical tienen miedo de quienes se les parecen, aunque sean un poco distintos.

–Pero yo no me parezco a ellos –repliqué.

–Tal vez no. Pero un lugar como Moscú despierta muchas asociaciones, y a veces desata la ira.

Wolfgang llamó al presidente de CAOS y luego dio parte a la policía. Más tarde me enseñaron un artículo de periódico en el que ponía que una autora en el exilio había sido atacada por unos radicales de extrema derecha. Como no había resultado herida, no decían que la víctima estuviese en el hospital con pronóstico grave, lo cual habría sonado mucho más convincente. No había sufrido siquiera un rasguño, pero no dejaba de ser un hecho que yo, un ser femenino, había sido atacada por cinco hombres y, por tanto, aquello era motivo suficiente para que Wolfgang y sus amigos preguntasen en la embajada canadiense si ese país podría concederme asilo político. Permanecer en la República Federal de Alemania era demasiado peligroso. En realidad, creo que CAOS quería deshacerse de mí, porque comía demasiado salmón y escribía demasiado poco.

–Ahora solo hay que esperar la respuesta de la embajada canadiense –dijo Wolfgang con su voz de rosa, llena de espinas.

El anhelo de vivir en un país gélido no remitió, pero una preocupación inesperada surgió en mi interior. En un primer momento me pareció insignificante, ya que solo se manifestaba por lo bajo y en forma de pregunta: ¿debía aprender inglés? Y, de ser así, ¿había sido en vano todo el esfuerzo de aprender alemán? Espero que no me confunda el hecho de escribir mi vida en

varios idiomas a la vez. La siguiente preocupación me pareció aún más inquietante que la anterior: lo que he plasmado en papel ya no se perderá, en cierto modo está asegurado, pero ¿qué ocurrirá con los acontecimientos que me esperan en el nuevo mundo? No puedo aprender un idioma a la misma velocidad que avanza la vida. Algo que puede desaparecer se llama «yo». Morir significaba dejar de existir. Hasta ese momento nunca había temido a la muerte, pero como había empezado con la autobiografía, me entró miedo a morir antes de haber escrito mi vida hasta el final.

Estoy segura de que mis ancestros no conocieron el insomnio. En comparación con ellos, yo comía demasiado y dormía demasiado poco. Mi evolución suponía un claro retroceso. Saqué la botella de vodka que tenía escondida tras el escritorio para las noches en vela. En Moscú solo podía conseguir una botella de Moskovskaya si tenía buenos contactos, pero en Berlín Oeste se podía comprar en el quiosco de cualquier estación. Sostuve la botella delante de mi hocico a modo de trompeta, como si fuese a tocar una fanfarria, y saqué mi sed, pero llegó un momento en que ya no pude retirar la botella. Si intentaba arrancármela, me dolía. Se me quedó incrustada. Yo era un unicornio, vi a un oso polar viniendo hacia mí y el sobresalto hizo que me tirase al agua helada. El oso permaneció allí, con las fauces vacías, resoplando enfurecido. Lo reconocí: era mi tío. ¿Por qué quería devorarme? «Querido tío», le dije amablemente, pero él me enseñó los dientes y gruñó. Ah, claro, no entendía mi idioma. No era de extrañar. En el agua me sentía segura, pues ese era mi elemento. A mi lado nadaba otro unicornio, que me susurró:

–No te puedes permitir emborracharte. ¡Ten cuidado, que vienen las orcas!

–¡Menuda tontería! Si aquí no hay orcas –replicó otro unicornio.

–Claro que las hay. Lo que pasa es que emigran, porque en sus países de origen también escasean los alimentos.

–¡Huyamos todos juntos!

Los tres nadamos hacia el norte, hombro con hombro. Nos sumergíamos en un mar azul hielo y volvíamos a emerger; estirábamos la cabeza para introducirla en el agua, entre los témpanos oscilantes, y volvíamos a salir. Como solían decir los jóvenes por entonces, surcar el mar con los colegas era «algo bestial». Si me golpeaba con un trozo de hielo flotante, ni siquiera me dolía. Pronto perdí la concentración. Y entonces apareció: en un primer momento creí que era un témpano pequeño e inofensivo, pero esta vez se

trataba de un enorme iceberg, del que solo podía ver la punta. Mi cuerno chocó contra el gigante, crujió y se rompió. No pasaba nada, el cuerno no era más que un adorno, pensé en voz alta, pero enseguida me di cuenta de que sin él no podía mantener el equilibrio. Mi cuerpo comenzó a girar alrededor de su propia columna vertebral y fue arrastrado por un remolino. ¡Socorro! ¡Necesito respirar! Vi un montón de crías de león marino manoteando: también ellas se ahogaban, como yo. Me habría gustado zamparme a esos cachorros, de no ser porque estaba ocupada con mi propio ahogamiento.

Las imágenes nocturnas desaparecieron, aun así me desperté con miedo de marcharme a Canadá. Me obligué a sentarme al escritorio, pero como aún no estaba del todo lúcida, me puse a mirar por la ventana. En la calle había un chico; conducía muy despacio una extraña bicicleta que recordaba a un teckel. Cuando tiraba con fuerza del manillar, la rueda delantera se elevaba y el chico avanzaba solo con la rueda trasera. Así dio varias vueltas y luego dejó caer la rueda delantera. Después él mismo se giró, sin dejar de conducir, y acabó sentado de espaldas a la dirección de la marcha. Era obvio que estaba ensayando para el circo, aunque él mismo no supiese cuándo le dejarían actuar, si es que le dejaban. De pronto cayó hacia un lado, como si una mano invisible y malvada le hubiese dado un empujón. Sus rodillas desnudas se tiñeron de rojo, pero el dolor no le impidió continuar. El muchacho se levantó y lo siguiente fue intentar hacer el pino sobre la bicicleta en marcha. Me acordé de la palabra «manillar», sí, quería tener un manillar para poder manejar mi destino. Para ello debía continuar con la autobiografía. Mi bicicleta es el lenguaje. No escribiré más sobre el pasado, sino sobre todo lo que me va a suceder. Mi vida transcurrirá tal y como yo la ponga por escrito.

«En el aeropuerto de Toronto, un viento gélido me dispensó una calurosa bienvenida.» Sabía cómo describir una escena en la que unos extraños iban a recogerme, pero eso sería repetir la escena de Berlín, que ya había plasmado una vez en papel. ¿Cómo puede una escritora evitar la repetición, cuando en la vida una misma escena se repite constantemente? ¿Cómo habían escrito sobre su vida los que también emigraron a Canadá? El mejor sitio para resolver estas cuestiones era una buena librería.

—La literatura sobre migraciones está allí.

Friedrich señaló una estantería en la que aún había un letrero antiguo,

donde ponía «Filosofía». Ante tanta variedad, no supe qué lomo tocar en primer término. Friedrich me recomendó tres libros y me compré los tres.

En el primero ponía que el Estado de Canadá trataba bien a sus nuevos inmigrantes desde el primer día. Cada vez que alguien obtenía la nacionalidad, el ayuntamiento celebraba una ceremonia a la que acudía el alcalde en persona para estrechar la mano al nuevo ciudadano y entregarle un ramo de flores. Copié este fragmento.

En la siguiente escena, el narrador en primera persona iba a una academia de idiomas. La idea de aprender un nuevo idioma me atormentaba. El alemán seguía siendo lo bastante novedoso, no necesitaba otra lengua más nueva aún. En el libro había una foto donde se veía una de las aulas de la academia, con unas sillas diminutas y desvencijadas. Pensé que si había que meter el trasero a la fuerza en una silla estrecha para aprender una nueva gramática, no merecía la pena emigrar. Además, el autor afirmaba que el aula tenía una buena calefacción, casi tan buena que hasta podía suscitar ciertas reservas sobre el gasto energético. Pero no había razón para preocuparse, ya que Canadá disponía de una fuente energética inagotable. Aquello me pareció espeluznante. Acabé hasta el hocico del primer libro, así que lo lancé hacia un rincón y abrí el segundo. Su autor había viajado en lancha desde el sur del nuevo continente hacia el norte y había entrado ilegalmente en Canadá. «Era noche cerrada cuando llegué a un pequeño puerto de pescadores, donde no había ni un alma. Estaba helado, así que me quité la ropa pesada, empapada de agua de mar, y me envolví con una red de pesca. Me llegó un intenso olor a algas.» La ropa fría y empapada, así como el olor a algas, me gustaron tanto que me apresuré a copiar ese fragmento. Sin embargo, este escritor tampoco permaneció mucho tiempo en la playa, sino que ya al día siguiente acudió a las autoridades y, más adelante, también él acabó en una academia de idiomas. Cerré el libro y abrí el tercero, más o menos por la mitad: quería aterrizar en mitad de la vida. Allí me esperaban el primer encuentro, el anhelo, el primer beso; el libro me atrapó enseguida.

Por aquel entonces iba a un centro de formación profesional. Al principio mi único objetivo era aprender inglés. Me gustaba hablar con todo el mundo y no me planteaba qué pensarían los demás de mí. Con el paso de las semanas me di cuenta de que era la única de la clase que era blanca como la nieve. El sentimiento de inferioridad brotó como una flor venenosa. Nadie me

insultó por eso, probablemente nadie reparase en mi color, pero el espejo me mostraba un rostro pálido y me susurraba que mi aspecto era triste y enfermizo. Al acabar las clases, comencé a frecuentar un lago que estaba casi a las afueras con idea de tomar el sol; esperaba que se produjese el milagro pardo, pero mi naturaleza me impedía asimilar cualquier color. En mi clase había un chico llamado Christian que me parecía muy agradable. Un día me preguntó si estaba preocupada por algo. En lugar de responder, le propuse que fuéramos a nadar el domingo siguiente. Él aceptó enseguida, sin dejar entrever el más mínimo impedimento.

Estábamos tumbados junto al lago, con el cuerpo mojado, dejándonos bañar por las suaves y diminutas partículas de luz crepuscular. Christian también era pálido, como yo, y no me explicaba cómo no me había dado cuenta hasta entonces. Le expuse el motivo de mi inquietud, ante lo cual él me contó el cuento del patito feo. Christian estaba muy orgulloso de Odense, su ciudad natal, de donde también procedía el autor del cuento. Me invadió una sensación de felicidad, nuestras miradas se encontraron y puse mi zarpa sobre su cabeza. Él se acercó lentamente y restregó el hocico contra mi pecho. Mientras coqueteábamos, el sol fue bajando los últimos peldaños y se perdió en el sótano. Allí estábamos los tres: Christian, yo y la noche.

Christian dijo que no quería casarse en una iglesia: en cuestión de drogas, la religión estaba desfasada. Celebramos la boda entre nuestras cuatro paredes. Enseguida me quedé embarazada y tuve mellizos: niño y niña. El niño murió antes de tener nombre. A la niña la llamé Tosca.

Mientras copiaba estos pasajes del libro, me metí en la historia como una protagonista más. Quise adoptar lo que allí se contaba como mi propia historia y vivirlo de primera mano, hasta el último signo de puntuación. Fui leyendo en voz alta y copiando cada una de las frases, pero llegó un momento en que dejé de mirar las páginas. Una voz que salía del libro me iba susurrando la historia. Yo escuchaba y escribía. Aquello me quitó mucha energía vital.

Mi marido y yo obtuvimos el título de formación profesional. Como colofón, él encontró trabajo en una relojería y yo conseguí un puesto de enfermera en una consulta médica. Mi marido pronto se afilió al sindicato del ramo y se mostró muy comprometido políticamente, con lo cual ya nunca

llegaba a tiempo para la cena. En lugar de descansar, los fines de semana seguía luchando por los derechos de los trabajadores. A nuestra hija Tosca la críe solo yo. Era una niña alegre que me hacía muy feliz, aunque en ocasiones también me causaba algún apuro. Le gustaba cantar y bailar en la calle, y ante el aplauso entusiasta de los viandantes ya no quería parar. Un día, mi marido me sorprendió con una propuesta:

–Huyamos a la Unión Soviética.

Un profundo desasosiego me invadió sigilosamente. Con el esfuerzo y el sufrimiento que me había costado dejar atrás el país donde nací... ¿Qué ocurriría si, una vez allí, me reconociesen y me acusaran de traición? Cuando mi marido supo de estas tribulaciones, dejó de hablar del asunto. Yo me sentí aliviada y pensé que el exilio ya no sería un tema de conversación. Canadá me gustaba mucho, aunque tampoco quiero magnificar ese sentimiento, pues también me gustaba Estados Unidos, o al menos las tortitas que hacían allí. Al cabo de una semana me di cuenta de que había subestimado la tenacidad de mi marido, que me vino con otra propuesta:

–Huyamos a Alemania del Este. Allí no saben nada de tu pasado. Tramitamos la solicitud como canadienses y decimos que queremos ayudar a construir un Estado ideal. Canadá me gusta tanto como a ti, pero el primer mundo está metido en un callejón sin salida. Ya te he contado que, en Dinamarca, mi madre perdió el trabajo por participar en un acto de extrema izquierda. Ella vino conmigo a Canadá y pronto fue asesinada por un amante neurótico. Si nos quedamos aquí, seguiremos trabajando a destajo y no ganaremos más. Tosca no podrá recibir la educación que merece. Tiene un talento extraordinario. En el Este le darían una formación excelente y, además, gratuita. Puede ser patinadora o bailarina.

Al oír eso, la decisión de marcharme con mi familia a Alemania del Este estaba prácticamente tomada.

Suspiré aliviada, me tiré en la cama y hundí la oreja en el suave almohadón. Tumbada como si fuese un cruasán, abracé a Tosca, que aún no había nacido. Todavía formaba parte de mi sueño, me había quedado adormilada. Una cosa estaba clara: llegará el día en que mi hija pise el escenario para interpretar el papel protagonista en *El lago de los osos polares*, de Chaikovski. Después dará a luz un hijo tan adorable que todos querrán achucharlo. A mi primer nieto lo llamaré Knut.

Contemplé el vasto paisaje que se abría ante mí: ni una casa, ni un árbol, una capa de hielo se extendía hasta el horizonte. Nada más dar el primer paso, vi que el suelo estaba formado por témpanos de hielo. Mis pies comenzaron a hundirse con el trozo que acababa de pisar, el agua helada me llegaba ya por las rodillas, luego se me mojó la tripa y después los hombros. No me asustaba tener que nadar, el frescor que me proporcionaba el agua helada me resultaba incluso agradable; sin embargo, yo no era un pez, no podía quedarme en el agua para siempre. Vi una superficie que parecía ser el comienzo de la tierra firme, pero en cuanto la rocé se inclinó hacia un lado y desapareció en el mar. Dejé de buscar la costa y me centré en encontrar un bloque de hielo un poco más grande. Tras varias decepciones, localicé al fin un témpano lo bastante sólido como para soportar mi peso. Una vez logré mantener el equilibrio, miré fijamente hacia delante y noté cómo, con el paso de los segundos, el hielo se iba derritiendo bajo el calor de mis pies. Aquella isla congelada todavía era tan grande como mi escritorio, pero llegará un momento en que dejará de existir. ¿Cuánto tiempo me queda?

2. EL BESO DE LA MUERTE

Mi espina dorsal crece a lo alto, mi pecho a lo ancho, retraigo un poco el mentón, estoy ante una pared de hielo viva, no le tengo miedo. Esto no es un combate. En realidad, la pared está hecha de un cálido pelaje de nieve. Bajo la mirada y descubro dos perlas negras por ojos y una nariz húmeda. Rápidamente, me coloco un azucarillo en la lengua y la estiro. La osa polar se inclina despacio hacia mí. Dobla primero la cintura, luego baja el pescuezo y bascula sobre los cuartos traseros. Resuella, y un tremendo olor a nieve emana de su hocico. Después, su lengua veloz y habilidosa roba el azucarillo del espacio más íntimo de mi boca. ¿Ha tocado una boca a la otra o no?

El público contiene la respiración, se olvida de aplaudir y se queda congelado por un instante. Miles de ojos aterrorizados se clavan en Tosca, la osa polar, aunque ningún espectador sepa que el verdadero peligro no está ahí. Por supuesto que mi vida acabaría ipso facto si Tosca, de tres metros de alto, me golpease con su poderosa zarpa, pero ella no hace esas cosas. La situación solo se volvería peligrosa si el conjunto de nueve osos polares que está detrás no se mantuviese en armonía. Bastaría que un solo animal perdiera los nervios para que su chispa prendiese el eventual desasosiego de los demás, que enseguida se convertiría en una enorme llamarada, la cual cubriría por completo el escenario y nos abrasaría a todos. Por esa razón, yo observaba con detenimiento a todos los presentes, incluso a los que tenía detrás. Todo mi cuerpo es un sensor. Cada uno de mis poros es un ojo; también en la espalda tengo innumerables ojos abiertos. Cada pelo de mi nuca opera como una antena que vigila las relaciones de poder dentro del grupo. No hay un solo segundo en que esté distraída, excepto ese único instante en el que Tosca y yo nos besamos. En ese momento toda mi atención se concentra en nuestros labios y no puedo estar pendiente de los otros osos. Mi mano izquierda, la que sujeta el látigo, sufre un pequeño espasmo cuando nos besamos.

El público cree que el látigo me garantiza el poder sobre los depredadores, pero lo cierto es que esta serpiente de cuero se asemeja más a la batuta inofensiva de un director de orquesta. Ningún músico teme ser golpeado con

la batuta y resultar herido. Sin embargo, ese palito encarna el poder, quizá porque siempre va un paso por delante. Lo mismo ocurre con el látigo y mis fieras.

Yo soy la más pequeña, la más débil y la más lenta de todos los seres vivos que están sobre el escenario. Mi única ventaja radica en la facultad de detectar con antelación y exactitud los cambios de ánimo de los demás. Si las relaciones de poder entre los nueve osos se alterasen y solo dos de los nueve animales se enzarzaran en una pelea, yo sería incapaz de detenerlos con mi fuerza física. Por eso, en cuanto percibo la más mínima hostilidad, restallo el látigo y grito para distraer a los osos. De lo contrario, la tensión aumentaría hasta llegar a un punto en que ya no habría vuelta atrás.

Sobre el puente en forma de tambor había nueve osos polares: parecían las nueve cabezas de Naga, la serpiente mitológica. Una primera cabeza se movía como el péndulo de un reloj de pared; la segunda profería un sonido profundo desde la base del cuello. Todas las cabezas esperaban que llegase al fin su turno para recibir la dulce recompensa.

Mi falda era corta, las botas, altas, y yo llevaba el pelo largo y rizado recogido en una cola de caballo. Medía un metro cincuenta y ocho, y nadie notaba que ya había rebasado la cuarentena. A raíz de mi aspecto, Pankov, el director artístico del circo, tuvo la idea de incluir ese número en el programa. «Una cría capaz de dominar a diez osos gigantes. ¡Es fantástico! ¡Se me ponen los pelos de punta! Necesitamos un número sensual. Los osos polares son mucho más grandes que los pardos, y como además son blancos, parecen todavía más enormes. Si los colocamos en fila parecerá que forman una enorme pared de hielo. ¡Es genial!» La voz ronca de Pankov todavía resuena en mis oídos. Su consumo de cigarrillos no conocía el concepto de economía planificada. «¿Y bien? ¿Tú qué dices? ¿Preparada para afrontar este reto? ¡Anímate, mujer! No temas al fracaso. Aunque sea un absoluto desastre, prometo no despedirte. Seguirás trabajando para nosotros como limpiadora.» El director soltó una risa maliciosa. Yo había limpiado durante años la cuadra del circo, hasta que di con la clave que me condujo a mi actual carrera. Él lo sabía de sobra y disfrutaba provocándome. A lo mejor lo que quería era sacarme de mis casillas.

No tenía experiencia con osos polares, salvo un intento fallido que corresponde a una fase de mi vida breve pero inolvidable. Por aquel entonces

adiestraba a un grupo de depredadores de la misma especie y, en contra de mi criterio, un día me obligaron a incluir a un oso polar. Todos los mamíferos me encantan, pero odiaba ese número de circo tan extendido en el que las fieras se mezclan. Para ser más exactos, despreciaba la estupidez y la vanidad de quienes se enorgullecen de obligar a tigres, leones y leopardos a estar juntos. Me recuerda a esas coreografías en las que distintas minorías, vestidas con atuendos multicolor, desfilan juntas en homenaje a la nación. Les garantizan la autonomía política a cambio de fingir, al menos a la vista, la diversidad cultural del país. A diferencia de los seres humanos, en el caso de los depredadores la separación por especies los ayuda a sobrevivir. Ellos guardan la distancia para no tener que luchar y matarse sin sentido. Los hombres, por el contrario, los encierran en un espacio mínimo para que aquello parezca una página de la enciclopedia del mundo animal. Como representante de la estúpida especie del *Homo sapiens*, muchas veces me avergonzaba de estar sobre el escenario.

Mi superior y su superior dijeron que, sin el oso polar, mi conjunto de fieras no tenía ningún interés. Al echar la vista atrás, tengo claro que ellos mismos vivían como depredadores dentro de un mismo grupo político, con el miedo constante a que otro funcionario los devorase. Tras la muerte de Stalin, en 1953, fue más difícil predecir quién devoraría a quién. Creció la sensación de que ya ningún circo podría sobrevivir en manos privadas y comenzamos a sentir una inseguridad desconocida. Nadie sabía si continuaríamos trabajando de la misma manera o si vendría una tempestad y arrancaría de cuajo la carpa.

En 1961, las tres compañías circenses –Busch, Aeros y Olympia– consiguieron volver a empezar, pero fusionadas en el Circo estatal de la República Democrática Alemana. Yo esperaba que el nuevo circo prescindiera de los números mixtos con depredadores, ya que su brutalidad resultaba primitiva y no se correspondía con la idea de un Estado moderno. Sin embargo, mi deseo de fundar una apacible familia de leones no fue bien acogido en el mundo circense. Cada vez más espectadores reclamaban una peligrosa mezcla de fieras.

Por aquel entonces, yo no estaba segura de que los osos polares fuesen tan pacíficos como los leones. Además, sospechaba que Pankov solo me había hecho aquella propuesta para ponerme en apuros. No obstante, decidí aceptar

la oferta, pues no quería ser yo quien se cerrase la puerta hacia un posible ascenso.

Cuando conocí a Markus, mi marido, él ya había alcanzado la cima de su carrera como domador de osos. Yo había sido durante años uno de los muchos admiradores de su número. Bajo su mando, los cuerpos de los osos circulaban por el escenario como partículas de luz: claras, ligeras y brillantes. Cuando me enamoré de él, Markus pasaba por una crisis. Casualmente asistí a uno de sus ensayos. Estaba rodeado de aprendices que lo idolatraban. Iba peinado con esmero y, aunque no se tratase de una actuación sino de un ensayo, llevaba un pantalón de montar estilo inglés y unas botas muy elegantes. Su actitud era la de un maestro experimentado, pero en su rostro pude reconocer una expresión de desconcierto y un miedo incipiente. El oso pardo no obedeció la orden de Markus; es más, creí ver un gesto de desprecio en los ojos del animal. El oso pardo tiene la facultad de ignorar la presencia de los seres humanos cuando le conviene. Incluso si coincide con una persona en un espacio mínimo, es capaz de comportarse como si estuviese solo. Es la sabiduría propia de los animales que deben compartir un espacio vital reducido. Así evitan peleas innecesarias. Según dicen, también los oficinistas japoneses que cada mañana van al trabajo en un metro atestado de gente poseen esa capacidad.

Sin embargo, el oso pardo no puede ignorar a quien lo provoca. Markus provocó al oso sin querer, y ese fue un grave error que ningún domador se puede permitir. ¿Fui yo la única que se dio cuenta de todos los que estábamos allí? Markus pasaba por una crisis vital, ya no era capaz de entender a los osos. A cambio, abrió su corazón a las personas, cosa que no había hecho antes. Después del ensayo nos sentamos juntos en un banco; respirábamos al mismo ritmo, lo cual redujo rápidamente la distancia que nos separaba, y, al cabo de poco tiempo, nuestro matrimonio quedó inscrito en el registro civil. Para mí era el segundo enlace. Markus no hizo ningún comentario cuando le conté que mi hija, fruto del primer matrimonio, vivía con mi madre. Tampoco alteró el gesto cuando le revelé que mi primer marido también era domador de osos.

De cara a la próxima temporada, Markus había previsto un número con un oso Kodiak. El nuevo animal todavía no se había aclimatado y nos miraba terco, como queriendo decir que no movería ni una oreja, aunque le diésemos

un cubo entero de azúcar. Cuando Pankov vino al ensayo, Markus restalló el látigo varias veces seguidas para simular que estaba trabajando. Con el paso de los días, su aspecto era cada vez más desaliñado. Se presentaba en los ensayos descalzo y con un chándal azul marino, viejo y descolorido. Su pelo fino, empapado en sudor, dejó de conocer los efectos del peine.

Todavía faltaba tiempo para el estreno; podía tomárselo con calma, pero un síntoma preocupante fue que no percibiese la rabia del oso hasta que el animal le enseñó los dientes. Markus se comportaba como quien intenta sacar adelante una conversación, aunque no domine el idioma. A mí me entraban sudores fríos, prefería no mirar.

No solo yo, también Markus sintió alivio cuando Pankov propuso poner al oso Kodiak en manos de un etólogo, al menos por un tiempo, ya que el animal mostraba un comportamiento extraño. «Nos darán unos osos polares en su lugar», dijo Pankov con una risita que ninguno supo interpretar. En un primer momento Markus se asustó, pero se tranquilizó cuando Pankov nos explicó que sería yo quien haría el número de los osos polares.

Mi marido estaba en una fase vital completamente distinta a la mía: no quería tener un gran público ni aspiraba a avanzar en su carrera. En lo más profundo de su corazón había brotado el deseo de abandonar para siempre el papel de domador de fieras. Pero, por desgracia, uno no puede saltar de un tren en marcha, a menos que quiera acabar con su vida. Si en ese momento le hubiesen dicho que debía saltar del tren de cercanías para montarse en el expreso de los osos polares, él habría preferido tirarse por la ventanilla. Los osos polares tenían fama de ser especialmente agresivos e imprevisibles.

Por aquel entonces, a consecuencia de las pesadillas, Markus se ponía a gritar en mitad de la noche, como un niño pequeño al que le muerde un perro enorme. Yo conocía ese tipo de gritos. De niña tuve que presenciar cómo un amigo fue víctima del ataque de un perro.

Pankov tenía una idea bastante exacta del número que quería. Yo debía usar una cinta de pelo para mantener la frente despejada, llevar una falda corta y dirigir a los osos polares sin esfuerzo, como un hada. Markus estaría a un lado del escenario vigilando a los osos, para así protegerme de eventuales peligros. Aunque el público lo tomase por un ayudante, en realidad él sería la instancia de poder que actúa en la sombra. Mientras se explicaba, Pankov elegía cuidadosamente las palabras para no herir a mi marido; este disfrutaba sin reparo de un alivio enorme. Al acabar, Markus preguntó con voz alegre:

—¿Y cuántos osos polares nos van a dar?

—Nueve —respondió Pankov.

Markus no volvió a hablar en todo el día.

Más adelante supe el motivo: Pankov necesitaba con urgencia una idea original, pues la Unión Soviética le había regalado nueve osos polares. Nuestro circo nunca había recibido un obsequio tan espléndido. Todos se preguntaban con disimulo por qué a la gran potencia se le habría ocurrido hacer un regalo a su pequeño vecino alemán. Tal vez el obsequiante temiese que el obsequiado pronto lo abandonara y regresara con su exsocio, Alemania Occidental. O a lo mejor lo que quería era rivalizar con su vecino asiático, cuyo círculo de amistades aumentaba rápidamente, a base de regalar osos panda a mansalva. En todo caso, el artículo de regalo, es decir, los osos polares, enseguida fueron endosados a nuestro circo.

Cuando a uno le regalan un pastel, debe comérselo cuanto antes. Si el obsequio es un cuadro, hay que colgarlo en la pared. Eso forma parte de los buenos modales del obsequiado. Los nueve osos polares no estaban allí de adorno, sino que eran bailarines profesionales. En la carta que acompañaba al envío ponía que los animales habían completado su formación en la Academia de Arte de Leningrado con excelentes calificaciones, así que estaban listos para actuar en un teatro. Pankov recibió presiones de la autoridad competente: antes de que llegara la próxima visita del Kremlin debía montar un espectáculo digno de admiración, cuyo punto culminante fuesen los nueve osos polares. Al igual que sucede con los terremotos y las tormentas, por aquel entonces no se podía predecir cuándo llegaría la siguiente visita del Kremlin. A Pankov le entró pánico por tener que montar el espectáculo de los osos lo antes posible.

Al oír las palabras «oso polar», no solo me acordé del ejemplar problemático que había tratado de integrar en el conjunto de depredadores, sino también de una osa que había visto en una obra de teatro infantil. Era una de las actrices y, si no me equivoco, se llamaba Tosca. Es probable que, por aquel entonces, consiguiera una entrada a través de algún contacto y fuese al teatro para matar el tiempo. Nunca había oído hablar de Tosca, pero, tras tomar asiento en el patio de butacas, el matrimonio que estaba a mi lado empezó a conversar sobre ella.

Tosca había concluido su formación en ballet clásico con resultados brillantes, pero no había obtenido un papel en ninguna producción, tampoco

en *El lago de los cisnes*, como estaba previsto. Según dijo el matrimonio, se dedicaba a actuar para niños. Su madre era una celebridad que había emigrado desde Canadá a la parte socialista de Alemania y había escrito una autobiografía. Era una lástima que el libro estuviese agotado; nadie había llegado a leerlo, así que era más bien una leyenda.

Sentada en primera fila, contuve la respiración cuando aquel cuerpo suave, blanco y enorme apareció en el escenario. Jamás había visto nada igual: un trozo de vida suave y ligero como una pluma, que me hizo sentir el gran peso y el calor de la carne.

En aquella obra infantil, Tosca no tenía texto, aunque a veces moviese la boca. Clavé la mirada en sus labios y casi me quedé sin respiración, pues cada vez tuve más claro que Tosca quería decir algo, pero no podía entenderla. La iluminación era seguramente muy sofisticada para la época: el telón remedaba la aurora boreal y lanzaba hacia el público unas ondas constantes de luz misteriosa. El pelaje de Tosca cambiaba de color con aquella luz: primero del marfil al mármol y después a la escarcha. Durante la representación, nuestras miradas se encontraron cuatro veces en total.

Para nuestra sorpresa, a la semana de haber llegado, los nueve osos polares fundaron un sindicato. No escatimaron en las exigencias que plantearon a Pankov, y cuando este las ignoró, comenzaron una huelga feroz.

Los osos sabían pronunciar discursos políticos en un alemán fluido. De sus bocas oí términos nuevos que probablemente venían del movimiento obrero. En sus demandas no había nada que pudiera considerarse típicamente osuno: el complemento por horas extra; un mes de vacaciones para las trabajadoras; una cantina donde sirviesen a diario carne fresca y algas del Mar del Norte; un espacio para ducharse con agua helada; aire acondicionado y una biblioteca para los empleados del circo. Aunque también a los humanos les habría venido bien la ducha o una cantina, nunca nos habíamos atrevido a pedirselo a Pankov. Trabajábamos día y noche bajo tanta presión que hasta habíamos olvidado el contenido de nuestro contrato laboral.

Cuando el representante sindical leyó a Pankov su lista de demandas, este enrojeció de ira.

—¡Una ducha! ¡Una cantina! ¡Estáis locos! Os podéis lavar con agua fría ahí fuera, en cualquier sitio. Y, por mí, podéis comeros esas algas tan raras, pero nada de eso tiene que ver conmigo. Es una auténtica vergüenza que se os

ocurra hacer huelga aquí. Nuestro país es el país de los trabajadores, y por eso no hay huelgas, ¿entendido?

En su interior, Pankov era un hombre de la Edad Media; él pensaba que los osos, al igual que los esclavos, no tenían derechos humanos. Sin embargo, sí le quedaba un pequeño resto de debilidad intelectual, así que denegó todas las peticiones, pero prometió construir una pequeña biblioteca. Los osos de un país grande no estaban acostumbrados a llegar a acuerdos con un país pequeño. La única forma de acercamiento que conocían era la invasión, así que en ningún momento pensaron en poner fin a la huelga y agradecer a Pankov la biblioteca.

Cuando llamé a su puerta para darle una botella de vodka ilegal, Pankov llevaba ya diez días en estado de guerra. Parecía una planta marchita. Al ver que le traía una botella de vodka, sonrió débilmente. Después cogió dos vasos, más apropiados para lavarse los dientes, y sirvió el vodka. Brindamos y yo fingí beber, mientras Pankov ingería aquel liquidito sin disimulo. Por unos instantes recobró las fuerzas, y yo aproveché el momento para hablarle de Tosca. Al oír las palabras «osa polar» enseguida se serenó, así que se sirvió otro vasito y se lo bebió. Esperé unos segundos y le propuse invitar a Tosca para montar un espectáculo con ella.

–Si logro encandilar al público con un magnífico número en el que actúe Tosca, el escepticismo de los del Kremlin se acabará derritiendo, por más que la huelga se eternice como el frío siberiano. ¡No te preocupes! Los políticos rusos nunca se darán cuenta de que la osa polar viene de Canadá y no de la Unión Soviética.

La identidad nacional siempre ha sido algo ajeno a los osos polares. Para las hembras, lo habitual era quedarse embarazadas en Groenlandia, parir en Canadá y criar a los oseznos en la Unión Soviética. No tenían nacionalidad, tampoco pasaporte. Nunca se exiliaban y cruzaban las fronteras sin necesidad de visado.

Pankov se aferró a mis palabras, al igual que un borracho se agarra a una pajita mientras se ahoga en un mar de vodka. Ordenó a la secretaria que llamase al teatro infantil y, antes de obtener una respuesta, empezó a roncar en el sofá. La secretaria dispuso por teléfono todo lo necesario para que Tosca viniese como artista invitada. Por aquel entonces, en el teatro no tenían ningún papel para ella, así que estaba aburrida. El director artístico enseguida le autorizó a trabajar en nuestro circo.

Más adelante supe que esta información había sido alterada, por no decir falsificada. No era cierto que no hubiese un papel adecuado para Tosca. Habría podido tenerlo, pero el que le ofrecieron no le gustaba. Ella había protestado, entrando en disputa con el teatro. Un autor de Alemania del Este había elegido el poema épico *Atta Troll*, de Heinrich Heine, y lo había convertido a la fuerza en una obra de teatro infantil, en la que Tosca debía interpretar el papel de Mumma, la osa negra. Tosca dijo no tener nada en contra de interpretar a la esposa de Atta Troll; es más, consideraba un honor pintarse el cuerpo de negro, dejarse encadenar por el cuidador y representar un baile indecoroso en un mercado, pero no estaba de acuerdo con la trama. Su marido, que bailaba con ella, ansiaba la libertad y había logrado liberarse de las cadenas del cuidador. A Tosca no le gustaba la idea de que Mumma fuese inferior por no aspirar a la libertad. ¿Acaso era humillante hacer arte en la calle con el propio cuerpo y cobrar a cambio? ¿Es que un comerciante hanseático era más respetable que una artista callejera, aunque también él trabajase por dinero? ¿Y qué pasaba con la prima donna del ballet soviético de Leningrado, que mostraba al público gran parte de su piel desnuda?

Algo más preocupaba a Tosca: Mumma era madre soltera, cosa habitual entre los osos. Pero en la naturaleza nunca se daba el caso de que, en un arrebatado de amor, una osa madre arrancase la oreja de un mordisco a su hijo más pequeño y se la comiese. Tosca opinaba que el autor de la obra debía modificar esa parte. Además, le molestaba el tono burlón en el que se contaba cómo Mumma triunfó en la ciudad capitalista de París y tuvo como amante a un oso blanco. ¿Qué tenéis en contra de París? ¿Y qué tenéis en contra de un oso polar?

Tanto al director de la pieza como al dramaturgo les pareció inapropiado, más aún, una desfachatez intolerable que una actriz criticase el contenido de una obra clásica. El dramaturgo se sintió herido en su orgullo, el director rompió a llorar y se quejó al director artístico, responsable máximo del teatro. Al enterarse de la insolencia de Tosca, dicho responsable también se indignó, pero la legislación en materia laboral le impedía despedirla. Mientras pateaba el suelo presa del enfado, llegó la consulta del circo sobre la posibilidad de que Tosca trabajase allí durante un tiempo.

La osa aceptó la invitación de inmediato, estaba muy ilusionada. Sin embargo, nada más llegar al circo vivió la primera decepción: la trasladaron

en una jaula de enormes ruedas, lujosamente decorada. Al paso del carromato, los nueve osos polares gritaron: «¡Traidora! ¡Esquirola!»

Al verme, una chispa de reconocimiento se encendió en el rostro de Tosca. Trató de incorporarse, pero el techo de la jaula era demasiado bajo. Yo me acerqué, ella me miró y olisqueó mi aliento. En sus ojos creí distinguir una especie de afecto.

Esa noche tardé mucho en dormirme, como cuando era niña y me regalaron mi primer cachorro. A las cinco de la mañana desperté por última vez de un sueño ligero, no podía seguir en la cama. Empujé el carromato con la jaula hasta la sala de ensayos y me senté en el suelo, frente a Tosca. Ella me miró curiosa y empujó los barrotes con las patas, como queriendo aproximarse. El tiempo se detuvo, permanecí inmóvil. Cuando estuve segura de que Tosca se había tranquilizado, abrí la jaula. Ella salió despacio, me olisqueó el cuerpo aquí y allá, lamió la palma de mi mano tendida y, después, se irguió sobre dos patas sin ningún esfuerzo. Era, como mínimo, dos veces más alta que yo. En ese momento pensé en lo pequeños que eran los osos pardos. Me puse un azucarillo en la mano y Tosca volvió a apoyar los cuartos delanteros para luego atrapar con la lengua aquel *summum* de dulzor.

—A ella le resulta muy fácil sostenerse sobre dos patas. Probablemente lo lleve en los genes.

Oí la voz de mi marido; por lo visto nos había observado por la rendija de la puerta.

—Sí que te has levantado temprano.

—Tosca ha heredado esas habilidades de su madre. Ella fue una estrella de circo.

—No creo que esas cosas se hereden —dije abstraída.

Markus desechó mi opinión haciendo un gesto con la mano y prosiguió:

—¿Por qué no? La humanidad tardó varios milenios en caminar sobre dos piernas, pero a nosotros nos basta con un año. Eso significa que el resultado del entrenamiento quedó grabado en los genes y fue transmitido entre generaciones.

A lo largo de la tarde nos trajeron un puente en forma de arco, construido a partir de unos postes de hierro macizo. Pedimos que lo montaran y lo colocaran en la sala de ensayos. Tosca puso una pata en el puente y fue subiendo con cuidado, paso a paso; cuando alcanzó el punto más alto, se detuvo. Después olisqueó a su alrededor, estirando mucho el cuello y

meneando lentamente el hocico. Aquello bien podría ser la escena de una obra teatral.

–Solo este momento es ya un pedacito de arte escénico –dijo mi marido mientras asentía satisfecho, y en ese mismo instante tuvo a Pankov a su lado, mirando orgulloso.

–Llegará el día en que los nueve osos polares pongan fin a su ridícula huelga y trabajen con nosotros en armonía. Entonces todos se colocarán en fila sobre este puente. ¡Tiene que ser una imagen fantástica! He encargado que construyan el puente de forma que soporte cinco mil kilos. Además, ya tengo el nombre: «El puente hacia el futuro». ¿No os parece genial? Y haced el favor de recordar que la idea ha sido mía.

Por la tarde, Markus trajo la pelota azul con la que en su día entrenaba a las focas. Tosca la olisqueó, la empujó con el hocico y, cuando la pelota comenzó a rodar, salió corriendo tras ella a paso ligero. Le di unos cuantos azucarillos de premio y repitió la jugada.

Ensayar una nueva escena con Tosca era demasiado fácil y, por tanto, incluso frustrante. No tenía nada que enseñarle, bastaba con repetir cosas que ella hacía por curiosidad y luego las combinábamos. Simplemente debía asegurarme de que, durante la actuación, Tosca de verdad repitiera determinadas cosas. Con eso teníamos ya un espectáculo que satisfaría a nuestro público.

Markus y Pankov parecían aliviados y fueron a por cerveza para celebrarlo, pero yo todavía no estaba del todo contenta. Mover la pelota con el hocico no casaba con el aura divina de la osa polar Tosca. Cualquier actor mediocre podía subir a «El puente del futuro» y mirar anhelante a lo lejos. No, nada de actuaciones patéticas con Tosca. ¿Es que no había ninguna idea innovadora con la que impresionar un poco al público? Al ver mi propia reacción sonreí con ironía: mi vieja ambición había vuelto de repente.

Por esa misma época tuve un pequeño síntoma depresivo, tal y como me había sucedido poco después de mi primer matrimonio, aunque en aquel entonces nadie hablaba de depresión. Yo lo llamaba en secreto «tristeza». El primer síntoma me sobrevino cuando, tras dar a luz a mi hija y al igual que cualquier otro mamífero, pasaba la mayor parte del tiempo dando de mamar y cambiando pañales. A la vez debía ayudar a mi primer marido con el papeleo, lavarle la ropa y plancharle los uniformes para salir a escena. Renuncié a mi carrera como domadora de fieras y, durante un tiempo, me convertí en un

ama de casa circense. El vacío que sentía en mi interior no era ligero, todo lo contrario. Cada vez que dejaba de mover las manos por un instante e interrumpía mi actividad durante unos segundos, el vacío que notaba en el pecho aumentaba y me oprimía. Durante la noche, en la cama, cambiaba de postura cada cinco minutos, pues el vacío ocupaba mi pecho y me impedía respirar. Quería volver a estar sobre el escenario, bañarme en la luz de los focos y que el aplauso del público me desgarrara los oídos. Pero, sobre todo, quería volver a trabajar con animales. Pensaba que si seguía ejerciendo de ama de casa, el mundo pronto me olvidaría. Fue esta inquietud lo que me llevó a aceptar de inmediato la arriesgada oferta de dirigir un grupo mixto de depredadores y dejar a mi pequeña hija al cuidado de mi madre.

Tras casarme con Markus, mi segundo marido, esa vieja tristeza regresó. Solo con el arte lograba agujerear el cielo sombrío y sorprender a los espectadores con un radiante color azul.

Markus me preguntó preocupado qué me ocurría, pues llevaba un buen rato sin decir palabra. Respondí que el cielo me parecía muy triste.

–La pequeña Anna pasa todo el tiempo con tu madre y tú nunca la ves. ¿Eso te parece bien? –Me sorprendió que mi marido pensase en mi hija–. ¿Por qué no vas a visitarla?

–No tengo tiempo. Sabes de sobra que los horarios del autobús son malísimos. Además, no debo pensar en mi hija. No sirve de nada.

Tras la caída del Muro, tal vez me hubiesen tachado de ser una madre desnaturalizada, pero en aquella época había muchas madres cuya única opción era dejar a sus hijos en manos del Estado y verlos solo los fines de semana. Es más, en algunas profesiones, las madres no veían a sus hijos durante meses. Nadie se lo reprochaba. El amor de madre ni siquiera se conocía como mito. Las iglesias en las que una modélica Virgen María sostenía a su hijo en brazos estaban cerradas. Cuando la represión religiosa se diluyó, el mito del amor de madre surgió como un espejismo tras el horizonte fronterizo entre los dos Estados. Me dolió mucho que, tras la caída del Muro, a Tosca la criticasen tan duramente por rechazar a su hijo Knut. Algunos dijeron que había entregado a su cría a unos desconocidos porque ella era de la RDA. Otros escribieron en los periódicos que había perdido el instinto maternal por haber trabajado en un circo que maltrataba a los animales,

sometiéndolos a un estrés típicamente socialista. El término «estrés» me pareció inadecuado. Antes de la caída del Muro no había estrés, solo sufrimiento. Igual de inapropiado era el término «instinto maternal». En el caso de los animales no es el instinto, sino el arte lo que les permite criar a los hijos. Entre las personas no puede ser muy distinto ya que, de lo contrario, no se dedicarían a adoptar niños de otra especie.

Es posible que mi ambición se avivara por miedo a sufrir otro ataque de tristeza.

–No me basta con hacer otro espectáculo más, con Tosca subida al puente o empujando la pelota. ¡Tenemos que ofrecer algo completamente nuevo, algo jamás visto en el mundo del circo!

Estampé el proyecto sobre la mesa sin ocultar mi ambición. Pankov dejó de tragar cerveza y dijo que tal vez se podrían sacar ideas de algunos libros de etnología o mitología. Por lo general, la gente del circo evitaba parecer demasiado intelectual, ya que, de lo contrario, podrían atraer en exceso la atención de la policía secreta. Además, temían que su intelectualidad arruinase el apetito de los espectadores. Mostrándose malicioso y ordinario, Pankov trataba de hacer olvidar que era doctor en antropología.

A mi marido y a mí nos concedieron un día libre para que pudiésemos documentarnos. Pankov nos escribió una carta de recomendación y acudimos a una biblioteca pública, ya que la nuestra aún no existía. Enseguida encontramos muchos libros especializados en el Polo Norte, nos sumergimos en la lectura y nos olvidamos tanto de nuestro objetivo como de nosotros mismos.

Durante mucho tiempo, los osos polares no tuvieron ningún contacto con los seres humanos, así que no podían imaginar lo peligrosos que eran esos pequeños bípedos. Se contaba que un oso polar, llevado por la mera curiosidad, se había acercado a un pequeño avión que había aterrizado en su territorio. Un cazador aficionado bajó de la aeronave, apuntó tranquilamente al oso y disparó. Habría sido un milagro que la bala mortífera no diese en el blanco. Así, la caza de osos polares se convirtió en un deporte muy popular, que no requería de ninguna técnica cinegética en particular ni de una especial predisposición al riesgo. Ahora bien, quien pretendiera hacer negocio con los osos tenía que cazarlos vivos, y eso sí que precisaba cierta técnica. A pesar de todos los esfuerzos por impedirlo, algunos osos murieron por los efectos de la

anestesia y otros durante el transporte. En 1956, la Unión Soviética prohibió la caza de osos polares, pero Estados Unidos, Canadá y Noruega siguieron practicándola. Solo en el año 1960, más de trescientos osos polares fueron abatidos por cazadores aficionados.

Resollé de rabia, como si fuese un animal. Mi marido trató de tranquilizarme, quiso que recobrase la calma:

–¿Qué tal si te disfrazas de vaquera y haces como si disparases a Tosca? Utilizamos un efecto de sonido, Tosca cae al suelo y se hace la muerta.

–Me temo que podría resultar ridículo, pero sigue.

–Tosca se levanta de pronto y te devora. Es decir, la víctima de la violencia humana resucita y acaba derrotando al malhechor.

–Eso es imposible. El público no va al circo para recibir una lección de moral teñida de realismo socialista. Mejor busquemos una trama mitológica.

–Entonces vamos a leer libros sobre esquimales.

Leímos que los esquimales –así llamábamos por entonces a los inuit– sabían mucho de osos polares, un conocimiento que la ciencia tradicional solía despreciar. El motivo más frecuente de esta falta de consideración era la ausencia de pruebas.

–Nosotros no somos científicos, así que podemos creernos lo que digan los esquimales.

–Tienes razón. Yo de niña quería ser zoóloga. Por fin he encontrado una buena razón para no haberlo sido.

Ese mismo libro decía que, según una creencia esquimal, los osos polares se tapan el ano con un corcho durante la hibernación.

–¿Qué tal si Tosca se tapa el ano con un corcho y luego lo hace saltar por los aires tirándose un pedo?

–¡Mira que eres desagradable! ¿Qué tal si lo haces tú?

Algunos esquimales contaban que los osos polares empujan témpanos de hielo con el hocico mientras avanzan a nado. Probablemente se trate de una sofisticada técnica de caza, ya que así pueden aproximarse a su presa sin ser vistos. Pensé en Tosca y en cómo había empujado rápidamente la pelota con el hocico en cuanto se la puse delante.

–¿Y si te sientas en un carrito de bebé y Tosca lo empuja con el hocico?

Esa idea no me pareció tan peregrina.

–Pero ¿es ese el reparto de roles que el público espera? ¿Yo haciendo de bebé y Tosca de madre? ¿Debo permitir que un animal me amadrine?

–Los fundadores del imperio romano bebieron leche de una loba. Cualquier personaje célebre, capaz de realizar una hazaña que conmueva al mundo, seguro que fue adoptado y amamantado por un animal.

–¿Y qué te parece si hacemos un musical? Al principio se me ve de pequeña, tomando leche de osa, y luego acabo convertida en emperatriz.

–Buena idea. Pero no olvides que hemos venido a la biblioteca para encontrar una idea y ponerla en práctica cuanto antes. No creo que podamos escribir, componer e interpretar un musical tan rápidamente.

Seguimos leyendo. Algunos esquimales contaban que los osos polares se ponen nieve en las heridas para frenar las hemorragias. Era una imagen hermosa, pero inadecuada para el escenario.

Muchos esquimales creían que los osos polares eran zurdos. Podría ser interesante que Tosca escribiese varias palabras en la pizarra de una clase simulada, y que lo hiciese con la mano izquierda. Para Pankov, los espectadores más importantes serían rusos, así que Tosca tendría que escribir en caracteres cirílicos. Mi intuición me decía que ese alfabeto era demasiado complicado para la mano izquierda de una osa polar.

–Pero los ideogramas chinos son mucho más complejos que el alfabeto cirílico. Y los osos panda los dominan, aunque solo en su versión reducida, fruto de la reforma comunista –replicó mi marido.

Cuando le hablé de los osos panda calígrafos, a Pankov le rechinaron los dientes de envidia y dijo que eso no era más que propaganda; es decir, una propaganda propanda del gobierno chino para justificar su reforma ortográfica. Le pregunté por qué lo consideraba una propaganda. ¿Acaso el mensaje era que hasta los osos pueden escribir si los caracteres tienen menos trazos?

–¿Y qué respondió él?

–Insistió en que los osos panda son incapaces de escribir. Y añadió que, por más sencillos que fuesen los caracteres, los caracteres eran caracteres y los osos panda eran osos panda. Entonces me pregunté qué podríamos hacer en caso de que los osos panda fuesen de verdad más inteligentes que nosotros. La única solución sería ocultar ese dato a los invitados procedentes del Kremlin.

–La inteligencia de los distintos animales no se puede comparar. Además, el escenario de un circo no es el lugar más adecuado para demostrar el grado de inteligencia. Y envidiando a los osos panda tampoco avanzamos.

–Cada especie tiene sus propias habilidades. Y el circo no es lugar para demostrar el cociente intelectual de la nación. Por cierto, ¿te acuerdas de *Los tres osos*, aquel libro para niños?

Como siempre, mi marido me sorprendió con un repentino cambio de tema:

–Tal vez sería bonito e interesante que la osa hiciese cosas triviales, como las que hacemos a diario los seres humanos: sentarse a la mesa, ponerse una servilleta en el regazo, abrir un bote de mermelada de fresa y untarla en el pan, beberse un vaso de leche con cacao, esas cosas...

Mi marido conservó el buen humor durante bastante rato; es más, ni siquiera le molestó el tono insolente de la bibliotecaria, que nos echó del edificio incluso antes de la hora de cierre.

–Quién me iba a decir que estaría a gusto en una biblioteca. Disfruto mucho más documentándome y recopilando ideas para una coreografía que haciendo de domador sobre un escenario.

Markus tenía las mejillas delgadas, y una sombra asomaba alrededor de sus ojos. Su cabello había tomado el color blanco de la escarcha, mientras que las cejas le habían crecido en exceso. Ya no estaba obligado a tratar con osos vivos: esa idea le produjo alivio, desmontó el dique que había en su interior y los años acumulados y retenidos hasta ese momento comenzaron a fluir de vuelta a la vida, haciéndolo envejecer drásticamente en cuestión de días.

A la mañana siguiente, comenzamos muy temprano a ensayar situaciones extraídas de la vida cotidiana. Tosca podía abrir un bote de mermelada sin esfuerzo, pero era incapaz de untarla en el pan. La agilidad de los dedos no era el problema, simplemente prefería zamparse toda la mermelada de un solo lametón. No se me ocurrió ningún truco para conseguir que hiciese lo que yo quería. Tampoco la podía convencer, pues no compartíamos el mismo idioma.

–Ya no sé qué hacer. Voy a salir un momento a fumar un cigarro –dijo mi marido, y me dejó a solas con Tosca.

En los últimos tiempos, Markus fumaba cada vez más, y también tomaba cada vez más sorbos de vodka. Miré a Tosca con melancolía. La osa estaba tumbada de espaldas como un bebé, como mi hija Anna cuando todavía era pequeña. Me acordé de ella y me pregunté cómo estaría, si habría hecho amigos en el colegio.

Al día siguiente, Markus volvió a la biblioteca, esta vez solo. Aún no

sabíamos en qué iba a consistir el espectáculo, pero yo podía ir ensayando con Tosca la entrada y la salida, cuya importancia subestiman los no entendidos. Me dirigí hacia una esquina de la sala de ensayos, procurando no dar la espalda. En el suelo había diferentes pelotas, un cubo y varios animales de peluche. Tosca corrió decidida hacia mí y olisqueó distintas zonas de mi cuerpo: el trasero le interesó especialmente, aunque también se detuvo en la boca y en las manos. Pensé en contener la risa, pero lo que hube de reprimir fue mucho más.

A la hora de comer, mi marido aún no había vuelto, y las tripas me empezaron a sonar. Pedí a Tosca que se metiese en la jaula y me esperase allí. En ese momento, la secretaria de Pankov entró en la sala y me trajo un artefacto, en apariencia un extraño triciclo.

—He pensado que tal vez le interesaría este vehículo, especial para osos pequeños. Nos lo ha regalado un circo ruso. Está usado y un poco roto, pero todavía se puede utilizar —dijo la secretaria.

El triciclo tenía un armazón estable; me senté en él, pero no pude pedalear. Tosca me miraba envidiosa desde la jaula. El triciclo era, a todas luces, muy pequeño para ella. Tendría que pedir a Pankov que le fabricaran un modelo a medida, pero seguro que me echaba una perorata sobre los números rojos.

Sentada en el triciclo, con las rodillas muy encogidas, recordé la época en la que estuve repartiendo telegramas en bicicleta. Al margen de mi sueldo, que no sería muy alto, el recuerdo de ese tiempo llevaba inscrita la palabra «pobreza». Más adelante, en la RDA, todas las memorias económicas comenzaron de pronto a brillar en negro. Alguien me explicó que los números rojos formaban parte del capitalismo, nosotros no necesitábamos esas cosas.

Durante el trayecto que discurría desde la oficina de telégrafos hasta el domicilio de cada cliente, practicaba a diario la conducción acrobática. Si aceleraba y tomaba una curva cerrada sin frenar, mis tobillos rozaban el suelo, que se movía a toda velocidad. La fuerza centrífuga ejercía sobre mí un poder de atracción erótico. Si quería subir, tiraba del manillar hacia mí, la rueda delantera se separaba del suelo y yo avanzaba sobre la rueda trasera henchida de euforia, también de orgullo. O bien levantaba el trasero del sillín, desplazaba lentamente el peso de mi cuerpo hacia el manillar y elevaba la cintura: así me creía capaz de soltar ambos pedales y hacer el pino sobre la

bicicleta en marcha. Era espontánea, valiente, intrépida. Hacer acrobacias era mi sueño, quería saltar por encima de un arcoíris y cabalgar sobre una nube.

Vi una llama negra oscilar en las pupilas de Tosca. De pronto me envolvió un resplandor, tan luminoso que me cegó, y la línea que separaba la pared y el techo desapareció. Tosca seguía sin darme miedo, pero la atmósfera que la rodeaba sí me parecía aterradora. Me encontré en un espacio en el que nadie estaba autorizado a entrar. Allí, en la oscuridad, las gramáticas de los distintos idiomas perdían su color, se derretían, se mezclaban, volvían a congelarse, avanzaban flotando en el mar, hacia los témpanos de hielo arrastrados por la corriente. Yo estaba sentada en el mismo témpano que Tosca y entendía todo lo que ella me decía. Junto a nosotras flotaba otro trozo de hielo, encima del cual conversaban un inuit y una liebre de montaña.

–Quiero saberlo todo sobre ti. –Fue Tosca quien me lo dijo; yo entendía todas y cada una de sus palabras–. ¿De qué tenías miedo cuando eras pequeña?

La pregunta me sorprendió, pues nadie solía interesarse por mis temores. Yo era una conocida domadora de fieras que no se asustaba ante nada. Pero había algo que sí me daba miedo.

De niña, a veces notaba la presencia de insectos a mis espaldas. Recordé un atardecer, a finales de verano, en el que estaba jugando sola en el pasillo de entrada al edificio; de pronto sentí que había alguien detrás de mí, me di la vuelta y vi un viejo escarabajo, con las antenas semiextendidas. Sus patas eran tan delgadas que estaban a punto de desaparecer, a duras penas lograba arrastrar el abultado caparazón. Dudaba si eran las patas lo que conformaba al insecto y aquel caparazón no era más que el equipaje, o si esa coraza rígida también estaba irrigada, siempre y cuando el insecto tuviese sangre en las venas. No estaba segura. La cartera que me colgaba a la espalda para ir al colegio se asemejaba a un caparazón, que me protegía de un posible ataque. No me la había quitado durante mucho tiempo, así que acabó fundida con mi cuerpo. Al igual que las plantas extienden sus raíces bajo tierra, las arterias salieron de mi espalda y se extendieron por la cartera sin que yo lo notase. Si me la quitara, me arrancaría la piel y empezaría a sangrar.

–¿Estás ahí? –preguntó mi madre–. Voy a hacer un recado. Tendrás que cenar sola.

–¿Adónde vas?

–Al médico.

—¿Al dentista?

—No, al ginecólogo.

Al oír la palabra «ginecólogo» salí corriendo. Aún no había tenido ocasión de quitarme la cartera. Corrí hacia una zona verde; el paisaje familiar que rodeaba nuestro edificio había desaparecido, olía a verde oscuro. El color verde olía a verde. Lo que era rojo olía a rojo, a sangre y a rosas rojas. El color blanco olía a nieve, pero el invierno seguía estando lejos, aún tardaría mucho en alcanzar la nieve. Entonces me detuve, no podía seguir corriendo, respiraba como un fuelle, con las manos apoyadas en las rodillas. Sobre mi coronilla aterrizó un avión diminuto, sus alas eran finas como la seda. Me lo sacudí como si fuese una mota de polvo y el avión salió volando, pero al momento regresó, justo al mismo sitio. Estiré el brazo y, a ciegas, traté de agarrar la presa. Ante mis ojos abrí lentamente el puño, donde los restos de las alas rotas, una especie de polvo seco, brillaban bajo la fría luz. La tripa del insecto había desaparecido. ¿Habría salido volando sin el caparazón cuando lo atrapé? ¿O tal vez la tripa se había disuelto en el aire por haber apretado en exceso? Quién sabe, a lo mejor también mis pelos eran simples insectos. Cada uno era un animal, largo y delgado, sujeto al cuero cabelludo mediante un mordisco y dispuesto a succionar la sangre de mi cabeza. Empecé a odiar mi pelo y a arrancarme un cabello tras otro.

En el empeine izquierdo descubrí un lunar que no había visto hasta entonces. Lo rocé con cuidado y se convirtió en una hormiga. Me volví toda ojos para interpretar el rostro de la hormiga. A fuerza de enfocar, aquella máscara negra como el carbón creció: no tenía ojos ni boca. Mi vejiga de pronto se llenó, me levanté y separé mucho las piernas. El orificio de la orina se calentó, pero no salió nada. Miré fijamente al suelo, observando la puntuación que formaban los cuerpos de las hormigas. ¡Había hormigas por todas partes! ¡Nada más que hormigas! Cuando por fin lo entendí, algo caliente descendió por el uréter, salió borboteando y recorrió el interior de mis muslos. Las hormigas recibieron una ducha que, a todas luces, pareció insuflarles fuerzas renovadas, pues comenzaron a trepar por mis piernas siguiendo el rastro de la orina. ¡Socorro! ¡Socorro!

Apoyé la cabeza en el regazo de Tosca y rompí en un sollozo. Al fin, a mi edad, había encontrado una amiga con quien llorar ante un recuerdo tan terrible. Las lágrimas sabían a caña de azúcar; sería una lástima que el llanto

cesara demasiado pronto, así que alcé la voz y volví a sollozar con todas mis fuerzas.

—¿Qué te ocurre? —me preguntó una voz con una frecuencia completamente distinta a la de Tosca. La luz de la mesilla de noche se encendió y vi el pijama de cuadros de mi marido. Debía de ser un mal sueño—. ¿Has tenido una pesadilla?

La situación me resultó embarazosa, rápidamente me sequé las lágrimas con los dedos.

—De niña tenía miedo de los insectos. He soñado con eso.

—¿Insectos? ¿Hormigas y esas cosas?

—Sí.

Mi marido se echó a reír, sacudiendo el torso; el pijama también se rió y acabó hecho una pasa.

—¿Así que tienes miedo a las hormigas, pero no a los leones ni a los osos?

—Exacto.

—¿También te asustan los gusanos?

—Sí. Pero lo peor siempre han sido las arañas.

Estaba demasiado agitada, sabía que tardaría en volver a dormirme, así que le hablé de las terribles arañas.

Por aquel entonces conocí a un chico del vecindario que se llamaba Horst. A diferencia de otros muchachos, él sí olía bien, aunque no sabría decir a qué.

—Detrás de la estación hay un huerto. Vamos a robar fruta.

No me importó si era mentira o no, el caso es que la idea me gustó y lo seguí. En efecto, había un huerto escondido donde maduraban muchas manzanas bien rojas. Las ramas formaban un techo lo bastante bajo para nuestras manos de ladronzuelos. Cuando me puse de puntillas para intentar coger una manzana grande, de un rojo reluciente, una araña se descolgó por su ascensor de hilo, justo ante mis ojos. Una mueca, no, era el dibujo que llevaba en la espalda, pero parecía una cara, lanzó un grito tan fuerte que me dolió el tímpano, o eso pensé yo, pero no, ¡era mi propia voz! Al oír los gritos, el dueño del huerto llegó corriendo y encontró a una niña desmayada en el suelo. Él me cuidó. Cuando recobré el conocimiento, aquel hombre me llevó a casa sin hacerme un solo reproche. Unos días más tarde, Horst me propuso una nueva travesura. Esta vez quería que robásemos cosas ricas de una tienda de ultramarinos. El principal obstáculo era un perro guardián que

estaba atado a la puerta del almacén. El animal levantó el labio superior y gruñó en señal de advertencia: su mensaje era inequívoco.

–Si pasamos a su lado, nos morderá. ¡Vámonos! –previene a Horst.

–¿Es que tienes miedo de ese chucho?

Horst escupió a modo de burla y se puso en marcha.

–¡Cuidado, que muerde!

Cuando grité, el perro ya tenía la pantorrilla del chico entre los dientes y sacudía la cabeza sin aflojar la mandíbula. Los alaridos de Horst se me quedaron grabados en el tímpano para el resto de mi vida.

Transcurrido un tiempo, Horst y yo pasamos una vez por el mismo almacén. Ese día el perro estaba de buen humor y nos saludó meneando el rabo. Me acerqué a él sin dudarlo y lo acaricié. Horst me observó estupefacto.

Los animales llevaban el pensamiento escrito en el rostro, como si utilizasen un alfabeto. Me costaba entender que esa letra no solo fuese ilegible para los demás, sino que parecía completamente invisible. Algunos llegaban a afirmar que un animal no tenía rostro, como mucho un hocico. Yo no daba mucho crédito a eso que llaman valor. Si un animal me odiaba, echaba a correr y listo. Y a la inversa: cuando a un animal le gustaba, lo notaba enseguida. A los mamíferos se les entendía fácilmente. Ellos no se maquillaban ni hacían teatro. Los insectos en cambio me daban miedo, porque no podía sentir su corazón.

Mi marido escuchó atentamente todo el tiempo. Cuando hube terminado y me quedé en silencio, dijo en tono melancólico:

–Yo ya no logro entender los sentimientos de los animales. Antes los percibía con total precisión, como si fueran un objeto que tuviese en la mano. ¿Crees que algún día recuperaré esa capacidad?

–¡Pues claro! Ahora simplemente estás en un punto muerto, pero ya verás como pronto recuperas la forma.

Apagué la lamparita de noche, como queriendo extinguir mi mala conciencia.

Al día siguiente, Tosca y yo volvimos a ensayar la entrada, la salida y la reverencia final. En ocasiones, Tosca clavaba la mirada en mis ojos y me hacía alguna insinuación, lo cual demostraba que había hablado con ella: no eran imaginaciones mías. Realmente habíamos entrado en una esfera situada entre los animales y las personas.

Pankov apareció sobre las diez. Su barba seguía manchada de la yema del huevo pasado por agua que había desayunado. Nos preguntó si estábamos avanzando con los ensayos.

–Lo de la mermelada no ha funcionado, así que estamos probando con miel.

–Entiendo. ¿Y en qué consistiría ese número?

–Primero atamos unas alas a la espalda de Tosca para que parezca una abeja. Luego ella transporta el néctar de las flores hasta la colmena y fabrica miel. En la siguiente escena se transforma en una osa y se come la miel.

El rostro de Pankov se cubrió de nubarrones.

–¿Y no podéis incluir una acrobacia sencilla? ¿Bailar sobre una pelota en movimiento, saltar a la comba o jugar al bádminton? ¿Sabéis lo que pasa cuando una actuación es difícil de entender? Que nos podrían acusar de hacer una crítica social encubierta.

Para que se quedase tranquilo, encargué a Pankov una pelota para Tosca. Un triciclo sería demasiado caro, pero una pelota seguro que entraba en el presupuesto. Además, para jugar al bádminton necesitábamos dos raquetas y un volante, y no sería fácil conseguirlos del tamaño adecuado para una osa. ¿Y lo de saltar a la comba? Encontré una cuerda, pero, por suerte, Tosca no sabía saltar. Yo me opuse desde el principio, pues los cuartos traseros de la osa eran demasiado delicados en relación con su peso. Saltar a la comba podía dañar sus rodillas. Yo sabía que, en el circo ruso, muchos caniches tenían esa habilidad.

–Si empezamos a imitar a los rusos, nos quedaremos sin futuro.

Mi voz se elevó sin querer, ante lo cual mi marido se llevó el índice a los labios y susurró:

–La policía secreta tiene oídos en todas partes.

En efecto, sabíamos que en algún lugar del circo habían instalado micrófonos.

Mi marido y yo dormíamos y comíamos en nuestra caravana circense; también la oficina se encontraba en un vagón. Para ensayar utilizábamos un espacio más amplio, situado en un edificio contiguo. Había compañeros que alquilaban una pequeña habitación en la ciudad para no dormir en el mismo sitio. Markus y yo éramos verdadera gente de circo: pasábamos todo el tiempo en el recinto, como si no quisiéramos abandonarlo ni un segundo.

Para ser sincera, yo ocultaba cierto miedo a convivir con mi marido fuera del circo: temía que él dejara de resultarme familiar y que, de repente, se volviese un extraño; tan estrecho era el vínculo que los osos habían creado entre nosotros, mucho más intenso que nuestra vida íntima.

Transcurrió otra jornada sin haber logrado ningún avance. Me pasé todo el día deseando en silencio que llegase el ocaso. Engullí un trozo de pan negro, duro como una piedra, con un poco de queso; me tomé una taza de té a todo correr y me lavé los dientes en tiempo récord.

—¿Te vas ya a la cama?

Mi marido me miró sorprendido. En la mano derecha sostenía la caja para jugar al go; entre los dedos de la izquierda sujetaba hábilmente una botella de vodka y una cajetilla de tabaco.

—Hoy tengo el cerebro lleno de nudos, será una cuerda que no somos capaces de saltar.

No quería pasar la noche con él, pues yo no tomaba vodka ni jugaba al go. Para eso ya tenía a la secretaria de Pankov.

Entre el lugar donde me encontraba y el horizonte dentado se extendía un campo lleno de nieve. Puse un trozo de cuero en el suelo duro y me senté. Tosca me siguió, apoyó el mentón en mi regazo y cerró los ojos. No tenía voz. La diosa de hielo se había quedado muda porque llevaba miles de años sin hablar. Yo podía leer sus pensamientos, eran muy claros, como si los hubiesen escrito con un lápiz blando sobre un papel de dibujo.

—Estaba muy oscuro. Yo era un bebé, estaba helada y me abracé a mi madre. Ella estaba cansada, no comía. Hasta el día que salimos de aquel agujero no pude ver ni oír nada. Más tarde pregunté a mi madre si el parto había sido prematuro. Ella respondió que, entre los oseznos, era muy normal nacer antes de tiempo. ¿Qué tipo de mujer era tu madre?

Esa pregunta me sorprendió y me hizo volver en mí; antes me había sentido como un osezno. Ahora me tocaba a mí, al ser humano.

Hasta donde alcanzo a recordar, vivía sola con mi madre. Ella me contó que mi padre también vivía solo, en Berlín. Yo no conocía Berlín y sin embargo no podía quitarme esa ciudad de la cabeza. Recuerdo perfectamente el estampado que empapelaba nuestra casa, pero no la cara de mi padre.

Una vez vi una foto de su boda. Al menos tengo la sensación de recordar los guantes blancos y el vivo melancólico que adornaba el bajo del vestido de

novia. En el bolsillo delantero de la chaqueta de mi padre, una rosa dejaba caer la cabeza. Tal vez mi padre viviese con nosotras al principio. Solo es una vaga intuición, no un recuerdo nítido. No sé cuándo ni cómo mi padre se peleó con mi madre y nos abandonó.

Mi madre trabajaba en una fábrica textil de Dresde. Un día la trasladaron a otra fábrica que estaba en el distrito de Neustadt y ella quiso que nos mudásemos a un piso situado casi a las afueras, pero a la misma distancia del trabajo que el anterior. Me explicó en tono neutro que desde allí había una línea directa de autobús, pero enseguida me di cuenta de que había otra razón para aquella mudanza. Posiblemente tuviese que ver con un vecino con el que mi madre hablaba a veces en voz baja. En cualquier caso, yo estaba en contra de mudarnos y protesté. No quería separarme de un ratón que vivía en el sótano.

—Las mudanzas traen suerte. Nuevos lugares, nuevos animales —prometió mi madre. Solo lo dijo para que me quedase tranquila, pero el azar acabó dándole la razón. A un kilómetro escaso de nuestro nuevo piso se encontraba por aquella época el famoso Circo Sarrasani.

Desperté del sueño y vi la espalda de mi marido. Pronto amanecería. Él se dio la vuelta y me preguntó qué me parecería bailar con Tosca en el escenario.

—¿Te has pasado la noche pensando?

—No. Se me acaba de ocurrir, al despertarme. Bailar no es lo mío, pero a lo mejor merece la pena intentarlo.

Durante el día no podía hablar con Tosca de nuestros sueños, ya que no compartíamos el mismo idioma. Sin embargo, mediante pequeñas insinuaciones en forma de gestos y miradas, notaba en qué momento se le pasaba por la cabeza nuestra última conversación nocturna.

Cuando me coloqué frente a ella y tomé sus zarpas, pensé que formábamos una pareja de baile bastante ridícula, ya que Tosca me doblaba la estatura. El tocadiscos que Pankov nos había conseguido para ensayar era aún peor de lo esperado. Fracqué en el intento de pescar la melodía de «La cumparsita» entre aquel remolino de sonidos y di un pisotón a Tosca. Por suerte, yo era una pluma para ella, así que no le dolió en absoluto. Tosca se inclinó y me lamó la mejilla, que tal vez supiera a mermelada del desayuno. La música cesó abruptamente y oí a mi marido manipular el tocadiscos mientras murmuraba.

–Qué raro. Este aparato está en las últimas.

Toqué con cuidado la tripa de Tosca. Estaba cubierta de una capa de pelo grueso y duro y, debajo, había otra capa de pelo corto y fino. Ese roce me recordó mi primera clase de tango. Una voz femenina tarareaba una melodía mientras me daba instrucciones: «Paso atrás, paso atrás, cruza y al lado.» ¿Cómo se llamaba la dueña de aquella voz? «Ahora gira y atrás.» Obedecí a la voz y comencé a bailar. Tosca me observaba algo confusa, pero cuando tiré de sus brazos, ella avanzó sin vacilar. Cuando la apretaba, retrocedía. «Cruza y al lado, paso adelante.» Quien me enseñó a bailar tango era una acróbata aérea. Su madre era cubana. Seguimos bailando, caí al suelo y nuestros labios se encontraron.

Pankov nos miraba sentado en una esquina de la sala. No me había dado cuenta de que había entrado.

–Lo que se dice bailar no sabéis, pero viéndoos a una frente a otra parecéis una obra de arte, je, je. Si el tango os resulta muy difícil, a lo mejor podéis jugar a las cartas.

Mi marido dio un silbido.

–¿Y qué tal si jugáis al go?

–¿Ese ajedrez japonés con el que te gusta matar el tiempo?

–Exacto. Utilizamos piedras blancas y negras, justo los colores adecuados para nuestro elenco. Diez osos polares hacen de piedras blancas y se enfrentan a diez piedras negras; para eso podemos tomar prestados diez leones marinos.

–Luego las piedras blancas se comen a las negras y lo único que nos queda son números rojos. Además, ¿por qué jugar al go y no al ajedrez? Los rusos pensarán que tenemos algo en contra del ajedrez, y muchos jugadores de fama mundial son rusos. Mejor evita cualquier tipo de ambigüedad. Por cierto, hoy viene a vernos un joven director que tiene algo importante que decirnos. ¿Podrías estar presente durante la charla? Al parecer trabajó con Tosca hace tiempo. Igual nos da alguna idea aprovechable.

El joven director se apellidaba Honigberg y había formado parte del equipo de casting de *El lago de los cisnes*. A pesar de su empeño, habían decidido descartar a Tosca. Honigberg aún se sentía culpable por no haber sabido imponerse. Por aquel entonces era el coreógrafo de una compañía de ballet de provincias. Molesto por el conservadurismo de los miembros del jurado, trató de hacerles ver el increíble talento que poseía Tosca. Tampoco tuvo reparos

en anunciar que no podía seguir de brazos cruzados, viendo cómo aquel genio quedaba ensombrecido y pronto caería en el olvido, mientras antiguos compañeros de clase sin el menor talento, como la señora Urraca o el señor Raposo, gozaban de una carrera meteórica.

El miembro más veterano del jurado le reveló, a modo de advertencia, que un cuerpo femenino tan robusto no se ajustaba al gusto de la época.

—Entre los bailarines se buscan cuerpos fornidos, pero en lo que respecta a ellas, el pueblo sigue queriendo ver hadas etéreas.

Estupefacto ante la mentalidad trasnochada de su colega, Honigberg se presentó en casa de Tosca y la sorprendió con una propuesta impulsiva:

—No tiene ningún sentido que te quedes en este país. ¡Huyamos juntos a Alemania Occidental! ¡Iremos a Hamburgo, allí está John Neumeier! Seguro que te gusta trabajar con él.

La idea conmovió a Tosca, pero su madre, ya mayor y con un pasado muy particular a sus espaldas, se opuso. Dijo que Alemania Occidental era como el cielo: se podía soñar con él, pero mejor no llegar antes de tiempo. La madre de Tosca había nacido en la Unión Soviética, emigrado a Alemania Occidental y continuado hasta Canadá, donde se casó y dio a luz a Tosca. Después, cumpliendo con el deseo de su esposo danés, se había marchado a la RDA. Llevaba tiempo cansada del exilio.

—Si a pesar de todo quieres irte a Hamburgo, no seré yo quien te lo impida. Eso sí, probablemente no nos volvamos a ver, así que llévate mi testamento.

Tosca renunció al exilio, encontró trabajo en un teatro infantil y esperó acontecimientos. Entonces le llegó la propuesta de nuestro circo. Al enterarse de que Tosca había cambiado de escenario, Honigberg decidió despedirse del teatro literario tradicional, ya desfasado, y buscar el futuro de las artes escénicas en el circo. Quiso convertirse en el director personal de Tosca.

—En cierto modo me he escapado de casa, como si fuese un adolescente. No tengo nada: ni techo, ni comida. ¿Podría dormir y comer con ustedes aquí en el circo? A cambio les ayudaré a montar la actuación, gratis.

Honigberg parecía seguro de sí mismo, como si tuviese derecho a que lo aceptásemos.

Pankov y Markus miraron escépticos los vaqueros que llevaba Honigberg, demasiado ceñidos, mientras que yo no tuve necesidad alguna de interpretar lo que decían sus piernas. La mera posibilidad de saber más sobre Tosca hacía que Honigberg me resultara interesante.

–¿Y en qué obras ha actuado Tosca hasta la fecha? –pregunté intentando encontrar un tono cordial.

Su sonrisa fue significativa, pero Honigberg no dijo nada.

Al día siguiente organizamos una pequeña reunión ante la jaula de Tosca y colocamos tres sillas en círculo.

En un primer momento mi marido se mostró escéptico respecto a Honigberg, aquel joven sin techo, pero a medida que avanzaba la conversación, la musculatura de ambos comenzó a relajarse. Markus sostenía que la aparición del teatro infantil había echado a perder el teatro moderno, pues gran parte del interés que este suscitaba se había enfocado al teatro infantil, de forma que ya no quedaba nada para los adultos. Honigberg asintió y dijo que el verdadero lugar del arte era el circo, porque no excluía a los niños. El resultado de aquel intercambio de opiniones fue la cerveza que ambos comenzaron a tomar, aunque el sol todavía estuviese alto. Les pedí que no fumaran delante de Tosca.

–Entonces proseguiremos la reunión fuera. Una cerveza sin cigarrillo es como una comida sin sal.

Cambio de lugar. Nos sentamos junto al lavadero, donde la colada de los empleados del circo ondeaba al viento, como si se inmiscuyera en nuestra conversación. Honigberg respondía a mis preguntas con desgana, aunque de un modo relativamente prolijo, y nos contó hasta qué punto Tosca había sido discriminada por su figura y por su idioma.

Imaginé el sufrimiento de la osa, empaticé con ella y pensé: «¡Qué triste es la vida de una artista!» Pero por más dolorosa que hubiese sido su trayectoria, los espectadores solo la juzgarían a partir de la actuación. El resto no se ve, a menos que la artista se haga muy famosa y alguien escriba su biografía. Si Tosca fuese un ser humano, podría escribir su autobiografía y correr con los gastos de la publicación. Pero como era un animal, el tortuoso camino recorrido como osa y como hembra sería olvidado tras su muerte. ¡Pobre criatura, tu nombre es osa! Me quedé a solas con mis pensamientos. Los dos hombres formaron una unidad y se apartaron. Cuanto más bebían, más se estrechaba el vínculo masculino.

–Imagínate a Tosca conduciendo una excavadora. ¿Qué te parece?

–Pues tendrá que llevar casco y sujetar un pico.

–¡Un brindis por las trabajadoras!

Ni siquiera la oscuridad, que cubrió nuestras cabezas con un ligero gorro,

impidió que los dos hombres permaneciesen allí sentados, bebiendo. Volví a entrar y decidí darme una ducha para despojarme de aquellas palabras masculinas. Eran solo las nueve cuando me metí en la cama.

–Mi madre escribió su autobiografía.

–Eso es fantástico.

–Le pusieron muchas piedras en el camino. Tropezó a menudo y se cayó siete veces, pero se levantó otras ocho. Jamás dejó de escribir. –La voz de Tosca era clara, como una capa de hielo fina y transparente–. En cambio yo no sé escribir.

–¿Por qué?

–Porque mi madre ya me describió en su libro, como un personaje más.

–Entonces lo haré yo por ti. Escribiré la historia de tu vida para que puedas salir de la autobiografía de tu madre.

Al hacerle esa promesa, no reparé en lo difícil que me resultaría cumplirla. Me desperté a las cuatro, y lo primero que me pregunté fue cómo iba a escribir la biografía de Tosca si nunca había escrito nada, salvo cartas sencillas. Mi marido roncaba a mi lado, me vino a la mente una locomotora. Salí de la cama con sigilo, me dirigí al comedor vacío y me senté a la mesa. Con el mentón apoyado, dejé vagar mis pensamientos y, con ellos, la mirada, que pronto se quedó clavada en un pequeño lápiz. Estaba en el suelo. No cabía duda: ese era mi destino. Había nacido como ser humano para escribir la biografía de Tosca. Solo me faltaba un papel decente. En nuestro país, la escasez de papel era continua, también en el circo. A veces había que pasar una odisea y recorrer toda la ciudad para encontrar un rollo de papel higiénico. Miré detrás de todas las estanterías del comedor hasta que encontré una vieja lista del servicio de limpieza. El dorso aún estaba en blanco.

Debería estar agradecida por haber encontrado una sola hoja de papel que me permitiese comenzar a escribir, pero me sentí avergonzada. En otros lugares, hasta un gato encontraría papel suficiente para escribir su autobiografía. Además, aunque una cara estuviese totalmente escrita, como era mi caso, su contenido sería mucho más interesante que la lista del servicio de limpieza. El ser humano necesita papel. No tiene por qué ser muy grande, a ser posible no del tamaño del campo nevado donde los osos polares escriben su vida. A mí me basta con una hoja al día, eso lo podría llenar sin acabar agotada. Alisé la lista de la limpieza con la mano y, con aquel lápiz diminuto, comencé a escribir la biografía de Tosca en primera persona.

Cuando nació, estaba oscuro a mi alrededor, no oía nada. Me arrimé a un cuerpo cálido que había junto a mí, succioné el líquido dulce que salía de un pezón y me volví a dormir. A ese cuerpo cálido que estaba a mi lado lo llamaré Mama-lia.

Hubo algo que me dio pavor: el gigante. Vino de algún lugar e intentó entrar en nuestra cueva. Mama-lia lanzó un gruñido, su voz fue un poderoso brazo que ahuyentó al gigante, pero pronto se fue apagando y al momento tuve ante mí una pierna del coloso. Mama-lia gritó, era un sonido estridente, el gigante se puso nervioso y comenzó a ladrar.

–¿Qué te ocurre? ¿Ya estás levantada? –me preguntó la voz de mi marido, que estaba a mis espaldas.

Con la mano izquierda tapé rápidamente las frases recién escritas.

–¿Qué estás escribiendo? –Sonó sorprendido.

–Nada.

–Tengo sed. Vamos a tomar un té.

Uno de los aprendices apareció con un termo grande lleno de té. Quise girar la tapa para abrir aquel artefacto pasado de moda, pero no pude. El aire de dentro se había enfriado y tiraba de la tapa hacia abajo. Sujeté el termo con la mano izquierda mientras me inclinaba sobre él e intentaba girar la tapa, como queriendo enroscar un tornillo gigante en mi pecho. La mano derecha llevaba un rato convertida en la garra de un águila.

–¿Todo bien? ¿Quieres que abra el dichoso termo? ¿Qué te parecería si Tosca lo abriese sobre el escenario?

–No es mala idea. Preguntaré en la oficina a ver si nos dan un termo nuevo para la actuación.

–Te acompaño. ¿Honigberg sigue durmiendo?

Fuimos a la caravana que hacía las veces de oficina y pedimos un termo nuevo para poder ensayar. El hombre cuyo rostro encarnaba en sí mismo la administración del circo respondió de inmediato:

–Lo siento. No es posible. En estos momentos hay escasez de termos en el país. La producción de los últimos años no ha logrado cubrir la demanda. Ni siquiera podemos sustituir los que se han roto, así que no os vamos a dar uno para vuestro número.

Pankov entró en la oficina con una pila de papel en los brazos.

–¿Todavía no tenéis ninguna idea para el espectáculo de los osos? Mira

que os gustan las carreras de fondo...

El director se marchó enseguida, parecía muy ocupado. Excepcionalmente, percibí cierto calor humano en su comentario, mientras que mi marido interpretó esas mismas palabras como una gélida crítica. Markus salió de la oficina instalada en la caravana, se sentó en una caja de madera, bajó la cabeza y la escondió entre los brazos. Al parecer, no solo había dejado de tener acceso a los pensamientos de los osos, sino que tampoco sabía interpretar los sentimientos de sus congéneres. ¿O acaso mi piel se había vuelto tan dura que no reconocía la frialdad de Pankov?

Parecía que, si por él fuera, Markus jamás se volvería a levantar. Para distraerlo empecé a contarle una vieja historia:

–Alguna vez te he contado que debuté con un número en el que había un asno. ¿Qué te parece si intento hacer lo mismo con Tosca?

Entonces, como si hubiese estado pendiente de mis palabras, Honigberg apareció en pijama.

–¿Un número con un asno? ¡Eso es fantástico! ¡Cuéntenos esa historia! – exclamó.

Honigberg se sentó junto a Markus; este se puso muy contento e hizo una observación que me resultó extraña:

–¿Has estado durmiendo hasta ahora? Estaba preocupado. Pensé: a lo mejor el tipo se ha marchado.

Markus puso la mano en el hombro de Honigberg.

Mi éxito como artista se lo debo a la censura. Tenía solo veintiséis años y no era una persona muy trabajadora, sino más bien tranquilona, como un asno. Para ser más exactos, tuve la suerte de que el cartel de nuestro circo no pasase el filtro de la férrea censura que practicaba la policía cultural, tal y como la llamábamos por entonces. Había un joven payaso llamado Jan. Se decía que el director del circo confiaba en él a la hora de tomar cualquier decisión que requiriese saber de números y de letras. En aquella época, yo me encargaba de limpiar las dependencias y los aparatos del circo, así como de cuidar a los animales y a los niños. Una noche de luna llena, cuando iba en busca de un crío que era sonámbulo y había desaparecido de su cama, vi la luz de una linterna en la caravana donde estaba la oficina. Pensando que el niño se habría escondido allí, me situé bajo la ventana. Entonces oí la voz de Jan. Sonaba de una forma diferente a la habitual, muy seguro de sí mismo.

También oí al director darle la razón o insistir en algo; en cualquier caso, ambos se hablaban de tú a tú. Aunque no pretendía espiarlos, fui incapaz de marcharme. Jan daba explicaciones al director, como si fuese un maestro:

–Si te preguntan por la intención del cartel, no olvides insistir en que esa frase tan importante está puesta en el centro a propósito: «El circo es el arte que emana de la vida del pueblo.» La cita es de Lunacharski.

La voz de Jan sonó casi presuntuosa, mientras que la pregunta del director resultó casi timorata en comparación:

–¿Y tú de verdad crees que llegaremos al público con un mensaje tan sofisticado?

–Pues claro. La frase está en grande y en el centro, pero no llama la atención porque el color de la letra no resalta sobre el fondo. La mirada de un observador normal se fijará primero en el nombre que está más pequeño: Circo Busch. Eso es un logo más que una palabra. Y cualquier logo, en cuanto que imagen, se relaciona automáticamente con una emoción. Como el logo de Coca-Cola. Después, el observador dirigirá la mirada hacia el león dorado y la figura erótica de la mujer en bañador. Todo depende del diseño. La mirada se puede manipular. En nuestro país prácticamente no se ha investigado sobre la psicología de los consumidores. Los censores no detectarán nuestra estrategia. Todo el que vea el cartel se sentirá atraído por él, pero nadie podrá reprocharnos que el circo recurra al morbo para ganar dinero.

–Pero no nos engañemos: esa mujer parece una bailarina de striptease.

–Si los censores te dicen que el aspecto de esa mujer es indecoroso, tú simplemente responde que lleva el bañador oficial de las Olimpiadas. El número de las fieras es como un deporte: los brazos y las piernas deben estar al aire; de lo contrario, se pone en riesgo el cuerpo de la clase obrera.

–¿Y quién pertenece a la clase obrera?

–Pues todos los que trabajan en el circo. Es de pura lógica, ¿o no?

El director, que por lo general aprovechaba cualquier ocasión para alardear de su poder, se mostraba sumiso con Jan. Más tarde supe el motivo de aquel comportamiento.

Unos días después, recibimos la visita de los hombres de mirada férrea. Se secaban el sudor de la frente sin cesar. Yo me mantuve ocupada con el cuidado de los caballos, convencida de que la visita nada tenía que ver conmigo. Sin embargo, el director condujo a aquellos hombres hasta mí y me

habló en un tono arrogante y profundo, como si agarrase a un conejo por el pescuezo para mostrárselo a unos potenciales compradores. Aquellos hombres me rodearon y escrutaron mi cuerpo, desde el pecho hasta los muslos. Con aire autosuficiente, el director se explicó:

–Esta es la mujer de la que les he hablado. Ahora viste un atuendo sencillo porque está cuidando de los animales, pero, como pueden ver, su belleza y su forma física son innegables. A continuación le pondremos la ropa concebida para el escenario y verán cómo queda. Permítanme que les pida un poco de paciencia. Mientras tanto pueden tomar algo allí enfrente.

Jan repitió la expresión «tomar algo» y, con su hábil mano de payaso, hizo el gesto de apurar un vaso de vodka. Esa fue la primera vez que los hombres soltaron una carcajada, mientras los ojos de Jan se mantuvieron fríos.

Poco después me enteré de lo que se escondía tras aquella farsa: en contra de lo previsto, el órgano censor había sospechado del cartel y acosaba al director con preguntas inesperadas. Una de ellas era: «¿Por qué aparece en el cartel una mujer indecorosa y ficticia? El domador de fieras es un hombre enjuto y canoso, ¿no?» El director no supo qué responder, mientras la lengua rescatadora de Jan entraba en acción: «Hay algo que deben saber y se lo contaremos con gusto, pero les rogamos que traten esta información con la debida confidencialidad. En nuestro circo hay una joven de mucho talento que debutará por sorpresa la próxima temporada como domadora: será nuestra actuación estelar. En estos momentos aún trabaja oficialmente como cuidadora de animales para que pueda familiarizarse con sus peculiaridades, pero si todo va bien, la próxima temporada estará en el escenario. Por eso le hemos reservado una esquina del cartel. Ahora bien, no sabemos qué pasará durante los ensayos. Es imposible controlar a los depredadores al cien por cien.» Jan salvó la situación con una mentira de tal calibre, que la realidad no tuvo más remedio que obedecer. No creo que aquello se le ocurriera sobre la marcha. Los censores habían ido al circo para comprobar con sus propios ojos la existencia de aquella joven talentosa.

Jan me condujo hasta la caravana que servía de camerino, me desnudó, me puso el vestido rosa de la antigua amante del director y me recogió el pelo, de modo que una cúpula de cebolla acabó coronando mi cabeza. Luego me colocó unas pestañas postizas que aleteaban como mariposas, me pintó los labios de un rosa grasiento y asalmonado y me condujo hasta donde me esperaban los funcionarios, que estaban ya muy alegres gracias al vodka.

Nada más verme, me acogieron como si fuese el prometedor embrión de una gran estrella y me dispensaron un caluroso aplauso.

En algún momento abandonaron el recinto del circo. Quise regresar a la caravana para quitarme el vestido, pero mis compañeros me retuvieron.

–No tan deprisa. Esto es muy emocionante, como si en realidad fueses otra mujer.

–Para ser sinceros, yo ya me la había imaginado alguna vez vestida así.

–¡Menuda sorpresa! Que conste que lo digo como un cumplido, de mujer a mujer.

–Así que eras el patito feo que, en realidad, es un hermoso cisne.

–¡Mira que eres cruel! No es cierto que antes fuese fea.

–Pero pasaba inadvertida, ¿o no?

Unos asintieron y otros resoplaron, esforzándose por escupir palabras que no dejaban claro si eran elogios o si pretendían herirme por pura envidia. Jan propuso al director que me confiaran una actuación de cinco minutos, ya que la mentira era la madre perfecta de la verdad. En presencia de los compañeros, Jan hablaba al director en un tono distante y cortés. Este debía preguntar al domador principal si, en su opinión, sería posible que ensayásemos juntos. El director no estaba a la altura del domador, pues le tenía demasiado respeto. El rostro férreo del domador permaneció impassible mientras daba su respuesta:

–Es una principiante, así que propongo que empiece con un asno.

Sus palabras sonaron como las de un abuelo que estuviese eligiendo la profesión de su nieto: el tono era autoritario, pero no estaba exento de cariño. Los compañeros lo miraron sorprendidos y luego me miraron a mí. Hasta este momento, el domador principal jamás había permitido que nadie pisara el escenario con sus animales.

Gracias a Jan, el cartel fue autorizado y se mandó rápidamente a imprenta. Una semana más tarde, unos policías vestidos de paisano vinieron a ver los ensayos. Yo me situé junto al domador principal y simulé que estábamos muy ocupados ensayando. Los policías ni siquiera me miraron. Lo que hicieron fue preguntar por Jan, y cuando este se presentó, lo agarraron del brazo y se lo llevaron.

Dormí intranquila, no solo aquella noche, sino también las siguientes. Una vez, como no podía soportar el bochorno pegajoso de la caravana salí al exterior y, en mitad de la oscuridad, oí sollozar a una mujer. Seguí aquel

sonido y encontré a una chica pelirroja que lloraba encogida, bajo una ventana iluminada. En su momento se dijo que era la amante secreta de Jan.

–¿Está preocupada porque Jan todavía no ha vuelto?

Mi pregunta solo pretendía tantearla, pero ella frunció el ceño y replicó:

–Habla claro: está detenido. Lo sé todo. También sé quién lo ha delatado.

–¿El director?

–Eso jamás. Nadie mandaría a la cárcel a su propio hijo. –¿Cómo dices?

¿Jan es hijo del director?

–Sí. ¿No lo sabías?

Mi marido me interrumpió para preguntar:

–¿Y en qué consistía el número con el asno? Tu historia es interesante, pero un poco larga.

–Deja que te lo cuente con calma. Para mí es un buen ejercicio si luego escribo un libro. Hay que saber contar los detalles con precisión.

–¿Vas a escribir un libro? ¿Una autobiografía?

–No. Quiero contar la vida de una persona. Y para eso estoy practicando con mi propia historia. Escucha porque ahora viene el capítulo sobre el ensayo con el asno. Atento.

«Tenemos que ensayar. Ya no queda mucho para el estreno. A ti y al asno os toca llenar el vacío que ha dejado la desaparición de Jan.» La voz sonora del domador principal regresó a mi memoria. Comencé a ensayar con el asno, pero mi mentor no fue el maestro, sino el profesor Beserl, que llegó acompañado de su propio animal. El título de profesor no era parte de ningún apodo: Beserl tenía el grado de catedrático, había impartido clases en la Universidad de Leipzig y era conocido en el ámbito de la etología. Tras jubilarse había comenzado a representar un número circense con un asno y, de la noche a mañana, se convirtió en una celebridad. Sin embargo, al cabo de unos años empezó a tener problemas en las rodillas; debía sentarse varias veces durante la actuación para hacer un descanso, en el cual hablaba en voz baja a sus rodillas mientras las acariciaba. El médico –probablemente sobornado por el gerente del circo– dio falsas esperanzas al viejo profesor de burrología, alabó su capacidad de resistencia y el número del asno se siguió representando. Un día, las rodillas dieron por fin el último suspiro tras emitir un sonoro chasquido. Todo el público lo oyó. Desde entonces, el profesor se había retirado a una casita medio desmoronada, donde llevaba una vida

modesta, pero feliz, junto a su asno. Cuando recibió la llamada del director se puso muy contento y, a pesar de la distancia, hizo el esfuerzo de trasladarse hasta el circo para transmitir a las nuevas generaciones los secretos de la ciencia asnal.

El primer día de ensayos me dijo:

–Solo deben gustarte los animales vegetarianos. Si tienes una aventura con un carnívoro, tu destino se volverá loco. Míralo bien. ¿No es adorable? Un asno no es nada temerario, pero tampoco es un cobarde. En otras palabras: es ideal para hacer acrobacias.

El asno del profesor se llamaba Platero.

Las personas confían en lo que ven. En el primer encuentro se fijan en la figura, la ropa o el rostro de la otra persona. En cambio, el asno da mucha importancia al sabor que le brinda un ser humano. El profesor dijo que debía empezar impresionando al animal con zanahorias. Cuando me volviese a ver, en lo primero que pensaría el asno sería en esa hortaliza. Así que cogí una zanahoria y la acerqué al hocico de Platero. Él comenzó a mordisquearla haciendo un ruido apetitoso, parecido a «caro, caro», que recordaba al caroteno de la zanahoria. Después levantó el labio superior y mostró orgulloso sus dientes. Parecía reírse en silencio. Era una risa que no dejaba claro si se trataba de una expresión de alegría o de burla.

–¿No es magnífico cómo se ríe? Así elimina los restos de comida que quedan entre los dientes. Se le puede dar algo pegajoso y luego dirigirse a él poco antes de que termine de masticar. Así, por ejemplo.

El profesor dio a Platero una zanahoria untada con una sustancia pegajosa.

–No te estarás riendo de mí, ¿verdad? –preguntó al animal.

Platero movió la boca como si estuviese sonriendo, y además lo hizo en el momento justo.

–Para montar un número completo basta con combinar varias escenas breves como esta.

–No sabía que usted recurriera a este tipo de trucos.

–Los políticos usan el palo y la zanahoria para manipular al pueblo. Nosotros utilizamos el cerebro para que los animales hagan cosas.

El profesor levantó el labio superior, exactamente igual que el asno, y se echó a reír.

–El arte no solo es fruto del trabajo. Debes hacer algo que consigas de un

modo natural y sin esfuerzo. Si el público percibe tu arte como algo mágico, no como un trabajo extenuante, entonces lo estás haciendo bien.

Por un momento pensé que había visto a Platero asentir con la cabeza, pero no fue más que una travesura de la luz solar.

Bajo unas largas pestañas, los ojos de Platero despedían un brillo tan tenue que casi me resultaban inquietantes. ¿Acaso los vegetarianos no se enfurecían? ¿Nunca se tiraban los trastos a la cabeza? Cuando las personas se vuelven vegetarianas, ¿les cambia el carácter?

El estreno era inminente, así que intentamos atajar por donde fuese posible. No parábamos ni un segundo, mirábamos siempre hacia delante y seguimos trabajando sin hacer un solo descanso para tomar aire. Platero ya dominaba la técnica necesaria, era yo quien debía aprender muchas cosas nuevas. Traté de meterme en el papel del profesor, pero todavía me faltaba un buen trecho.

Había una fila de números escritos en grandes cartulinas. Pregunté a Platero cuánto eran dos por dos y él se dirigió hacia el cartel donde estaba el número cuatro. Esa cartulina estaba untada con un extracto de zanahoria y el resto no. El truco era así de sencillo, y sin embargo no resultaba fácil conseguir que el asno fuese siempre al mismo sitio.

—Puede ocurrir que el asno elija otra cartulina, aunque sepa exactamente cuál es la que huele a zanahoria. A veces, el ser humano también se comporta de esa manera: hace algo a propósito y renuncia a la recompensa. Así que por más que uno ensaye, también puede ocurrir que todo salga mal. Pongamos que una de cada diez veces la cosa falla. La cuestión sería cómo evitar que ese diez por ciento de mala suerte coincida con la actuación. ¿Se te ocurre cómo? —Sacudí la cabeza con tanto ímpetu que el pelo me acarició las mejillas—. Debes alcanzar un estado mental donde no exista el fracaso. Estás relajada, como si dormitaras junto a un lago un día de primavera, tu cabeza está completamente despejada. Nada te preocupa, pero estás atenta. Tu cuerpo funciona como un sensor, percibe todo lo que sucede a su alrededor, pero eso no te perturba. Reaccionas automáticamente ante todo, ya que eres parte de todo lo que ocurre. Actúas sin un propósito, pero siempre de un modo correcto. En el escenario debes entrar en ese estado. Así nunca fracasarás.

Cada vez que le pedía que multiplicase «dos por dos», el asno se dirigía a la cartulina del cuatro. Cuando vi acercarse al director, pensé que aquella era una buena oportunidad para demostrar mis habilidades. Acaricié la oreja de

Platero con cariño y le pregunté cuánto eran dos por dos. El asno no se movió del sitio. El profesor, sentado sobre una caja de madera situada en un rincón de la sala de ensayos, no quiso ayudarme. Repetí la pregunta y volví a acariciar la oreja del asno, pero Platero se mantuvo en sus trece. El director resopló decepcionado y se marchó. Quise echarme a llorar. Un poco más tarde, el profesor comentó, como de pasada:

–Antes has acariciado la oreja de Platero, cosa que no haces nunca. Él quería que lo sigieras acariciando, por eso no se ha movido. Te ha elegido a ti y ha renunciado a la zanahoria.

–¿Y por qué no me lo has dicho en el momento?

–¿Es que estoy obligado a hacerlo? He venido aquí para divertirme. Me gusta ver sufrir a los jóvenes.

–¡Qué cruel!

–En el escenario no puedes acariciar a los animales así como así. En el circo, cada pequeño gesto se interpreta como una señal. Por ejemplo, en escena no puedes estornudar ni sonarte la nariz.

No me quedaba tiempo para seguir desesperándome ni para alegrarme por cada pequeño descubrimiento. Lo próximo era enseñar al asno a responder a una operación de cálculo que plantease alguien del público, hacer que fuese hasta la cartulina correcta y se parase delante de ella. El animal era capaz de quedarse quieto si tenía a alguien justo enfrente. Si me colocaba a la izquierda, por detrás de él, el asno se movía hacia la izquierda. Si me colocaba a su derecha, el asno iba hacia la derecha. Se trataba de utilizar esa regla para conducirlo hasta la meta.

Platero meneaba la cabeza cuando le rozaba la oreja y asentía si le tocaba el pecho. Así practicamos cómo responder sí o no. Ensayábamos desde la mañana hasta la noche, y cuando yo no podía más y salía brevemente a tomar el aire, todas las personas con las que me cruzaba tenían cara de asno. Vi a un hombre rascándose la parte de atrás de la oreja y enseguida quise ayudarlo, pero luego caí en que los cuerpos de los demás no se podían tocar tan fácilmente.

Por lo general, el profesor regresaba a casa justo después del ensayo, pero esa noche se quedó para hablar conmigo.

–Platero ya es mayor, lo mismo que yo. No debemos olvidar que pronto dejaremos este mundo. –Su voz sonaba alegre, aunque era obvio que quería hablar de lo que sucedería después de su muerte–. ¿Qué harías si, una vez

fallecidos nosotros, tuvieras que trabajar con un asno nuevo? Voy a desvelarte el último secreto. Hasta ahora no se lo he contado a nadie. Es como si heredases una enorme fortuna. Llegaste aquí con una gran desventaja, ya que tus padres nunca trabajaron en el circo. Eso ya lo has notado, ¿verdad? –Yo era bastante cabezota, así que no asentí–. De acuerdo. No quieres admitir que estás en inferioridad de condiciones. Tienes mucha fuerza de voluntad. Lo conseguirás.

Mi debut con el asno tuvo lugar poco después de cumplir los veintiséis. Fue un éxito fulgurante, aunque fuese un número breve y discreto, con un animal humilde.

–¡Una operación de cálculo! ¿Qué te parece si lo probamos con Tosca? A lo mejor tiene talento para las matemáticas...

Inspirado por la historia del asno, Markus empezó a confeccionar unos carteles con números. Como no teníamos cartulina, utilizó la chapa de madera que se había llevado sin permiso del sótano de un edificio abandonado. Había varias cartulinas numeradas del uno al siete, y solo una de ellas estaba untada de miel. Tosca fue directamente al número meloso y lo lamió.

–Tosca olisquea la cartulina y empieza a darle lametones. Me sorprendería mucho que nadie del público descubriese el truco. Además, eso de que los osos sepan hacer cálculos no es muy convincente. Me pregunto por qué funciona con el asno...

–Seguramente porque en los libros infantiles los asnos saben leer y hacer cuentas. ¿Te acuerdas del que sale en *Till Eulenspiegel*? Ahí el truco se hacía con el rebuzno.

–Es cierto. Además, de los asnos se dice que no son los más listos. Por eso el contraste resulta divertido. Lo que hay que hacer es llevar a escena lo contrario del estereotipo.

–¿Y cuál sería el cliché que se asocia a los osos polares?

–Que siempre están sentados en el hielo.

–¿Y qué es lo contrario del hielo?

–El fuego.

Fieras atravesando un aro en llamas: un número obligatorio en cualquier escenario circense. Mi marido y yo sabíamos que ni siquiera nosotros

podíamos evitarlo para siempre. Aun así, que Tosca se limitase a cruzar un aro de fuego sería demasiado banal; como mínimo necesitábamos un marco narrativo: por ejemplo, podíamos convertir el cuento de Blancanieves en un musical y que Tosca atravesase las llamas vestida de Blancanieves. En mi opinión, no necesitábamos más fuegos en el circo, los números rojos bastaban para encender los ánimos. Sin embargo, sin preguntarnos siquiera, Pankov ordenó a la secretaria que trajese un enorme aro de fuego que había en el almacén. Al día siguiente, al llegar a la sala de ensayos encontramos todo el equipamiento necesario, limpio y reluciente. Yo hice como si no lo hubiese visto y me puse a ensayar con Tosca varios movimientos, como caminar juntas o situarnos una frente a otra.

El sol se puso y, con la llegada del sueño, pude acceder al mundo de hielo, donde siempre percibía una evolución que avanzaba día tras día. Allí no había números rojos ni negros, sino simplemente progreso. No había industria, hospital ni escuela. Solo las palabras que intercambiaban dos seres vivos.

–He empezado a escribir tu biografía –dije a Tosca, que estornudó sorprendida–. ¿Tienes frío?

–Es curioso. Tengo alergia al polen. Aquí en el Polo Norte no florece nada, pero hay partículas de polvo danzando por el aire, por eso me paso todo el tiempo estornudando. Es un misterio que haya polvo sin flores.

–He escrito hasta poco después de tu nacimiento. Aún no tenías los ojos abiertos. Tu madre y tú no estabais solas, sino que había una tercera sombra.

–Mi padre quiso vivir con nosotras, pero mi madre no soportaba su presencia. Cada vez que aparecía, ella se ponía a bufar.

–¿Y eso no es normal en el caso de una osa?

–Antiguamente puede que fuese normal, pero la naturaleza también cambia a lo largo de la historia.

La voz de Mama-lia era pavorosa; hasta yo me asustaba, aunque tuviese la certeza de que no corría ningún peligro.

También las personas son capaces de gruñir para intimidar a otros. Al principio siguen siendo palabras con un cierto significado, pero llega un momento en que solo se oyen los gruñidos que surgen del lenguaje, y quien los recibe no puede hacer otra cosa que responder gruñendo. Al pensar esto, de pronto recordé el momento en que mi padre nos abandonó y se marchó a Berlín. Mi sexto sentido de niña me permitió distinguir una espina diminuta

en la voz de mi madre, justo antes de que empezase a gruñir. Entonces rompí a llorar desconsoladamente para distraerla. Ella intentó calmarme y se olvidó de mi padre, pero luego él volvió a decir algo que la irritó. Fulminándolo con la mirada, mi madre dijo algo, su voz cambió de tono y mi padre respondió de forma explosiva, como queriendo derribar la mesa del comedor.

Ese recuerdo que me asaltó de repente podría ser una recreación propia. Mi madre y yo nunca hablábamos de mi padre. Ella salía de casa muy temprano todas las mañanas. Cuando yo regresaba del colegio, ella ya estaba en casa. Era una mujer hermosa, pero por las mañanas tenía los ojos encogidos y, por las tardes, las mejillas flácidas. A menudo sentía la necesidad de observar su rostro con más detenimiento, pero ella enseguida se daba la vuelta y se dedicaba a las tareas de la casa. En la espalda llevaba impreso un motivo en colores chillones, parecido a una tarántula, que seguía los movimientos de sus manos, oscilando sobre el poliéster frío y liso. Pero ¿qué hago escribiendo sobre mí?

–Y tu padre, ¿de qué estaba orgulloso? –pregunté a Tosca.

–A veces contaba que procedía del mismo país que Kierkegaard. Estaba muy orgulloso de eso. Mi madre se reía y le decía que era muy afortunado por venir de un país pequeño. «Si yo me pusiese a enumerar a todos los grandes genios de la cultura que proceden de mi país, no acabaría nunca.»

–Un poco cruel por su parte.

–Mi madre era muy inteligente e infinitamente curiosa. Por eso marchó al exilio y escribió una autobiografía. En cambio yo no sé escribir, siempre necesito ayuda de las personas.

–Aceptar la ayuda ajena también tiene su mérito. Deja que escriba sobre tu vida.

En el interior de mi cabeza flotaba una niebla densa. ¿Por dónde seguir?

–¿Qué te ocurre? –me preguntó alguien; no era Tosca ni mi madre—. ¿Estás enamorada?

Por fin pude abrir los ojos y vi el rostro de mi marido, que primero sonrió y luego se mostró preocupado, porque no era capaz de responderle.

–¿A quién te estás tirando? Con todo lo que tienes que hacer... En realidad no te queda tiempo para una aventura. ¿Es alguien del circo?

–Mejor vamos a ensayar antes de que sigas delirando.

–Llevo un buen rato hablándote de mis ideas para la actuación, pero no me escuchas.

–Tenía la cabeza en otra parte. Pensaba en mi infancia.

–¿Otra vez? ¿Y no es mejor que demos un paseo?

–No es mala idea. Así nos despejamos.

Al salir nos cruzamos con Pankov, que venía de la entrada principal. Seguramente parecíamos cansados; de lo contrario, no podía explicarme el tono considerado del director:

–Tosca es una verdadera actriz, brilla en el escenario. Estoy seguro de que triunfaréis.

Apenas Pankov se hubo marchado, mi marido me susurró:

–Estaba siendo irónico, ¿verdad? ¿Cómo demonios vamos a triunfar? Hoy volveré a la biblioteca. Aquí, en el circo, ya no se me ocurre nada. La sensación de estar encerrado es insoportable. No entiendo cómo he podido pasar toda mi vida aquí.

Markus desapareció de mi vista y yo me senté con las piernas cruzadas ante la jaula de Tosca. Me costaba entender esa sensación de estar encerrado en el circo, pues allí había de todo o, mejor dicho, todo volvía al circo: la infancia, los muertos, los amigos. ¿De qué me serviría buscarlos fuera?

Permanecí sentada en la misma postura, inmóvil y en silencio, delante de Tosca. Ella se aburría, así que se tumbó boca arriba y se puso a jugar con sus propias zarpas. Noté un aliento cálido en la nuca, me di la vuelta y vi a Honigberg de pie, a mis espaldas.

–¿Estás sola? –preguntó con una sonrisita.

–¿No ves que solo somos dos? Contigo tres.

–¿Markus ha vuelto a largarse? Siempre hace lo mismo. ¿No te sientes sola?

–No te acerques demasiado. Tienes los zapatos sucios. ¿De dónde traes tanta tierra?

–He estado en un lugar prohibido.

Su risita perenne me incomodaba.

Recuerdo que el circo estaba rodeado de un barrizal. Cuando regresaba a casa después de mi escapada, a menudo me encontraba un atlas de suciedad en los zapatos. Una vez hubo una mancha que me asustó, porque parecía una polilla aplastada. En el otro zapato se distinguía su sombra. Intenté limpiar los restos del insecto con un manojo de malas hierbas, pero fue en vano: el barro era pegajoso y apestaba, tal vez estuviese mezclado con los

excrementos de un carnívoro. Nada más pensarlo, el barro de los zapatos adquirió tintes sagrados y ya no quise quitármelo. Era la prueba de que esos leones que solo había visto en los libros vivían en el circo de mi vecindario, ¡y yo llevaba encima sus excrementos! Escondí los zapatos sucios detrás de un cubo que había en el porche. Como no podía perder el autobús de las cinco que la llevaba al trabajo, mi madre se tenía que levantar a las cuatro, de modo que a las nueve de la noche ya cerraba los ojos bajo la manta. Agucé el oído: quería estar segura de que respiraba profunda y lentamente. Luego me dirigí con sigilo al porche para comprobar el estado de los zapatos. Debido al efecto de la tierra pegajosa, la piel estaba amarilla y petrificada. Me calcé y anduve un poco para probar. El cuero endurecido me rozaba los talones a cada paso, como si fuese papel de lija. No me quedó más remedio que caminar con las piernas arqueadas para mitigar el dolor. Fue así como me convertí en una iguana. Los animales de sangre fría, como los reptiles y los insectos, enseguida despertaban mi odio, así que me quité los zapatos y también la ropa interior. Mis muslos y mi tripa estaban cubiertos de un pelaje blanco como la nieve. La luna asomaba entre las nubes tiznadas, iluminando mi abdomen desnudo.

Entonces desperté del sueño y vi a Tosca. Estaba encogida, durmiendo. Su brazo izquierdo hacía las veces de almohada. Yo estaba en la misma posición, como si fuese su imagen reflejada en el espejo. Tenía la falda arrugada de un modo obsceno: ya no me tapaba del todo los muslos, así que la re Coloqué y me atusé el pelo rápidamente con el peine de dedos. En ese momento, mi marido se acercó con paso firme; acababa de regresar de la biblioteca.

—¿Te has quedado dormida?

—Eso parece.

—¿Y había alguien contigo?

—¿Quién?

Vi una huella de zapato junto al borde de mi falda. Alguien con las suelas sucias debía de haber estado allí.

La semana siguiente nos sorprendió con varias novedades. Para empezar, Honigberg anunció su intención de afiliarse al sindicato. Había una ley en materia laboral que prohibía a los sindicatos negar a alguien la entrada por razones de diferencia étnica, así que los osos polares tuvieron que admitir a Honigberg, el ejemplar más sospechoso de *Homo sapiens*.

Un día después de su ingreso, Honigberg propuso transformar el circo en una sociedad anónima. Ahora bien, según explicó, aquello debía hacerse en secreto: dado que el circo tenía que rendir cuentas públicamente, era necesario llevar una doble contabilidad. Entre ellos, sin embargo, podrían implantar una economía de libre mercado. Si las acciones subían, podrían comprar decorados más caros. Una escenografía nueva y atractiva aumentaría el número de entradas vendidas y, con ello, los beneficios. La próxima temporada el éxito estaba garantizado; sería una lástima regalar toda esa ganancia a los funcionarios del Estado, que enseguida la despilfarrarían como si fuese agua, zampando caviar a diario en restaurantes donde admiten divisas y bañándose en vodka. El dinero no se podía derrochar como si fuese agua, había que congelarlo e invertir de manera sensata en el próximo escenario. Por supuesto que no todo el beneficio iría destinado a esa inversión. Con sus correspondientes dividendos, cada accionista podría comprar un transistor, miel u otros productos. Los nueve osos polares, que al principio no entendieron las explicaciones de Honigberg, acabaron entusiasmados con su plan y quisieron comprar acciones de inmediato. También Pankov aceptó la propuesta, mientras mi imaginación no alcanzaba a vislumbrar el verdadero propósito de aquel joven.

—¿Qué estará tramando?

Cuando nos quedábamos a solas, mi marido solo hablaba de Honigberg. Si yo no mostraba interés, él insistía:

—¿Tú qué piensas?

Me sentí como un ratón acorralado y contraataqué con otra pregunta:

—¿Y a ti por qué te obsesiona tanto ese tipo tan joven e inmaduro? ¿No te queda vitalidad?

Sus ojos brillaron teñidos de sangre, como si mi respuesta acabara de confirmar su teoría.

—Lo sabía. ¿Y tú por qué sabes tanto de la vitalidad de ese chico? Hace tiempo que lo sé. Estás liada con él.

—¿Y eso cuándo ha sido? Si estás conmigo todo el rato...

—Siento que hay un agujero en el tiempo, incluso esos días en los que hemos estado muy ocupados. Y es entonces cuando tú te ves con alguien en secreto.

Posiblemente, ya en ese momento mi marido se encontraba a medio camino hacia la locura.

Yo misma intuía que estaba enamorada, pero no de Honigberg. Eso era impensable. No pretendía ocultar nada a nadie, pero ni yo misma sabía de quién estaba enamorada. Cuando era una niña e iba todos los días al circo, jamás pensé que estuviese enamorada de ese lugar. Ocultaba esas escapadas a mi madre, pero no lo hacía por encubrir mi enamoramiento. Lo que no quería era que ella me alejase de los leones por culpa de los zapatos sucios. También le oculté otras cosas: por ejemplo, que no tenía ninguna amiga, o que el profesor me había dicho que era muy buena, sobre todo en ciencias.

–¿Y por qué no se lo dijiste? –me preguntó Tosca.

–No lo sé. Instinto infantil. Hasta que son adultas las mujeres no encuentran una amiga con la que puedan y quieran hablar de todo.

El secreto de mis visitas al circo salió un día a la luz. Temí que mi madre me riñese por los zapatos sucios, pero no fue así. Me dijo tranquilamente que comprase una entrada y que accediese al circo por la puerta principal. Todo el que entraba por detrás acababa en el camerino de los artistas.

Yo nunca había oído hablar del «camerino de los artistas». Esas palabras avivaron mi interés, y por más que mi madre intentase alejarme de las llamas, ardía en deseos de saber más.

Aunque mi madre se hubiese enterado de las escapadas al circo, no quise renunciar a ellas. A medio camino me quitaba los zapatos y los escondía entre unos arbustos. Atravesar descalza el barrizal era extrañamente tranquilizador y excitante a la vez. Notaba unas ligeras cosquillas: tal vez fuesen los espíritus del inframundo, que me lamían las plantas de los pies. Olía a animales desconocidos; entré sigilosamente en el laberinto que formaban las caravanas del circo y me orienté por el olfato. De pronto me topé con el rostro de un caballo. El animal me miró fijamente, sin parpadear. Sus largas pestañas le conferían un aire grácil. El olor que emanaba del suelo era dulce y asfixiante, el pecho se me encogió por dentro y oí el latido del corazón. ¿Era eso una excitación sexual? El caballo aguzó las orejas, oí pasos.

Alguien me empujó por detrás: era un payaso, con la cara pintada de blanco. Hacía tiempo que lo habían maquillado; la capa blanca se veía cuarteada y remarcaba unas profundas arrugas de expresión que en ese momento no expresaban nada. Las lágrimas en forma de estrella estaban medio borrosas, ya no lloraban. No tuve claro si aquel payaso era hombre o mujer, razón por la cual no supe qué decir. Me disculpé con una rápida

reverencia y salí corriendo. Desde entonces he visto muchos payasos, pero aquel fue el primero y, como tal, siempre lo guardaré en la memoria.

Al día siguiente volví a visitar al caballo para admirar el tamaño de sus narinas. Esta vez el payaso se me acercó despacio y con cuidado; llevaba el índice apoyado perpendicularmente en los labios. Ese día solo se había maquillado alrededor de los ojos; tenía unos labios finos, la piel que rodeaba su boca estaba recién afeitada y mostraba un tono azulado. Hizo esfuerzos evidentes para no asustarme. A pesar de la inseguridad que me paralizaba, lo esperé.

—¿Te gustan los caballos? —me preguntó. Estaba tan cerca que podía sentir su calor corporal.

Yo asentí, él se dirigió hacia una de las caravanas y me hizo señales con la mano.

El olor a heno me hizo cosquillas en el vello de la nariz, después llenó mi granero pulmonar.

—Primero hay que cortar el heno para luego dárselo a los caballos —dijo el payaso. Después cogió una brazada de heno, lo puso encima de una enorme tabla y comenzó a cortarlo acompasadamente con un cuchillo oxidado. Según lo cortaba, fue acumulándolo en un cubo y regresó junto al caballo con alimento fresco.

—¿Qué te parece? ¿Te gustaría hacer de moza de caballos? Si vienes mañana a la misma hora, te dejaré cortar el heno y darle de comer.

Y así fue como cada día, al salir del colegio, me iba corriendo al circo para cuidar del caballo. Pronto me dejaron cepillar y recoger el estiércol para hacer compost. Estaba motivada y trabajaba gratis.

Mientras yo cuidaba de su caballo con mis bracitos de niña, el payaso se ponía a ensayar: intentaba hacer el pino sobre el respaldo de una silla o movía la cintura subido a una pelota. De vez en cuando, un soplo de pensamiento me decía que, tal vez, el payaso se estaba aprovechando de mí, pero aunque así fuera, no me importaría. Es más, desarrollé mi propia teoría económica: todos los números rojos se transforman automáticamente en un beneficio neto cuando se toca el cuerpo de un caballo.

Otros miembros del circo pronto comenzaron a saludarme. Aunque fuese una trabajadora ilegal que había entrado por la puerta de atrás, allí me sentía aceptada, cosa que no ocurría en el colegio. Pasó mucho tiempo hasta que el payaso me preguntó:

–Y tú, ¿cómo te llamas?

Hasta entonces solo se había dirigido a mí por «Eh, tú». Bien el nombre de pila no significaba nada para él, o bien creía que saber cómo me llamaba implicaba algún tipo de responsabilidad sobre mí.

–Mi madre a veces bromea conmigo y me llama Bar, porque mi nombre es Bárbara.

–Esto está bien. Bar como *Bär*, oso.

De vuelta en casa, le conté a mi madre que el nombre de Bárbara tenía un oso dentro. Ella enarcó las cejas.

–Menuda tontería. ¿Crees que te he puesto el nombre de un animal? ¿Quién te ha dicho semejante bobada?

Tuve que confesar mis escapadas diarias al circo. Mi madre no se sorprendió, más bien dio la impresión de haberlo intuido. Solo me dijo que debía volver a casa antes de que oscureciera, pero me permitió seguir haciendo de empleada del circo.

Cuando cepillaba al caballo, cada pasada del cepillo me subía el ánimo. Aquel pelaje era especial, casi siempre estaba seco y me resultaba agradable, aunque el cuerpo del animal sudase con frecuencia. La carne que había debajo era firme y me daba confianza, irradiaba una calidez tranquilizadora. El ansia que despertaba en mi mano durante el cepillado penetraba con sigilo en mi cuerpo a través de la muñeca y nadaba como una carpa en el interior de mi útero.

–Cuando eras niña, el caballo sería mucho más alto que tú. Tendrías que levantar la mirada. Ahora has vuelto a esa postura –me dijo Tosca.

Sus ojos y la nariz eran tres puntos negros, dibujados en un paisaje de nieve blanca. Al unirlos, formaban un triángulo. El blanco del cuerpo de Tosca era un camuflaje perfecto para la nieve; yo no podía ver el triángulo, hablaba a ciegas a un punto medio invisible:

–A veces pienso que no sirve de nada recordar la niñez.

–Mi madre creía que todos debemos llegar a un periodo previo a la infancia –respondió Tosca.

–Me encantaría leer su autobiografía.

–Es una lástima que el libro esté agotado. En el Polo Norte, todos los libros están agotados y todas las imprentas se han derretido, por lo que no es posible reimprimirlo.

Tosca se levantó, apesadumbrada. Tenía el torso delgado, de modo que su

cuello elegante parecía más largo aún, y los cuartos delanteros más cortos. La osa quiso marcharse y dejarme sola.

–¡Espera! –grité.

–¿Qué te ocurre? ¿Has tenido una pesadilla?

Era Markus. Se mostró perplejo, pues no entendía lo que me pasaba, aunque yo sabía que últimamente se dedicaba a difundir el rumor de que su mujer estaba loca y sufría constantes ataques en forma de alucinaciones y pesadillas. Tal vez pretendiese ocultar así su neurastenia y sus celos enfermizos a ojos de los demás. También apareció Pankov.

–Me han dicho que ya no te atreves con el número del fuego. ¿Significa eso que tu pasión por el escenario se ha extinguido? –me preguntó el director.

–¿Extinguido? –repliqué–. No soy yo, es mi marido el que pronto se extinguirá, consumido por los celos. ¿Puedes hacer algo para salvarlo? Yo no soporto el calor, por eso me refugio en la nieve. En un paisaje nevado, enseguida puedo distinguir a Tosca por los tres puntos negros.

Pankov se moría de risa.

–Si ves tres luces en forma de triángulo que se acercan cada vez más, es una locomotora. No estarás pensando en tirarte a la vía... No puedes hacer eso. Tómate un descanso.

Los celos de mi marido se intensificaban día tras día, sin motivo alguno. Cuando Tosca yo estábamos ensayando la reverencia, Honigberg entró en la sala, seguido de mi marido. Markus estaba enfadado: me empujó en el hombro y me acusó de haber puesto ojitos a Honigberg. Tosca gruñó amenazante y Honigberg palideció, mientras mi marido me volvía a empujar.

–¡Para! –exclamó Honigberg. Luego agarró a Markus por los brazos, lo arrastró hasta un rincón de la sala y lo sujetó fuertemente.

–¡Déjame! ¿Es que vas a pegarme?

–¿No ves que la osa se está enfadando? Eso sí que es peligroso.

Pankov nos llamó a mi marido, a Honigberg y a mí a su oficina. Me preparé para recibir una reprimenda, pero no fue así.

–Se rumorea que el próximo mes recibiremos una visita del Kremlin. Me gustaría empezar antes con la nueva temporada, para que cuando vengan esos invitados tan ilustres todo salga bien. No se trata de representar un rito de sacrificio, es decir, no queremos que la osa se zampe a Bárbara delante de los rusos.

Pankov nos miró muy serio, mientras Honigberg respondía con ligereza y seguro de sí.

–No se preocupe. Ya casi hemos terminado con los ensayos. A Bárbara y a Tosca les une una verdadera amistad. Entran juntas en escena, se comen un paquete de galletas, se sirven leche de una jarra en dos vasos y luego se la beben. Después Bárbara le pone a Tosca un sombrero elegante y un chaleco. Las dos se colocan frente a un espejo y todo el mundo ve que son amigas. Con eso basta. Aunque no parezca nada espectacular, la amistad verdadera llega al corazón de cualquier espectador.

–Una amistad entre mujeres puede sin duda ser algo hermoso, pero por sí sola no justifica un número de circo.

–No se preocupe. Los nueve osos polares estarán al fondo, encima del puente, eso garantiza que también haya una dinámica masculina sobre el escenario. Cada animal pesa quinientos kilos, es decir, juntos suman cuatro mil quinientos. La pequeña Bárbara restallará el látigo y los gigantes blancos obedecerán. El peso total de los animales equivale al de veinte luchadores de sumo o más. ¿No es impresionante?

Honigberg bajó la mirada hacia Markus y hacia mí, como si fuese el representante de Pankov cuando, en realidad, no era más que un vagabundo cuya presencia tolerábamos. Markus intentó estirar el cuello para parecer más alto que Honigberg.

–Un momento, ¿y qué pasa con la huelga? –preguntó mi marido con cierta inquietud.

–La huelga ha terminado. A partir de mañana los nueve osos polares vuelven a trabajar –respondió Honigberg con voz tranquila.

Ambos miramos a Pankov y este miró al suelo. Honigberg prosiguió, seguro de sí:

–Ya no hay motivo para hacer huelga. Los osos polares han comprado acciones y han retirado sus demandas. Les he explicado que no podían seguir de brazos caídos porque ahora son accionistas, no trabajadores.

Markus lanzó una mirada de odio hacia las delgadas piernas de Honigberg, cubiertas por unos vaqueros.

–Has engañado a esos pobres animales inocentes con tus ridículos trucos. Eres una vergüenza para la humanidad –dijo muy enfadado.

Mi marido parecía un clamidosaurio con el collar abierto. Quise limpiarle

el vapor sanguíneo que tenía en el cuello y le puse la mano en el hombro, pero él rechazó cualquier contacto.

–Así que estás de su parte –me increpó.

Pensé que era el momento de aclarar las cosas para que la situación no empeorase.

–Estás celoso porque crees que hay algo entre nosotros. Eso es absurdo. Solo son imaginaciones tuyas.

Mis palabras lo sorprendieron, como si fuese la primera vez que le hacían creer que Honigberg y yo teníamos una aventura. Entonces rompió a gritar y Honigberg, que parecía igual de asustado por lo que yo había dicho, hizo lo propio. Pankov suspiró y, mientras se marchaba, me dijo:

–Bárbara, tú estás enferma. Tienes que ir al médico.

No era la primera vez que iba a un psiquiatra. Cuando acabé la educación obligatoria, decidieron que no iría a la universidad y que trabajaría como empleada de hogar. Sufría alucinaciones: veía por todas partes el trasero de un hombre pudiente. No me importaba recoger el estiércol de los caballos, pero me espeluznaba la idea de tener que limpiar el váter donde mi adinerado patrón había plantado sus gordas y sudorosas posaderas. Ese trasero me perseguía por todas las calles; yo me asfixiaba y me perdía entre el gentío para volverme invisible, pero aquel espejismo no me dejaba tranquila. Se lo conté a mi madre y ella me dijo que pensaba demasiado. «Tú piensa solo en las cosas que existen de verdad.» Pero ¿qué pasaba con las cosas que no existían, aunque para mí sí que estaban presentes?

Al principio mi madre no quiso que fuese empleada de hogar. Si me hubiese convertido en una intelectual, me habría permitido el lujo de reflexionar sobre cosas inexistentes. Mi tutora me sugirió que fuese a la universidad, pero yo rechacé la idea con firme obstinación. Mi madre se enteró de esa negativa: tuvo que ser un duro golpe para ella. La encontré sentada a la mesa de la cocina, como petrificada. Al menos se había preparado un té, pero no fue capaz de tomar un sorbo. Tenía el peso de la cabeza apoyado en las manos, los ojos hundidos y la piel grisácea. Por aquel entonces no era obvio que una madre quisiese mandar a su hija a la universidad. Lo cierto es que no recuerdo qué tenía yo en contra de hacer una carrera. Es más, a veces soñaba con investigar sobre la vida de los mamíferos y obtener a cambio un título académico. Sin embargo, aquel sueño no quiso salir de su escondrijo, del mismo modo que yo ocultaba mis libros preferidos

sobre caballos detrás del armario y solo los leía cuando estaba sola. Las historias de animales de Ernest Thompson Seton me dieron la idea de ser no solo zoóloga, sino también escritora.

—¿Y por qué te arrepientes de no haber estudiado? Tu universidad es el circo.

Las palabras de Tosca me consolaron; pensé que tal vez hubiese tomado la decisión correcta. Pero lo cierto era que, por entonces, estaba desesperada: el trasero de aquel hombre rico me seguía persiguiendo. El médico que me examinó no me tomó en serio. Me despachó diciendo que sufría un trastorno nervioso y me recetó unos cuantos medicamentos.

Bien el doctor se confundió con la medicación, o bien fue culpa mía, el caso es que nada más tomarme la pastilla sentí un deseo irrefrenable de trabajar en el circo. Discutí con mi madre, salí de casa y fui corriendo al circo, como una motocicleta que usa la rabia como combustible. Los amigos del circo estaban sentados en círculo, bebiendo cerveza al atardecer. Enseguida me acogieron en el corro, pero cuando les pedí que me aceptaran como miembro oficial de la familia circense se mostraron muy desconcertados. Estaba a punto de llorar cuando el hombre de más edad se levantó y, tras haber jugueteado con su barba, puso los dedos sobre mi hombro.

—Hay muchos usos y costumbres que son evidentes para quienes han nacido y crecido en el circo. Pero esas mismas cosas pueden parecer incomprensibles o insoportables a los hijos de los obreros. Por supuesto que es posible aprenderlas a posteriori, pero hay demasiadas cosas que no están escritas. Esa es la razón por la cual a un ciudadano normal le cuesta sobrevivir en el circo. Un león no puede convertirse en tigre. Por eso sería mejor que te buscaras un trabajo en la ciudad.

Me eché a llorar. Entonces se levantó Cornelia, la funambulista.

—La llevaré a ver al señor Anders. A lo mejor él puede conseguirle un trabajo.

Aquel hombre era fan del circo desde hacía años y tenía a su cargo un departamento de la oficina de telégrafos. Cornelia se puso en marcha y yo la seguí; iba tan rápido que me costaba no perder de vista su espalda.

Un señor ancho de hombros abrió la puerta y enseguida percibí un olor desconocido. Él nos miró fijamente y al momento sus ojos se encogieron como muestra de alegría. Yo nunca había estado en casa de alguien culto y

pudiviente. Intimidada por la situación, permanecí sentada en un sofá de cuero repujado. En una bandeja de plata había rosbif, pan y fruta; me recordaba a un óleo antiguo. Cornelia mantuvo su sonrisa estirada mientras hacía malabares elásticos con las primeras palabras. De vez en cuando me dedicaba un gesto de complicidad con la mirada. El señor Anders acabó hipnotizado por Cornelia y prometió darme trabajo a mí, una muchacha de origen incierto.

Aunque no me aceptaron en el circo, la manía persecutoria desapareció. Mi madre se mostró muy entusiasmada cuando supo que me habían contratado en la oficina de telégrafos. Me dijo que si trabajaba en un organismo público, del tipo que fuese, ya era una empleada del Estado y que, a diferencia del circo, aquello era sinónimo de seguridad. Sin embargo, también el circo acabó nacionalizado, así que tanto la domadora de fieras –como era mi caso– como el payaso pasaron a ser empleados públicos.

–Te he prometido que escribiría la historia de tu vida y hasta ahora solo he escrito la mía. Lo siento mucho.

–No te preocupes. Primero debes poner sobre el papel tu propia historia. Solo entonces tendrás tu alma en orden y habrá sitio para una osa.

–¿Piensas meterte dentro de mí?

–Sí.

–Tengo miedo.

Las dos reímos al unísono.

Cuando me convertí en empleada del Estado, me pasaba todo el día montada en bicicleta. Al cabo de un mes los músculos de los muslos y de las pantorrillas se me marcaban. Como conducía muy rápido, ahorraba tiempo y no me sentía apurada; de vez en cuando me paraba en un parque o en la calle y me ponía a practicar acrobacias con la bici.

Un día intenté hacer el pino sobre dos ruedas. «Para eso hace falta una bicicleta especial, hecha a medida», me dijo un transeúnte. Quise hablar con él, pero al momento desapareció. Comencé a sentir muy de cerca la presencia de espectadores. Uno solo me bastaba para saber que aquello no era una alucinación, sino un ensayo real. Y si era posible ensayar, no era descartable que llegase el día del estreno.

Me puse a entrenar con más ahínco. Un día, un familiar del jefe me observó mientras bajaba las escaleras de piedra montada en la bici, a toda

velocidad. Preocupado por la bicicleta, el jefe me reprendió duramente: «Usted ya no trabaja en el circo. ¿Está claro?» Hacía tiempo que no oía esa palabra. Sí, era cierto, el jefe tenía razón: la oficina de telégrafos no era ningún circo, pero era en el circo donde yo quería trabajar.

La guerra estalló antes de que pudiese comenzar una nueva vida en el circo.

–Envidio a los habitantes del Polo Norte. Allí no hay guerra.

–No la hay, pero viene gente con armas y nos dispara.

–¿Y eso por qué?

–No lo sé. He oído que los seres humanos tienen un instinto cazador, pero yo no entiendo nada de instintos.

–Creo que antiguamente la caza era importante para la supervivencia de los seres humanos. Hoy ya no lo es, pero no pueden dejar de cazar. Parece mentira que el hombre se caracterice por tantas conductas absurdas y haya olvidado las más elementales para sobrevivir. Está manipulado por un resto de recuerdos.

Durante la guerra, mi padre volvió a casa una vez. Vi a un hombre recorrer de arriba abajo la calle que había frente a nuestra casa. No se de dónde me vino la idea de que podría ser mi padre. Él me hizo una señal con los ojos para que lo siguiera. Caminamos durante un rato hasta llegar a orillas de un riachuelo y nos sentamos en un banco. Observé sus dedos amarillentos, que sostenían un resto de cigarrillo.

–Ya de niño torturaba a los animales, como esos adultos que torturan a sus hijos. He matado varios ejemplares, por ejemplo a un gato: le clavé una navaja en el corazón y me puse a observar tranquilamente cómo se moría. Para mí era importante no perder los nervios. Siempre necesitaba una nueva víctima, así que acabé matando a un caballo del ejército. Los militares pensaron que era un acto de resistencia contra la guerra.

Conté a mi madre el encuentro que había tenido con aquel hombre. Ella se puso furiosa, pues creía que me lo había inventado.

–Es imposible que tu padre esté vivo. No debes contar a nadie esas tonterías.

La oficina de telégrafos pronto cerró; perdí el empleo y comencé a trabajar con mi madre en una fábrica de armas. Los domingos lavaba su ropa y la mía

en un barreño y cocinaba para las dos. Iba hasta el centro a pie, con una bolsa grande, para conseguir alimentos. Las personas con las que me cruzaba tenían rostros escabrosos. Si dos extraños se encontraban en una calle oscura, intercambiaban miradas de recelo. En cualquier momento, el destino podía convertir a una persona en asesino o en víctima. Cuando veía a un soldado apostado en un cruce me echaba a temblar, aunque fuese de los nuestros. Pero ¿qué quería decir eso de «los nuestros»? Cualquier soldado está dispuesto a matar. Yo simplemente deseaba que su objetivo fuese otra persona, no yo. No solo estaba obligada a pasar hambre, sino también a desconfiar. Con la llegada del invierno el hambre no aumentó, sino que se intensificó. Casi siempre me equivocaba al mirar, y rara vez levantaba los ojos del suelo. En el espejo veía una piel cuarteada: no solo yo, también otros viandantes tenían la piel destrozada. Tenían los ojos irritados y no dejaban de toser. Mi madre temía que, en un descuido, contase a alguien lo de mi padre.

–Si te preguntan por él, tú di que os separaron cuando eras un bebé y que no te acuerdas de nada.

A veces, los ojos de los vecinos hablaban un idioma que yo no entendía. Cuando iba andando, a menudo me daba la vuelta, como si alguien me hubiese pegado una etiqueta invisible en la espalda. Imaginé que me detenían y me colocaban frente a una pared, como si fuese una diana.

–¿Por qué cuentas esas historias tan fantasiosas? No hay ningún motivo para que te detengan –decía la voz de mi madre.

Mi olfato se vio extrañamente alterado, pude percibir los cuerpos muertos; el olor era impreciso pero constante, y dudé si me lo estaba imaginando. Más bien era un milagro que siguiese viva. Mi madre llegó a preguntarme si pertenecía a algún movimiento de la resistencia. Yo era demasiado apolítica para participar en esas cosas, y además no tenía ni idea de que existieran tales movimientos.

Tras un grave ataque aéreo, los muros y el tejado de la ciudad se desmoronaron y se formó una escombrera. Cuando recuperé el juicio, descubrí que me habían evacuado a una nave industrial y que la mujer que estaba tumbada a mi lado era mi madre. La luna iluminaba levemente el marco de las ventanas y el olor a sudor de la muchedumbre se iba condensando a mi alrededor, hasta resultar letal.

Encontré un amasijo de hierros carbonizados y pensé que sería el cadáver de una bicicleta. Comencé a recoger trozos de máquinas y otros objetos rotos

que fuesen aprovechables y los vendí a un taller. Sin embargo, por más que sacara algo de dinero en efectivo, no era fácil cambiarlo por un pan en condiciones. Por eso me alegré cuando unos familiares que tenían una granja en las afueras de la ciudad me dejaron ayudarlos en las faenas del campo. Aún recuerdo las remolachas y la col, sobre todo el colinabo.

La oficina de telégrafos volvió a abrir. En la gerencia solo había caras nuevas que ya no quisieron contar conmigo. Opté por echar una mano a los conocidos de mi madre y ellos, a cambio, me daban algo de comida. Limpiaba todo lo que estuviese sucio e intentaba conseguir todo lo que hiciese falta. También ayudaba a recoger los escombros repartidos por la ciudad.

—¿Por qué me siento tan sola? —pregunté a Tosca.

—No lo estás. Yo estoy aquí.

—Pero es que además de mí, nadie se cree que hable contigo. A veces me pregunto si esto es real. Muchos quieren hablar conmigo, pero no de la guerra, sino del circo. Todos empiezan la conversación preguntándome qué me trajo al circo. Entonces les cuento que, siendo una niña, ya colaboraba con el Circo Sarrasani. A los veinticuatro me contrataron como limpiadora en el Circo Busch. Pero a nadie le interesa saber qué paso entre una cosa y otra. Dicen que lo de la guerra ya lo sabemos todos, pero yo no quiero hablar de la guerra; lo único que me preocupa es que haya una laguna en mi biografía circense. Un hueco de tal calibre que pueda convertirse en mi tumba.

—Yo sí que te escucho.

—¿Y cómo puedo estar segura de que eres tú? ¿De que no estoy soñando?

Un perro ladró en algún lugar.

—Después de la guerra, los ricos resucitaron y siguieron siendo ricos, aunque sus billetes se hubiesen convertido en ceniza. ¿No te parece extraño?

Esa no era la voz de Tosca, sino la de un joven que sonaba muy vitalista. Su perro se llamaba Friedrich. Nada más entrar en el piso, el animal se me abalanzó y trató de lamerme la cara con una lengua húmeda y enorme.

—La sociedad de clases no desaparece porque haya habido una guerra. Todo lo contrario. A consecuencia del conflicto, y también durante la posguerra, las diferencias entre ricos y pobres aumentan. Por eso necesitamos cuanto antes una revolución.

Aquel joven, Karl, se había dirigido a mí una vez, en la calle. En un abrir y cerrar de ojos me vi envuelta en una conversación; me sentí como si lo

conociera de antes, así que lo seguí hasta su casa, que estaba decorada con muebles clásicos. Aparentemente, ni el sofá ni la cama habían sufrido un ataque aéreo; Karl no tenía nada que hubiese que remendar o sustituir con urgencia. A diferencia del mobiliario, los libros que había en la estantería eran muy recientes. Cogí uno que tenía el lomo rojo. Antes de terminar un párrafo elegido al azar, alguien se acercó por detrás y me estrechó entre sus brazos. Yo era una muchacha huesuda, mis pechos apenas comenzaban a insinuar su futura redondez. Él los manoseó con atrevimiento, yo volví la cabeza con todas mis fuerzas, él bajó un poco las manos, me apretó el abdomen y me sujetó los hombros con el mentón, como el clip que agarra una hoja de papel.

–Fue como un rayo caído del cielo. Yo no tenía tiempo de anhelar el amor, de enamorarme ni de aprender a qué sabía el primer beso.

–Y si además te hubieses quedado embarazada, la naturaleza habría alcanzado rápidamente su objetivo.

–La naturaleza, en toda su magnitud, es pequeña en realidad: solo le interesa que esas células diminutas se sigan dividiendo en otras más pequeñas. Yo entiendo que, para ella, mi corazón no tenga la más mínima importancia. ¡Dichosa división celular, siempre lo mismo!

–¿Y te veías todos los días con Karl?

–Enseguida nos peleamos.

–¿Por qué?

–Yo hablaba demasiado con Friedrich, su perro. Eso a Karl no le gustaba. A lo mejor ese fue el origen de la disputa.

Un día me entró una fiebre alta, se me subió a la cabeza y me robó los pensamientos. Me mandaron a la cama y mi madre llenó una bolsa con cubitos de hielo; oí aquel ruido cristalino y mi frente ardorosa se vio sorprendida por el frío. También oí a mi madre hablar con un médico, luego las voces se alejaron. Mi conciencia quiso viajar hasta un lugar remoto. Me encontraba en un paisaje llano, un paisaje nevado, y la nieve me cegaba. Miré fijamente y vi una liebre de montaña dando saltos. Al momento dejé de verla. El rayo de luz modificaba su ángulo a cada paso, negándome lo que me acababa de mostrar.

La ventisca me propinó una bofetada. No sentí frío. El suelo estaba congelado y era semiopaco, como un cristal opalino. A través de él pude ver el agua y dos focas que pasaron nadando, parecían una madre y su cría.

Tras un largo viaje me desperté y sentí en mi interior algo salvaje, inmaduro e imprevisible. Me deshice de la manta con ayuda de los pies, me vestí rápidamente y me puse los zapatos. Mi madre trató de retenerme; al menos quería saber adónde iba. Ni siquiera yo lo sabía. Me mareaba al caminar, avanzaba dando tumbos, pero no me caí, porque el viento me sujetaba por ambos lados. Entonces me topé con una columna publicitaria de la que brotaba un colorido cartel, como si fuese una flor tropical. ¡Era del Circo Busch! Lo leí con detenimiento y vi que la última representación había tenido lugar el día anterior. Delante de la columna había una bicicleta sin candado. Me monté en el caballo metálico y pedaleé con todas mis fuerzas. La ciudad se terminó y un campo de colza me acogió entre sus brazos amarillos. A lo lejos vi las caravanas del circo, marchando en procesión.

Izquierda, derecha, izquierda, derecha; pedaleaba como loca, temiendo que aquella bicicleta vieja y desvencijada se rompiera debido a la fuerza que yo hacía. Di un resoplido y seguí girando la rueda de mi sueño, decidida a atrapar las imágenes que pasaban por mi mente a toda velocidad. En algún momento alcancé la procesión de caravanas circenses y, montada en la bicicleta, pregunté a un señor que iba en último lugar:

—¿Adónde van ustedes?

—A Berlín —me respondió.

—¿Van a actuar en Berlín?

—Sí. Es la mejor ciudad del mundo. ¿La conoces?

En ese mismo instante supe que yo también quería ir a Berlín. Pero ¿lo lograría con aquella bicicleta? El cielo se oscureció de golpe.

—Debes volver a casa cuanto antes. Va a caer un chaparrón.

Alcé la vista y un goterón me cayó en el ojo.

—Por favor, ¡lléveme con usted!

—Eso no es posible. A lo mejor la próxima vez. Pasaremos a recogerte.

—¿Cuándo?

—Tú ten paciencia y espera.

Entonces me desperté y vi que estaba en mi cama de siempre. Mi madre me dijo que llevaba dos días durmiendo. Seguía teniendo la fiebre alta.

—Deberías ir al médico. Estás de nuevo enferma. A ti te pasa algo.

Esta vez no era mi madre, sino mi marido quien hablaba.

—¿Por qué lo dices? ¿Qué es lo que me pasa?

–Cuando te hago una pregunta no me respondes. Y tienes un brillo raro en los ojos.

El que no estaba bien era mi marido. Seguramente por eso decía que la que estaba mal era yo.

Ese sueño febril que había tenido..., ¿era allí donde había alcanzado la caravana circense, montada en una vieja bicicleta? Una semana más tarde, en la ciudad, vi casualmente un cartel de circo pegado en una columna publicitaria. La última representación había tenido lugar el día anterior al del sueño. No dije nada a mi madre de aquel descubrimiento. A un niño no se le puede reprochar que jamás cuente a sus padres lo que ocupa y oprime su corazón. Volverse adulto es un intento pueril. Los padres, por el contrario, prefieren mentir a un hijo antes que mostrar su propia debilidad. Si mi madre se quedase de pronto sin nariz, se taparía la cara con pañuelos de papel y me diría que está un poco resfriada. ¿En qué estaría pensando la gran naturaleza cuando nos otorgó estas cualidades?

–Me dices que no hable con tu perro. Ni que fuese un insecto... El perro pertenece al gran grupo de los mamíferos, igual que nosotros. ¿Por qué no iba a intercambiar opiniones con un congénere?

Ese fue mi argumento para desafiar a Karl. Cuando me gritó, noté que su temperatura corporal aumentaba.

–El hombre es completamente distinto al perro. ¿Qué es un perro, vamos a ver? ¡No es más que una metáfora!

A Karl le encantaba la palabra «metáfora» y la utilizaba para intimidarme. Cuando le conté mi gran sueño de trabajar en un circo, me dijo:

–El circo no es más que una metáfora. Como nunca lees los libros adecuados, te crees que todo lo que ves es real.

Me lanzó con desgana un libro de Isaak Bábel. Desde entonces no he vuelto a ver a Karl. El libro estuvo mucho tiempo en una esquina de la estantería, mirándome con rencor. No esperaba que Karl regresase a mí, pero sí quería que el circo volviese.

–Puedes esperar todo lo que quieras, que no volverá.

Recobré el juicio y vi a mi marido.

–Lo he encerrado en el baño –añadió con una sonrisita.

Lo creía capaz de haber encerrado a Honigberg, así que me volví hacia la

puerta del baño. Pero no fue Honigberg, sino Pankov quien salió, con una expresión de alivio en el rostro.

–¿Ocurre algo? ¿Qué te pasa? –me preguntó.

–¿Dónde está Honigberg?

–Allí.

El dedo de Pankov señaló a dos personas que estaban hablando por detrás de mí. El que me daba la espalda era Honigberg, sin lugar a dudas.

Yo sabía que mi marido estaba mentalmente agotado, su estado nervioso corría peligro. Bastaría otro ligero desgarró neuronal para que hiriese de muerte a Honigberg. La idea ya no se me fue de la cabeza. De niña, soñaba a menudo con un perro y un gato que intentaban matarse mutuamente. Yo trataba de impedirlo en la medida de mis posibilidades, pero el deseo de asesinar que danzaba ferozmente por el aire provocaba a ambos, induciéndolos a librar un combate mortal. Mi cometido era detener la pelea cuanto antes. Era todavía un bebé, pero mi cabeza ya estaba llena de preocupaciones, aunque ignoro el aspecto que tendrían, pues carecían de lengua.

Mi hija no debía presenciar cómo mi marido hería a otra persona. A lo mejor no arremetía contra Honigberg, sino contra mí. O tal vez acababa siendo su propia víctima. Lo mejor era que mi hija siguiera viviendo con mi madre.

Si en algún momento me hubiese planteado seriamente cómo moriría mi marido, yo misma habría adivinado cuál sería su final; pero como me encontraba en mitad de la vida, no podía pensar claramente en nada. De lo contrario, habría pronosticado la caída del Muro de Berlín y los efectos que eso tendría en mi vida. La RDA murió, lo mismo que mi marido.

Cuando levanté la cabeza, Pankov me puso un cuaderno de papel blanco sobre la mesa.

–Es un regalo. No quiero que utilices documentos importantes para escribir.

Desde que la Unión Soviética nos había regalado los osos polares, Pankov evitaba usar la palabra «regalo», por eso me sorprendió mucho que utilizase esa expresión para permitirme escribir. Le di las gracias, pero seguí escribiendo en papel reciclado de color gris.

Para mí, una niña que soñaba con vivir en el circo, la espera mereció la pena: en 1951, la ciudad se llenó de carteles que anunciaban la llegada del Circo Busch. Por aquel entonces, nuestra vida cotidiana era pobre en colores, pues aún no existían las revistas ilustradas con fotos a color. En un entorno tan apagado, aquellos vistosos carteles resultaban muy floridos. Cada vez que me topaba con un cartel, se abría el telón de mi escenario mental: las trompetas y los tambores anunciaban el preludio, la luz cilíndrica encarnaba una promesa y, de pronto, aparecían seres de otro planeta con relucientes escamas de dragón. Unos volaban sin alas, otros hablaban con los animales. Ni siquiera la carpa del circo podía soportar tanto entusiasmo, aplausos y vítores. El aire se agrietaba bajo el peso de la lona.

Aún tuve que esperar tres días hasta la primera actuación; después, todavía dos y luego ya solo uno: es hoy, por fin, dentro de dos horas, de una, se abre el telón. Un payaso con nariz de manzana salió al escenario haciendo eses, se tropezó y dio una voltereta. El circo había desarrollado sus propias leyes naturales: todo el que anduviera torpemente tenía un aspecto atlético; quien hiciese reír al público era una persona seria. Pensé que también yo podría proponer algo: a lo mejor podía volar. Una mujer de piernas largas y elegantes, ataviada con un vestido de brillos plateados, fue ascendiendo por una soga hasta que pareció diminuta. Un hombre musculoso ocupó el centro del escenario. Mis ojos se deslizaron desde el traje blanco y ceñido hasta el vello negro de aquel torso que el atuendo no tapaba del todo. Cuando comenzó el número del trapecio, noté algo raro. Me levanté como hipnotizada, tambaleante. El señor que estaba detrás me chistó: «¡Siéntese, que no veo nada!» Con esfuerzo, logré que mi trasero volviese a su sitio.

Una vez acabado el número, la orquesta pasó del tango a una melodía pegajosa. Entonces desplegaron varias rejas, parecidas a un biombo alargado, que separaban al público de la pista. De pronto vi un león y me volví a marear. Entonces me levanté, subí al escenario y, aferrada a los barrotes, pegué la cara contra ellos. Los ojos del león me miraron fijamente. A mis espaldas crecía el nerviosismo, pero no me preocupaba. El empleado que aquella tarde era el responsable de la seguridad en la zona del público corrió hacia donde yo estaba, pero el león fue más rápido: se abalanzó sobre mí y restregó con cariño su frío hocico contra mi nariz.

Cuando fue a recogerme a comisaría, mi madre me preguntó por qué había montado semejante escándalo. Mi respuesta fue casi demasiado simple para

entenderla: «Porque quiero trabajar en el circo.» Mi madre abrió los ojos de par en par y no me dirigió la palabra en todo el día. Pensé que el enfado le duraría bastante, pero al día siguiente sus palabras me sorprendieron: por fin había comprendido que yo de verdad quería trabajar en el circo.

Debo agradecer a mi madre que el circo pronto me acogiese.

–Gracias.

–¿Por qué?

Las manos de mi madre eran terriblemente grandes.

–¿Por qué tienes las manos tan grandes?

–Porque soy Tosca.

En aquel entonces, muchísima gente quería trabajar en el circo. Hasta los mejores acróbatas tenían que pelear por una plaza. A mi madre se le ocurrió una estrategia: propuso al Circo Busch que me permitiesen trabajar sin sueldo, como encargada de los animales y de la limpieza. Su regalo de despedida fue esta máxima: «No importa cómo entrar. Una vez dentro, cualquiera puede llegar a lo más alto.»

Aunque ya me lo habían confirmado por vía interna, tuve que acudir a una entrevista de trabajo en la fecha oficial. Inmersa en la humareda del puro que separaba al jefe de una futura empleada, conté cómo, de pequeña, había echado una mano en un circo. Para adornar mi escaso currículum circense, opté por confesar que, cuando trabajaba en la oficina de telégrafos, había aprendido por mi cuenta a hacer acrobacias sobre la bicicleta. El director artístico del circo me preguntó cuántos años tenía y le dije la verdad:

–Veinticuatro.

Entonces salió de la caravana donde estaba la oficina dándome una orden:

–Espera aquí.

Enseguida llegó otro hombre que parecía un payaso, aunque no llevara maquillaje, y me mostró dónde estaban la cuadra y el pajar. Era Jan.

–Si quieres dormir con nosotros, tendrás que hacerlo en la caravana infantil y cuidar de los niños. ¿Te parece bien?

Asentí. En la caravana denominada infantil había varias mantas y ropa esparcida. Me dijeron que allí vivían siete niños.

Me levantaba a las seis, atendía a los animales, atendía a las personas, limpiaba, fregaba y desinfectaba. Lavaba la ropa, cuidaba de que cada niño cumpliera con sus tareas, hacía recados, acostaba a los pequeños y se acababa el día. Durante la noche, a menudo me despertaba por el llanto de los críos.

Al igual que en otros lugares, también en el circo nacían niños. A muchos empleados les encantaban, pero nadie tenía tiempo para ejercer como progenitor a jornada completa. Por aquel entonces, tres de los siete niños iban al colegio, pero también había épocas en las que ninguno podía ir a clase porque el circo estaba de gira.

Después del colegio tenían que entrenar y luego hacían los deberes. Yo los ayudaba: unos tenían dificultades con las matemáticas; otros se aprendían de memoria las baladas de Schiller y pretendían que escuchase con paciencia todos sus intentos de recitarlas correctamente. Una vez les dije de broma:

–Hay que ver lo mucho que estudiáis, sobre todo teniendo en cuenta que ningún adulto os obliga. ¿Os gusta aprender?

–¡Pues claro! Demostraremos a los hijos de los obreros que somos los mejores.

Los niños utilizaban unos libros de texto especialmente concebidos para los hijos de artistas itinerantes. Según ese sofisticado método de aprendizaje, el orden de los contenidos no era relevante. Tampoco había separación entre las distintas asignaturas. Cada cuaderno incluía material para practicar lectura, escritura o cálculo y aprender geografía o historia. En uno de ellos encontré un epílogo del editor, que vivía en Dresde y se dedicaba a investigar sobre el circo. Auguraba un futuro en que cualquier profesión tendría que incorporar la movilidad propia del circo itinerante. En su opinión, solo entonces aquel libro obtendría el reconocimiento merecido.

Los niños del circo no podían estar cargando con libros demasiado gruesos y tampoco tenían tiempo para estudiar distintas materias a la vez. Para ellos solo había una asignatura, que se llamaba sencillamente «Estudio». También les resultaba extraño separar el estudio del trabajo. En el circo no había clase de gimnasia, pero en cuanto un niño empezaba a andar, las acrobacias se introducían en su vida cotidiana. No había clase de música, pero cada miembro del circo debía tocar al menos un instrumento. Casi todas las habilidades que hoy poseo las adquirí en esa época. Al fin y al cabo, los niños eran eso: niños. Cuando los salpicaba con agua fría se ponían a gritar tan contentos, como si fuesen osesnos. Lavaba su ropa en un viejo barreño de hojalata y luego la tendía en una cuerda atada a dos árboles. Cuando el viento soplaba fuerte, la colada ondeaba con instinto autodestructivo. También había prendas que salían volando a la menor ráfaga y nunca regresaban.

Justo estaba tendiendo la ropa cuando el director artístico cruzó

casualmente el lavadero.

–Eres una mujer sabia. Los jóvenes de hoy enseguida quieren convertirse en estrellas, pero yo necesito a alguien que cuide de los animales, haga recados y se ocupe de los niños. No miras solo por ti, sino que tienes en mente a todo el circo. Te has dado cuenta de dónde necesitamos refuerzos. Eso es fantástico. La verdad es que deberías dirigir todo esto.

Nada más acabar la frase soltó una carcajada desinhibida. Aunque elogiara mi trabajo, en realidad se alegraba de tener mano de obra gratuita, que además había caído en sus manos voluntariamente. Este razonamiento no me impidió seguir trabajando con auténtica devoción.

Cuando me apetecía tomar un té y charlar con alguien, me ponía a recoger los cuartos de los niños. Si me entraban ganas de probar algo dulce, no comía nada y lavaba la ropa. Era muy disciplinada. Lo que más me gustaba era cuidar de los animales. Al principio solo me ocupaba de un caballo, pero, más adelante, el domador de fieras al que todos llamaban «maestro» me confió el cuidado de sus leones.

Había distintos tipos de excrementos. El de caballo tenía un aspecto digno. Podría llevarlo a la iglesia y ofrecerlo para celebrar la fiesta de la cosecha, como si fuesen espigas de trigo. Cuando caía al suelo, el estiércol de caballo adoptaba la forma de una obra de arte. Quise aprender a caer con la misma elegancia. Los excrementos de león, por el contrario, eran como los de gato, pero sobredimensionados, un monstruo. Siempre que inhalaba su olor estaba a punto de asfixiarme. Intentaba respirar solo por la boca, pero me daban náuseas.

No era fácil que el pienso asignado llegase para todos, así que poníamos varias ratoneras y, a escondidas, almacenábamos la carne de los cadáveres en una caseta. A menudo tenía que mezclar el pienso de los leones con sémola de trigo. Cuando el alimento no le satisfacía, el león se volvía impaciente y agresivo. Me entró un escalofrío cuando oí esta broma de boca del maestro: «Si el león te devora, será culpa tuya. Él no lo hace por gusto.»

Es más, hasta tuve que ir a la fábrica de productos cárnicos para pedir restos medio podridos. Mientras cortaba el heno, me pregunté por qué los caballos eran capaces de correr como el viento si no comían otra cosa que hierba seca. Si el heno bastaba para alimentarse, ¿por qué había animales que hacían enormes esfuerzos por comer carne? Una vez me pillaron pensando en esto en horario de trabajo.

–¿En qué piensas? –Fue Jan quien lo preguntó.

–¿Por qué existen los carnívoros? Para mí lo normal es ser vegetariano.

–No es fácil encontrar hierbas comestibles en la naturaleza. Además, te pasas todo el día comiendo hasta que la tierra se queda pelada y entonces toca cambiar de sitio –respondió Jan.

–¿Los carnívoros fueron en su día vegetarianos?

–Los osos, por ejemplo, fueron vegetarianos en origen, pero algunos tuvieron que adaptarse. Piensa en los osos polares. En el Polo Norte no crece una sola hierba. Tampoco encuentras frutos, ni con cáscara ni sin ella. Los osos polares deben soportar el frío; las hembras tienen incluso que parir mientras hibernan y amamantan a las crías sin tomar ningún tipo de alimento. Necesitan acumular reservas en el cuerpo, por eso comen carne rica en grasa. Creo que por eso evolucionaron y pasaron de ser vegetarianos a carnívoros. Las focas no son nada fáciles de cazar y seguro que su sabor es asqueroso, pero no importa. Todo ser vivo trata de calcular cuáles son sus posibilidades de sobrevivir. Casi siempre lo consiguen, a duras penas. Me parece lamentable que tengamos que comer cualquier cosa para no morir al instante. Odio a los gourmets. Actúan como si la comida fuese un adorno que aumenta el valor estético de sus vidas, cuando lo que hacen es reprimir la idea de lo patético que resulta tener que estar siempre comiendo.

A veces me invadía la sensación de que en el circo vivíamos fuera del orden social y completamente al margen de la civilización. Cuando no me daba tiempo a resolverlo de otra manera, esperaba hasta la noche y, sin que nadie me viese, excavaba un hoyo dentro del recinto para ocultar el excedente de estiércol. También había que secar a escondidas los ratones muertos antes de almacenarlos como reserva para los depredadores. Además, recogía plantas medicinales para que los niños se curasen antes. Había muchas cosas que no comprábamos, preferíamos improvisar.

La posguerra terminó antes de que pudiese darme cuenta. Cuando iba a la ciudad a hacer un recado y me daba por levantar la mirada, me quedaba sorprendida al ver las nuevas fachadas, propias de una época que, evidentemente, había empezado sin mí. Se rumoreaba incluso que pronto se podrían comprar televisores. Nosotros vivíamos aislados de toda esa evolución; el circo era una isla.

–En su día tuviste mucho éxito con el número del asno. Se llamaba Rocinante, ¿no? También estuvisteis en España.

Cuando todavía estábamos recién casados, Markus solía recordarme esa época. Como me tenía envidia, quería contagiarse de mi pasado.

–Así es. Estuve en España, pero no fuimos de turistas. De hecho, apenas nos daban tiempo libre. Por las mañanas ensayábamos y por las tardes teníamos la actuación.

–Pero seguro que comisteis paella en algún restaurante.

–Pues no. Llevamos bastante pan, pepinillos y varias piezas enteras de salami húngaro.

Durante las actuaciones que tuvimos en España sentí el calor del éxito en mi piel. Sin embargo, nunca supe de los grandes elogios que la prensa había dedicado a mi discreto número con el asno. El director artístico sí que lo sabía, pero me lo ocultó. A lo mejor temía que el éxito se me subiera a la cabeza y dejara de mostrarme agradecida y de trabajar tanto.

Me desperté en mitad de la noche, hacía bochorno. La sed me sacó de la cama, crucé la zona del lavadero y me encontré a la trapecista sentada en una triste silla de plástico: habría salido a refrescarse. Cuando me vio, miró a su alrededor y me hizo una señal para que me acercara.

–Esto decía el periódico: «Su garbosa silueta femenina y su rostro inocente pero serio, circundado por rubios cabellos, cautivaron al público.» ¿A que no sabes de quién están hablando? –Pensé por un instante y de pronto mis mejillas se encendieron–. Exacto, hablan de ti. Un periódico español te ha dedicado todo un artículo. ¡Es fantástico! Tu número ha fascinado a un país que sabe mucho de asnos. Yo sé español porque mi madre era cubana. ¿Alguna vez has oído hablar de la pasión latina?

Estaba confusa, no supe qué responder.

–Si quieres te enseño a bailar tango. Así podrás viajar a Argentina y cosecharás grandes ovaciones con tu nuevo número de baile.

La trapecista me puso las manos en la cintura, tarareó una melodía de tango y me enseñó los primeros pasos. Mis piernas no eran solo dos, sino un número desconocido. Tropecé y caí al suelo con las piernas entrelazadas. Me vi impotente, como un conejo desollado y tirado en la playa, con la piel rosácea y desnuda. Mi rescatadora me encontró y me acarició la cabeza; también la cintura y el vientre recibieron un suave masaje. La vida regresó a mí. No sigas por ahí, me dijo una voz interior.

–Parece que refresca. ¿Entramos? –dije como excusa para huir de mi rescatadora, pero ella respondió:

–En el Polo Norte la lengua puede estar caliente.

Ese día supe por primera vez lo gruesa que podía ser una lengua humana.

Después de que la trapecista me enseñara a detener el tiempo con un beso, jamás volví a disfrutar de un encuentro parecido con ningún otro congénere femenino. La noche latinoamericana quedó interrumpida, y no continuaría hasta mucho después.

El director del circo buscaba desesperadamente nuevas ideas para un número que colmara las expectativas del público. Querían volver a verme sobre el escenario la siguiente temporada. Pensé que era el momento de tomar la iniciativa y propuse trabajar con depredadores.

Cuando se huele el peligro, uno debe renunciar a su proyecto de inmediato: eso es lo más importante a la hora de trabajar con depredadores. Hay que ser consciente de que el valor, por sí solo, no basta. Por más que mi forma física y mi motivación alcanzasen su cota máxima, a menudo me veía obligada a interrumpir un ensayo porque el leopardo estaba de mal humor. En esos casos debía mantener la calma, ocupar ese día perdido con otras tareas y no obsesionarme contando los días que faltaban para el estreno. Era como escalar una montaña nevada: quien se deja llevar por la ambición, sufre un accidente mortal. El miedo no está ahí para superarlo, sino para protegernos de un final prematuro. Si me notaba el más mínimo síntoma de miedo, jamás me acercaba a las fieras. Ahora bien, tras varios días sin ensayar, la presión era prácticamente insoportable. El director no siempre entendía la situación y me echaba una reprimenda.

–¿Cómo es que no estás trabajando? Ayer no hiciste nada y hoy tampoco.

El maestro, que siempre se ponía de mi parte, le hacía un gesto y el director nos dejaba en paz.

Un día, varios policías aparecieron de la nada y se llevaron al maestro. Poco después, el director nos contó que el maestro planeaba marcharse al exilio. Por aquel entonces, la palabra «exilio» me sonó a nombre de fantasma. La inquietud del director era muy distinta a la nuestra. Miró desesperado a quienes lo rodeábamos, como queriendo encontrar la respuesta en algún rostro.

–¿Y ahora qué hago? Si hasta me han interrogado a mí... Ya les he dicho que no habrá nueva temporada: sin domador, no hay circo que valga. Entonces va uno de los policías y, tirando de ironía, me dice: «Y eso ¿por

qué? Pensaba que tenía a una joven domadora nueva. Ya no necesita al viejo maestro.»

–Qué más da si estaba siendo irónico. Debemos aprovecharnos de la situación. Lo conseguiré, no se preocupe.

–Pero si no sabes hacer nada...

–El maestro me entrenó para que la próxima temporada pueda estar sola en el escenario.

El director me miró sorprendido, pero enseguida hizo un gesto de alivio, aunque quizá solo fuese el reflejo de la desesperación más absoluta.

Mi actuación comenzó y acabó siendo un éxito. Como sabía que no dominaba un arte excelso, reduje el número a los movimientos más sencillos. A cambio, me puse un vestido con brillos muy llamativo y pedí al técnico de luces y a los músicos que transformaran el escenario en un lugar que despertase la imaginación. Un leopardo, un oso, un león y un tigre estaban en un espacio que imitaba un salón. Una de las fieras descansaba tranquilamente en una silla; otra, en la cama. La distribución era armoniosa. A través de una ventana dibujada se veía titilar una luna llena, proyectada entre la bruma nocturna. Los animales iban cambiando de sitio, a un ritmo lento y pausado. Al final el león me tendía la pata, como si me diese las buenas noches. Yo sabía que el tigre rugiría en algún momento. El público se asustó, restallé el látigo y el rugido cesó. El animal nunca había pretendido amenazarme: simplemente sabía que, llegados a ese punto, si rugía una vez le daban una albóndiga. Los espectadores, por su parte, convencidos de que gracias a mi látigo había logrado controlar la difícil relación que mantenían las fieras, me dedicaron un clamoroso aplauso.

Al acabar el espectáculo, un periodista vino corriendo al camerino.

–Ha sido fascinante ver cómo una chica joven y delicada logra dominar a varias fieras a la vez –dijo con el rostro encendido.

Me quedé sorprendida: por vez primera tuve constancia de que, a ojos de otros, podía parecer joven y delicada. Al día siguiente leí en el periódico que una mujer joven y hermosa era capaz de someter a varios depredadores a su voluntad. La palabra «depredador» me resultó extraña.

En vista del éxito obtenido, me atreví a proponer al director otro número, pero solo con leones. Mi deseo se cumplió, aunque, muy a mi pesar, no pude dirigir ese grupo durante mucho tiempo. De no ser porque guardo una foto, ya ni me acordaría de aquella apacible isla temporal que compartí con las

leonas. Una foto se puede conservar, no así el sentimiento de satisfacción. ¿Quién haría la fotografía? Cinco leonas y yo en un mismo espacio: una de ellas estaba tumbada a lo ancho de un sofá, mientras otra, ya fuese por gusto o por solidaridad, había elegido una silla dura, de madera. No había un solo gato doméstico capaz de poner una expresión tan dulce como la que mostraban mis leonas. Era como si me dijese: «No estamos dispuestas a partirnos el lomo. Vamos a relajarnos y no haremos nada hasta que estemos de humor y nos entren ganas.»

Mejor dejo de idealizar a las leonas. Mientras haya osos, no hay razón para hablar del pasado. El león será el rey de los animales, pero el oso es su presidente. La monarquía leonina ha llegado a su fin. Cuando uno tiene delante diez osos polares puestos en fila, se olvida del resto de los mamíferos.

Solo faltaban cinco minutos para que se abriese el telón. Estaba sentada en un taburete, moviendo el trasero de un lado a otro, intranquila. El payaso se recolocó el cuello por enésima vez, mientras el director bebía su líquido transparente de una botella; la mano que le quedaba libre temblaba. La música comenzó a sonar y una lengua de luz arcoíris lamió el escenario. Markus sonreía, oculto tras la hoja izquierda del telón. Él era el marido de la domadora de fieras a la que todos admiraban. Ese día ejercía de ayudante y, aunque ni siquiera mencionasen su nombre, parecía satisfecho con su nuevo estatus. Observé a los compañeros que me rodeaban: unos aceptaban el miedo escénico, mientras otros se empeñaban en relajarse a toda costa. Nunca me había interesado expresamente por las habilidades de mis colegas. Para un *Homo sapiens*, era sin duda un gran logro saltar de una rama a otra, como las ardillas, o trepar por una cuerda como un mono, pero ese tipo de acrobacias tan comunes nunca me habían llamado la atención.

Tras reunirnos para recopilar ideas de lo más variopinto y luego desecharlas, mi equipo había decidido ofrecer al público escenas sencillas, situaciones cotidianas como sentarse en una silla, tumbarse en la cama, abrir el bote de golosinas que había sobre la mesa y ponerse a picotear. Pankov tenía la capacidad de articular patéticos formulismos sin torcer el gesto: «El sentido del circo es demostrar la superioridad del socialismo.» Los demás habíamos llegado a la conclusión de que lograr que dos seres tan distintos como el hombre y el oso conviviesen a diario sin sacarse los ojos era mérito suficiente; de ahí la idea de mostrar una cotidianidad pacífica y superficial.

Una de las veces que se acercó a ver el ensayo, Pankov dijo que el número le parecía aburridísimo y que mejor nos dedicásemos a bailar tango encima de una pelota gigante. El director insistió, pero yo pensaba que las acrobacias de siempre podían hacerse en cualquier momento, y eso sí que sería aburrido.



Sin consultar a Pankov ni a Markus, Bárbara y yo decidimos añadir una escena concreta, justo al final. La habíamos ensayado durante nuestro sueño conjunto. Tuve miedo, pues no estaba segura de haberlo soñado yo sola o a la vez que Bárbara. ¿Qué pasaría si, en mitad de la actuación, me diera cuenta de que únicamente lo había soñado yo? Solo de pensarlo, el azúcar que me estaba tomando perdió todo su dulzor y noté una rigidez muy desagradable en la espalda.

Por fin llegó nuestro turno. Bárbara y yo salimos al escenario agarradas de la mano. El público aplaudió entusiasmado, aunque todavía no habíamos hecho nada especial. Me senté en el escenario, relativamente cerca del público, y estiré las piernas como si fuese una niña humana. Markus dio una orden y los nueve osos polares entraron en escena. Tres de los más ágiles se desplazaban marcha atrás, haciendo equilibrios sobre una pelota azul. Los otros seis esperaban en un banco situado en un lateral. Bárbara restalló el látigo. Los tres que estaban subidos a las pelotas se movieron con destreza para darse la vuelta y enseñar al público sus blancos traseros. Por alguna razón, todos los espectadores se echaron a reír y Bárbara hizo una reverencia. No me dio tiempo a averiguar por qué el público se divertía con el trasero blanco de los osos polares.

Después Markus sacó un trineo al que ató dos osos, como si fuesen dos perros de tiro. Bárbara se subió al trineo y tomó las riendas. Cuando se oyó el silbido del látigo, el trineo comenzó a deslizarse y cruzó el puente de hierro. Los nueve osos subieron al puente y, con el siguiente restallido, todos se irguieron sobre dos patas. Justo en ese momento la orquesta comenzó a tocar una melodía de tango. Entonces me levanté muy despacio, me coloqué frente a Bárbara y comencé a dar los primeros pasos. Me pareció que lo hacía divinamente. Cuando acabó la música me dieron un azucarillo, Bárbara y yo

nos situamos frente al público y, agarradas de la mano, hicimos una reverencia. Ahí acababa el programa oficial.

Me puse nerviosa hasta ver cómo los dedos de Bárbara colocaban un azucarillo encima de su lengua. En ese momento supe con certeza que las dos habíamos tenido el mismo sueño. Me situé muy cerca de Bárbara y corregí mínimamente la posición, cada centímetro contaba. Yo le doblaba la estatura, solo por eso debía inclinarme mucho. Mi cuello empezó a crecer desde los hombros, mi lengua se estiró y cogió el azucarillo de la boca de Bárbara. Ella levantó los brazos y el público estalló en un aplauso ensordecedor.

A partir de entonces la escena se repitió con frecuencia, pues, aunque resultara escandalosa, no fue censurada. El circo decidió apropiarse del titular escogido por un periódico y llamó a ese número «El beso de la muerte». Las entradas se agotaban todos los días, y hasta nos invitaron a actuar en distintas ciudades del Este y del Oeste. Para mi sorpresa, también nos ofrecieron una gira por Estados Unidos y Japón.

Durante la gira por el extranjero tuvimos algunos problemas inesperados. En Estados Unidos, la escena del beso no se pudo representar debido a la normativa sanitaria. Aquello tuvo que ser un shock para Jim, el responsable de la agencia que nos había llevado al nuevo continente, ya que las entradas se habían agotado enseguida: era obvio que los espectadores querían ver el beso de la muerte. Sin embargo, la autoridad competente en materia de salud e higiene consideraba que yo tenía demasiadas lombrices. Cuando me enteré, me puse tan furiosa que quise demandar a las autoridades por injuria: ¡solo faltaba que un funcionario determinase el número de lombrices que debía tener cada cual en su estómago! Cada animal es responsable de saber cuántas debe conservar para no caer enfermo.

Más tarde, Jim nos aclaró el asunto: no debíamos culpar a las autoridades sanitarias, puesto que habían sido presionadas por un grupo religioso de corte fundamentalista, decidido a que prohibiesen nuestro beso. Al parecer, una de las muchas cartas de amenaza que recibieron decía: «Las fantasías sexuales con osos son propias de la barbarie germánica.» Otra: «La decadencia de la cultura comunista vulnera la dignidad de las personas.» Por aquel entonces ya era consciente de que en cualquier país había extremistas religiosos cuya fantasía desmedida tenía, por fuerza, efectos involuntariamente cómicos. Considerando que Bárbara y yo nos limitábamos a jugar con azucarillos y

lenguas, parecía cierta esa teoría de que, en el caso del *Homo sapiens*, la pornografía solo existe en la mente de los adultos.

Durante la actuación, disfrutaba mucho observando a los niños que había entre el público. Nos miraban con los ojos como platos y la boca abierta. En Japón recibimos una carta que decía: «Debe de ser muy duro ponerse una piel de oso y subirse a un escenario con estos calores. Muchísimas gracias por su magnífica actuación. A nuestros hijos les ha encantado.» Al parecer había espectadores que no se creían que fuese una osa de verdad. Por suerte, nadie vino al camerino para pedirme que me quitara el disfraz.

Un periódico estadounidense publicó una foto de Bárbara bastante grande. En la República Federal de Alemania también triunfamos, pero allí me sentí molesta por los rostros avinagrados que vi entre el público. Cuando volvimos a casa después de la *tournee* por Occidente, nos recibieron con una extraña sonrisa.

–Así que no os habéis exiliado –nos dijo un compañero.

–¿Tú te crees que me iría sola al exilio? –respondió Bárbara mientras rodeaba mi cabeza con sus brazos.

Después tuvo que responder a preguntas muy raras: ¿Has comido sushi? ¿Y hamburguesas? ¿Has bebido refrescos de cola? ¿Has visto alguna geisha?

–El circo es como una isla, una isla flotante. Aunque estemos lejos, nunca la abandonamos –respondió Bárbara con desgana.

De hecho, no teníamos tiempo; nos conformábamos con que nos diesen una hora libre para comprar algún souvenir a todo correr. La agenda estaba repleta de ensayos, actuaciones, sesiones de fotos, entrevistas y traslados.

En Japón, Bárbara se compró una bata con un estampado de flores de cerezo. Yo quise comprarme otra cuando estuvimos en Asakusa, pero solo las había de colorines, y noté que, si prescindía de mi camuflaje blanco, enseguida me entraba el pánico, así que pregunté a la dependienta si no tenía una bata que fuese toda blanca. La vendedora se mostró sorprendida y me preguntó si pensaba celebrar una fiesta de fantasmas. Luego me explicó que, en Japón, los fantasmas de los difuntos visten de blanco. El cartel japonés nos anunciaba como «Circo Bolshoi, de Alemania del Este», cosa que enseguida me puso de mal humor, pues en ningún momento habíamos pretendido ser una mala copia del circo ruso. Decidida a tranquilizarnos, la señora Kumagaya, que hacía las veces de intérprete, nos explicó que en el Japón de los años sesenta triunfó un circo ruso llamado Bolshoi, de forma que el

nombre había quedado grabado en la memoria colectiva. La señora Kumagaya insistió en que dicha asociación nos sería beneficiosa y en la idea de que, dado que estábamos en los años setenta, nosotros representábamos una versión evolucionada de ese tipo de circo, no una mala copia.

–Además usted nació en Rusia, ¿no es así? –me preguntó.

–No, yo nací en Canadá –respondió alguien por mí.

Fue entonces cuando caí en la cuenta de que apenas tenía relación con mi país de origen.

Más adelante, en la memoria de Bárbara se mezclaron dos osas. La más antigua también se llamaba Tosca, como yo, pero Bárbara la había besado en los años sesenta. Yo también había nacido en Canadá, pero eso no sucedió hasta 1986, y había llegado a Berlín poco después de la caída del Muro. Soy la reencarnación de la antigua Tosca, y llevo su memoria conmigo. Las dos teníamos el mismo aspecto, nuestro olor corporal era idéntico.

Ningún animal del circo pudo intuir que el día de la reunificación estaba próximo. Vi que algo brillaba en el aire, como si fuese el presagio de una primavera agitada. Las plantas de los pies me picaban muchísimo. Si los seres humanos hiciesen caso de la sabiduría de los pueblos antiguos, que predecían el futuro de la comunidad según el comportamiento de los osos, habrían sacado conclusiones muy útiles para el futuro si se hubiesen fijado en el picor de mis plantas. Y aunque no se les ocurriese el término «reunificación», habrían encontrado cualquier otra palabra, como «secuestro», «alojamiento compartido» o «adopción», que les habría ayudado a intuir lo que se avecinaba.

En aquellos tiempos tan revueltos, Bárbara gozaba dos veces al día del caluroso aplauso de un público entusiasta, congregado en un parque de Berlín. Todas las mujeres de su generación estaban ya jubiladas. Bárbara se levantaba todos los días muy temprano, se maquillaba y se convertía en la reina del Polo Norte. El presupuesto había sufrido graves recortes, pero gracias a sus contactos tenía un vestido de profesional. Al acabar la primera actuación se quedaba profundamente dormida en el viejo sofá que había en el camerino. Después del segundo pase se comía una montaña de espaguetis, se desmaquillaba con esmero y caía rendida en la cama. La actuación solo consistía en el beso. En los años setenta, el número tenía algo más de contenido: empezaba con los nueve osos polares bailando encima de una

pelota, luego tiraban de un trineo conducido por Bárbara, las dos bailábamos un tango y el beso de la muerte venía al final.

Ya solo nos quedaba ese beso.

Cuando Bárbara se colocaba frente a mí, todo su cuerpo estaba en tensión; solo su lengua se mostraba suave y relajada en el momento de estirarse, en un gesto de entrega. Yo veía flamear su alma en el fondo de la oscura garganta. Desde el primer beso, su alma de ser humano había penetrado poco a poco en mi cuerpo de osa. El alma humana no era tan romántica como imaginaba. Básicamente estaba formada por varios idiomas, no solo los más habituales y comprensibles, sino que también había muchas lenguas hechas pedazos, sombras de lenguas e imágenes que no se podían transformar en palabras. La reunificación no pudo ser el motivo, y sin embargo noté que había un vínculo inexplicable entre ese acontecimiento político y el hecho de que un oso Kodiak matase a Markus delante de Bárbara. Las dos seguimos repitiendo el beso mucho después de aquello. En una primera etapa, Bárbara abría la boca de par en par y sacaba mucho la lengua, pero llegó un momento en que le bastaba con abrir los labios ligeramente. El más mínimo resquicio era suficiente para distinguir aquel brillo blanco en la oscuridad de su cavidad bucal. Debía apresurarme para atrapar aquel trozo dulce; de lo contrario, se derretiría en su lengua. También Bárbara parecía disfrutar a diario de ese dulzor. En una ocasión me quedé desconcertada, pues las comisuras de sus labios apuntaban hacia abajo por culpa del cansancio. Cuando el dentista le puso un diente de oro, mi lengua se sintió intimidada por aquel brillo presuntuoso. En lugar de ser un obstáculo, esas pequeñas alteraciones me divertían. Quería estar con Bárbara en lo bueno y en lo malo, y repetir ese beso millones de veces. Sin embargo, en 1999 el Circo Unión se disolvió. Tras haber triunfado durante casi cincuenta años, Bárbara tuvo que abandonar el mundo del circo y fue despedida de la noche a la mañana. Fue entonces cuando enfermó, y solo podía cuidar el espacio que ocupaba su estrecha cama. Después nos enteramos de que me iban a vender al zoo de Berlín. Aún me sentía lo bastante joven para adaptarme a aquel cambio social, así que me compré un ordenador y propuse a Bárbara que, si nos obligaban a vivir separadas, mantuviésemos el contacto por correo electrónico.

Tras el despido, Bárbara vivió otros diez años. La humanidad la había decepcionado y no estaba dispuesta a pensar demasiado en nadie, ni siquiera en sí misma. Aunque nunca hubiese ido a la escuela, asumí la tarea de

plasmar la vida de Bárbara en papel. ¿Alguna osa había logrado escribir la vida de su amiga humana? Esto solo fue posible porque, gracias al beso, su alma se había infiltrado en mi cuerpo.

Ni siquiera en el zoo de Berlín, donde conocí a Lars, nos enamoramos y traje al mundo a Knut y a su hermano, di un descanso a mi pluma. No pertenezco a la familia de los gatos, que sobreprotegen a sus crías. El hermano de Knut, que había nacido con una salud muy débil, nos dejó poco después del parto. Entonces decidí confiar a Knut a otro animal para que lo cuidase. No me resultó fácil, pero la escritura no me dejaba tiempo para él. Además, su destino era convertirse en una celebridad. Los dos hermanos que fundaron el imperio romano fueron amamantados por otro mamífero, una loba. Knut también se alimentaría con leche de otro mamífero. Mi sueño se cumplió, y el oseño creció hasta convertirse en un famoso activista que luchó por la defensa global del medio ambiente. Y no solo eso: Knut nos enseñó que ya no necesitamos un número de circo para atraer la atención de la sociedad, llegar al corazón de la gente y despertar su cariño y admiración. Pero todo eso forma parte de su historia. No quiero hablar de la vida de mi hijo como si fuese un mérito propio. Entre los ejemplares de *Homo sapiens* hay madres que tratan a sus hijos como si fuesen su capital. Mi labor es contar la extraordinaria vida de mi amiga Bárbara, que de otro modo habría desaparecido tras la sombra de Knut.

Bárbara abandonó este mundo en marzo de 2010. Tenía ochenta y tres años, una edad inconcebible para una osa, pero ella era un ser humano, por eso habría deseado que viviese todavía más. Me habría gustado seguir charlando con ella en el Polo Norte de los sueños. Me habría gustado repetir ese beso azucarado otros cien años más, otros mil años más.

Aunque todavía no estaba familiarizada con el sistema ideado por los seres humanos para medir el tiempo, me empeñé en calcular cuándo habíamos alcanzado la cumbre de nuestra felicidad. Tuvo que ser en el verano de 1995. Por entonces repetíamos el beso de la muerte dos veces al día. Quiero concluir esta biografía describiendo ese beso desde mi perspectiva de osa.

Estoy erguida sobre dos patas, con la espalda ligeramente redondeada, mis hombros cuelgan, relajados. La humana bajita y adorable que tengo enfrente desprende un dulce aroma a miel. Acercó el rostro muy despacio a sus ojos azules, ella se coloca un azucarillo en su pequeña lengua y estira los labios

hacia mí. Veo brillar el azúcar en el interior de su boca. El color me recuerda a la nieve, la nostalgia del Polo Norte me sobrecoge. Entonces saco la lengua rápidamente y la introduzco con cuidado entre esos labios humanos, de un rojo vivo, para atrapar el azucarillo resplandeciente.

3. EN RECUERDO DEL POLO NORTE

Él apartó la cabeza, pero el pezón lo siguió, como si estuviese pegado a su boca. Aquel aroma era dulce y tentador, su cerebro podría haberse derretido en él. La nariz se arrugó tres veces, la boca acabó cediendo y se abrió. Ese líquido tibio que le caía por la barbilla, ¿era leche o saliva? Concentró toda su fuerza en los labios, tragó y empezó a notar cómo la tibieza iba descendiendo y llegaba al estómago. La tripa se puso cada vez más redonda, los hombros perdieron la fuerza y las cuatro extremidades comenzaron a pesar.

Los oídos distinguieron una voz en medio de un caos sonoro. Esa voz despertó su sentido de la vista. Poco a poco, las cosas fueron adoptando formas más nítidas. Había dos brazos peludos: de uno de ellos manaba leche, mientras el otro sostenía el cuerpo del amamantado en una posición cómoda. Mientras bebía se olvidó de todo lo demás, y cuando su tripa estuvo llena, se rindió al sueño. Cada vez que se despertaba, se encontraba rodeado de cuatro paredes desconocidas.

Alzó la vista y descubrió un papelito blanco sujeto al borde superior de la pared. Pensó que podría alcanzarlo, pero estaba demasiado alto. ¿Qué es eso? Había dos narices negras y cuatro ojos; todo lo demás era blanco, blanco como la nieve. También había unas orejas. Un extraño animal, o quizá dos, en una hoja de papel. Pensar le exigía demasiado esfuerzo, y de nuevo se abandonó a un sueño profundo.

Pronto comprendió que no estaba rodeado de paredes, sino dentro de una caja. Junto a él apareció de repente un peluche deslavazado. ¿Cómo resistirse al sueño cuando te envuelven en una manta de lana, junto a un animal tan suave, y te acarician dulcemente?

Nada más pisar el reino de los durmientes, la temperatura del aire bajó en picado, y unas partículas de luz con brillo de plata empezaron a caer a su alrededor. Observó aquellos copos diminutos: flotaban y danzaban, ajenos a la gravedad, pero a medida que pasaba el tiempo caían cada vez más bajo; al final aterrizaban en el suelo congelado y desaparecían. El suelo de hielo blanco estaba resquebrajado. La grieta aumentaba a cada paso, y bajo aquella capa gélida asomaba un agua azul. Si el soñador apoyaba el peso de su

cuerpo en un solo pie, veía las ondas circulares que se formaban en el líquido azul. Seguro que era agradable meterse en el agua fría, pero ¿cómo haría para seguir respirando en caso de no poder salir?

Oyó que alguien llegaba. El mundo blanco desapareció y un verde lánguido y peludo se extendió a su alrededor: era esa manta de lana con tan poco carácter, que se dejaba imponer las más diversas formas. Las paredes altas de madera tenían dibujado un motivo singular, formado por círculos y ondas. El recluso sabía que era imposible escalar una pared tan empinada y sin embargo no podía estarse quieto. Levantó el brazo derecho y enseguida se cayó hacia la izquierda. Al siguiente intento también se cayó, primero hacia la derecha y luego otra vez hacia la izquierda.

Mucho más arriba, alguien inhalaba y exhalaba. La respiración propia y la ajena no terminaban de acompasarse, seguían siendo dos seres distintos. Cuando uno inhalaba, el otro exhalaba. La boca que despedía aquel aliento estaba rodeada de una barba; por encima había una nariz y más arriba se encontraban dos ojos. De ahí salían dos brazos peludos. Lo que había en medio no se distinguía aún, pero poco a poco se puso de manifiesto que todo aquello estaba relacionado y formaba parte de un solo ser: el origen de la leche. La pared interior de la caja era arañada con impaciencia.

–Vaya, quieres saltar el Muro de Berlín..., pero resulta que cayó hace tiempo –dijeron los brazos fuertes y peludos mientras cogían al escalador y lo aproximaban a la barba. Dos labios húmedos brillaban entre aquel matojo de pelos–. ¿No querías salir de la caja? Ya estás fuera. ¿Qué te parece el mundo exterior? ¿Me permite el caballero recabar sus primeras impresiones?

El bebedor de leche se alegró de que hubiera un espacio llamado «exterior». Allí le daban leche. Pero esa no era la única razón por la que le encantaba estar en «el exterior». Aunque no tuviese hambre, sus manos anhelaban salir, por eso arañaban el interior de la caja. También el cuello se estiraba mucho, pues deseaba ver lo que había fuera, aunque solo lo lograra por un instante. Su voluntad de vivir quería abandonar aquel espacio cerrado.

La fuerza que lo impulsaba a avanzar residía en su hocico. Sus extremidades estaban todavía demasiado débiles para andar, pero el hocico, impaciente, las apremiaba. Las patas delanteras a menudo se separaban y resbalaban, de modo que la barbilla acababa en el suelo.

Cada vez que anunciaba la llegada de la leche, el hombre de brazos fuertes

pronunciaba con vigor la palabra «¡Knut!». El deseo de probar aquel líquido blanco recibió el nombre de «Knut».

Nada más tomar los primeros sorbos, una sensación de calidez se abrió paso a través de su tórax. Ese placer lácteo llamado Knut alcanzó el estómago. Notó el corazón. Algo cálido se fue extendiendo en abanico, desde el centro del corazón hasta la última yema de los dedos. El bajo vientre murmuró afligido, el ano empezó a picar y, poco antes de quedarse dormido, decidió llamar Knut a toda aquella zona inundada de calidez.

Apareció otro hombre. El recién llegado asignó al proveedor de leche con fuertes brazos el nombre de «Matthias» y al bebedor el nombre de «Knut». El nuevo puso una caja encima de la mesa y se dirigió a Matthias:

–Esta es la balanza de la que te he hablado. Precisa, fiable y fácil de manejar. Este aparato es capaz de pesar hasta una pulga.

Knut observó el artefacto. A lo mejor es algo que se muerde o que se chupa, pensó esperanzado, pero aquel nuevo compañero de juegos pronto lo decepcionó: era blanco como el plástico, liso y aburrido. Sobre la base había una pequeña bañera, pero sin agua.

Colocaron a Knut en la bañera. Él apoyó en el borde la zarpa derecha y luego la izquierda, dispuesto a saltar. Matthias enseguida lo colocó en su sitio, pero esta vez Knut no solo sacó las zarpas, sino también una de las patas traseras. Escurridizo como un calamar, el osezno levantó las nalgas, dispuesto a descubrir el mundo exterior marcha atrás. Entonces el nuevo agarró tranquilamente a Knut por las extremidades y, tras alejarlo del borde, empujó suavemente su espalda blanca. Después quitó la mano y, por un instante, se agachó y observó la balanza desde un lateral. Una vez realizada la medición, dejó a Knut en brazos de Matthias y, alargando sus dedos con ayuda de un lápiz, raspó la superficie de un cuaderno abierto. Los dedos del nuevo eran de por sí bastante largos. ¿Cuánto tenían que crecer para que se quedase contento? Cuando removía la leche, también Matthias alargaba sus dedos utilizando una barrita metálica y prolongada. Los dos hombres pertenecían por tanto a una misma especie, caracterizada por el alargamiento de sus dedos.

Durante el día, Knut no veía otra especie que no fuesen los alargaditos. Por las noches oía a los ratones que correteaban fuera de sus cuatro paredes. Imaginaba al ratón como un animal con el cuerpo diminuto y un aparato locomotor. Una vez, un ratón logró trepar por las paredes exteriores que

rodeaban la cama de Knut. Es más, estuvo a punto de rebasar la frontera de su reino. El ratón tenía un bigote formado por finos pelillos, y dos flamantes dientes delanteros. Su carita era marrón y peluda, mientras que las patas, apenas cubiertas por una pelusilla de bebé, mostraban un tono rosáceo y cristalino. Muerto de aburrimiento a causa de su soledad, Knut se puso a bufar de alegría, aunque el aspecto del ratón, en lugar de adorable, resultara más bien ridículo. Al parecer fue un error bufar con tanto ímpetu: el roedor quedó paralizado y cayó de espaldas hacia el exterior. Knut nunca volvió a encontrarse con aquella carita, la cual, vista en perspectiva, recordaba como algo entrañable. Un día apareció otro ratón, joven y valiente. Knut no estaba solo, Matthias se hallaba en mitad de la sala.

–¡Un ratón! –exclamó el cuidador. Tras dejar a Knut en el suelo con mucho cuidado, Matthias cogió un palo y fue a por el ratón, pero el roedor ya se había escabullido por un agujero que había en la pared.

–Christian, un ratón acaba de salir de ese agujero –dijo a la persona que acababa de entrar.

De este modo, Knut supo que el otro se llamaba Christian. Este sonrió, juntando un poco los dientes y estirando las comisuras de los labios.

–Parece que el *Homo sapiens* no es el único que se interesa por este osito, también están los ratones –comentó Christian.

Knut dedujo que la especie de los dedos alargados se hacía llamar «*Homo sapiens*».

Christian iba a ver a Knut todos los días para repasar los apartados incluidos en el reconocimiento médico. Primero lo pesaban, y el peso de su cuerpo se convertía en un número con una coma en medio, que anotaban en un cuaderno específico. Después, Christian introducía los dedos en la boca de Knut e iluminaba la cavidad con una pequeña linterna. En las profundidades del cuello habitaba un animal llamado «hipo». Cada vez que le abrían demasiado la boca, ese tal hipo aparecía por sorpresa. Sabía a leche, pero ya no quedaba ni rastro de aquel aroma dulce y tentador. La tentación se convirtió rápidamente en un sabor asqueroso. Christian introdujo algo frío en el oído de Knut, levantó los párpados con sus hábiles dedos, abrió el ano y comprobó el estado de las zarpas y de las garras.

–Hay que ver, ni siquiera al *Homo sapiens* le hacen un reconocimiento diario –dijo Christian con una sonrisa irónica en la comisura de los labios.

–Desde que empecé a trabajar en el zoo no he vuelto a hacerme un chequeo

–confesó Matthias.

Para Knut, todo lo que hacía Matthias era agradable y fácilmente comprensible: le daba leche rica, le acariciaba la tripa y jugaba con él. Christian, por el contrario, solía hacer cosas desagradables, cuyo sentido seguía siendo un misterio para Knut. Cuando estaba con Matthias podía jugar con cualquier objeto, por ejemplo con una cuchara que a veces se caía por un descuido. Entonces Knut la abrazaba y Matthias le dejaba jugar un rato con aquel compañero metálico. En cambio Christian nunca permitía que Knut tocara el instrumental. A él no se le caía nada y nunca se ponía a jugar: se limitaba a cumplir con sus tareas y luego se marchaba.

Sin embargo, Christian y Matthias también tenían cosas en común. Ambos eran altos y tan delgados, que Knut podía distinguir la forma de los huesos de sus muñecas. Como los dos tenían los brazos cubiertos de pelo, durante mucho tiempo Knut creyó que todo su cuerpo sería así, aunque más adelante pudo comprobar que ese no era el caso.

A diferencia de Matthias, Christian no tenía barba y siempre llevaba una bata blanca. No obstante, ambos vestían el mismo pantalón, de un tejido azul y tosco, donde las uñas de Knut se enganchaban con facilidad.

–Otra vez he derramado la leche encima de los vaqueros –dijo Matthias dando un resoplido.

Christian rió por lo bajo.

–Tu mujer te va a echar una bronca.

–Mi ropa la lavo yo. Mis cosas siempre tienen pelos pegados, es por culpa de los animales. Por eso no las puedo meter en la misma lavadora que la ropa de los niños. Eso dice mi mujer.

–Pues sí que es exigente.

–Es broma. Nunca me ha dicho algo así.

–Lo sé. Si la conozco. Tu mujer es..., ¿cómo decirlo? No solo es guapa, sino que además es una persona tolerante.

Christian se movía con rapidez, pero, a diferencia de un ratón, no era ágil por naturaleza. Siempre estaba bajo presión: debía realizar sus tareas a toda prisa e intentaba moverse más rápido de lo que podía. Esperar no era su fuerte. Un día que estaba de mal humor, Knut se aferró al borde de la balanza por la parte de fuera y no quiso que lo pesaran. Christian tiró con fuerza de sus zarpas y Knut le mordió el dedo en un acto reflejo. Christian lanzó un gemido y soltó al osezno.

–¡Me ha mordido! –Su voz sonó algo más aguda de lo normal.

–Vaya, nuestro principito está hoy de malas pulgas y no piensa dejar que lo torturen –dijo Matthias con voz tranquila, mientras acariciaba la cabeza del oso.

Christian tomó asiento, cosa que rara vez hacía. Luego suspiró y se puso a charlar con Matthias sobre esto y aquello, sin dejar de mirar a Knut. Para el oso, esa fue la primera ocasión de observar detenidamente el rostro de Christian y pensar al respecto. Christian tenía el cabello rubio y lo llevaba corto; cada pelo estaba de punta, como los del cepillo que usaba Matthias para limpiar el suelo. En la boca de Christian había dos filas de dientes cuadrados, de un blanco reluciente, pero Knut nunca lo había visto comer. Tenía la piel limpia y tersa; su carne era firme, aunque estaba cubierta por una fina capa de grasa muy apetitosa. Cuando hablaba, sus labios se ponían al rojo vivo; en la piel que rodeaba la boca no había un solo rastro de vello ni marcas del afeitado.

En comparación con la lozanía de Christian, la piel y el pelo de Matthias parecían resacos. Su rostro tenía un aspecto sombrío, como si no estuviera bien irrigado.

En algún momento finalizó la etapa en la que solo ellos dos podían entrar en la habitación donde estaba Knut. Cada día aparecían otros rostros que emanaban un nuevo olor a sudor, un aroma floral o una peste a tabaco. Casi todos los nuevos escupían flashes y preguntas dirigidas a Knut y a Matthias. Cuando se veía ligeramente deslumbrado, Matthias reaccionaba ante los fotógrafos con un gesto de disgusto. A veces se protegía de la nube de cámaras tapándose la cara con el brazo.

El fuerte de Matthias no era contestar a preguntas de los demás. Mientras trataba de encontrar una respuesta, sus labios se movían como queriendo reaccionar, pero no se oía absolutamente nada. En esos momentos, Christian se ponía delante de la cámara y contraatacaba a los entrevistadores con respuestas hábiles, con la intención de proteger a Matthias.

A Christian, por cierto, lo llamaban «doctor».

El cuerpo de Knut comenzó a pesar cada día más, y el hambre fue aumentando a la par. La palabra que Christian pronunciaba orgulloso y que probablemente designara esos cambios era «desarrollo».

Después de que todos los visitantes y también Christian se hubiesen marchado, Matthias se sentó en el suelo, rendido; con la cabeza gacha, abrazó

sus propias rodillas sin haber devuelto a Knut a la caja. El oso no apoyó las zarpas en las rodillas de Matthias y, preocupado, olisqueó la barba, los labios, las fosas nasales y los ojos del cuidador.

—¿Estás preocupado? No tengas miedo, no soy una mamá osa tirada en el suelo, abatida por un disparo. Está todo bien. No ha sido ninguna bala, solo un flash. No es tan fácil acabar conmigo —explicó Matthias. Su rostro mostraba unas arrugas que Knut no supo interpretar.

Knut fue creciendo con el paso de los días, mientras el pobre Matthias se iba consumiendo cada vez más. De repente, a Knut se le ocurrió que la leche podía proceder del cuerpo de Matthias. De ser así, el cuidador tendría que estrujarse a diario, lo cual resultaría muy doloroso. Cuanta más leche tomase Knut, más pequeño y reseco se volvería Matthias.

El número de visitantes aumentó de forma peligrosa, aunque no se permitía el acceso a todos los periodistas. A veces Matthias se ponía nervioso y comenzaba a maldecir en un rincón de la sala; entonces se apoyaba contra la pared y agachaba la cabeza: le habría encantado volverse invisible. Casi todos los visitantes se afanaban en apuntar las palabras de Christian mientras lanzaban miradas expectantes a Matthias. Al final sí que se acercaron a aquel hombre tímido, para suplicarle que se dejara fotografiar. Por alguna razón, a la prensa no le bastaba con tomar fotos de Christian. Entonces Matthias cogió con desgana un biberón y apretó a Knut contra su pecho, mientras miraba rabioso al objetivo de la cámara. Knut percibió el temblor de sus delicados dedos humanos, oyó ruidos oceánicos procedentes de las entrañas de Matthias. El bajo vientre del oso se sumó a ellos y ambos rugieron al unísono.

Los ojos de Matthias eran muy sensibles a la luz, parpadeaban ante el más mínimo destello. Los de Knut, por el contrario, eran inmunes al resplandor. Por más que disparasen varias ráfagas de flashes, la suave oscuridad de sus pupilas no se veía alterada.

El primer visitante se llamaba periodista y el segundo también, así que no le extrañó que con el tercero ocurriese lo mismo. Knut pronto entendió que periodistas había muchos, mientras que Matthias y Christian eran ejemplares únicos.

Pero ¿cuál sería el sentido de aquel misterioso ritual fotográfico? Uno de los periodistas habló del culto a los osos que profesaban las minorías étnicas

de los ainu y los sami. Al escuchar eso del culto a los osos, Knut se imaginó un ritual en el que varios hombres rodeaban a un oso y lo fotografiaban con flash, de manera que ese instante quedase congelado para la posteridad.

–Llevas todo el día trabajando y además duermes con Knut. Eso no lo hace cualquiera.

Matthias reaccionó fríamente ante el elogio de Christian:

–¿Y cómo si no iba a darle la leche cada cinco horas? No me queda otra.

–Y tu mujer, ¿qué dice? La mía amenaza con divorciarse en cuanto hago horas extra en días alternos.

Knut creía que Matthias se quedaba con él día y noche, pero en algún momento el osezno se dio cuenta de que a veces el bípedo se marchaba a escondidas. Primero había que terminar el biberón de la noche y después llegaba la hora de dormir. Entonces la voz del *Homo sapiens* dejaba de sonar y, a cambio, las del resto de los animales se oían cada vez mejor. Como alentado por aquella atmósfera animal, Matthias sacó una guitarra que esperaba su turno dentro de una funda negra, colocada junto al escritorio, y salió con el instrumento. Knut quiso espabilarse y acompañarlo, pero el sueño se lo impidió. Las orejillas del oso estaban despiertas, mientras el resto del cuerpo se sumergía en el sueño.

Al oír cómo pellizcaban las cuerdas de la guitarra, Knut se tranquilizó: si alcanzaba a percibirlo, Matthias no podía andar muy lejos.

Cuando el cuidador regresó y sacó a Knut de la caja, la guitarra ya no estaba a la vista, lo cual decepcionó al osezno.

–Me ocurre desde siempre, antes incluso de que tú existieras. Nunca he podido irme a casa nada más acabar el trabajo. Antes tocaba la guitarra frente al cercado de los osos. En casa me esperaba la familia. Los quiero mucho, pero no me apetecía ir directamente desde el zoo. ¿Lo entiendes? Probablemente no.

Cuando había alguien cerca, Matthias no hablaba mucho, pero estando a solas con Knut contaba muchas más cosas sobre su vida.

Un día, Knut encontró la funda de la guitarra, situada entre el escritorio y la pared, y comenzó a arañarla con sus incipientes garras. Matthias le dejaba jugar con casi todo: cucharas, cubos, escobas y recogedores, pero el instrumento musical era tan sagrado para él, que siempre lo mantenía lejos de Knut. Por más que el osezno se empeñase en meter las garras y los colmillos bajo la tapa de la funda, aquella caja mágica no se abría. La pequeña llave de

aluminio estaba guardada en un cajón. Si Knut hubiese podido siquiera rozar la guitarra, seguro que habría tocado una música maravillosa con los dientes. Y habida cuenta de que hasta Matthias, con sus finísimas uñas, era capaz de hacer sonar el instrumento, no cabía duda de lo emocionante que sería el sonido si Knut tocara con sus imponentes garras.

Knut no recordaba el instante en que la música había comenzado a existir. Cuando se dio cuenta de que podía oír, ya vivía inmerso en una secuencia infinita de tonos, que no conocía el silencio. Esa música, que había empezado antes aún de que él naciera, no finalizaría tras su muerte. La música de guitarra solo era una parte del complejo sonoro que había en el zoo. Llegó un momento en que Knut supo reconocer varias secuencias de tonos que se repetían a diario. Al traqueteo que se oía cuando Matthias sacaba un cazo del armario de la cocina le sucedía el ruido que hacían dos superficies de goma al separarse: la puerta del frigorífico. A continuación se escuchaba una escala de tonos ascendentes: leche cayendo en el cazo. Mientras preparaban la comida se iban incorporando nuevos músicos. Una masa en polvo se vertía en una fuente; la cuchara que removía la masa chocaba contra el interior del recipiente metálico. Un golpeteo. Para terminar, la cuchara impactaba tres veces contra el borde de la fuente. Así acababa la pequeña sinfonía titulada «Biberón para un oseño». La emoción de Knut no se manifestaba en forma de lágrimas, sino de saliva. Bastaba que una determinada secuencia sonora se repitiera varias veces para que Knut la memorizase. La serie tenía un principio y un final. Knut sabía distinguir los pasos de Matthias de los del resto. En cuanto el cuidador salía de la habitación, el oseño se convertía en un oído, y no se quedaba tranquilo hasta que Matthias regresase. Matthias comenzó a pernoctar fuera con frecuencia, una muy mala costumbre. Por las noches, después de la última toma, colocaba a Knut junto con el peluche en una esquina de la caja, lo tapaba con la manta y se marchaba no con la guitarra, sino con su cartera de piel, y no regresaba hasta el amanecer.

Esas noches en las que Matthias ya no se quedaba, venía otra persona a encargarse de las tomas. Knut ya no era un bebé, así que la leche no tenía por qué ser la de Matthias, su madre. Este otro hombre tenía las mejillas carnosas y unas manos extraordinariamente cálidas. A Knut le agradaba su ligero olor a mantequilla. El oseño no necesitaba a Matthias para quedar saciado. También podía pasar una noche agradable sin él, pero siempre sentía una pizca de miedo. Bien mirado, que no hubiese solo una, sino cientos de

personas dispuestas a darle la leche debería ser tranquilizador, pero había algo en Knut que seguía teniendo fijación por Matthias. Cuando lo oía llegar, arañaba el interior de la caja como un poseso.

–¡Eh, para! Pero ¿qué haces? Has roto la foto de tus padres. Con lo que me ha costado conseguir una foto de Tosca y de Lars. Ya estaba aquí puesta cuando ni siquiera podías ver. ¿Lo entiendes? ¡Estos son tus padres!

La foto estaba completamente destrozada. Matthias tuvo que tirarla a la papelera. Knut se asustó, ya que nunca había prestado atención a aquella instantánea. Demasiado tarde. Cómo iba a saber él que aquel trozo de papel representaba a sus padres. Christian notó a Knut más nervioso que de costumbre y se lo comentó a Matthias.

–A lo mejor se siente solo porque echa de menos la foto. ¿Qué tal si os hacéis otra los dos? Puedes cogerlo en brazos y darle el biberón. Los padres de acogida son más importantes que los padres biológicos. Seguro que algún periodista ya te ha hecho una foto con Knut en brazos, como si fueses la Virgen con el niño.

–No te rías de mí. Por fin puedo dormir en casa. Mi familia ha vuelto a aceptarme –dijo Matthias mientras acariciaba la cabeza de Knut. La palabra «familia» inquietó al oseño, como si fuese un oscuro presagio.

Cada mañana, Knut oía el gorjeo de los pájaros, alegres por la retirada de la oscuridad, mientras el sol hacía acto de presencia para comenzar la jornada. Aquellos seres con alas se mostraban inquietos, pues temían no encontrar nada para el desayuno. A veces los más fuertes atacaban a los más débiles y estos huían en desbandada por el cielo, dando chillidos. Knut no podía verlos, pero aquel gorjeo era lo bastante variopinto como para imaginar sus pequeños dramas cotidianos.

De vez en cuando, algún pájaro descarado se atrevía a asomarse a la habitación de Knut. Todos se denominaban «aves», pero en realidad solo tenían una cosa en común: las alas. Estaba el gorrión, una mezcla parduzca de humildad y apresuramiento; el mirlo, con su humor discreto; la urraca, con su máscara blanquiazul, y también la paloma, que a la menor ocasión repetía una especie de estribillo: «¿Ah, sí? ¡Qué interesante! No lo sabía.» Dado que percibía innumerables cantos, Knut pensaba que el mundo exterior estaría repleto de pájaros. Pero ¿por qué Knut, Matthias y el ratón no tenían alas? De

haberlas tenido, el osezno habría salido volando hasta la ventana para descubrir lo que había fuera.

Cuando Matthias lo sacaba de la caja, Knut se sentía liberado, pero ya no se contentaba con ese pequeño instante de libertad, pues cada vez tenía más claro que había una cosa llamada «exterior». Quería salir de su habitación. «Te estás volviendo un descarado», le dijo Matthias, pero no era verdad. Knut no podía controlar el movimiento de sus extremidades cuando el mundo exterior tiraba de ellas, así de sencillo. Se ponía a arañar la puerta como si estuviese ido, Matthias se quedaba estupefacto y lo regañaba. Knut quería dejar de especular sobre el mundo exterior, pero para eso debía conocerlo en detalle cuanto antes y terminar defraudado.

Acabó contentándose con un método para que su alma accediese al exterior: escuchar. El mundo escuchado era tan colorido y espacioso que el mundo visto no podría superarlo. A lo mejor en eso consistía el poder de la música, al que el *Homo sapiens* solía referirse con orgullo. Christian confesó que en su casa tocaba el piano. Era un hobby, así lo llamó.

–Pero cuando toco demasiado mi familia se esfuma, se pone tapones en los oídos y se esconde en el último rincón de la casa. ¿La tuya qué hace? – preguntó Christian a su compañero guitarrista.

–Pues la verdad es que nunca me ha dado por tocar en casa. No creo que mi familia tuviese nada en contra, pero prefiero tocar a solas. En mi caso no se trata de hacer música, sino de disfrutar de la soledad.

Knut casi se ahogó al oír la palabra «familia». Era el presagio de una desgracia que, más adelante, ya no podría disimular.

A Knut le apasionaba el canto de los pájaros y el sonido de la guitarra, pero había un estilo musical que a duras penas podía soportar: las campanadas dominicales de la iglesia. Nada más oír el primer tañido, agachaba la cabeza y la escondía entre los brazos para protegerse de aquel sonido. Después contenía la respiración y esperaba hasta que se extinguiese la última nota.

–Así que eres un infiel –dijo Christian echándose a reír, como una moneda recién caída en un suelo empedrado. Luego se puso serio–. ¡Estos osos! A lo que iba: antiguamente eran venerados por los germanos, al igual que los lobos, de modo que la Iglesia tuvo que combatirlos para lograr imponerse. Hoy las campanas siguen sonando para expulsar de nuestros corazones al oso interior.

–¿En serio? –preguntó Matthias en un tono más bien escéptico.

–He leído varias cosas al respecto –respondió Christian como de pasada. Su atención ya estaba puesta en otra cosa. Recogió sus cosas rápidamente y se marchó.

Matthias y Christian también trabajaban los domingos, solo que el reconocimiento obligatorio del segundo terminaba mucho antes que de costumbre. También Matthias acababa la jornada cerca del mediodía. Después era el nuevo, uno que olía ligeramente a mantequilla, quien se quedaba a cargo de Knut.

–Maurice, te toca, yo me marchó. Ya sabes que a última hora tienes que dar el biberón a Knut y luego acostarlo. Después puedes ir a casa o a donde quieras, pero a las dos como muy tarde debes estar de vuelta, justo a tiempo para la siguiente toma.

Matthias hablaba en un tono agradable y neutro mientras Maurice, el nuevo, lo miraba con embeleso, puede que hasta enamorado. Al parecer le gustaba el rostro de Matthias. Sin embargo, Maurice no prestó mucha atención a las palabras de su compañero, ya que nunca salía del cuarto, tampoco entre la última toma de la noche y la siguiente, que era a las dos de la madrugada. Cada vez que Knut se despertaba en mitad del sueño, Maurice estaba allí. A menudo lo encontraba acurrucado en un rincón de la sala, leyendo un libro. Cuando Knut no quería seguir durmiendo, Maurice lo sacaba de la caja y se ponían a jugar a las peleas. Con suavidad y delicadeza, Maurice le obligaba a tumbarse; luego le acariciaba la tripa y las orejas con tanta entrega, que a Knut se le calentaba todo el cuerpo.

–Estamos cansados. Se acabó la gimnasia. Voy a leerte algo. ¿Qué te apetece?

Maurice le dio a elegir entre Oscar Wilde, Jean Genet y Yukio Mishima. Era una lástima que Knut no supiera pronunciar los nombres de los escritores, pero eso no era relevante, pues con independencia del autor, la lectura de Maurice se convertía en una agradable nana, y Knut se adentraba en el país de los sueños.

Maurice comenzó a ir más a menudo; incluso un día que no era domingo se presentó para sustituir a Matthias y no se fue hasta la una y media de la madrugada. Cuando también Maurice se hubo marchado y no quedaba un solo *Homo sapiens* en la habitación, Knut oyó un ruido animal y festivo

procedente del exterior, como si todas las criaturas hubiesen esperado ese momento.

Maurice trabajaba regularmente, pero de vez en cuando aparecía otro desconocido, que también cuidaba de Knut. Su olor era similar al de Maurice. Knut no pudo averiguar cómo se llamaba.

Cuando el osezno prestaba oídos al ruido nocturno, su cuerpo notaba un estímulo punzante pero atractivo. Casi ninguna voz le daba miedo, pero todas le infundían cierto respeto. Al escuchar cada una de ellas distinguía una especie de arco muy tenso. Cada animal debía concentrarse al máximo en su vida y aprovechar todas sus capacidades y toda su inteligencia; de lo contrario, no tendría ninguna posibilidad de sobrevivir.

En una ocasión, Knut tuvo el placer de asistir a un ciclo de conferencias sobre la oscuridad, impartido por el Dr. Autillo. La forma de hablar del autillo era demasiado fría y abstracta, a pesar de lo cual Knut acabó impresionado por la sabiduría de quienes eran capaces de vivir en la oscuridad. El lamento nocturno de un mono ninguneado por sus congéneres enseñó a Knut la crueldad de los animales gregarios. A veces también oía las largas peroratas de la jefa de los ratones. Lo que la ratona quería decir podía resumirse en una sola frase, que más o menos sería esta: «Si tu atención disminuye, te atraparán y te comerán.» ¿Había algún animal capaz de devorar a Knut? El osezno aguzó el oído cuando dos gatos en celo se pelearon por una hembra. Ambos querían tener relaciones con la misma gata. Pero ¿por qué se peleaban por esa en concreto? Knut se preguntó si no daba igual con quién copulase uno. No entendía el mundo animal. El espinoso monólogo de los erizos le causó una impresión distante, y eso que los oradores no pretendían herir a Knut, sino solo exponer su forma de ver el mundo. El osezno siempre escuchaba atentamente, con independencia del contenido. Como por arte de magia, las sutiles diferencias entre las distintas voces, así como la combinación de esas diferencias, teñían cada noche de un color único que a Knut le parecía milagroso.

El osezno pronto supo distinguir las melodías que cada tarde salían de aquella guitarra. Entre ellas había una composición que imitaba el zumbido de una abeja. Siempre que la escuchaba le picaba la espalda. Había otra pieza en la que percibía dos tímpanos de hielo chocando entre sí y, después, oía ruidos relacionados con el agua, como gotas o salpicaduras. Matthias desveló a Christian que la pieza del zumbido se titulaba «El abejorro» y había sido

compuesta por Emilio Pujol; mientras que la melodía de los tímpanos era «La danza del molinero», de Manuel de Falla. Knut no tenía ni idea de cuál era ese baile, pero le entraron ganas de mover la cintura.

El osezno disfrutaba del concierto vespertino de guitarra, aunque prefería que no durase demasiado, ya que entonces comenzaba a aburrirse y lo único que deseaba era que Matthias volviera. No solo se trataba de la añoranza infantil de un compañero de juegos, sino de una ausencia taladrante. Ese dolor le permitía retener el orden de las piezas.

Para finalizar, Matthias siempre tocaba la misma melodía triste. Tras regresar con gesto satisfecho, guardaba la guitarra, cogía a Knut en brazos y frotaba la mejilla del osezno contra la suya.

–Eso que acabas de tocar sonaba bastante triste. ¿Qué era? –preguntó Christian una tarde en la que apareció por sorpresa.

Matthias no respondió y se limitó a esbozar una ligera sonrisa, como un delincuente que actúa por convicción. La tristeza de la música le devolvía las ganas de vivir. Esa melodía también ponía eufórico a Knut, pues era la señal de que el cuidador pronto volvería a su lado.

Knut aprendió que la ausencia era un periodo insoportable. Cuando no había nadie cerca, se abrazaba al peluche raído. No le gustaba que tuviese la cabeza rellena de algodón, pues, por más que lo arrinconase, el muñeco no reaccionaba. Matthias enseguida le habría devuelto el empujón o habría fingido que lo lanzaba por los aires. Hasta Christian, que nunca tenía verdaderas ganas de jugar, mostraba una mínima reacción: cuando Knut le apretaba la mano, él respondía con el mismo gesto. Cuando Knut le mordía, él gritaba, apretaba los labios y entrecerraba los ojos. En cambio, aquel peluche somnoliento jamás reaccionaba, era un auténtico aguafiestas. Y para Knut, el aburrimiento significaba desconcierto, tristeza y abandono. A ver, tú, sosaina, que siempre estás ahí tirado, con tu cuerpo de invertebrado, y por más que te pregunte nunca contestas..., ¿hay algo que te interese de verdad? Knut jamás obtenía una respuesta. Eres un cero a la izquierda, ¡maldito peluche!

¿Cuándo volverá Matthias? Esa incógnita le resultaba insoportable, aunque lo insoportable tal vez no fuese la pregunta en sí, sino el tiempo que invertía en esperar, pensó Knut. Una vez comenzaba a existir, el tiempo no se podía poner fin a sí mismo. Era difícil aguantar la lentitud con que la ventana recuperaba la claridad perdida al caer el ocaso. Cuando con el tiempo su

paciencia estaba a punto de llegar a su fin, Knut oía por fin unos pasos. Percibía cómo abrían la puerta de la habitación. Matthias se inclinaba sobre la caja, cogía a Knut en brazos, restregaba su nariz de humano contra el hocico del osezo y lo saludaba: «¡Buenos días, Knut!» En ese mismo instante, lo que Knut había percibido como «tiempo» desaparecía, pues a partir de ese momento ya no tenía tiempo para pensar en el tiempo. Estaba muy atareado olisqueándolo todo, comiendo y jugando a muchas cosas. El tiempo solo volvía a existir cuando Matthias abandonaba la habitación.

El tiempo no se podía comparar con un alimento: por más que uno lo mordisqueara con fruición, no disminuía. Cuando se enfrentaba al tiempo, Knut se sentía impotente. El tiempo era un bloque de hielo compuesto de soledad. Knut lo roía y lo arañaba, pero aquello permanecía inmutable. Christian se quejaba a menudo de falta de tiempo. Knut lo envidiaba por eso.

A Matthias le encantaba saludar a Knut frotando nariz con nariz, mientras que al osezo no le gustaba nada. Siempre lo pasaba mal por el cuidador, ya que a la nariz de los humanos le faltaba humedad. Si un animal tuviese la nariz tan seca como la de Matthias, lo más probable sería que estuviese enfermo. Había que hacer algo para evitarle una muerte prematura. Knut metió el hocico en la barba de Matthias, que olía a jamón y a huevo duro, eso le bastaba para tranquilizarse. La boca despedía el olor del dentífrico que el cuidador obtenía estrujando un tubo antes de cepillarse los dientes. A Knut no le gustaba ese olor: prefería otra pasta más natural, como las legañas de Matthias, y no perdía ocasión de lamerle los ojos. Entonces el cuidador exclamaba «¡Quita!» y apartaba el rostro, aunque su voz sonase alegre. Su cabello olía a jabón y a humo de cigarrillos.

Matthias prestó su cara durante un rato como terreno de expedición y, entrecerrando los ojos, observó al pequeño explorador.

—¿Sabes lo que me fascina? Cuando me dieron el puesto de cuidador de osos comencé a leer sobre expediciones al Polo Norte. Quería saber más sobre los osos. Un explorador contaba que una vez vio a un oso polar, lo miró a los ojos y casi se desmaya. Jamás pudo olvidar ese momento de terror que, según él, no obedecía a un peligro concreto, sino al vacío que encontró en los ojos del animal. No reflejaban nada. Un hombre que crea ver hostilidad en los ojos del lobo y apego en los del perro no descubrirá nada en los del oso polar y morirá del susto. No te reconoces en el espejo. Es como si el oso nos dijera que la humanidad no existe. Lo curioso es que yo deseaba encontrarme con

esa mirada tan desconcertante, pero tus ojos no son espejos vacíos. Tú sí que reflejas a los humanos. Espero que eso no te haga mortalmente infeliz.

Matthias frunció el ceño y clavó la mirada en los profundos ojos de Knut. El osezno, que prefería pelear antes que hacer de espejo, atacó a aquel tipo aburrido que durante un rato había pretendido ser filósofo.

Un día, al acabar el reconocimiento obligatorio, Christian dejó a Knut en el suelo, abrió la mano derecha y colocó la palma a la altura del hocico. Knut se abalanzó alegremente sobre ella; la mano lo detuvo y lo rechazó, pero él no se dejó intimidar. Tras unos cuantos meneos, Christian devolvió a Knut al punto de partida y le mostró de nuevo la palma derecha, como si fuese un muro. El osezno la miró fijamente y, en el preciso momento en que una voz interior le dijo «¡Ahora!», saltó.

–¡Justo lo que pensaba! –exclamó Christian emocionado.

–¿A qué te refieres? –preguntó Matthias algo perplejo.

–Knut se ha movido hacia la derecha poco antes de que yo decidiese mover la mano hacia la derecha. Eso significa que puede leer mis pensamientos justo antes de que yo mismo los perciba –respondió Christian con orgullo de padre.

–Eso es absurdo.

–De eso nada. Prueba tú y verás.

–A lo mejor luego.

–Es un descubrimiento extraordinario. He querido comprobarlo de primera mano porque lo he leído en una revista de ciencia. Knut debería entrenar un equipo de fútbol: puede detectar los movimientos del rival antes de que el propio adversario sea consciente de ellos. Su equipo ganaría todos los partidos.

–No tan deprisa. A Knut no le gusta el fútbol. No puedes convertirlo en el entrenador de tus sueños.

–¿Y tú cómo sabes que no le gusta?

–Porque cuando ponen lucha o boxeo en la televisión, siempre mira muy atento, pero no lo hace cuando hay fútbol.

–¿Y qué pasa cuando echan el culebrón, que es tu programa favorito?

–Eso sí que le gusta.

–Es influencia tuya, por algo eres su madre.

–Así que ahora no soy su padre, sino su madre.

–Claro, eres su madre masculina. En realidad, eres un hombre maternal.

Matthias se sentaba a veces frente a un televisor de color grisáceo que había llevado al trabajo. A falta de otro juego más interesante, Knut le hacía compañía. El fútbol le resultaba aburrido, ya que en la pantalla no podía distinguir más que unos puntos negros que pululaban como hormigas. Le gustaba más la lucha, y también esos melodramas en los que aparecían rostros femeninos en primer plano. Disfrutaba viendo caras tristes, aunque el sentimiento de compasión le fuese ajeno. Recientemente había visto una escena en la que un hombre le decía a una mujer que no iría a verla nunca más. El hombre dio un portazo y salió a una calle en la que había muchos coches aparcados. La mujer tenía el pelo largo. Ella se echó a llorar en una cocina donde había una bandeja de deliciosos plátanos. Al parecer, él la había engañado: tenía mujer e hijos en otra ciudad. Matthias se había olvidado de pestañear y miraba fijamente la pantalla. De repente, a Knut le entraron ganas de llorar. ¿Qué haría él si Matthias le dijese un día que no iba a volver? ¿Tendría mujer e hijos fuera del zoo?

La cantidad de alimento sólido con la que se mezclaba la leche iba en aumento, de modo que Matthias cada vez tardaba más en preparar la comida de Knut.

–Ahora no. ¿Por qué no vas a ver la tele y me esperas? –le dijo el cuidador.

Eso era imposible. Knut solo era capaz de percibir el espíritu combativo del boxeador o la tristeza de la mujer a través del cuerpo de Matthias. Sin él, aquel aparato era una caja muerta, un conjunto de pequeñas partículas de luz parpadeante. Aquella caja solo cobraba vida a través de un ser humano, aunque el plan de jugar a las peleas con Matthias fuese, sin duda, mucho más atractivo. Para Knut, cualquier ser vivo, hasta un ratón diminuto o una ardilla anónima, era más interesante que la caja tonta.

Con el paso de los días, Knut fue creciendo a lo alto y a lo ancho. Cuando se erguía sobre dos patas apoyado en la pared, alcanzaba a ver las ardillas que trepaban por el nogal. Los pájaros y las ardillas tenían un cuerpo casi ingrávido, se movían en vertical sin ningún esfuerzo. ¿Por qué Knut estaba tan gordo y era tan torpe? Alguna vez le gustaría escalar la pared y ver eso que llamaban «exterior».

Mientras Matthias preparaba la costosa comida del oso, a Knut le entraron ganas de trepar por las piernas del cocinero, a ser posible hasta olisquear su barba. Sin embargo, las piernas de aquel humano eran demasiado largas, y su

barba estaba allá en lo alto, como una ardilla posada en un árbol. Si el tiempo de cocinado se prolongaba, la espera vaciaba primero el estómago de Knut, luego el pecho y, por último, el cráneo.

–Ya queda poco. Ten paciencia. Solo voy a añadir unos cuantos ingredientes, todos muy saludables.

Matthias trituró sésamo, exprimió naranjas, coció la sémola y lo mezcló todo con el contenido de un bote; luego añadió aceite de nuez y removió con cuidado.

En una ocasión, a Matthias se le cayó el bote, que tenía un gato pintado. Knut empleó la lengua a modo de bayeta y limpió el suelo en un santiamén. Desde entonces, Knut opinaba que Matthias debería servirle el contenido del bote tal cual, sin tanto aderezo. No entendía por qué había que triturar, exprimir, cortar y añadir tantas dosis de salud.

Knut sabía que los habitantes del Polo Norte necesitaban sobre todo grasa, puesto que Christian se lo había explicado varias veces a los periodistas. Knut sin embargo vivía en Berlín, así que él no necesitaba una capa de grasa bajo la piel. A pesar del rumor de que era invierno, la ola de calor no terminaba de abandonar la ciudad, y Knut tampoco creía que eso fuese a suceder.

Pero no solo se trataba de acumular grasa: también se decía que la sangre fresca de un león marino era muy rica en vitaminas. Eso fue lo que contó Christian cuando le preguntaron por la dieta prevista para Knut.

–La carne de león marino sería lo ideal, pero eso obviamente es imposible, así que le damos carne de ternera. Además le añadimos verdura, fruta, cereales y frutos secos.

Un periodista joven y con gafas insistió:

–Se rumorea que a Knut le dan unas latas exquisitas, especiales para gatos, y que cada una cuesta cien dólares. Al parecer son de una marca muy popular entre los millonarios estadounidenses. ¿Es eso cierto?

Christian soltó una fría carcajada y contraatacó.

–Vaya, ¡qué interesante! ¿Tiene usted parientes millonarios en Estados Unidos? Es la primera vez que oigo una cosa así. Y, como suele ocurrir con los rumores, es muy imaginativo. Seguro que en Brandemburgo dicen que el plato favorito de Knut son los pepinillos típicos del bosque del Spree.

Matthias y Christian recibieron por correo un envío anónimo. Dentro de una caja, cuidadosamente envuelta, encontraron dos delantales estampados

con el motivo de un oso. Knut hubo de reconocer que, en un sentido amplio, efectivamente se trataba de osos, aunque aquellos ejemplares pertenecían a una especie muy extraña. Tenían todo el cuerpo negro, pero habían olvidado pintarles la zona del cuello. Nada más anudarse sendos delantales, el movimiento de cintura de ambos cuidadores se sincronizó. Ese día tuvo la impresión de que disfrutaban especialmente preparando a medias el plato principal de Knut. Ambos trituraron, rallaron y mezclaron los ingredientes a dúo. El oso se tapó la cabeza con sus pequeños brazos de peluche, dio un resoplido y esperó hasta que, por fin, la comida llegó a la mesa.

Knut deseaba llenarse la panza con una salchicha, de esas que Matthias solía comprar cuando le entraba un ataque de hambre. Knut suplicó al cuidador que le diese un mordisco, pero aquel *Homo sapiens* egoísta respondió sin titubear:

–De eso nada, esto es solo para el proletariado. El principito, esto, ni probarlo.

Una vez, Knut se aferró a las perneras del proletariado y, ayudándose de sus fuertes garras, trepó hasta el regazo del cuidador. Matthias sacudió la mano en todas direcciones para alejar el embutido del hocico del príncipe heredero, pero llegó un momento en que se rindió y agasajó a su majestad con la salchicha entera. Knut la mordió presuroso y se la zampó de un par de bocados.

Christian leyó el peso que marcaba la balanza.

–La hora de vuestro debut está próxima –dijo alzando ligeramente la voz. El rostro de Matthias se cubrió de oscuras sombras. Christian continuó, muy animado–. Cuando el televisor muestre a Knut correteando alegremente, los espectadores pensarán más en serio sobre el cambio climático. Los glaciares del Polo Norte no pueden seguir derritiéndose; si la situación no cambia, dentro de cincuenta años solo quedará un tercio de los osos polares que existen actualmente.

Christian se mostró perplejo al ver que, en lugar de reaccionar ante sus palabras, Matthias se dirigía a Knut.

–El día de tu debut tienes que colocarte encima de la manta. Yo tiraré de ella, como si fuese un trineo, y pisaré orgulloso el escenario. ¿Crees que serás capaz de saludar con la mano, en plan majestuoso, como si fueras el rey de Dinamarca?

Christian agarró la zarpa derecha de Knut y la levantó. El oso le dio un leve mordisco a modo de advertencia, pero Christian se echó a reír.

–Está claro que los guantes blancos del uniforme de gala ya los tienes, pero tus modales todavía son impropios de una casa real. Por ejemplo, no puedes morder la mano de un embajador.

Knut no sabía si eso del «debut» era un alimento nuevo o un juguete a estrenar, pero cuando finalmente se produjo, tuvo la certeza de que el momento anunciado por Christian había llegado. Ya por la mañana reinaba un ambiente de emoción y nerviosismo. Los seres humanos apestaban a embuste y a preocupación. Era una atmósfera confusa que a Knut le resultaba desconocida.

Matthias se presentó a la hora habitual y vestido como siempre, pero no respiraba acompasadamente. Christian llevaba puesto un traje blanco y llegó acompañado de una maquilladora que se llamaba Rosa. Al ver a Knut, Rosa exclamó, con voz dulce y gastada:

–Pero ¡qué pequeño es! ¡Si parece de peluche!

Molesto por ese comentario, Christian puso las cosas en su sitio.

–Knut de pequeño no tiene nada. Cuando nació, solo pesaba ochocientos gramos. Pasó cuarenta y cuatro días en la incubadora. Ahora ya está muy crecido, así que ni se le ocurra decir que es pequeño.

–Vaya, lo siento. ¡Qué oso tan grande y tan fuerte!

Rosa cambió de opinión al instante y, con ayuda de un algodón humedecido, limpió la saliva y las legañas que poblaban el rostro del oso. Knut no pudo olvidar tan fácilmente la comparación con el peluche, pero su antipatía hacia Rosa se esfumó, tras percatarse del agradable olor que desprendía el trasero de la maquilladora. Era una lástima que en las axilas se hubiese aplicado un producto químico con un aroma extrañamente ácido. Knut arrugó el hocico, estornudó y se escondió detrás de Matthias. Christian lo seguía todo el tiempo con la mirada, sonriéndole con ternura.

Rosa acercó el rostro a Knut para intentar animarlo.

–Lo que Alemania de verdad necesita es una estrella –susurró.

Knut se acordó de un programa de televisión en el que los seres humanos se dividían en dos grupos: al primero le tocaba cantar y el segundo hacía de jurado. Uno de los veredictos fue, por ejemplo, que el candidato en cuestión debía esforzarse más, mientras que otro participante era un completo desastre. Tras haber visto el programa con Matthias, Knut se alegró de no ser uno de

los concursantes. Ojalá su debut no fuera como en ese programa. Solo de pensarlo, se puso nervioso. Gracias a la presencia de Rosa, el aroma que desprendía Christian ese día era muy agradable, mientras que el olor a sobaquina que emanaba Matthias por culpa del miedo le resultaba muy molesto. Knut pensó que, tal vez, Christian quisiera aparearse con Rosa, aunque el día anterior había sostenido que, dado que pasaba tanto tiempo con osos polares, las mujeres delgadas le parecían unas enclenques y no le resultaban nada eróticas. Rosa era delgada, tanto que su muñeca se rompería si un mirlo la picoteara. ¿De verdad Christian estaba contento con aquel saco de huesos?

–Me han dicho que su oficina está junto a los flamencos. –Con esta frase rosácea y una voz almibarada, Rosa inició la conversación con Christian. Este respondió en un tono de agrado manifiesto.

–Está usted muy bien informada. Así es, los flamencos son mis vecinos. A lo mejor por eso trabajo sobre una sola pierna. ¿Le gustaría hacerme una visita?

Knut envidiaba la lengua de Christian, que se movía con elegancia y soltura. Para el oso, la lengua seguía siendo un instrumento extraño. La vez que intentó beber agua de un recipiente hondo, le dio un calambre en la lengua y casi se ahoga. Christian lo puso rápidamente cabeza abajo y le dio unos golpecitos en el lomo. Entonces volvió a respirar. Uno podía ser víctima de su propia lengua.

Rosa era como un gorrión, incapaz de cerrar el pico un solo instante.

–Yang cayó enferma y ahora está muerta. ¿No será porque solo les interesa Knut y por eso la dejaron abandonada?

La voz de la maquilladora era pegajosa. Las fosas nasales de Christian se abrieron.

–En absoluto. Es imposible que Yang tuviese mal de amores, y más absurdo todavía que esa fuera la causa de su fallecimiento. Y en cuanto a mis preferencias, puede estar segura de que solo me enamoro de ejemplares de *Homo sapiens*, nada de osas –sentenció Christian con falso orgullo, mientras guiñaba un ojo a la maquilladora.

¿Qué sentido tenía todo aquello? ¿Y se podía saber quién era Yang?

Matthias cogió a Knut en brazos.

–¿Has ensayado las canciones? –le preguntó en voz baja–. ¿Y cómo llevas el baile? Ha llegado la hora de tu debut.

Knut se asustó. ¿Canciones? ¿Baile? Él no había ensayado nada de eso. ¡Sería torpe! Cada vez que oía «La danza del molinero» le entraban ganas de mover la cintura, pero prefería irse a dormir antes que sacar partido de su talento. Cuando escuchaba los coloridos trinos procedentes del exterior, deseaba cantar como esos seres alados, pero nunca se atrevía, porque tenía miedo de que los pájaros se burlaran de él. Si permanecía en silencio, se sentía más seguro y más valioso. ¿Por qué iba a hacer el ridículo forzando la voz para llegar a los tonos más altos? Había sido tozudo, arrogante y vago; todo por miedo. Ahora se avergonzaba. Comprendió que, desde entonces hasta el día de su debut, solo había aprendido a zampar y a dormir a pierna suelta, y ahora le obligaban a pisar el escenario sin la más mínima preparación. «¡Si es que no vales para nada! Solo me das quebraderos de cabeza. Yo, a tu edad...» ¿Cuándo había ocurrido que alguien soltase a Knut semejante sermón en mitad de un sueño? En ese momento, el osezno había sido incapaz de atender a la filípica. Estaba fuera de sí. Se hallaba ante una reina de las nieves gigantesca. Era viejísima, tanto que aquello sobrepasaba la edad. Su cuerpo era diez veces mayor que el de Matthias. Tras ella se extendía un campo de nieve infinito. Aquel manto blanco lo cegaba, y Knut no pudo seguir el contenido del sermón. Cuando la anciana reina se disponía a marcharse, el osezno volvió en sí y preguntó aterrorizado:

–¿Cómo se llama? Quiero decir, ¿qué animal es usted?

La reina de las nieves se mostró perpleja ante aquellas preguntas.

–¡Si es que no tienes ni idea! Cero conocimientos, cero capacidades y cero arte. Ni siquiera sabes ir en bicicleta. Tu única ventaja es que eres monísimo. ¿Se puede saber por qué pierdes el tiempo viendo la tele? –La reina acabó enredada en un discurso aparentemente involuntario, pues lo que quería era marcharse.

Sus comentarios críticos hicieron mella en Knut, ya que ni Matthias ni Christian le habían reprochado nunca nada.

–Pero ¿por qué tengo que ir en bicicleta? ¿Y de qué arte me habla?

–Cuando hablo de arte me refiero a algo que anime a los espectadores –respondió la anciana con voz pausada.

–Pero a la gente le basta con verme para ponerse contenta. No necesito actuar.

–Me lo temía: eres un caso perdido. Me cuesta creer que seas de la familia. Es posible que ahora gustes porque eres un chico joven y sano, que además

ha tenido la suerte de ser muy mono. Yo en tu lugar me escondería en una cueva por pura vergüenza, no porque estuviese deseando hibernar. Tienes unos antepasados famosos, tu entorno te respeta y vives tan tranquilo. Si fueras un ser humano, no te costaría nada montar una empresa, y hasta podrías ser presidente del gobierno, pero en el mundo de los osos polares los valores son otros.

Al recordar ese sueño, Knut se puso todavía más nervioso. No podía negar la evidencia: aquel debut era su primera actuación como artista, pero él no dominaba ningún arte. Fue así como aprendió el significado del arrepentimiento. ¿Por qué Matthias nunca le había enseñado a cantar ni a bailar? Knut sospechó que el guitarrista había estado ensayando en solitario, no quería compartir el mérito de los aplausos. Y allí estaría Knut, al lado del guitarrista, lamiéndose los dedos sin la menor gracia. En realidad, no podía creer que Matthias fuese tan malvado, pero entonces, ¿por qué nunca le había enseñado nada?

Aunque estuviese sentado con la cabeza gacha y fuera evidente que no deseaba compañía, Rosa clavó la mirada en Matthias y se plantó delante de él.

—¿Qué hacemos con usted? En televisión todos los hombres se maquillan. Un toque de polvos, al menos. Hoy, de todos modos, van a grabar los exteriores, así que usted decide si quiere salir maquillado o sin maquillar.

Rosa blandió uno de sus botecitos de color carne, pero Matthias miró hacia otro lado y ni siquiera contestó.

—Y usted, ¿qué me dice? —preguntó a Christian con una voz seductora, completamente inoportuna.

Christian le ofreció la mejilla y respondió divertido.

—Si es usted tan amable... Creo que Knut también va a necesitar un retoque. El público espera que un oso polar sea blanco como la nieve, pero ya ve que el nuestro está más bien gris, por culpa del polvo que hay por aquí.

Mientras aplicaba el maquillaje sobre el cutis terso de Christian, Rosa repitió como un loro los comentarios que había oído:

—Dicen que habrá tanta prensa como en una de esas cumbres políticas.

Al verse amenazado por el sonido punzante de la palabra «cumbre», Knut se escondió detrás del armario y pegó el cuerpo a la pared. Christian se levantó y, alargando los brazos, sacó al oso del hueco que había entre el armario y la pared.

–Vaya, nuestra estrella se ha puesto perdida –dijo mientras le sacudía el polvo.

Varios periodistas comenzaron a agolparse a las puertas de la sala para fotografiar a Matthias antes de la actuación.

–Acordamos que ningún medio tendría acceso a esta habitación –protestó el cuidador mientras se tapaba el rostro con el codo para protegerse del ataque de los flashes.

Knut no tenía miedo de las cámaras, miraba tan tranquilo al fotógrafo que lo apuntaba con su objetivo. El reportero se quedó de piedra cuando aquellos arándanos negros, maduros y jugosos le devolvieron la mirada. Pasados unos momentos, el fotógrafo volvió en sí.

–¿Knut es consciente de que es una estrella? –preguntó.

La pregunta volvió a sacar a Christian de sus casillas.

–¡Eso es imposible!

–Pero ¿no ve con qué seguridad posa ante la cámara? –exclamó otro fotógrafo frunciendo los labios y dispuesto a llevarle la contraria.

–Lo que usted está haciendo es proyectar sus propias fantasías. Cree ver algo que no es real. Knut no está posando. En general, los osos polares no se interesan por los seres humanos.

–Pero a Knut sí que le interesa Matthias.

–Porque Matthias no es un ser humano cualquiera, es la madre de Knut.

–¿De verdad le importa quién sea su madre? Seguro que obedece a cualquiera que le dé un biberón.

–En absoluto.

Entonces Christian contó a los periodistas la historia de Susanna, una cuidadora de osos que había sido una visionaria.

Susanna trabajaba en un zoo del sur de Alemania. Un día tuvo que hacerse cargo de un oso polar recién nacido y logró sacarlo adelante. Jan, que así se llamaba el oseño, creció muy rápido. Poco después de que Jan rebasara los cincuenta kilos, Susanna resultó herida durante uno de sus juegos. El oso no lo había hecho aposta: todavía era un cachorro y había olvidado lo fina que era la piel de los humanos. Como experta cuidadora, Susanna no dio importancia a la lesión, pero ni el zoo ni la compañía de seguros le permitieron acercarse a Jan.

Susanna no logró superar el dolor de la despedida, dejó el trabajo y se casó con un hombre que la había idolatrado sin descanso desde que iban a la

escuela, aunque no fuese correspondido. Cuatro años más tarde dio a luz a una niña, y un día acudió al zoo con un carrito de bebé. Una distancia relativamente amplia bastó para que Susanna reconociese a Jan. No fue el cuerpo del oso –que había crecido muchísimo desde entonces–, sino la expresión de su rostro lo que resultó decisivo para que Susanna lo identificase al instante. Entonces se quedó quieta, era incapaz de moverse del sitio, pues el recuerdo del oso se hizo presente de un modo pavoroso: el peso de Jan, que no encontraba apoyo en sus brazos y seguía revolviéndose, estaba otra vez allí. Susanna también notó la fuerza inesperada del hocico, aferrado a la tetilla del biberón. Recordó el calor de aquel cuerpo, la expresión cambiante del rostro que había creído ver entre aquellos ojos luminosos y el hocico succionador.

En ese momento, una ráfaga de aire ensartó el olor de Susanna y lo llevó hasta Jan. Alertado por su nariz, el oso olisqueó a su alrededor y, a paso ligero, fue ascendiendo por la ladera hasta llegar al extremo del peñasco. Entonces alargó al máximo su órgano olfativo y, lleno de nostalgia, inhaló la brisa que soplaba. Como los osos son miopes, es muy probable que Jan no reconociese la figura de Susanna, pero ambos se reencontraron a través del olor. Así acabó la historia de Christian; Rosa se enjuagó las lágrimas.

El pasillo era un hervidero de voces, Rosa se esfumó y, en su lugar, apareció un hombre vestido de traje. Knut ya lo había visto alguna vez: se acordaba de que lo llamaban «director». Tras él había otro hombre, cuyo aspecto tenía algo de osuno. El director saludó a Christian y a Matthias dándoles mano y, tras echar un vistazo a su reloj, dijo:

–Según me han informado, la presentación pública de Knut tendrá lugar desde las diez y media hasta las dos. Luego habrá una rueda de prensa. ¿Es correcto? –El director paseó la mirada por la sala, que no era demasiado grande–. ¿Y dónde anda nuestro embajador, ese que puede frenar las graves consecuencias del cambio climático?

Matthias avanzó con desgana hasta el armario y, aproximándose a la rendija que había entre el mueble y la pared, exclamó:

–¡Knut, sal de ahí!

El oso no tenía ganas de salir, así que pegó el trasero a la pared.

–Está un poco nervioso. Será mejor que lo dejemos tranquilo –explicó Matthias en voz baja, casi ausente.

El suelo empezó a crujir a cada paso, hasta que el orondo director se

detuvo, dispuesto a explorar con sus propios ojos el mundo oculto tras el armario. Sus fosas nasales eran de un negro espeso; al verlas, el osezno se asustó. ¿De verdad hacía falta tener tanto pelo en la nariz para protegerse de la polución urbana? Sin reparar en que Knut no lo percibía como una persona, sino que solo se fijaba en los pelos de la nariz, el director fue todo un caballero.

–Estoy orgulloso de ti. Sobre tus hombros recae el futuro de nuestra institución.

El acompañante de aspecto osuno también echó un vistazo tras el armario. Arrugó el rostro y, sin poder disimular su admiración, hizo un comentario superficial.

–Knut es una auténtica monería. Casi tan rico como mi niño.

Christian metió los brazos por detrás del armario y, con la calma propia de un experto, sacó a Knut de su escondite. Después lo sostuvo ante los ojos de la visita y le fue dando la vuelta para que pudieran verlo desde todos los ángulos. Luego volvió a coger a Knut en brazos y, dando la espalda a los presentes, hizo un comentario técnico:

–Hay que limpiarle los oídos.

Entonces sacó un pañuelo azul del bolsillo e intentó limpiar las orejas de Knut. El osezno giró el tronco hacia Christian para darle una bofetada, pero el doctor fue más rápido y logró esquivarlo en el último segundo. A continuación comentó el ataque y lo hizo en un tono encantador, aunque Rosa ya no estuviese en la sala.

–No se me da mal esquivar bofetadas. Practico a menudo con mi mujer.

–Permítame hacer una foto del ministro y de Knut. Por favor, señor ministro, coja a Knut de la mano.

Christian tomó suavemente la zarpa de Knut y la acercó a aquel hombre de aspecto osuno, que la agarró con cuidado, mientras sonreía a la nación a través del objetivo. Los flashes no se acababan nunca.

–Listo. El equipo del *New York Times* ya ha llegado. Hay prensa de todo el mundo: Egipto, Sudáfrica, Colombia, Nueva Zelanda, Australia, Japón, etcétera. –La voz agitada de un joven se coló por la rendija de la puerta.

Los dos caballeros abandonaron la sala y, con ellos, también se fue la mitad de los periodistas. La otra mitad se quedó allí y siguió fotografiando a Knut con flash.

Entonces Matthias levantó los brazos y, sacudiendo la cabeza, exclamó:

–Lo siento, pero deben abandonar la sala. Si seguimos estresando a Knut, luego no querrá actuar. Tengan en cuenta que no conoce el recinto, hoy todo es nuevo y demasiado emocionante para él.

La voz de Matthias sonó temblorosa, su mirada tímida volvió a clavarse en el suelo. ¿Por qué hablaba siempre tan bajito cuando los demás gritaban? ¿Y qué era eso del recinto? El corazón de Knut comenzó a dar saltos de alegría ante la sola idea de salir, no importaba adónde.

Los últimos periodistas se despidieron deseándoles mucha suerte. Knut se percató de algunos gestos extraños: uno de ellos se apretó el pulgar, rodeándolo con cuatro dedos de la mano; otro fingió escupir en el hombro de un tercero.

Una vez hecho el silencio, Christian preguntó a Matthias si iban a estar sus hijos y su mujer. Matthias negó con la cabeza, o eso creyó ver Knut, cosa que le tranquilizó.

Cuando Christian le dio unos golpecitos en el hombro, Matthias reaccionó. Envolvió a Knut en la manta y lo cogió en brazos. En esa posición, Knut abandonó aquel entorno conocido, salió del edificio, respiró el olor de otros animales, entró en otro edificio extraño y accedió a otra sala donde, al parecer, debía esperar que llegase el momento de la actuación. Matthias trató de mirar por la ventana, pero la luz lo cegó. Knut alargó el cuello: el sentido de la vista apenas le permitió distinguir una gran explanada de piedra; todo lo demás estaba borroso. Knut oyó un guirigay e intuyó que, tras aquella explanada, había un gentío enorme.

Matthias dobló la manta en forma de trineo, metió a Knut dentro y avanzó tirando de él. El osezo estaba tan contento que olvidó la presencia del numeroso público. También olvidó que no dominaba ningún arte susceptible de ser representado en un escenario. Arrastraron el trineo hasta un lugar donde la explanada de piedra se elevaba ligeramente y permitía mirar hacia el horizonte. Un potente grito de júbilo emergió a lo lejos. Knut vio múltiples rostros de *Homo sapiens* puestos en fila, pero el oso miope era incapaz de distinguir cada una de las caras.

Con cuidado, Matthias hizo que Knut se tumbara, después levantó los suaves brazos del osezo y acarició su tripa desnuda. A Knut le entraron ganas de jugar y, tras liberarse de la atadura de Matthias, se dio la vuelta y levantó el trasero para ponerse de pie. Una y otra vez, saltaba con descaro hacia la mano del cuidador. En una de esas embestidas ocurrió que, por un

momento, sus garras se quedaron clavadas en la mano y aquella piel humana tan sensible comenzó a sangrar. Matthias, sin embargo, no hizo el más mínimo gesto de dolor y continuó jugando tranquilamente. Knut recordó por un instante la historia de Susanna y le entró miedo de perder a Matthias, pero nada más verse envuelto en la manta, y por tanto en la necesidad de liberarse, olvidó todos sus temores.

–¡Parece una salchicha metida en un cruasán! –gritó alguien que estaba entre el público.

Knut no quería ser una salchicha. Su adversario en ese momento no era Matthias, sino la manta. En los últimos tiempos, Knut había estudiado en detalle las estrategias de aquel trozo de tela. Tenía la victoria delante de su hocico: tanto si lo tomaban por una salchicha como por un salchichón, el triunfo estaba asegurado. El osezno dio una patada a la manta, mordió su carne lanosa y continuó luchando denodadamente. Cuando la manta estaba a punto de darse por vencida, Matthias la cogió y, una vez más, trató de envolver a Knut. Era evidente que el cuidador estaba de parte de aquel trapo; semejante traición impidió que Knut conquistase la victoria. Pasó un buen rato hasta que el osezno pudo liberarse y salió corriendo. Entonces tropezó y dio una voltereta, como si fuese una rueda. El público rió al unísono. Con aquel tropezón, Knut había logrado unir a las personas. En ese preciso instante, el osezno aprendió algo que un payaso experimentado tardaba toda una vida en comprender. ¿O tal vez se tratase de un conocimiento grabado en sus genes?

Al día siguiente, el director del zoológico apareció cargado con una pila de periódicos, como si trajese una ofrenda.

–Ayer vinieron más de quinientos periodistas en total. El ministro dijo estar gratamente sorprendido. ¿Quién nos iba a decir que despertaríamos tanto interés?

Christian no apareció, a lo mejor tenía el día libre. Matthias estaba sentado en una silla, encerrado en sí mismo. Apenas hablaba, parecía agotado. En cuanto el director se marchó, Matthias se envolvió en la manta y se tumbó en un rincón de la habitación, como si estuviese enfermo. Knut interpretó aquello como una declaración de guerra, puesto que la manta era suya. Emocionado, se abalanzó sobre su cuidador abriendo las fauces de par en par, fingió morderle los brazos y le arañó la tela de la camisa, pero Matthias no

reaccionó. Knut comenzó a preocuparse y metió el hocico entre las barbas para comprobar si su dueño aún respiraba. El moribundo abrió por fin la boca.

–¡No te asustes! No me voy a morir tan pronto.

Knut dedicaba dos horas diarias al servicio público. Su labor consistía en salir a jugar con Matthias. El muro de espectadores que se levantaba al otro lado del foso siempre se mostraba enfervorizado. De no haber existido separación entre Knut y ellos, el público se habría abalanzado sobre el osezno. En un primer momento Knut se compadeció de aquellas pobres personas, que, por estar retenidas al otro lado, no podían participar del juego. Sentía en sus propias carnes el ansia de las masas por tocar al osezno y, en el mejor de los casos, abrazarlo.

Pronto se percató de que era su propio movimiento lo que provocaba gritos de júbilo. Tras realizar varias pruebas, enseguida supo qué posturas entusiasmaban particularmente al público y cuáles no. El mero enardecimiento de los espectadores no le gustaba. Aquel griterío ensordecedor le daba dolor de oídos, por eso aprendió a manipular las emociones del público. Lo que hacía era ir encendiendo los ánimos, pero justo antes de llegar al clímax los dejaba caer, de modo que el griterío quedaba aplazado. Después comenzaba a reconstruir el clima de expectación desde el principio, poco a poco. El osezno pronto empezó a disfrutar de su divina omnipotencia. Controlaba el ritmo de las mareas que regían el ánimo del público.

Aunque el sol de mañana aún no había barrido por completo la oscuridad, Matthias apareció con una chaqueta nueva.

–Knut, a partir de hoy podemos pasear libremente por el zoo. Nos han dado permiso –anunció con voz jadeante.

Knut ignoraba qué tipo de juego era ese llamado «paseo» que tanta ilusión hacía a su cuidador. La puerta se abrió y las patas del oso siguieron a los talones de Matthias, que salieron dando zancadas. Aquel no era el recinto al que Knut estaba acostumbrado. El viento traía olores desconocidos, procedentes de todas direcciones, pero no se veía un alma.

Tras la tela metálica revoloteaban unos pájaros diminutos, vestidos con chaquetas de color yema. Knut conocía sus voces y también su olor, pero era

la primera vez que los veía. Varios gorriones sueltos aterrizaron a este lado de la tela metálica y se pusieron a picotear los granos esparcidos por el suelo. Después salieron volando. Aquellos gorriones eran libres, podían ir a donde quisieran. Por el contrario, la belleza alojada en la pajarera estaba cautiva.

–Aquí hay pájaros que vienen del continente africano. ¡Mira! ¿No son preciosos? En los países donde las flores rojas y amarillas permanecen todo el año, los colores llamativos sirven para camuflarse. Los habitantes de los países desarrollados visten de gris, lo cual no deja de ser otra forma de camuflaje –explicó Matthias.

Tras observar a aquellos pájaros con más detenimiento, Knut concluyó que el color de su cuerpo estaba fuera de lugar y se sintió avergonzado. Aunque Matthias tampoco fuese vestido de colorines, al menos iba de azul, verde y marrón. Lo único que llevaba de color blanco era la ropa interior. Knut, por el contrario, iba completamente de blanco. Las aves tropicales pensarían que iba en calzoncillos, solo por eso lo dejarían de lado. A Knut le habría gustado vestir un jersey marrón y unos vaqueros azules.

Aquellos pájaros descarados gorjeaban sin cesar. Parecían burlarse: «¡Mirad a ese osezno que sale a pasear en calzoncillos!» Tal vez solo fuesen imaginaciones suyas. Knut rodó por el suelo para pintarse los brazos y los hombros. Luego se tumbó boca arriba y restregó contra la tierra una zona de la espalda que le picaba, lo cual le sentó de maravilla.

–¡Pero qué haces! –exclamó Matthias mientras levantaba al osezno–. ¡Te has puesto perdido! Ni siquiera hemos llegado al hipopótamo y ya dominas la técnica del barro. ¿Cómo es posible?

De pronto, Knut descubrió una explanada de piedra que le resultaba familiar.

–Esa es tu zona de juegos.

Knut observó con asombro aquel lugar conocido, pues lo estaba contemplando desde otra perspectiva. El júbilo de los espectadores se activó en su memoria. Así que aquello era el otro lado, el reverso del escenario. Pero ¿qué significaba ser el reverso? Knut notó que sus neuronas empezaban a convulsionar. Lentamente, la masa cerebral giró sobre su propio eje y algo salió volando desde el centro. ¿Qué había sido eso? Knut miró al cielo, algo había cambiado. Si pudiera observarlo todo desde arriba, un cambio de perspectiva jamás habría causado semejante conmoción.

–Knut, ¿qué buscas? ¿La estrella polar? El sol pronto estará más alto,

entonces ya no habrá estrellas en el cielo, solo sol. Vamos.

El osezno siguió a Matthias a lo largo de una valla que pronto se terminó. En su lugar apareció un muro de separación, hecho de paja y de listones de madera. Por detrás habían puesto una tela metálica, a través de la cual Knut vio a unos perros blancos, sentados en círculo. Sus rostros delgados mostraban una plasticidad aristocrática, mientras que sus piernas, flacas y huesudas, parecían más bien raquílicas. Al igual que Knut, también ellos vestían completamente de blanco, debían de pertenecer a esa especie que iba siempre en ropa interior.

–Acércate, Knut, desde aquí los verás mejor; esa familia se apellida Lobo, viene de Canadá.

Knut corrió hasta donde se encontraba Matthias, que le hacía señas con la mano. Una pared de cristal separaba a los lobos de los visitantes. Uno de los animales, que parecía el líder de la manada, enseñó los colmillos nada más ver al oso. La piel que rodeaba su nariz se llenó de surcos. Entre gruñidos, el lobo se puso en pie y se acercó a Knut. La hembra que estaba tumbada a su lado lo siguió, y después se sumó el resto de la manada. Todos se colocaron en triángulo, como queriendo formar un solo animal gigante. Aunque a título individual no tuviesen precisamente la fuerza de un oso, ese método les permitía vencer a un titán. A Knut se le puso la piel de gallina solo de pensarlo y corrió a esconderse entre las perneras de Matthias.

–No te asustes. Tras este ventanal hay un foso muy profundo que no se ve desde aquí –dijo Matthias. Probablemente se hubiesen parado a la altura del foso, que Knut no alcanzaba a ver–. El lobo no es tu animal favorito, ¿verdad? Te entiendo. Los lobos siempre hacen piña. Todo el que no pertenezca a su clan se convierte automáticamente en un enemigo, al que matan por el mero hecho no ser parte de la manada. Y no es que tengan mala intención, sencillamente es un patrón de comportamiento que han asimilado. En cambio vosotros, los osos polares, sois unos grandes solitarios. Por eso no entendéis la mentalidad de los lobos.

Un poco más adelante, Knut descubrió un cercado vacío, donde había una terraza cubierta de losetas.

–Eso es territorio de la osa tibetana. Todavía está dormida. Quizá sea por el desfase horario. Es una osa asiática, lo mismo que ese de ahí: el oso malayo.

En África había unos pájaros que cantaban muy bien vestidos, en Asia los

osos dormían, y en Canadá los temibles lobos llevaban una apacible vida familiar: ese fue el modesto resumen que hizo Knut al término del paseo.

El osezo regresó a casa muerto de hambre y enterró el hocico en la comida, pero se puso a engullir a tanta velocidad que se atragantó. «Primero mastica y luego traga», fue el útil consejo que le dio Matthias, pero en aquel desayuno en forma de papilla no había nada que masticar. Los humanos insistían en alimentar a Knut a base de productos fácilmente digeribles, porque querían que creciera cuanto antes. No solo los polares, en realidad casi todos los osos eran relativamente pequeños al nacer. Christian defendía que era preferible que los recién nacidos pesasen poco, ya que la hembra pare durante la hibernación. Sin embargo, él seguía obsesionado con el tamaño de Knut, y aprovechaba cualquier ocasión para insistir en lo mucho que había engordado. Los periodistas, por su parte, solían acertar en su punto débil:

–La tasa de mortalidad infantil parece ser especialmente alta entre los osos polares, sobre todo si se separa a la cría de su madre. ¿Significa esto que Knut sigue teniendo muchas posibilidades de morir?

–No. Eso está descartado.

Al oír la respuesta serena de Christian, Knut respiró aliviado.

–¿Lo dice con independencia de la perspectiva que adoptemos? ¿No corre ningún tipo de peligro?

–No.

–¿Cero por ciento de posibilidades?

Algunos periodistas parecían desear la muerte de Knut, aunque no lo dijese.

–La probabilidad de que Knut fallezca no puede ser igual a cero. Tanto usted como yo nos podemos morir mañana mismo –respondió Christian, bastante molesto.

También el director respiró aliviado cuando le dijo:

–Es un milagro que Knut siga vivo.

El osezo se sintió como si le hubiesen dado una colleja. ¿De verdad era un milagro que siguiera vivo? Christian asintió ante las palabras del director, aunque solo a medias.

–Sin embargo, la cifra de osos polares criados en cautividad es sorprendentemente elevada. Lo he consultado: en los últimos veinticinco años, solo en Alemania ha habido setenta casos.

El director carraspeó antes de reaccionar.

–Pero no es muy inteligente por nuestra parte contar eso a los periodistas – advirtió–. Knut es especial. Aunque no se trate de un caso único, ha despertado muchísimo interés. Igual que Jesucristo. Hubo muchos hombres que resucitaron, pero solo Él se hizo famoso. Eso es lo que lo hace único. Knut ha nacido bajo el signo de una estrella muy especial. Eso le obliga a cargar sobre sus hombros el peso de nuestra esperanza. –El breve comentario del director acabó derivando en un discurso solemne.

A Matthias se le iluminaba el rostro cada vez que le permitían sacar a Knut para dar el «paseo previo a la apertura». Dicha apertura hacía referencia al portón principal, que ni él ni Christian ni el director ni Knut utilizaban. Ese portón estaba destinado a las personas que compraban entradas. Los gorriones, los cuervos, las ratas y los gatos nunca se fijaban en los horarios, ellos accedían al zoo cuando querían, sin necesidad de adquirir una entrada.

Los visitantes que iban a ver a Knut formaban una cola interminable. Una vez abrían las puertas, la cola discurría como si fuese un río hasta el recinto donde el osezno jugaba a diario. Matthias llamaba a ese juego el «espectáculo»; la palabra tenía cierta connotación irónica. Los periodistas, por su parte, decían que Knut salía «al patio».

–La salida al patio es como hacer trabajos forzados. Por la tarde, todos los obreros regresan a su celda. Me parece mejor hablar de espectáculo –dijo una vez Christian a Matthias.

Knut disfrutaba del espectáculo, pero enseguida se dio cuenta de que no aprendía nada nuevo, mientras que el paseo le resultaba muy instructivo. El zoo en su conjunto era un entorno de aprendizaje casi excesivo para él. Había cercados frente a los cuales pasaba de largo, sin apenas cruzar palabra con sus habitantes. Knut, por ejemplo, nunca había hablado con las jirafas ni con los elefantes. Sus figuras se desplazaban bamboleándose, como si fueran espejismos lejanos. Con el tigre que habitaba en un hermoso jardín verde era imposible hablar: el animal se movía mecánicamente de un extremo a otro, sin parar un solo instante. La foca lucía un brillo tan negro y atractivo que una vez Knut casi se abalanza sobre ella, pero Matthias lo impidió en el último momento. A partir de ese día, el cuidador no volvió a pasar por delante de la foca. También había otros animales que apenas se distinguían del *Homo sapiens*.

El paseo mañanero se convirtió en un punto indispensable de la agenda de

Knut. El director preguntó a Matthias y a Christian si cabría la posibilidad de que un periodista los acompañara durante el recorrido.

–Knut está muy presente en los medios, y eso sin duda os lo debo a vosotros. Es más, en internet he encontrado una página dedicada exclusivamente a él. Pero si no ofrecemos novedades, cada vez hablarán menos del osezno. Por eso he pensado que cada semana podríamos sacar algo nuevo: la próxima lo del paseo, después la clase de natación, y así sucesivamente.

Matthias tragó saliva mientras Christian daba un paso al frente.

–Es demasiado pronto –dijo el doctor–. Pidamos un poco de paciencia a los medios. Sería muy grave que, durante el paseo, Knut se asustara al ver una cámara y saltara dentro del foso del oso pardo. Además, ¿qué sucedería si los fans más apasionados se enterasen de que existe ese paseo y asaltarán el zoo a primera hora de la mañana? Desde la muerte de John Lennon sabemos que no hay nada más peligroso que un fan enloquecido.

El director se abanicó la nariz con la mano izquierda y se marchó.

Cada mañana, durante el paseo, conocía nuevas especies. Descubrí un ejemplar que estaba sentado tranquilamente en lo alto de una rama; llevaba una camisa ceñida que le daba un aspecto muy sexy.

–Venga, habla con el oso malayo.

Knut aceptó la sugerencia, pues aquel oso no parecía arrogante ni cruel.

–Creo que hoy volverá a calentar. Si a esta hora tenemos ya esta temperatura...

El oso malayo reaccionó con desenfado ante el comentario precavido de Knut:

–De calor nada. Hace frío.

–Eso es que no vas abrigado. Mira a Knut. Él lleva puesto un bonito jersey.

Al oír esto, el oso malayo sonrió y de pronto su rostro se llenó de innumerables arrugas.

–¿Te llamas Knut a ti mismo? ¡Un oso que habla en tercera persona! Hacía tiempo que no veía nada tan disparatado. Así que todavía eres un bebé...

Presa de un fugaz ataque de ira, Knut decidió que, a partir de ese momento, evitaría cualquier tipo de contacto con el oso malayo. Por supuesto que Knut era Knut. ¿Por qué Knut no iba a poder decir Knut? Sin embargo, el comentario del oso malayo ya no se le fue de la cabeza. Mientras escuchaba

atentamente una conversación entre Matthias y Christian, enseguida notó que Matthias no se llamaba Matthias a sí mismo. No utilizaba su propio nombre: era como si no tuviese nada que ver con él, lo dejaba para que lo usasen los demás. ¡Qué extraño fenómeno! Pero ¿cómo se llamaba Matthias a sí mismo? «Yo.» Todavía le pareció más extraño que también Christian se llamase a sí mismo «yo». ¿Y por qué no se confundían al usar todos la misma palabra?

La mañana siguiente, «yo» volví a pasar junto al cercado del oso malayo, pero no lo encontré. Estaría durmiendo en su cueva. Entonces vi a la osa tibetana, que ocupaba el vallado contiguo. Carraspeé ligeramente y luego me atreví a pronunciar la palabra «yo»:

–Yo me llamo Knut, por si no lo sabe.

La osa me miró fijamente y entrecerró los ojillos todavía más.

–Kawaii –murmuró.

Knut había oído esa palabra varias veces, pero siempre de labios de una niña delgada e inmadura.

–¿A qué idioma pertenece esa palabra?

–Al que se habla en Sasebo, la ciudad donde nació mi madre. En los últimos tiempos, esa palabra se ha extendido como una plaga. Aquí, en el zoo, la oirás a menudo de boca de los extranjeros.

–Lo sé. ¿Y qué significa exactamente?

–Pues que alguien es tan mono, tan tierno y tan adorable que me encantaría cogerlo en brazos y darle un mordisco.

Como no quería acabar formando parte de su menú, me marché sin despedirme. Matthias, que no había entendido aquella conversación, dirigió una pregunta hacia mi espalda:

–¿Qué te pasa? ¿A qué viene tanta prisa? ¿No crees que la osa tibetana necesita un buen baño? Pero antes debería meterte a ti en la lavadora. ¿Se puede saber por qué te rebozas en la arena? ¿Crees que necesitas camuflarte? Como el invierno en Berlín es gris, quieres ponerte a tono. Seguro que el invierno en el Polo Norte es precioso, blanco como la nieve.

Pero ¿qué significaba que la osa tibetana quisiera comerse algo que, en realidad, le parecía hermoso? ¿Sería una costumbre típica de Sasebo? A mí una comida nunca me había parecido *kawaii*. Siempre había considerado a Matthias un ser adorable, pero jamás se me ocurriría comérmelo. Traté de establecer una relación entre el afecto que podía despertar un ser humano y las ganas de comérselo, pero fue en vano.

Mi formación como paseante prosiguió con éxito, aunque también dejó profundas heridas. Todo el que hablase de sí mismo en tercera persona era considerado un bebé: ese comentario del oso malayo había herido mi orgullo. Y como yo sí que era adorable, me comerían. El oso malayo me había convertido en un gallina. Desde que utilizaba la palabra «yo», las palabras que me lanzaban los demás me dolían como si fuesen piedras. Tumbado en la cama, reventado y exhausto, pensé en lo hermoso que sería pasar más tiempo a solas con Matthias. Solo nosotros dos: eso debía de ser tan maravilloso como estar a solas, o mejor incluso, ya que entonces me podría desprender de esa nueva carga denominada «yo» y relajarme siendo Knut. Sin embargo, tras despertar de un sueño reparador, volví a sentir el punto de curiosidad necesario para seguir aprendiendo sobre el mundo exterior.

Un día, un fotógrafo nos acompañó durante el paseo. La verdad es que no me molestó. Christian insistió en que solo fuese uno, ya que un grupo más nutrido de periodistas podía suponer un peligro. El vídeo del paseo se emitió en el telediario esa misma tarde, así que pude verme en la pantalla.

—¿Cómo logras mostrarte tan natural cuando sabes que te están grabando en todo momento? —preguntó Christian a Matthias—. Una masa de espectadores nerviosos se sienta frente al televisor preocupada, o como mínimo expectante ante la posibilidad de que Knut sobreviva, y tú sales a pasear con él tan tranquilo, como si fuese un bastardo que acabaras de encontrar en la calle.

—Preferiría que Knut fuese un perro callejero, a ser posible una mezcla.

—No subestimes el poder de una estrella. Un famoso tiene mucha influencia sobre la sociedad, tal vez más que un político. Sueño con que llegue el día en que Knut, convertido en una Juana de Arco, enarbole la bandera en defensa del medio ambiente y encabece una gran manifestación.

El paseo se asemejaba a una carrera universitaria, mientras que el espectáculo no era más que un medio para ganarse el pan. Para facilitarme la tarea, intenté averiguar cuáles eran las condiciones necesarias y el motivo para que la alegría brotase en los seres humanos, pero también quise saber en qué momento se extinguía. Cuantas más vueltas le daba, más complicado me parecía. Si hacía algo adrede, el público se disgustaba. No podía planificar nada con antelación. Si me repetía en exceso, el público se aburría, pero cuando se sucedían varias ocurrencias nuevas e ingeniosas, enseguida les parecía demasiado. En esos casos, los espectadores dejaban de reír y se

refugiaban en sus pequeñas mentes. Yo escenificaba todas aquellas emociones como si fuesen las olas de un océano. Cuando oía crecer el entusiasmo, retiraba momentáneamente mi propuesta. Cuando la reacción del público era demasiado tibia, me volvía a acercar.

A la calle en la que vivían el oso pardo, la osa tibetana, el oso malayo y el oso perezoso, junto con sus familias, la bauticé calle de los Osos. Poco a poco logré entender por qué Matthias clasificaba a todos estos animales tan distintos dentro de un mismo grupo.

Casi todos pernoctaban en un dormitorio cuyo interior no se podía ver desde fuera; por las mañanas salían a una terraza construida con losetas de piedra, que, además, tenía piscina.

Los osos panda eran los únicos que vivían en otra calle, aunque perteneciesen a la misma familia. Ellos no ocupaban un cercado abierto, sino que estaban dentro de una enorme jaula. No tenían terraza, pero sí disponían de un jardín de bambú.

–Christian se preocupó mucho por Yang. Cuando ella murió, quedó destrozado. Estuvo llorando durante meses. Gracias a ti logró recuperarse – dijo Matthias.

Intenté imaginar qué se sentiría cuando pierdes a un protegido, caes en una profunda tristeza y después logras volver a caminar sobre dos, o sobre cuatro patas, gracias a la llegada de alguien nuevo al que cuidar. Mi flujo de pensamiento se vio interrumpido por un oso panda que, hasta ese momento, había estado mordisqueando unas hojas susurrantes. El oso me escrutó de arriba abajo e hizo un comentario seco.

–Eres una monada, pero ¡ándate con cuidado! Los animales con un aspecto tan adorable suelen extinguirse.

Asustado, le pregunté qué quería decir exactamente.

–Pues que eres monísimo, igual que yo. Y como estamos en peligro de extinción, debemos activar el instinto protector del *Homo sapiens*. Para eso, la naturaleza intenta deformar nuestros rostros de manera que se adapten todavía más al gusto de los humanos. Fíjate en las ratas. A ellas no les importa si agradan a los hombres o no. Su especie no corre ningún peligro de extinguirse.

Antes de cada paseo me ponía en tensión, pues ignoraba cuál sería el susto que acompañaría al próximo aprendizaje. Matthias, por el contrario, parecía muy tranquilo, tanto antes como durante el paseo: sobre sus recias

pantorrillas descansaban una espalda y unos hombros relajados. Ahora bien, cuanto más se aproximaba la hora del espectáculo, más se dispersaba el cuidador, y si me subía a su espalda antes de salir a escena, notaba sus omóplatos duros como piedras. A mí la actuación no me ponía nervioso, pues sabía que el éxito estaba asegurado. Matthias consideraba que, durante el espectáculo, no podíamos parar ni un segundo. Por eso no dejaba de proponerme cosas, pero yo notaba que, en realidad, él no tenía ningunas ganas de jugar. Lo de las peleas no me resultaba molesto, pues el calor que irradiaban sus manos era un reflejo de su persona, pero el juego con la pelota se convirtió en un problema, ya que no conseguía que todos los balones que me lanzaba me pareciesen interesantes. Es más, había uno que no quería ni rozar. Era del color de una moneda de oro y apestaba a botas de goma. Tenía escritas tres palabras: globalización, innovación y comunicación. Al ver que desconfiaba y que no hacía ni caso a esa pelota, Matthias se puso nervioso. Intuí que aquel juguete era el regalo de un importante patrocinador y, de hecho, salté con intención de abrazarlo, pero fui incapaz. Siempre ponía de mi parte, pero fingir atracción por una pelota me resultaba muy difícil. Lo que hice por tanto fue rechazarla con cierta gracia, de modo que la pelota voló por el aire y el público gritó alborozado.

Lo siguiente que me lanzó Matthias fue una pelota roja, más pequeña y discreta. Esta vez la abracé, me tumbé boca arriba y le di unos cuantos toquecitos con los pies. El público contuvo la respiración, pendiente de lo que fuese a suceder. El corazón de los espectadores comenzó a latir cada vez más rápido, la expectación fue creciendo con el paso de los segundos, pero yo no sabía cómo satisfacer los deseos del público, así que me quedé tumbado en el suelo, con el balón quieto sobre la tripa.

—¿Cuánto dura el descanso? ¡A ver si te animas y marcas un gol!

Aquel grito espontáneo hizo reír a todos los espectadores; tanto que el ruido me resultó ensordecedor.

Sabía que debía ofrecer algo nuevo para que el espectáculo pudiese continuar. Como no se me ocurría nada, seguí dando toques al balón que tenía sujeto en la tripa. Desvié la atención un solo segundo, pero la patada fue demasiado fuerte y, tras salir despedida, la pelota rodó ladera abajo y cayó en la piscina. Alborozado, el público rompió en una sonora carcajada. A veces era muy sencillo hacer feliz a un *Homo sapiens* adulto, ya que su naturaleza era muy infantil.

Ese día volví a aprender que lo más interesante es siempre lo inesperado. Ni siquiera yo contaba con que la pelota pudiera caerse al agua, lo cual estaba bien.

–¡Knut, por favor, métete en el agua y tráeme la pelota! –me suplicó una niña.

Yo me negué, ya que todavía no me habían dado clases de natación.

En otro de mis sueños volvió a aparecer la hermosa y vetusta reina, con su manto de piel blanca y radiante.

–No has estado nada mal. Debo reconocer que he menospreciado tus capacidades.

Aquel elogio me sorprendió. Hacía tiempo que no la veía, y entonces caí en la cuenta de que yo había crecido bastante. La reina continuó:

–Has averiguado cómo debe ser tu escenario sin que nadie te lo enseñe. No haces nada extraordinario, sino que intentas mostrar lo interesante que puede ser un juego de niños normal y corriente. A lo mejor es un nuevo arte del que yo no tenía ni idea.

–¿Quién eres? ¿Eres mi abuela?

–No solo soy tu abuela, sino también tu bisabuela y tu tatarabuela. Soy la superposición de numerosos antepasados. Si me miras de frente, solo ves una silueta, pero detrás de mí hay una cola infinita de ancestros. No soy una, soy muchos.

–¿También eres mi madre?

–No, yo solo represento a los muertos. Tu madre sigue viva. ¿Por qué no vas a visitarla?

Para Matthias, el final de cada espectáculo significaba el comienzo del relax. Al volver a la habitación, se hacía un café de filtro y hojeaba algún diario sensacionalista. Durante mucho tiempo pensé que el papel de periódico solo servía para ser estrujado, doblado y roto; que era lo que se decía un juguete. Pero cuando Matthias empezó a leerme un artículo cada mañana, la impresión de que aquello estaba allí para ser leído fue cobrando fuerza.

En el periódico venían historias insólitas, por ejemplo, la de un zoo que suministraba carne de canguro y de cocodrilo a restaurantes de lujo con el fin de sobrellevar la crisis financiera. Esa carne se ofrecía como una exquisitez y era consumida por clientes que buscaban algo especial. Un escalofrío recorrió

mi espalda al recordar las palabras de la osa tibetana: un animal podía ser tan mono que alguien deseara comérselo.

–Cuánto lo siento por ellos –dijo Matthias dando un suspiro.

Creí que se compadecía de los canguros fileteados a la sartén, pero no.

–No somos el único zoo con problemas de dinero –añadió.

Acabó siendo una costumbre que Matthias me leyera los artículos mientras yo escudriñaba la letra impresa. Lo primero que logré retener fue la letra O, que aparecía dos veces en la palabra «zoo». En un momento dado dejé de ser un analfabeto.

Todos los días llegaban cartas y paquetes. Matthias empezaba a abrir los sobres como loco, leía las cartas de los fans y luego se las daba de comer a una papelería grande y nueva. También recibíamos paquetes de distintas formas y tamaños.

–Knut, esto es un regalo que te manda un admirador, es chocolate. Ya sabes que te sienta mal, así que mejor lo dono a una oenegé, ¿de acuerdo?

Matthias nunca me dejaba probar el chocolate.

Un día, el cuidador llegó con una gran caja.

–¿A que no sabes lo que es?

Aquello parecía un cubo de chocolate gigante, pero lo que Matthias sacó de la caja fue algo que me recordó a nuestro televisor.

–Tienes que introducir tu nombre y hacer clic aquí. ¿Ves? Son fotos tuyas. Puedes verte a ti mismo por internet.

Matthias siguió tecleando y vi una cosa blanca sobre la explanada de piedra.

–¿Te reconoces? ¡Eres tú! ¡Mira qué preciosidad!

Matthias observaba embelesado al otro Knut, como si hubiese olvidado que a su lado estaba el auténtico. Si aquella imagen era Knut, entonces yo ya no lo era.

Christian entró en la habitación, traía un rastro de cansancio alrededor de los ojos.

–Vaya, esto sí que no me lo esperaba. ¿Has introducido la informática en el reino de los osos?

Matthias frunció el ceño.

–Los del departamento de comunicación me han dicho que intente responder a todas las cartas que mandan los fans. Ya no son como antes. No

les basta con idolatrar a Knut, ahora también quieren que se les responda. Algunos están dispuestos a asesinar a su ídolo si no les presta atención. Cada día nos llegan más de cien cartas. Es imposible responder a todas, pero hago lo que puedo. Aquí tienes un ejemplo –dijo Matthias, y leyó en voz alta alguna de las cartas que tenía delante.

Querido osito:

Me llamo Melissa y tengo tres años. Me acuerdo mucho de ti, sobre todo cuando me voy a la cama.

Estimado señor Knut:

Estoy decidido a comprar un vehículo eléctrico. Para mí es muy importante hacer algo para frenar el deshielo del Polo Norte.

Atentamente,

Frank

Querido Knut:

Esta semana he cumplido los setenta, pero me sigue gustando salir de excursión cuando nieva. Siempre llevo tu foto como talismán.

Un saludo,

Günther

Querido Knut:

Mi hobby es tricotar y me gustaría regalarte un jersey. ¿Me puedes decir cuál es tu talla? ¿Y tu color favorito?

Muchos saludos,

Maria

También había correos electrónicos en inglés; Matthias los fue traduciendo a medida que los leía.

Siento mucho escribir en inglés. ¿Por casualidad hablas mi idioma? A menudo me pregunto qué idioma hablan los habitantes del Polo Norte cuando están en casa. No será inglés, ¿verdad?

Love, John

Matthias se divertía mucho, pero yo no entendía qué tenían de gracioso esas cartas.

Muchos animales parecían no tener grandes dificultades para ignorar el

interés que despertaban en mí. Para los pájaros africanos, por ejemplo, un oso polar no era nada extraordinario, mientras que yo nunca me cansaba de observarlos a ellos. Me quedaba mirándolos hasta que Matthias perdía la paciencia. El caminar lento y embarrado de los hipopótamos y de los rinocerontes me resultaba igual de fascinante, pero ellos nunca giraban la cabeza para mirarme. Por el contrario, la osa tibetana y la osa parda, que se acicalaban especialmente para mí y me ponían ojitos, no me interesaban lo más mínimo. Gracias a Christian, ya en mis años mozos me habían puesto al corriente del peligro que entrañaba el sexo femenino. Cuando Christian departía con los periodistas en calidad de experto veterinario y máxima autoridad en la materia, yo me enteraba de todo.

–Existe un estudio sobre un oseño que no fue criado por su madre biológica, sino con biberón, por lo que nunca aprendió a comunicarse con sus congéneres. De joven intentó declararse a una osa, pero ella levantó la zarpa y el oso acabó herido.

–Pueden estar tranquilos. A Knut solo lo juntaremos con una hembra cuando esté lo bastante fuerte para defenderse de un ataque femenino – contestó Christian sin rodeos.

Eso quería decir que el biberón humano que me alimentaba tenía la culpa de que las mujeres me malinterpretasen, lo cual hasta me podría acarrear una grave lesión.

A la mañana siguiente, durante el paseo, la osa parda se me volvió a insinuar:

–Espera un momento. ¿Por qué te doy miedo?

Quise ignorarla, pero Matthias lo impidió.

–Los osos polares acabaréis extinguidos si seguís practicando el incesto – afirmó la osa.

Yo nunca estaba seguro de hasta qué punto Matthias comprendía las distintas lenguas osunas. Al menos sus pensamientos vibraban en la misma frecuencia que los nuestros. De lo contrario, no habría dicho en ese preciso momento que cada vez había más ejemplares mestizos, fruto del cruce entre los osos polares y los pardos.

–En el zoo no queremos promover ese tipo de apareamientos, pero sabemos que en la naturaleza esas cosas pasan, por la sencilla razón de que cada vez hay menos espacio para los osos polares, que se ven obligados a emigrar hacia el sur.

Yo pensé que nunca me marcharía a vivir al sur. La osa parda no cejaba en su empeño.

–Cada vez hay más matrimonios internacionales. Las razas puras se están extinguiendo. ¿Por qué no pruebas a tener relaciones con una osa parda? – preguntó alargando el hocico hacia nosotros.

La mirada de Matthias oscilaba entre la osa y yo.

–Knut, ¿tú te sientes emparentado con esta osa? Si lo deseas puedes casarte con ella; la osa malaya está mucho más alejada de tu especie.

Yo no quería casarme con nadie que perteneciese a la familia de los osos malayos; su cuerpo delgado no me resultaba nada atractivo. Cuando fuese adulto me casaría con Matthias y viviríamos juntos hasta que la muerte nos separase. Sin embargo, Matthias me ocultaba cuál era la distancia genética que separaba al *Homo sapiens* del oso polar. Frente al cercado de los osos malayos, me puse a comparar a Matthias con el oso malayo y conmigo mismo. Lo mirase por donde lo mirase, mi parecido con Matthias era mayor que el que yo guardaba con el oso malayo.

–¿Cómo está hoy nuestro osito, ese que habla en tercera persona? A ver si el problema ya no es la tercera persona, sino que forma parte de un triángulo amoroso.

El oso malayo sabía que, aunque fingiera tener prisa, yo lo observaba a escondidas. Sus palabras me provocaron.

–¿A quién te refieres con ese comentario tan inteligente?

Alrededor de su nariz se formaron varias arrugas burlonas y presuntuosas.

–A ti, a Matthias y a Christian.

–Los tres trabajamos en armonía.

–Pero tú no tienes ni idea de con quiénes se relacionan Matthias y Christian. Fuera del zoo, quiero decir.

Sus palabras fueron un duro golpe, pero el oso malayo no se percató de mi reacción.

–El mes que viene me caso con una mujer –añadió con los ojos vidriosos.

–¿Es de Malasia?

–No. ¿Cómo se te ocurre pensar eso? Es de Múnich.

Cuando me quedé a solas, empecé a darle vueltas al asunto. ¿A qué se dedicaba Matthias cuando no estaba en el zoo? La primera vez que pude abandonar mis cuatro paredes y pasear por el parque me había sentido enormemente liberado, pero más allá de cada mundo exterior había otro que

volvía a desasosegarme. ¿Qué había fuera del zoo? ¿Y cuándo alcanzaría de una vez por todas el más exterior de los mundos exteriores?

La lluvia nocturna había limpiado el ambiente. Respiré hondo y, como si fuese una respuesta a ese gesto, una lagartija salió de un arbusto. Se paró en seco, continuó reptando con las patas arqueadas y se detuvo una vez más. Después dibujó un semicírculo y volvió a desaparecer entre el arbusto.

–Eso que has visto era un descendiente de los saurios –me explicó Matthias–. Sus antepasados eran gigantescos, más grandes incluso que los actuales elefantes. Nosotros, los mamíferos, teníamos tanto miedo de los antepasados de los reptiles que ni siquiera nos atrevíamos a salir a plena luz del día.

Para mi sorpresa, enseguida me hice una idea del aspecto que tendría un saurio, aunque jamás hubiese visto nada igual. Y no solo eso: pocos días después, cuando me encontré con otra lagartija durante el paseo, mi retina la visualizó como si tuviese el tamaño de un elefante. El susto me hizo dar un bote. Matthias no se rió, solo me preguntó si me había asustado.

–El miedo es una prueba de que la imaginación existe. Una mente oxidada no conoce el miedo.

¿A qué se refería Matthias cuando hablaba de «mente oxidada»?

Los dos nos pusimos a observar a la lagartija, sin perderla de vista ni un instante, hasta que la punta del rabo fue engullida por un arbusto sin dejar rastro. Me sentí aliviado.

–Nosotros, los mamíferos, siempre tenemos un sinfín de preocupaciones –dijo Matthias resignado.

Un día, Christian se interesó por su familia.

–Está estupendamente, aunque a veces no entiendo a mis propios hijos. Será porque estoy agotado –explicó Matthias.

–Pero a los osos sí que los entiendes perfectamente, ¿me equivoco?

–No puedes comparar a los osos con tus hijos.

–Claro que no. Pero tú hablas de todo con Knut. ¿Haces lo mismo con tu mujer o a ella le ocultas alguna cosa?

–Pues no.

–Pero eres feliz con tu maravillosa mujer y con tus hijos, ¿no?

–Lo mismo que tú.

Fingí no entender nada de aquella conversación.

Bajando en línea recta por la calle de los osos había un puente que cruzaba un estanque. Una vez, mientras estábamos parados encima del puente vimos una pata que venía nadando, seguida de tres patitos. Noté que Matthias quería decirme algo.

–Un patito nace y ya sabe nadar. Eso significa que los patos nacen como tales y no pueden ser otra cosa. Pero tú, Knut, irás a clases de natación. Has chapoteado en el barreño a base de bien, pero nunca has nadado en una piscina como Dios manda.

Los patitos movían las patas sin cesar y avanzaban muy deprisa, como si temieran perder de vista a su madre.

–En la naturaleza, un oso recién nacido pasa dos inviernos en compañía de su madre. Son muchas cosas las que debe aprender para sobrevivir. En Rusia hubo un catedrático que se vistió con una piel de oso y se pasó dos años viviendo en plena naturaleza, junto a dos oseznos cuya madre había sido abatida por un cazador. Él se convirtió en la osa madre. Todavía hace demasiado frío para bañarse fuera, pero si quiero ser una auténtica madre para ti, tendré que echarle valor y enseñarte a nadar.

A la mañana siguiente, Matthias se puso un bañador y, tras situarse delante de mí, se tiró a la piscina pequeña. El espejo líquido se hizo añicos, incorporó a aquel ser humano y recobró la calma. A diferencia de los patos, que tenían la cabeza en el lugar correcto, Matthias hubo de esforzarse para mantener la suya fuera del agua. Debía mover sus delgados brazos todo el tiempo para no ahogarse. Su rostro mostró una sonrisa que pretendía ser tranquilizadora, pero yo sabía perfectamente que él no podía convertirse en un pato. Presa del pánico, empecé a recorrer tierra firme de arriba abajo. Matthias me hacía señales sacando y metiendo la mano en el agua, pero no tuve valor para tirarme. Pasó un buen rato hasta que, por fin, vi a Matthias salir del agua, sacudiendo la cabeza, y pude respirar tranquilo. No permaneció a mi lado mucho tiempo. Clavó la mirada en mí, mientras su cuerpo desaparecía en el agua, esta vez de espaldas. Algo raro le pasaba. Después de mucho pensarlo, me tiré. Para mi sorpresa, el agua enseguida me acogió con cariño, me abrazó y me sostuvo. ¡Qué agua tan maravillosa! Mi cuerpo ya la conocía.

Estuve retozando tan a gusto; de puro contento fingí que me ahogaba, aunque una de las veces sí que me hice daño: si no se respira correctamente, la masa de agua informe puede provocar un pinchazo en la mucosa de la nariz. Al final, los músculos de mis brazos parecían bandas deformes, pero

por más que Matthias me anunciara varias veces que los juegos acuáticos habían acabado, yo me negaba a salir de la piscina. De no ser porque me obligó a separarme del agua, me habría dormido en brazos de mi nueva amante. Ya en tierra, sacudí enérgicamente todo el cuerpo y mi pelo se secó en un santiamén.

–Nadar es un placer.

A la mañana siguiente, cuando vi al oso malayo, no pude estarme callado. Tras rascarse la tripa con sus finos dedos, el oso me dio la espalda antes de reaccionar.

–Nadar es una actividad completamente absurda. Yo no tengo tiempo para jueguecitos. Me espera un nuevo proyecto, algo muy importante: voy a escribir la gran historia de la península de Malasia desde la perspectiva del oso malayo.

Nunca habría pensado que aquel animal pudiera rascar no solo su propia tripa, sino también una hoja de papel. Lo había llamado «escribir» sin la menor vacilación. A la pregunta de si aquella península estaba muy lejos, el oso no dudó en responder, haciéndome partícipe de su desprecio mediante las arrugas que se formaron alrededor de su nariz.

–Pues claro que está lejos, aunque no sé a qué distancia tendría que estar para que tú la consideres lo bastante lejana para afirmar que está lejos. Nunca has estado en el Polo Norte, ¿verdad?

–¿Y yo qué tengo que ver con el Polo Norte?

–¡Anda! Mira qué bien utilizas ahora la primera persona. Si hasta echo de menos al osezno que hablaba en tercera... No hay cosa más aburrida que un oso polar civilizado. Que no, hombre, que no, que estoy de broma. No tienes por qué viajar al Ártico, pero ¿no te preocupa que el Polo Norte corra el riesgo de desaparecer? Yo tampoco he nacido en la península de Malasia, pero me inquieta el futuro de la región en la que vivieron mis antepasados. Por eso investigo sobre la historia de la península y reflexiono sobre una posible coexistencia de distintas culturas. Tú también deberías pensar un poco en el Polo Norte, en lugar de estar siempre paseando, nadando y jugando a la pelota.

–Pero si todos mis antepasados proceden de la RDA, no del Polo Norte.

–Ah, ¿sí? ¿También los que vivieron hace miles de años? ¡No tienes remedio!

A diferencia de aquel ejemplar malayo tan cruel, el oso perezoso fue mucho más amable cuando me dirigí a él por primera vez.

–Hace un tiempo perfecto para echar una cabezadita.

–La verdad es que sí, hace una temperatura muy agradable.

Esa fue nuestra primera conversación; pero la segunda vez que nos vimos, ese mismo oso me criticó duramente.

–Veo que solo te dedicas a deambular por el zoo y luego vendes tu arte al público. ¿Crees que tu vida tiene sentido?

–¿Y tú? ¿Se puede saber qué haces en todo del día? –repliqué.

–¿Yo? El vago –respondió tan tranquilo–. Es un trabajo muy digno. Requiere mucho valor. El público siempre espera que hagas algo interesante, pero ¿a que no te atreves a plantarte y a negarte a jugar por miedo a decepcionarlos? Tú sales a pasear todas las mañanas porque lo disfrutas. ¿Serías capaz de renunciar a ese placer o no tienes fuerza de voluntad?

El oso perezoso estaba en lo cierto: no me atrevía a decepcionar a mi público ni a Matthias. Era incapaz de hacer el vago.

Conversar con otros animales sobre nuestros respectivos estilos de vida me creaba inseguridad. Los lobos canadienses me dieron miedo desde el primer momento. Intentaba esquivarlos, pero un día tuve un despiste, me acerqué demasiado a su territorio y cuando quise darme cuenta ya era demasiado tarde. El jefe de la manada me vio enseguida.

–Eh, tú. Siempre andas por ahí solo. ¿No tienes familia? –me preguntó.

–No.

–¿Y tu madre?

–Mi madre es Matthias. Él siempre está ahí, acompañándome.

–Pero Matthias y tú no os parecéis en nada. Seguro que te secuestró cuando eras un bebé. Mira mi familia, es enorme. Todos sus miembros parecen cortados por un mismo patrón.

Matthias vino a recogerme y, como si hubiese oído la conversación, hizo el siguiente comentario:

–Los lobos tienen una figura estilizada, elegante, aristocrática. Pero yo prefiero a los osos. ¿Sabes por qué? Los lobos macho no paran de pelear entre ellos hasta decidir quién es el más fuerte. Después, el macho más dominante tiene descendencia con la hembra que él elija. El resto de la manada no se reproduce. A mí me parece terrible.

Matthias no entendía la lengua de los lobos y, afortunadamente, lo mismo

ocurría a la inversa.

Los lobos no me gustaban, así que decidí ignorar sus opiniones. Sin embargo, las palabras de su líder ya no se me fueron de la cabeza. ¿De verdad que Matthias y yo no nos parecíamos? ¿En serio que me habían secuestrado cuando era un bebé? Me pasé el día dando vueltas a ese pensamiento.

La prensa solía escribir sobre mí. Cuando Christian nos traía un artículo, Matthias me lo leía en voz alta y, ya por la tarde, yo volvía a analizar cada frase por mi cuenta. «La primera clase de natación de Knut.» Lo que hacían era quitarme un trozo de vida y encerrarlo en papel de periódico. Cuando nadaba, Knut debía permanecer dentro del yo que estaba nadando en ese momento, y no ser trasladado al papel de periódico un día después. Quizá debería haber evitado que tanta gente se enterase de que me llamaba Knut. Utilizaban mi nombre como les daba la gana con tal de divertirse.

Hubo un artículo en particular que se me quedó grabado durante mucho tiempo; pasaron incluso semanas, pero su recuerdo seguía allí. A partir de entonces, no hubo un solo día en que no leyera un artículo sobre mí. Y no lo hacía por curiosidad, sino más bien porque estaba preocupado. «Knut fue rechazado por su madre nada más nacer y ha sido criado por un ser humano. Ahora acaba de aprender a nadar, además de otras técnicas de supervivencia, también gracias a las personas.» ¿Qué significaba que mi madre me hubiese rechazado? Eso era nuevo para mí. Rebusqué entre el montón de artículos viejos, tratando de encontrar algún indicio. En algún sitio debía de haber un artículo clave que me explicara cómo había ido a parar a manos humanas. La búsqueda concluyó sin que hubiese averiguado un solo dato sobre mi madre biológica, pero, a cambio, perfeccioné el arte de la lectura. Entre todos los artículos había uno que decía lo siguiente: «Tras el nacimiento de Knut y de su hermano, la madre, de nombre Tosca, no mostró ningún interés por sus crías. Al cabo de unas horas y tras valorar la situación, los expertos consideraron que la vida de los recién nacidos corría peligro, así que decidieron separarlos de Tosca. Cuando tratan de arrebatarse a sus oseznos, la osa madre suele ponerse agresiva, aunque no quiera criarlos. Por ese motivo es necesaria una sedación previa. En el caso de Tosca, sin embargo, lo sorprendente fue que la osa no mostró ninguna reacción cuando fueron a quitarle a los recién nacidos. Los expertos creen que la osa perdió el instinto maternal debido al estrés sufrido en el circo. Es sabido que los animales

circenses que viven bajo un régimen socialista están sometidos a una fuerte presión.»

El día que más había temido en toda mi vida llegó sin previo aviso: Matthias resultó herido durante uno de nuestros juegos. Su fina piel se desgarró y, al instante, se tiñó de sangre. Matthias ni siquiera alzó la voz, pero aquello ocurrió en mitad del espectáculo, de modo que muchos espectadores se asustaron al ver la sangre y, llevados por la histeria, comenzaron a gritar. Lo que hicimos fue retirarnos a la habitación, donde Christian le curó la herida. Vendó a su compañero mientras yo intentaba lamer el bote de desinfectante. El bote se cayó y Christian me echó una bronca.

Después regresamos a la zona de juegos. Por primera vez sentí la hostilidad del público quemándome la piel y me eché a temblar.

–Querido público, la herida ha sido muy superficial, nada grave –gritó Matthias a voz en cuello, cosa nada habitual en él. El público aplaudió entusiasmado.

Acabamos el espectáculo, no sin esfuerzo. Al regresar, Christian nos miró pensativo y tomó la palabra.

–De seguir así, la semana que viene el peso de Knut habrá rebasado el límite máximo, cincuenta kilos. –Como Matthias no decía nada, Christian prosiguió–. Hace tiempo que nos dimos esa cifra como ultimátum. Hasta ayer creía que podríamos ampliarla a sesenta kilos, pero el público ha visto cómo sangrabas. Además, Knut enseguida pesará sesenta. Antes o después tendrás que separarte de él. A lo mejor ha llegado el momento.

Christian hablaba en un tono tranquilo, aunque al final su voz se quebró, y el veterinario se secó la humedad de los ojos con el dorso de la mano. Matthias puso la suya en el hombro de su compañero.

–Peor sería que la muerte nos separase, y ese no es el caso. No es la muerte, sino la vida lo que nos separa. Me alegro mucho de que hayamos llegado tan lejos. –Matthias se volvió hacia mí–. Y tú ya me mandarás un correo electrónico de vez en cuando, ¿no?

En ese preciso instante oí una voz terrible y me asusté, hasta que me di cuenta de que era Christian. Estaba llorando.

Ese mismo día me mudé a una celda. En el centro había un montón de paja a modo de cama; junto a ella, Matthias instaló nuestro viejo ordenador.

Después dio varios golpecitos en la cama para asegurarse de que todo estaba en orden. Por la reja de la puerta se veía la explanada de piedra donde tenía lugar nuestra actuación diaria. En la parte de atrás había una pequeña trampilla, a través de la cual me darían la comida. Matthias comprobó el estado de las puertas y dio unas instrucciones muy detalladas a varias personas que nos acompañaban en silencio. A continuación, él mismo se tumbó en mi futura cama, cerró los ojos y allí se quedó, como muerto. Al cabo de diez segundos se levantó de un brinco y se marchó sin mirarme.

A partir de ese día, Matthias nunca vino a verme. Por las mañanas y por las tardes me servían la comida a través de la trampilla. Por el olor pude constatar que el personal cambiaba a menudo, pero entre ellos no estaba Matthias ni tampoco Christian.

Cada mañana, cuando se abría la verja, salía al exterior del recinto y veía a lo lejos al público, que había disminuido considerablemente. Por las tardes, cuando me llegaba el olor a comida, me retiraba a mi celda. El ordenador seguía estando junto a la cama, pero ya no me acordaba de cómo se encendía. En un rincón estaba el peluche aburrido que me había acompañado desde mis tiempos de bebé. Parecía cansado de vivir.

Poco a poco fui perdiendo las ganas de entusiasmar a los visitantes con mis juegos. La única ventaja de estar fuera era que el sol, si es que salía, me despejaba la mente y me calentaba el lomo. Eso calmaba el dolor. Entonces escondía las cuatro extremidades bajo la tripa y me quedaba inmóvil.

—Knut parece triste. —La voz de una niña pequeña llegó hasta mi tímpano a lomos de un caballo de viento—. No tiene con quién jugar.

Los niños percibían mi estado de ánimo con solo mirarme, mientras que algunos adultos lanzaban un prejuicio tras otro, sin ningún tipo de reparo. Sus frases emanaban el cinismo de sus vísceras, solo mostraban cierta humanidad al hablar del *Homo sapiens*: «¡Mira qué garras tan terribles! Por eso hirió al cuidador.» «Knut ya es un adulto y puede ser peligroso. Es un animal salvaje, no un perrito.» «Ya no es tan mono como antes.»

Mi madre me había dejado en la estacada nada más nacer: esa fue la expresión que me vino a la cabeza cuando Matthias me abandonó. Mientras estuvimos juntos, nunca sentí la necesidad de desvelar el secreto de mi nacimiento.

Fue un *Homo sapiens* masculino quien me crió; no era habitual que eso

funcionara, había sido como un milagro. Tuvo que pasar un tiempo hasta que comprendí que aquel milagro era la historia de mi vida. Matthias había sido un auténtico mamífero, mucho mejor que sus congéneres, pues no solo me había dado la leche, sino también parte de su vida. Era el orgullo de todos los mamíferos.

Matthias no era siquiera un pariente lejano, ni mucho menos mi padre biológico. El lobo blanco ya constató en su día que Matthias y yo no nos parecíamos en nada. Éramos distintos de cabo a rabo. En cambio, el lobo estaba orgulloso de que los miembros de su familia pareciesen fotocopias. Yo, sin embargo, admiraba a Matthias por haber amamantado y criado a un ser que no se le parecía en nada. El lobo solo se ocupaba de aumentar su propia familia. Matthias, por el contrario, era capaz de mirar a lo lejos, hasta llegar al Polo Norte.

Matthias siempre estaba a mi lado y se pasaba el día pendiente de mí, aunque en casa le esperasen una mujer encantadora y unos niños adorables a los que había transmitido sus genes. Y no lo hacía porque yo fuese una monada. En aquella época, miles de millones de ojos me observaban preocupados. Si me hubiese muerto, los gases expulsados habrían formado una capa enorme, dura como el acero, que habría cubierto la ciudad como si fuese la tapa de una cazuela. La temperatura habría subido drásticamente por el vapor acumulado y, al momento, todos los habitantes de la ciudad habrían quedado en su punto. Todos los glaciares del Polo Norte se habrían derretido, los osos polares se habrían ahogado y los verdes prados habrían desaparecido por la subida del nivel del mar. Pero como Matthias, el taumaturgo, había logrado que la leche manara de sus yemas para amamantar a aquel bebé milagroso, el Polo Norte –y con él, el mundo entero– estaba fuera de peligro. El osezno se había salvado, pero, a cambio, estaba obligado a proteger al Polo Norte de otras amenazas. Para saber cómo hacerlo tendría que repasar todos los escritos filosóficos y sagrados que los hombres habían producido sin descanso en el pasado. Tendría que nadar, atravesar el mar helado y lleno de glaciares hasta encontrar una respuesta. Cargaba sobre sus hombros el peso aplastante de una expectativa inmensa.

Aquello parecía una epopeya, pero yo era tan solo una criatura impotente. Allí estaba yo, desvalido, como un conejillo pelado. Me vi en la televisión nada más nacer: aún tenía los ojos cerrados; las orejas, incapaces de oír, colgaban flácidas, y las cuatro extremidades estaban tan débiles que no

podían siquiera levantar la tripa del suelo. ¿Por qué había venido al mundo? ¿No habría sido mejor que se quedara en el seno materno? Seguro que los espectadores se habían hecho esas preguntas. Si hubiera podido, habría negado que aquel fuese yo.

Pasó mucho tiempo hasta que pude formular claramente la pregunta de por qué Tosca no me había amamantado. Seguro que mi madre había tenido sus motivos, que para mí eran incomprensibles. Los niños, por lo general, no entienden lo que pasa por la cabeza de sus padres. No tiene sentido elucubrar sobre ello. Ese es uno de los principios básicos de la naturaleza. Lo que yo me preguntaba, más bien, era por qué el mamífero había sido creado de forma que no pudiese sobrevivir sin la leche materna. Un pajarillo recién nacido, por ejemplo, puede sobrevivir sin su madre, siempre y cuando su padre le proporcione deliciosos gusanos. Las crías de los mamíferos, sin embargo, deben ser amamantadas con leche materna, como su propio nombre indica. No se pueden tomar otra cosa. Tal vez sea ese uno de los motivos por los que siempre estamos rememorando nuestro pasado lácteo y no podemos ser libres, como los pájaros.

Otra cosa que tampoco entendía era por qué solo la hembra producía leche. Si mi padre, Lars, también me hubiese podido amamantar, mi vida habría sido distinta. De este modo, Tosca debía asumir toda la responsabilidad.

El circo protesta contra cualquier injusticia de la naturaleza. El mago logra que las palomas nazcan de su chistera. El acróbata salta de una rama a otra, aunque no haya nacido simio. El domador obliga a las fieras temerosas a atravesar un aro en llamas. Y Matthias hizo que saliera leche de sus dedos. Una vez vi por la tele la actuación de un circo de Asia Oriental. De los dedos de unas mujeres disfrazadas de faisán salía agua, como si fuera una fuente. ¡Un número maravilloso! El mérito de Matthias era cuando menos el mismo. Aunque enseguida descubrí el truco del biberón, aquello no mermó el asombro ni el respeto que sentía por mi cuidador. Sin truco no hay magia. Además, Matthias no solo me proporcionaba leche, también me cuidaba sin descanso, se preguntaba si tendría frío o calor, o si me haría daño en la cabeza con el canto afilado del algún objeto. Ya no volvió a su casa; durante un tiempo durmió conmigo y me atendió las veinticuatro horas del día. En el periodo de destete invirtió mucho tiempo preparándome el alimento de transición.

Matthias me hacía sentir que jamás me abandonarían. Me lavaba en el

barreño y me secaba con una toalla. Después de todo el tiempo empleado en cocinar, esperaba pacientemente hasta que terminase de comer. Nunca me metía prisa. Recogía los restos de comida esparcidos a mi alrededor y limpiaba el suelo. También se sentaba a mi lado mientras veía la tele, y siempre me explicaba alguna cosa sobre las personas que salían en los programas. Se tiró al agua fría para enseñarme a nadar. Y todos los días me leía en voz alta un artículo de periódico, hasta que llegó el día en que desapareció sin despedirse.

Los periódicos siguieron llegando a mi celda, seguramente por encargo de Matthias. Casi siempre era uno de los diarios gratuitos que había en Berlín, con muchas fotos y poco texto. La mayoría de los artículos eran incomprensibles, otros te partían el corazón, aunque no encontré ninguno que me gustara. Sin embargo, una vez metido el hocico en la lectura, era incapaz de dejarlo.

Aquella noticia también me llegó en forma de artículo: Matthias ha muerto. Falleció de un infarto. En un primer momento no entendí lo que aquello significaba. Leí el artículo varias veces. De pronto me vino una idea que me golpeó como una pedrada: nunca lo volveré a ver. Aunque hubiera seguido vivo, cabía la posibilidad de que no me permitieran verlo nunca más, pero yo siempre había pensado que, con un poco de suerte, quizá volvería a verlo. Ese «quizá» es lo que los seres humanos llaman esperanza. Mi «quizá» estaba muerto.

A Matthias le habían detectado un cáncer de riñón, pero después sufrió un infarto. Murió en el acto, aunque era su primer ataque al corazón. ¿Por qué nunca me visitó antes de recibir ese ataque mortal? Podría haber camuflado algo de saliva en mi comida, a modo de señal. Eso habría significado mucho para mí. También podría haberse escondido entre la masa de visitantes y haber gritado mi nombre. Yo lo habría oído.

El periódico traía un batiburrillo de cosas. Entre ellas no había nada que fuese comestible, pero, a falta de una mejor fuente de información, todos los días mordisqueaba hasta la última hoja.

Un día leí que me culpaban de la muerte de Matthias. Yo era una especie de monstruo: el demonio se había llevado al niño de verdad y lo había sustituido por mí. Algunas personas habían intentado abrirle los ojos a Matthias, pero él no había querido regresar con su hijo verdadero, sino que

había permanecido junto a Knut, al que consideraba su auténtico vástago. Según esta versión, Matthias estaba poseído por el demonio.

Yo no conocía ningún animal con ese nombre, al menos esa especie no estaba representada en el zoo. En otro artículo, un periodista afirmaba que yo había chupado la energía vital de mi cuidador. Se referiría a la leche que me tomaba a diario.

Al parecer, el entierro de Matthias tuvo lugar en la más estricta intimidad. Yo no fui invitado. Ignoro qué es lo que hacen las personas exactamente durante una ceremonia fúnebre. Tal vez así los más allegados vuelven a sentir la cercanía del difunto. Nadie había estado más próximo a Matthias que yo, pero a mí no me invitaron, y la razón de que no lo hicieran siempre ha sido un misterio.

Leí una entrevista en la que Christian decía que «Matthias sufría mucho estrés». Otra vez el estrés. El estrés había tenido la culpa de que mi madre me abandonara y de que Matthias perdiese la vida, pero no existía ningún animal llamado estrés; al menos, no en nuestro zoo. Debía de ser un animal fantástico inventado por los hombres, como si no hubiese bastantes animales de verdad. Quise hablar de ello con el oso malayo, pero desde que me habían separado de Matthias ya no me dejaban pasear por el zoo y no podía hablar con nadie.

Como me mantenían aislado del resto de los animales, comencé a prestar más atención a los ruidos que producían las plantas. El murmullo del follaje, por ejemplo, me tranquilizaba, aunque no supiera interpretar el lenguaje de los árboles.

Fuera, en la zona de juegos, siempre soplaba un aire caliente, incluso a la sombra. Mi temperatura corporal aumentaba con el menor movimiento y, al instante, sentía que estaba a punto de reventar. Por lo tanto, no me quedaba más remedio que nadar unos largos. Cuando me metía en el agua, los espectadores estallaban en gritos de júbilo y me apuntaban con sus cámaras de fotos. Yo seguía sin saber el motivo. Una vez en el agua, pronto empezaba a aburrirme. Me parecía que al público tampoco le emocionaba observar mis momentos de tedio. En los últimos tiempos, el número de visitantes había descendido de manera drástica.

Una mañana lluviosa, mi falta de popularidad fue tal que solo había una persona observándome tras la verja. Me clavó la mirada sin desviarla un momento, ni siquiera mientras abría torpemente un paraguas negro. Una

suave brisa me trajo su olor: era alguien conocido. ¿Quién era ese hombre? Alargué la nariz todo lo que pude, olisqueé inquieto a mi alrededor e inspiré profundamente. Era Maurice, el sustituto del turno de noche. Hubo una época en la que me leía fragmentos escogidos de su colección de libros. Meneé el hocico y él levantó la mano para devolverme el saludo.

Tras la muerte de Matthias se sucedieron varios acontecimientos desagradables. Habría preferido envolverme con el manto negro del duelo e incubar a solas mi dolor hasta hacerlo desaparecer, pero no fue posible. En su lugar, hube de luchar con uñas y dientes contra los males mundanos. Uno de los mayores problemas afectaba a la herencia, y eso que yo ni siquiera consideraba que tuviese algún derecho sobre los bienes de Matthias. ¿Cómo iba a tener derecho sobre el dinero de nadie, cuando ni siquiera recibía la parte proporcional de los beneficios que generaba al zoo? El conflicto no tuvo lugar entre el zoo y yo, sino entre dos zoológicos. Ambos litigaron por mi patrimonio, aunque a mí ni siquiera me llamaron a declarar como testigo. Solo pude seguir el proceso a través de la prensa, mientras mi ánimo iba decayendo con el paso de los días. El zoo de Neumünster, al que pertenecía mi padre, Lars, demandó al zoo de Berlín por haberse lucrado a mi costa. El zoo de Neumünster reclamaba al de Berlín unos beneficios de setecientos mil euros. Cuando vi una viñeta en la que yo salía dibujado y mi cuerpo era el símbolo del euro, perdí el apetito. En otro artículo hablaban del chocolate envenenado que me habían enviado como obsequio.

El dueño del padre lo era también del hijo y, con él, de su patrimonio. Uno de los periódicos mencionaba una ley que, al parecer, establecía dicha relación de propiedad. Otra periodista argumentaba en otro rotativo que nuestra sociedad moderna no podía aceptar una ley tan retrógrada. Sea como fuere, el zoo de Neumünster insistía en que yo y mi patrimonio éramos de su propiedad. El zoológico de Berlín acabó cediendo y ofreció al de Neumünster una compensación de trescientos cincuenta mil euros, ni un céntimo más. Al menos ese fue el estado de cosas que logré deducir a través de lo recogido en la prensa.

Jamás había pensado que se pudiera hacer negocio conmigo. Y no solo me refiero al aumento en la venta de entradas, sino también a los grandes beneficios obtenidos gracias a los «productos marca Knut». Se comercializaron miles de peluches con mi cara, como si fuesen chivos

expiatorios. Había un Knut diminuto, hecho de un material rígido, otro Knut mediano, un Knut de peluche y otro de un tamaño descomunal. Al parecer, cada vez que los estantes donde estaban los muñecos se quedaban vacíos, llegaba un camión por la puerta trasera para reponer otra pila de Knuts. Todos esos clones se llamaban Knut. Imaginé el montón de Knuts y me entraron ganas de gritar: «¡Eh, que yo soy el original, el Knut auténtico!» Pero nadie me escuchaba. Knut se podía comprar no solo como peluche, sino también en forma de llavero, taza, camiseta, sudadera, jersey y DVD. Por la televisión me enteré de que también habían grabado un CD con canciones de Knut. Además, había un juego de cartas en el que la cabeza del rey había sido sustituida por la mía; o también una tetera con una reproducción de mi cuerpo en forma de asa. Cuadernos, lápices, bolsas, mochilas, fundas de plástico para móviles, monederos: mi cara estaba en todas partes.

La prensa sensacionalista informaba regularmente sobre personas cuyo patrimonio no dejaba de crecer, gente que se construía mansiones de lujo, acudía a fiestas ataviada con sus mejores galas negras, rojas y doradas, y se hacía fotos con unos botones de piedras preciosas puestos en las orejas. A mí el dinero no me interesaba, pero hubo un artículo que me abrió los ojos: un hombre había sido detenido por un presunto delito de corrupción. Tras depositar una fianza de cien mil euros había quedado en libertad provisional. Recordé vagamente lo que Matthias me explicó en su día: uno podía comprar su libertad, al menos durante un tiempo. Entonces, ¿yo también podía abandonar mi celda y ser libre a cambio de dinero?

A primera hora de la mañana, el ambiente de la zona de juegos todavía era fresco, pero cuando el sol alcanzaba su cénit, hacía un calor horroroso que aumentaba con el paso de los minutos, decidido a torturarme. Mis cavilaciones sobre los productos marca Knut y sobre los procesos judiciales en los que me había visto envuelto fueron calentando mi órgano pensante hasta que comenzó a doler. Entonces me tapé la cabeza con los brazos y traté de respirar con calma; al otro lado de la valla oí a alguien decir: «¡Parece mentira lo dura que está siendo la crisis! ¡Hasta Knut tiene dolor de cabeza!»

Un día, la carta que representaba mi estado de ánimo por fin se puso boca arriba, dejando a la vista un número mágico. Durante el desayuno, noté el aroma de alguien conocido: era Maurice. En la bandeja que me habían traído encontré una carta; lleno de impaciencia, abrí el sobre y leí que un alcalde me

invitaba a una recepción privada. Maurice vendría a recogerme la tarde siguiente. El zoo me permitía aquella salida con carácter excepcional, pues la invitación procedía de una persona importante, si bien se trataba de un acto privado y, como tal, el asunto se debía manejar con discreción. La recepción tendría lugar en la suite de un hotel de lujo ubicado a orillas de uno de los lagos de Berlín. Desde una enorme terraza situada en la séptima planta había unas vistas espléndidas. Una limusina pasaría a recogernos, primero a Maurice y luego a mí, para llevarnos directamente a la recepción.

Maurice y yo nos bajamos de la limusina. No supe si se debía al sol, que empezaba a ocultarse, o a aquel lago enmarcado en verde que tenía ante mí, pero lo cierto era que, después de mucho tiempo, volví a respirar aire puro, un aire que me refrescó y me llenó de gozo. A la entrada del hotel había dos porteros, vestidos con uniforme verde abeto. Llevaban el torso envuelto en unas correas de cuero, me pareció un adorno divertido. Estuve a punto de sonreírles, pero ellos nos observaban con una mirada férrea y de pocos amigos. De no ser así, les habría preguntado si eran actores o policías de verdad.

Maurice me agarró de la zarpa derecha y juntos atravesamos un vestíbulo desierto. Del techo colgaba una monstruosa araña, que iluminaba la estancia dándole un tono amarillento.

Gracias a la televisión, ya conocía ese artefacto llamado ascensor, pero esa fue la primera vez que viajé en él. Cuando las puertas metálicas volvieron a abrirse ante mí, me encontré en otro mundo, sin saber si aquello era real o una proyección.

La sala estaba repleta de invitados que departían entre sí. Sus voces comenzaron a zumbar alrededor de mi cerebro, como un enjambre de abejas. Un aroma dulce a carne asada inundó la estancia. El gentío me impedía ver más allá. Solo había espaldas, tripas y traseros, todos enfundados en camisas y pantalones. Maurice me arrastró entre la muchedumbre hasta un lugar desconocido. De pronto nos topamos con un hombre. Tenía el rostro encendido y llevaba un traje frío y elegante. Traté de averiguar por qué resultaba tan interesante; él me taladró con su sonrisa y me besó en la mejilla. Los invitados que nos rodeaban comenzaron a aplaudir, al parecer me observaban. Maurice felicitó a aquel hombre por su cumpleaños y le entregó una caja, sobre la cual ondeaba un enorme lazo. En el envoltorio se veía una

foto: ¡era yo! El hombre nos dio las gracias y otro beso fugaz en la mejilla; sin abrirlo, confió el regalo a un joven que lo flanqueaba muy solícito. Después me dieron una copa, no del todo llena, con un líquido amarillento. El cumpleaños brindó conmigo y se oyó un sonido cristalino. Todos los presentes alzaron sus copas de golpe y gritaron: «¡Salud!»

Miré fijamente aquel líquido. En la cara interna de la copa había pegadas unas burbujas diminutas que poco a poco se iban separando de la pared y ascendían a la superficie, hasta que llegaban al exterior y estallaban para luego desaparecer. Me habría gustado seguir observando las burbujitas, pero Maurice me quitó la copa y me susurró que era mejor que no tomase champán. Luego me trajo otra bebida. La probé y el sabor a manzana me pareció bien.

Aunque el cuerpo de aquel hombre no tuviese la robustez de un amplificador y su voz tampoco fuese particularmente estentórea, cada vez que abría la boca, todas las bocas que había a su alrededor se cerraban, y todos los oídos escuchaban atentamente. Deduje que aquel hombre era una estrella, y noté cómo la envidia iba asomando en mi interior. También yo había sido una estrella, con un público muy numeroso que venía a verme todos los días y celebraba cualquiera de mis movimientos, por pequeño que fuese. Por aquel entonces, llegué a acaparar la atención de un millón de personas; me sentía capaz de alejar las nubes de un solo soplo y de provocar un aguacero que regase todo el planeta; capaz de traer al sol de vuelta o de repeler un viento huracanado con un simple gesto. Quise retroceder en el tiempo, recuperar mi poder.

En algún momento de la velada, aquel hombre tan respetado se perdió entre la multitud; agucé el oído y supe decir dónde se encontraba exactamente. Los invitados formaban ondas concéntricas a su alrededor. El círculo más próximo a él permanecía en silencio y lo escuchaba atentamente, mientras que los demás iban deformando sus palabras a medida que las transmitían hacia el exterior.

Otro hombre que venía abriéndose paso me empujó, de modo que pegué la nariz al pecho de Maurice. Por un instante percibí el olor a mantequilla de los viejos tiempos. De pronto me invadió la alegría del reencuentro; llegaba un poco tarde, pero fue muy intensa. Espontáneamente, lamí la mejilla de Maurice. Él apartó el rostro sin el menor disimulo, aunque en realidad estaba

disfrutando del momento; de lo contrario, no hubiese dicho a otro señor que nos miraba envidioso:

–Cada especie tiene sus costumbres. Hay muchos tipos de besos.

La oleada de invitados trajo consigo un aroma a carne asada; todos venían del mismo sitio y todos llevaban un plato con un poco de comida. Maurice me vio las intenciones y me dijo por lo bajo:

–Espera un poco. Nosotros también iremos a por algo de comer, pero todavía no.

Esperé mucho rato, y cuando ya no pude aguantar más, fui siguiendo discretamente el rastro de mi olfato. Maurice me detuvo, parecía preocupado.

–Yo traeré la comida. Tú espérame aquí.

No entendí el motivo de tanta cautela.

Mientras esperaba, varios hombres se acercaron para decirme que me habían visto en televisión. Uno de ellos me tocó la piel con sumo cuidado.

Por fin llegó Maurice, con un plato en el que había un trozo de carne –tan minúsculo como medio cadáver de ratón–, tres patatas y una pizca de compota de manzana. Me había hartado de leer noticias sobre la difícil situación financiera por la que estaba pasando la ciudad. También el zoo se veía afectado por la falta de liquidez, pero la terrible miseria que mi lengua pudo percibir en ese lugar superó con creces mi concepto de pobreza. Cuando miré el plato, ya estaba vacío.

–Aquí no puedes atiborrarte –me susurró Maurice. Ofendido, salí a la terraza y me puse a contemplar la negra superficie de aquel lago inmenso. La luna titilaba entre las olas.

Entre los hombres congregados en la terraza había uno de voz clara que no callaba. Estaba hablando de un programa de debate que habían emitido por televisión el día anterior. El hombre imitaba a uno de los participantes, aunque, en un primer momento, creí que emulaba a un halcón:

–«Me niego a aceptar que todos los matrimonios puedan adoptar. Lo queramos o no, las parejas formadas por personas del mismo sexo son una realidad. Hasta ahí, todo correcto. Ahora bien, si además permitimos que adopten niños y dejamos que los eduquen, esos niños volverán a adoptar otros niños y, así, llegará un día en que ya no nazca nadie en nuestro país. ¡Todos los niños serán adoptados!» –Se oyó una carcajada. La mímica de aquel actor regresó de la parodia profesional a la representación grotesca de sí mismo–. No me lo podía creer. La que hablaba era una persona joven, aunque

luciese el corte de pelo de un jefe de sección. Y ahora viene lo mejor: una mujer elegante, de pelo cano, se pone en pie. Tendría poco más de ochenta años. Y dice tranquilamente: «Pero casi todos los padres cuyos hijos acaban manteniendo relaciones con personas del mismo sexo son heteros. Ellos son los responsables de lo que eligen sus hijos. Así que el que quiera impedirlo debe empezar por prohibir el matrimonio heterosexual.» –Unos rieron a carcajada limpia, otros se limitaron a sonreír–. Lo cierto es que no sé cuántos espectadores entendieron lo que decía esta señora. Es tanta la cerrazón... La gente no capta la ironía, el humor, las alusiones. Con lo importante que es ejercitar el espíritu y abrir la mente... Al menos yo me puse a aplaudir frente al televisor para mostrar mi respeto hacia esa señora. ¿Alguien sabe quién era?

–Sí, yo también lo vi –respondió otro–, era la autora de ese libro..., ¿cómo era el título?

No tuve valor para unirme a aquel círculo, así que permanecí en un sillón que estaba un poco apartado. Desde allí observé todos aquellos traseros extraños, de pantalón ceñido. Estaban duros y tonificados. Menuda diferencia con mis posaderas, que colgaban como el mono raído de un obrero. Me dio apuro volver a levantarme. El sillón que había a mi lado estaba vacío, pero nadie quiso sentarse. Comenzaba a hundirme en mi propia piel cuando se acercó un desconocido con un jersey blanco.

–¿Te encuentras bien? –me preguntó con voz suave. Era una lástima que su rostro tuviese algo felino, aunque me pareció muy atractivo. Lo miré embelesado mientras se presentaba–. Soy Michael.

En ese preciso momento dudé si lo correcto era presentarme o decir qué me apetecía comer. Opté por lo último.

–Unas patatas hervidas con un poco de perejil no estarían mal, aunque prefiero puré de patatas con mucha mantequilla.

Michael se echó a reír y, al instante, una profunda sombra asomó entre sus largas pestañas y los pómulos, relativamente altos.

–Yo no tolero casi ningún alimento, por eso prefiero no comer en las fiestas. En casa también me cuesta comer, por poco que sea. Ya sé que por eso estoy flaco y que mi aspecto no es agradable. De pequeño siempre me decían que era muy guapo, pero luego llegó la pubertad y mi cuerpo se desarrolló de golpe. Cuando me enteré de que había perdido mi encanto me asusté. Se me fue el apetito, adelgacé y jamás volví a ser lo que había sido.

Michael tenía las mejillas hundidas, pero sus labios rojos y carnosos seguían brillando intensamente.

–¿Te pusiste triste cuando te dijeron que ya no eras tan guapo?

–Me sentí solo y abandonado. Únicamente me venían a la cabeza esas frases tan manidas que salen en las telenovelas, como «¡Nadie me quiere!». Y, para colmo, mi madre nos abandonó en el peor momento.

–¿Murió?

–No. Simplemente se fue.

Maurice regresó, con el rostro encendido.

–Es hora de irse –me dijo.

No era una sugerencia, sino una orden. Maurice hizo caso omiso de Michael, como si no estuviese ahí; ni siquiera lo saludó. Yo miré a Michael con desconsuelo.

–Iré a verte pronto –me dijo él–. Sé dónde encontrarte.

La calidad de su voz solo era comparable a la miel de abeja. Se me caía la baba.

Maurice me cogió de la zarpa y, abriéndose camino entre el gentío, me sacó de la suite y del hotel. Una vez en el ascensor, me rodeó con el brazo. Yo no quería volver a casa.

–Me encantaría que fuésemos juntos a otra fiesta –dije, ya en la limusina.

Él me miró con lástima y me acarició el pecho.

Al día siguiente, la luz del sol que se reflejaba en la explanada de piedra brillaba más de lo normal; tanto que casi me ciega. Me despecé tranquilamente y luego me coloqué de forma que me diera el sol, estiré ambos brazos como si fuese un nadador olímpico y me tiré al agua. Solo tenía tres espectadores, pero me brindaron un caluroso aplauso. Primero nadé a espaldas, luego me di la vuelta y cambié a braza. Entonces vi una rama flotando delante de mí y comprobé su consistencia dándole un mordisco. La sujeté entre los dientes y comencé a nadar. Si meneaba la cabeza, veía cómo la rama removía el agua. El público fue en aumento. Había ya diez personas apuntándome con sus cámaras. De pronto me entraron unas ganas enormes de jugar, así que empecé a sacudir con fuerza la rama; las gotitas cristalinas agujereaban el aire entre chasquidos. Lancé la rama a cierta distancia y me sumergí a la vez que ella; contuve la respiración y permanecí en el fondo, hasta que ya no pude más. Entonces emergí con brío. Gritos de júbilo. Me

sumergí de nuevo, solo que esta vez contuve la respiración y traté de bucear todo lo que pude, de modo que reaparecí en un punto más alejado y sacudí la cabeza con intención de salpicar en todas direcciones. Ya eran más de treinta los que estaban al otro lado de la valla. Entonces me puse a nadar de espaldas, mi cielo estaba cubierto de objetivos fotográficos.

Con la caída de la tarde, las voces de los visitantes se fueron apagando, y el gorjeo de los pájaros pronto se adueñó del paisaje sonoro del zoo. Las voces humanas solo se oían de forma aislada, y cuando el sol se ocultó tras el edificio, todos los picos se quedaron en silencio. Cerca de la medianoche solía oír el aullido del viejo lobo. No era mi mejor amigo, pero en noches solitarias como aquella me habría gustado cruzar alguna palabra, incluso con él.

La noche fue avanzando sin ningún tipo de acompañamiento musical. Hubo algo que me produjo un escalofrío: me di la vuelta y vi que la pantalla del ordenador, que estaba lleno de polvo, despedía un brillo. El aparato había estado allí desde el primer momento, como un altar funerario, pero yo lo había olvidado hacía mucho tiempo. Casi me caigo redondo cuando Michael apareció en la pantalla:

–Hoy has tenido un buen día, ¿no? –me preguntó tan tranquilo, como si aquello no fuese motivo de asombro, pero no logré ocultar mi sobresalto.

–¿Me has estado observando todo el tiempo?

–Así es.

–¿Dónde estabas? ¿Entre los visitantes? Es una pena, pero no distingo las caras que hay detrás de la valla. Están demasiado lejos. Solo puedo adivinar si se trata de un hombre, una mujer o un niño, y eso dependiendo del momento y guiándome por unos contornos difusos.

–No estaba entre los visitantes. Estaba en una nube, observándote.

–Tú estás mal de la cabeza.

–¿Has leído el periódico de hoy?

–No.

–Están planeando juntaros a ti y a tu madre.

–¿Mi madre? ¿Matthias?

–No, Tosca.

Por unos instantes traté de imaginar cómo sería una conversación con mi madre biológica, pero enseguida fracasé en el intento, ya que, en lugar de

Tosca, me venía a la cabeza un dibujo infantil en el que se veían dos muñecos de nieve mudos, uno al lado del otro.

–Oye, Michael, como tú sabes tanto, me gustaría hacerte una pregunta. ¿Por qué los humanos creen que mi madre era una neurótica?

Michael se acarició el mentón liso, donde no se reconocía siquiera el rastro sombrío de la cuchilla de afeitar.

–Esa pregunta no es nada sencilla –contestó–. No estoy seguro de saber la respuesta, pero creo que, para la gente del zoo, el circo es algo antinatural, un lugar donde los delfines y las orcas hacen piruetas y se lanzan la pelota. Hasta ahí, vale. Pero que una osa monte en bicicleta ya es demasiado. Si un animal hace algo así, es porque debe de sufrir algún trastorno mental. Eso es lo que piensan quienes tienen una idea muy concreta de la libertad.

–¿Mi madre montaba en bicicleta?

–No estoy seguro. A lo mejor bailaba encima de una pelota o caminaba sobre una cuerda floja. Lo que está claro es que participaba en algún número que requería un duro entrenamiento. Lo que no sé es si la obligaron, o si Tosca simplemente había heredado algo que ya sabían hacer sus antepasados, igual que yo.

–¿Tú también has trabajado en el circo?

–En un circo no, pero en algo parecido. A los cinco años ya estaba cantando y bailando sobre un escenario. Apenas di mis primeros pasos, comencé un duro entrenamiento. Cantaba baladas románticas sin saber lo que significaban. Tuve una carrera meteórica, llegué cada vez más alto y sin pausa. Cuando llegó la pubertad dejaron de considerarme guapo. Un amigo me dijo que me habían robado mi verdadera infancia y que debía luchar para recuperarla.

–¿Te obligaban a cantar y bailar?

–Al principio sí, pero llegó un momento en que yo mismo me obligaba. No sabía hacer otra cosa, porque disfrutaba tanto que entraba en una especie de éxtasis.

–¿Crees que a mi madre le ocurrió lo mismo? ¿Por eso se puso enferma?

–No lo creo. Pero cuando la veas se lo puedes preguntar. Ahora debo irme.

Tras la visita de Michael caí en un sueño tranquilo y profundo. Cuando desperté, el interior de mis párpados despedía un brillo rosado. Después del desayuno, salí corriendo a jugar sin pensar en nada, como cuando era pequeño. Matthias ya no estaba, pero su sonrisa destellaba en mi cabeza. Al

otro lado de la valla había un montón de visitantes esperando con las cámaras preparadas. La brisa me trajo el olor del director. Apoyé la mano derecha en el único árbol pelado que había en el recinto –había crecido por una rendija abierta en el suelo de piedra– y, con la izquierda, saludé a aquel viejo conocido. Él me devolvió el saludo. Y entonces empezó todo: como un atleta que relaja la musculatura, subí y bajé los hombros e hice giros con la cabeza. A medida que pasaba la mañana, el número de visitantes aumentó. En las horas de más calor bajó un poco, pero al final de la tarde volvió a multiplicarse. La gente se agolpaba, formando dos o tres filas, y me miraba fijamente.

No era fácil estar pensando siempre en nuevos juegos. Me exprimí los sesos para encontrar nuevas ideas, lo cual hacía que mi temperatura corporal se disparase hasta unos niveles desagradables. Mi deseo de mostrar al público algo nuevo era inmenso, al igual que las expectativas de los espectadores y, en especial, las de los niños. Los adultos no necesariamente mostraban interés desde el principio, más bien tenía que forzarlos un poco. Cuando lo conseguía, me satisfacía ver cómo sus cuerpos rígidos se volvían más flexibles y sus rostros resplandecían.

Aquel día solo tuve una idea peregrina, pero menos era nada: me imaginé qué pasaría si la explanada de piedra estuviese cubierta de una capa de hielo y yo me deslizara sobre ella.

–¡Mira! Knut está aprendiendo a patinar sobre hielo –gritó un niño.

–A lo mejor es que echa de menos el Polo Norte –respondió una voz adulta masculina.

–¿Crees que algún día Knut volverá al Polo Norte? –preguntó otra voz de niña triste.

Me acordé de las patinadoras que había visto y admirado en la tele. Quería ser como ellas, llevar minifalda y ofrecer un número de baile sobre hielo. Lucir diminutos adornos brillantes en el pecho, como ellas. ¿O serían astillas de hielo y agua pulverizada? Las patinadoras eran capaces de avanzar deslizándose hacia atrás. Eso también quise probarlo, pero por alguna razón me fue imposible. Caí de culo y oí las carcajadas del público. La práctica hace al maestro, pensé, mañana lo vuelvo a intentar.

El verano, con aquellos días tan calurosos en los que no podía hacer otra cosa que estar a la sombra y esperar que anoheciera, se prolongó. Cerré tres cuartos los ojos, confiando en atisbar un campo nevado, al menos en mi

mente; pero lo que se abrió ante mí era una extensión de agua. Por el olor supe que era hielo derretido. No había siquiera un pequeño témpano, el líquido azul brillaba inmaculado hasta alcanzar el horizonte.

–¡Knut se está ahogando! –gritó un niño.

Asustado, volví súbitamente en mí y, nadando a braza, regresé de inmediato a tierra firme. Hacía tiempo que mi abuela no se me aparecía en sueños.

La visita de Michael pronto formó parte del programa vespertino. Me pasaba el día deseando que llegase.

–Haces felices a los espectadores.

Daba la impresión de llevar todo el día observándome.

–Me lo paso bien.

–Yo antes también disfrutaba mucho en el escenario, aunque al principio lo hiciese por obligación. De niño, me parecía normal quedarme sin cenar si en los ensayos de canto y baile no había estado bien.

–A mí Matthias nunca me obligó a nada.

–Lo sé. Cuando te veo me pongo muy contento por las nuevas generaciones. Pero todavía no eres libre. Y no gozas de derechos humanos. Los seres humanos te pueden matar cuando quieran, según les dé.

Michael me habló de un tal señor Meier, que se había especializado en Derecho animal. Al parecer, este señor había demandado al director de un zoo de Sajonia por haber ordenado sacrificar a una cría de oso perezoso que acababa de ser rechazada por su madre. La fiscalía regional había desestimado la demanda argumentando que, en el futuro, un oso criado por la mano del hombre podía desarrollar un trastorno de la personalidad de fatales consecuencias, que eran evitables si se practicaba una eutanasia a tiempo. Hasta ahí, el problema quedó aparentemente resuelto para todas las partes implicadas. Sin embargo, en ese momento nadie entendió que el señor Meier no amaba a los animales en primer término, sino sus derechos. Algunos hombres son aficionados a la pesca; otros prefieren cazar ciervos, pero el señor Meier perseguía una presa muy distinta: él era cazador de leyes. Meier, por tanto, demandó al zoo de Berlín por no haber sacrificado al oseño abandonado por su madre. Según su argumentación, un oso criado por la mano del hombre sería incapaz de manejarse en una sociedad formada por osos. Lo mejor sería que un ejemplar tan problemático no existiese. En realidad, habría que sacrificarlo para prevenir consecuencias fatales. Como el

zoo de Sajonia no estaba dispuesto a ser el culpable, lo sería el zoo de Berlín. Declarar la inocencia de ambos sería absurdo. Esa fue la argumentación del señor Meier. Un escalofrío recorrió mi columna vertebral; en mi mente se armó un gran barullo y sentí cómo, desde la coronilla, se erigía una columna de calor.

–Los seres humanos odian todo lo que sea antinatural –me explicó Michael–. Creen que los osos deben ser osos siempre. Y lo mismo piensan quienes afirman que la clase baja debe ser siempre la clase baja. Para ellos, cualquier otra cosa iría contra natura.

–Pero si eso es así, entonces ¿por qué construyen un zoo?

–Eh..., sí, en realidad es una contradicción. Pero la contradicción está en la naturaleza del ser humano.

–No me estarás engañando...

–Tú no tienes por qué darle vueltas a lo que es natural o antinatural. Sigue viviendo tu vida como te parezca.

La cuestión de la naturalidad anuló mi capacidad natural para conciliar el sueño y dormir seguido. ¿Habría sido natural que, sin apenas ver, me hubiese llevado a la boca el pezón de Tosca y hubiese succionado enérgicamente? ¿Que un cálido pelaje sin principio ni final me hubiese acogido para no abandonarme jamás? En ese caso, habría pasado mis primeras semanas de vida en una cueva impregnada del olor materno, hasta que el duro invierno hubiese concluido. Desde mi nacimiento había tenido poco contacto con la naturaleza, pero ¿era eso razón suficiente para que mi vida se considerase antinatural? Había sobrevivido porque Matthias me dio el biberón. ¿Acaso eso no formaba parte de una naturaleza superior? El *Homo sapiens* era la consecuencia de una mutación, por no decir un monstruo. Y fue precisamente uno de ellos el que decidió rescatar a una cría de oso polar abandonada. ¿No era un milagro de la naturaleza?

Si todo hubiera seguido el orden natural, habría localizado el cuerpo de mi madre en mitad de la cueva; pero en mitad de la caja en la que yo crecí no había nada. Un muro se extendía delante de mi nariz. Y mi anhelo por descubrir el mundo que había al otro lado, ¿no era eso una demostración de que yo era un berlinés? Cuando nací, el Muro de Berlín formaba ya parte de la historia, pero muchos berlineses seguían teniendo un muro en su cerebro que separaba el hemisferio derecho del izquierdo.

Algunas personas desprecian a un oso polar que nunca haya estado en el

Polo Norte, pero el oso malayo tampoco había estado nunca en la península de Malasia, y la osa tibetana, caracterizada por el largo pelaje que tiene alrededor del cuello, nunca había estado en Sasebo, donde los soldados de la armada también llevan uniformes de cuello alto. Lo único que conocemos es Berlín, pero eso no es motivo para despreciarnos. Al fin y al cabo, todos somos berlineses.

–¿Y tú, Michael? ¿También eres berlinés, como nosotros?

Michael sonrió, algo incómodo.

–En realidad, solo vengo de visita. Desde que me retiré de los escenarios puedo viajar a donde quiera. Siempre estoy de paso.

–¿Dónde vives?

–¿Has estado alguna vez en la luna?

–Todavía no. Seguro que se está muy fresquito.

–Berlín te resulta demasiado caluroso y te quejas porque no te ponen aire acondicionado, pero, créeme, es mejor así.

–¿Por qué?

–Si en tu cuarto hiciese tanto frío como dentro de una nevera, y fuera tanto calor como en un desierto a pleno sol, no saldrías nunca. Y a ti te gusta estar fuera, ¿no?

–Sí, adoro el aire fresco. No hay nada mejor que salir –respondí en voz alta.

–Pues algún día podrás salir del todo, como yo –dijo Michael sonriendo, y luego desapareció.

Se marchó sin despedirse, como siempre. También Matthias había desaparecido sin decir adiós. Tampoco recuerdo que Tosca, mi madre, se despidiera.

Durante la siguiente visita, Michael me contó que, si el encuentro con Tosca salía bien, estaban planeando juntarme con una osa joven. En ese caso también vería a Lars, mi padre. Yo había dejado de leer la prensa tan a menudo como antes.

–La verdad es que no sé qué pensar sobre tu encuentro con una posible pareja. Me parece un descaro poner a prueba tu capacidad de integración, y ese es el motivo principal del encuentro. ¡Ni que sufrieras un trastorno mental! –dijo Michael. Suspiré y él prosiguió, mientras me acariciaba el hombro para consolarme–. No te preocupes. Siempre se creen con derecho a controlar al resto de los animales.

Ese día, Michael tenía un aspecto pálido, que superaba incluso al que había visto en Matthias.

–No estarás enfermo, ¿verdad? –le pregunté.

–No, es que se me acaba de ocurrir algo muy desagradable. Cuando mi mente se queda atascada en algún pensamiento, la sangre no termina de circular. Mi problema no era el sexo femenino, nunca me interesó especialmente, pero sí quería tener hijos y sentirme muy próximo a ellos, cosa que nadie entendió. Me torturan por todos los medios sin haber sido siquiera condenado.

Por lo general encontraba palabras para todo, pero la ola de calor de aquel verano me dejó completamente mudo. Todos los días pensaba que el calor había alcanzado su máximo, pero al día siguiente volvía a aumentar. ¿Cuándo llegaría el momento en que el sol se diese por satisfecho y dejara de trajinar? Michael ya solo me visitaba por la noche, cuando la temperatura solía descender un poco.

Le pregunté si había venido en autobús o en bicicleta, puesto que una vez había mencionado que no le gustaba ir en coche. Él negó con la cabeza, que traía un poco gacha, pero no me contestó. Me fijé en el bolsillo de su pantalón: estaba completamente plano, ahí no cabía un monedero, por pequeño que fuese. Michael tampoco llevaba reloj. Era suave y elegante de la cabeza a los pies, como una pantera negra.

El calor parecía no molestar a los visitantes del zoo. Día tras día, cada vez más espectadores se congregaban frente a mi vallado. No solo los sábados y los domingos, también entre semana se levantaba un muro macizo, compuesto por dos filas de cuerpos humanos. Debido al esfuerzo diario por distinguir claramente sus rostros, llegó un momento en que me volví miope. Veía a niños muy pequeños, embutidos en carritos. Estiraban los brazos y gemían como gatos en celo. Gracias a la cara de sus madres, situadas detrás de los carritos, aprendí que había muchos tipos de madre: una de ellas parecía agotada y estricta; otra estaba vacía, como un cielo azul, mientras que la tercera se aferraba a su propia alegría.

Ese día vi cuatro carritos, uno al lado del otro. Las cuatro madres parecían cortadas por el mismo patrón: tenían la misma estatura, y también su expresión de contento parecía fotocopiada. De pronto vi que solo había tres

niños, y que en el cuarto carrito había un peluche con mi cara. ¿Dónde estaba el niño? Me entró un escalofrío y ya no pude apartar la mirada de aquella madre con el peluche. De la coronilla le salía un mechón de pelo, como si fuese una antena. El cuello de su blusa estaba deshilachado. Tenía el aspecto radiante de lo que yo consideraría una madre feliz. ¿Sabría que su hijo era un peluche? ¿Y estaría conforme?

El muñeco del carrito podría ser mi difunto gemelo. Ya no me acordaba de él, pero había leído en el periódico que mi hermano murió a los cuatro días de nacer. El muerto no había crecido desde entonces. Me pregunté si, tal vez, seguiría siendo un bebé que se dedicase a recorrer el zoo en forma de peluche y metido en un carrito. ¿Continuaría vagando durante años y décadas?

El calor al fin comenzó a remitir, es más, hasta me acordé de la palabra «otoño». Durante el desayuno derramé la leche por un descuido. El personal cubrió el suelo con periódicos viejos. Frente a mí había una foto enorme de Michael. La miopía me impedía leer la letra pequeña. Con esfuerzo, logré distinguir el pie de foto. Había muerto. La fecha era demasiado pequeña para descifrarla.

Esa misma tarde Michael volvió a visitarme como si nada. Debí de haber entendido mal el artículo. Siempre era mejor hablar directamente con el afectado y hacerle una pregunta incómoda, pero en esa ocasión no supe cómo formularla. Michael me preguntó si ya había visto a mi madre.

–No, todavía no. Pero se rumorea que la veré muy pronto.

–Deberías pensar antes qué es lo que le vas a preguntar. Lo más probable es que, cuando os veáis, tú estés muy nervioso y no se te ocurra nada. Sería una lástima.

–Si tuvieras la oportunidad de ver a tu madre, ¿qué le preguntarías?

–Mm..., seguramente le preguntaría cómo nos habría educado si nos hubiésemos quedado sin padre. Él era muy pobre y nos obligó a ser estrellas del pop. Creía que solo pensaba en el dinero, pero eso no era lo más importante para él. De joven también quiso ser músico; tocaba varios instrumentos, pero su hermano mayor se burlaba de él: tenía claro que mi padre nunca llegaría a ser músico. El odio que le profesaba su hermano le volvió loco.

–¿Y por qué dejaste los escenarios?

–Creí que podíamos sobrevivir a cualquier cambio de entorno, siempre y

cuando adaptáramos nuestros cuerpos y nuestros pensamientos, pero me he quedado sin entorno y, así, ya no hay forma de continuar.

Me pregunté si yo seguía teniendo un entorno. Ya nadie me visitaba en persona, excepto Michael. Yo era el único que utilizaba la enorme terraza con piscina, pero aquello no era un verdadero entorno. Cuando miraba al cielo, me asaltaba el deseo de viajar lejos. Nunca había llegado a salir del todo y sin embargo estaba seguro de que nuestro planeta era enorme, ya que, de lo contrario, el cielo no sería tan grande.

El invierno se iba acercando desde lontananza, con el paso lento y pesado de unas botas. De no existir la lejanía, el invierno perdería el frío que le era propio debido al calor berlinés. Llegaría un día en que también allí, donde yo me encontraba, soplaría por fin un viento fresco. Debe de existir un lugar lejano, donde el frío pueda protegerse y sobrevivir al calor de la ciudad. Quiero ir a ese lugar.

Los visitantes acudían al zoo con abrigo, algunos llevaban una bufanda de lana alrededor del cuello e incluso guantes. Esperaban pacientemente tras la valla mientras me observaban; sus narices habían enrojecido por el frío.

No hacía mucho, un visitante me había lanzado una calabaza. Me pareció un regalo divertido. La calabaza fue rodando y cayó al agua, pero no se ahogó, ya que, para mi sorpresa, sabía nadar. Me tiré tras ella y la empujé con el hocico. Al cabo de un rato comencé a mordisquearla porque me había entrado un poco de hambre, y comprobé que no sabía tan mal. Luego seguí jugando con ella, aunque le faltase un buen trozo.

–¿Knut no tiene frío? ¡Se está bañando fuera! –preguntó un niño, asombrado.

–No, él nunca tiene frío. Viene del Polo Norte.

Aquella voz adulta mentía. Yo no venía del Polo Norte. En el periódico había leído varias veces que nací en Berlín. También leía a menudo que mi madre había nacido en Canadá y se había criado en la RDA. Sin embargo, no dejaban de repetir que yo venía del Polo Norte, seguramente porque llevaba puesta una piel blanca, como la nieve.

Por las noches, la temperatura del aire bajaba de golpe. Cuando venía a verme, Michael nunca traía abrigo, a lo mejor es que no tenía. Esa noche llevaba lo de siempre: una camisa blanca con cuello de pico y, por encima, un

traje negro de un tejido muy fino. Los calcetines eran blancos y los zapatos de piel, negros.

–Estás guapísimo con esa melena oscura –le dije.

–Echo de menos el pelo blanco, por eso vengo a verte –me respondió bromeando–. Pero no puedes contarle a nadie que vengo. No me apetece que la prensa nos acose.

–Ya no leo el periódico. Solo cuentan mentiras.

–A veces me parece humillante todo lo que escriben sobre ti –dijo Michael indignado. Asentí.

–Pero ¡también escriben cosas terribles sobre ti! –repliqué. No había querido decir eso, pero era demasiado tarde.

El rostro de Michael se quedó petrificado. Tardó bastante en reaccionar.

–Seguro que no dicen nada interesante.

–Pues claro que sí. He leído que estabas muerto.

La calabaza tenía una mezcla de amarillos y verdes similar a las hojas del otoño que el viento había arrastrado hasta mi terraza. ¿Cuántos días habían pasado desde la última visita de Michael? Él había dejado de venir, y yo no sabía cómo medir el tiempo. Al ver que cada día refrescaba más, pensé que había logrado sobrevivir al verano y sentí cierto alivio. Pero esto apenas mitigaba mi duelo. Ya no tenía con qué ilusionarme. ¿Con el día en que volvería a ver a mis padres? ¿Con el día en que conocería a mi futura esposa? Prefería ir a otra fiesta con Maurice, antes que casarme. No quería tener novia ni fundar una familia. ¡Lo que quería era volver a salir!

Esperaba el día en que el invierno se recrudeciera y pudiese sumergirme en la estación gélida. El invierno era una recompensa para todos los que hubiesen sobrevivido al purgatorio del verano. Quería soñar con el Polo Norte en un ambiente más fresco, ver ante mí un campo nevado, que –a diferencia del papel de periódico, impreso con cotilleos y palabrería– luciese un blanco inmaculado. El Polo Norte tenía que ser tan dulce y nutritivo como la leche materna.

La brisa húmeda era tan pesada que no supe si llorar o echarme a reír. Noté un gran desasosiego en la garganta. También sentí un frío extraño en la médula espinal, estaba empapada y pesaba. Creí que estaba a punto de desmayarme. Mi ánimo era húmedo y oscuro, aunque estuviese recubierto

por una capa de euforia. Esa sensación me había estado oprimiendo todo el día, pero por la tarde adquirió una densidad insoportable. Un viento húmedo me lamió la piel, quería probar la carne, y después la médula ósea. Tras la membrana gris del cielo brillaba una lámpara fluorescente. Aquella luz tenue nos confundía a todos, a mí y a los objetos que me rodeaban. La valla y la explanada de piedra mostraban colores equivocados, como si ya no supieran si estaban viviendo un amanecer o un crepúsculo. Alcé la vista. Algo más oscuro que el aire revoloteaba en el espacio intermedio. Era un copo de nieve. ¡Está nevando! Otro copo. ¡Está nevando! Y otro. ¡Está nevando! Los copos danzaban aquí y allá. ¡Está nevando! En un primer momento la nieve tenía un aspecto asombrosamente oscuro, aunque solo fuese una cristalización blanca. ¡Está nevando! Era maravilloso que, por unos instantes, aquel color claro en movimiento pareciese oscuro. ¡Está nevando! Los copos van girando mientras caen. ¡Está nevando! Otro copo. ¡Está nevando! Y otro más. ¡Está nevando! No había fin. Ya solo miraba hacia arriba. A izquierda y derecha las hojas blancas pasaban volando, como hojas de otoño en mitad de la tormenta. La nieve era una nave espacial, me recogió y salió volando, tan veloz como pudo, en dirección al cráneo: era el cráneo de nuestra Tierra.

Título de la edición original:
Etüden im Schnee

Edición en formato digital: enero de 2018

© de la traducción, Belén Santana, 2018

© Yoko Tawada, 2014

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2018
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3915-9

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

YOKO TAWADA

*Memorias de una
osa polar*



ANAGRAMA
Panorama de narrativas